

# EL ÚLTIMO RITUAL

YRGA SIGURÐARÐÓTTIR

*Este libro está dedicado a mi querido Óli.  
Gracias especiales a Harald Schmitt,  
que me prestó su nombre...  
y me dejó matarle.*

*Y<sub>RSA</sub>.*

## ÍNDICE

31 DE OCTUBRE.....	5
Introducción.....	6
6 DE DICIEMBRE.....	9
Capítulo 1.....	10
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	22
Capítulo 4.....	32
Capítulo 5.....	37
7 DE DICIEMBRE.....	41
Capítulo 6.....	42
Capítulo 7.....	52
Capítulo 8.....	59
Capítulo 9.....	66
Capítulo 10.....	73
Capítulo 11.....	78
Capítulo 12.....	87
8 DE DICIEMBRE.....	93
Capítulo 13.....	94
Capítulo 14.....	104
Capítulo 15.....	108
Capítulo 16.....	115
Capítulo 17.....	121
Capítulo 18.....	129
Capítulo 19.....	139
9 DE DICIEMBRE.....	150
Capítulo 20.....	151
Capítulo 21.....	156
Capítulo 22.....	163
Capítulo 23.....	171
10 DE DICIEMBRE.....	178
Capítulo 24.....	179
Capítulo 25.....	188
Capítulo 26.....	197

11 DE DICIEMBRE.....	209
Capítulo 27.....	210
Capítulo 28.....	221
Capítulo 29.....	227
Capítulo 30.....	235
Capítulo 31.....	239
12 DE DICIEMBRE.....	249
Capítulo 32.....	250
Capítulo 33.....	261
13 DE DICIEMBRE.....	269
Epílogo.....	270
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	276

**31 DE OCTUBRE**



## Introducción

Tryggvi, el conserje, miró a su alrededor, alarmado. ¿Qué había sido aquello? Por encima del murmullo de las limpiadoras oyó un sonido extraño. Al principio era muy bajo, pero se fue haciendo cada vez más nítido. Siseó y las mujeres se pusieron a escuchar también. Se miraron unas a otras con los ojos muy abiertos, y dos de ellas se santiguaron. El conserje dejó la taza de café y se dirigió hacia el corredor.

Tryggvi estaba gozando de la soledad cuando llegaron las mujeres. Esperaba tranquilamente su café matutino, al lado de la cafetera. Las limpiadoras llegarían en cualquier momento. Llevaba más de treinta años como conserje del edificio de la Facultad de Historia, y en aquellos años había vivido transformaciones increíbles.

Al principio, las mujeres eran todas islandesas y comprendían perfectamente lo que les decía. Ahora les tenía que indicar sus labores con gestos y órdenes sencillas. Eran todas inmigrantes, y si no fuese por los profesores y los estudiantes, habría creído estar en Bangkok o en Manila.

Cuando el café estuvo listo, Tryggvi se acercó a la ventana exterior del edificio con la taza humeante en la mano, echó un vistazo fuera y contempló el campus universitario cubierto de nieve. Hacía un frío desacostumbrado y la humedad blanca resplandecía. El silencio era absoluto. Aquello le recordó la fiesta del nacimiento del Salvador, que estaba a la vuelta de la esquina, y sintió que el corazón se le llenaba de calor.

Siguió con la mirada un coche que entraba en el campus a bastante velocidad. Allá va Papá Noel, pensó. Tryggvi observó al conductor salir del vehículo, cerrar la portezuela y dirigirse hacia el edificio. Dejó caer la cortina y se apartó de la ventana.

Oyó el ruido que hacía el conductor al abrir la puerta del edificio. Catedráticos, adjuntos, asociados, ayudantes o lo que fuera, pero con aquella persona Tryggvi no quería tener trato alguno. Se llamaba Gunnar y estaba siempre complicándole el trabajo. Tryggvi no soportaba sus ínfulas y torcía el gesto cuando le tenía cerca. Para empezar, aquel catedrático de Historia había acusado a las limpiadoras de robarle un viejo artículo, muy bien escrito, sobre los monjes irlandeses en Islandia. Al final, el artículo apareció y el asunto se fue apagando.

Desde entonces, Tryggvi no sólo le consideraba insoportable: le despreciaba. ¿Para qué iban a robarle unas limpiadoras asiáticas nada menos que un artículo sobre monjes irlandeses? Ni el mismo Tryggvi tenía el más mínimo interés por los escritos del catedrático. A sus ojos, aquello no había sido sino una mezquina agresión a unas personas incapaces de defenderse por sí solas.

A Tryggvi no le gustó nada que Gunnar fuera nombrado decano de la Facultad de Historia. El caso es que el nuevo decano enseguida se puso a discutir con él

diversos cambios que consideraba imprescindibles. Entre otras cosas, quería que las limpiadoras no dijese ni pío mientras trabajaban. Tryggvi intentó sin éxito convencer a aquel presuntuoso de que las charlas de las buenas mujeres no molestaban a nadie, pues mientras ellas estaban trabajando no había ni un alma en el edificio. Excepción hecha de Gunnar, naturalmente. ¿Por qué tenía que asomar él por allí cada mañana antes de que empezaran incluso a circular los autobuses? ¿Tanto tenía que hacer? No es que todo el mundo estuviera precisamente en ascuas a la espera de las últimas noticias sobre los antiguos monjes.

Tryggvi no siguió las instrucciones de Gunnar, así que no ordenó a las mujeres guardar silencio mientras trabajaban: no tenía ni idea de cómo comunicarles tal orden, y además no le apetecía hacerlo. Aunque en ocasiones le fastidiaba la complicación que representaban sus lenguas, había aprendido a valorar la alegría vital de aquellas mujeres, que trabajaban muy duro.

Aquella mañana no era distinta de lo habitual. Las mujeres entraron juntas a la salita donde tomaban el café y le dieron los buenos días a coro, con fuerte acento extranjero. Luego comenzó el intenso barullo habitual. Tryggvi no pudo evitar una sonrisa, como siempre. Las mujeres se despojaron de sus vistosos abrigos de colores, mientras él permanecía a cierta distancia, observándolas. Un día de lo más normal y corriente, que ahora parecía tomar un rumbo poco habitual.

Tryggvi se escurrió por entre el grupo de mujeres, en dirección al corredor. Sintió que el sonido se transformaba de gemido en alarido. Tryggvi no identificaba si provenía de un hombre o de una mujer, ni siquiera estaba seguro de que fuera humano. ¿Podía ser que algún animal hubiera entrado en el edificio y se hubiera hecho daño? No tuvo tiempo de pensar aquella idea hasta el final, pues al chillido se añadieron unos crujidos, como de algo haciéndose pedazos al caer. Tryggvi aceleró el paso por el corredor. El ruido parecía proceder del piso superior, de modo que giró hacia la escalera y subió los escalones de dos en dos. Las mujeres corrieron tras él, habían empezado a gemir ellas también.

No cabía duda alguna de que el alarido procedía de los despachos del departamento de Historia. Tryggvi echó a correr y las mujeres le siguieron casi pisándole los talones. Abrió de un empujón la puerta a prueba de incendios que daba al pasillo de los despachos y se quedó inmóvil como una estatua... las mujeres se detuvieron apelotonadas detrás de él. Tryggvi miró fijamente al frente.

No fue la librería caída en el suelo, ni el decano a cuatro patas encima del montón de libros desparramado por el pasillo lo que dejó a Tryggvi petrificado. A su lado yacía bien visible un cadáver medio metido en el cuarto de las impresoras. Tryggvi notó que se le revolvía el estómago. ¿Qué demonios eran aquellos trapos en los ojos? ¿Había una cosa dibujada en el pecho? Y la lengua... ¿qué le pasaba?

Las mujeres miraban por encima de los hombros de Tryggvi, que notó cómo le tiraban de la camisa. Intentó soltarse sin éxito. El decano de Historia extendía las manos pidiendo ayuda. El hombre parecía totalmente fuera de sí por el terror y tenía una de sus manos sobre el corazón, con el rostro lívido. Se derrumbó a un lado. Tryggvi sintió la tentación de agarrar a las mujeres y salir corriendo. Dio una

zancada hacia delante y las mujeres intentaron con más afán todavía llevárselo de allí, pero él consiguió quitárselas de encima. Se aproximó a Gunnar, que parecía estar intentando decirle algo a Tryggvi.

Apenas podía comprender nada en los murmullos inconexos que surgían del hombre. Sin embargo, logró entender que el cadáver (tenía que ser un cadáver, una persona viva no tenía ese aspecto) se le había venido encima a Gunnar al abrir la puerta del cuarto de impresoras. Los ojos de Tryggvi contemplaron sin querer aquel horrible despojo humano.

Dios mío santísimo.

Las franjas negras sobre los ojos no eran tiras de tela.



## **6 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 1

Póra Guðmundsdóttir<sup>1</sup> sacó a toda prisa un *cheerio* del bolsillo del pantalón y se arregló un poco el pelo y la ropa antes de entrar en el bufete. No estaba tan mal. El esfuerzo mañanero de llevar puntualmente al colegio a su hija de seis años y a su hijo de dieciséis quedaba ya atrás. Ahora la hija de Póra se negaba a vestir de rosa, lo que no hubiera sido un grave inconveniente si no fuera porque toda su ropa era más o menos de ese color. El hijo, en cambio, estaba encantado de ponerse la misma ropa rota y ajada durante todo el año, a condición de que en cada harapo quedara bien a la vista la marca del fabricante. Su gran hazaña consistía en despertarle. Póra suspiró al pensarlo. No era fácil estar sola con dos hijos. Pero las cosas tampoco habían sido fáciles mientras estaba casada. La diferencia era que entonces había que añadir las peleas matrimoniales a la hora del desayuno. La sensación de que aquel tiempo ya había pasado la puso de mejor humor y una sonrisa se extendió por sus labios mientras abría la puerta.

—Buenos días —dijo alegremente.

La secretaria no respondió al saludo, y se contentó con una mueca. Ni siquiera apartó la mirada de la pantalla del ordenador ni dejó de manipular el ratón. Siempre tan alegre, pensó Póra. En su interior maldecía algunas veces sus problemas con la secretaria. Sin lugar a dudas, le había costado al bufete más de un negocio. Póra no podía recordar a nadie que no se hubiese quejado de la chica aquella. No sólo era descortés, sino total y absolutamente repelente. Su característica principal no era su obesidad, sino su total despreocupación por su aspecto externo. Encima, solía estar siempre enfadada con alguien o por algo. Para empeorar las cosas aún más, como por pura mala idea, los padres de la muchacha le habían puesto el nombre de Bella. Ojalá se despidiese voluntariamente. Pero qué va, y eso que parecía de todo menos feliz de trabajar para ellos. Claro que Póra no era capaz de imaginar un trabajo que pudiera llegar a gustarle a aquella chica. No sería fácil librarse de ella.

Cuando Póra y su socio, Bragi, que además era mayor y con más experiencia, juntaron sus fuerzas y abrieron el bufete, el casero les encasquetó hábilmente, al establecer las condiciones de la renta, que emplearían a su hija como secretaria. Entonces no tenían forma de saber lo que les esperaba. La chica tenía magníficas recomendaciones de los inquilinos que les habían precedido en el local. Aunque ahora Póra estaba convencida de que sus predecesores se habían mudado a Skólavörðustígur, mucho más lejos del centro, sólo por librarse de aquella peste de secretaria. Todavía debían de estar retorciéndose de risa por las recomendaciones

---

<sup>1</sup> El islandés posee algunas letras inexistentes en nuestro alfabeto. La única que puede afectarnos es la Þ, que se pronuncia como la zeta castellana. El nombre de la protagonista es, por tanto, «Zóra» [N. del T.]

que habían regalado a Þóra y Bragi. Þóra estaba convencida incluso de que si llevaban el asunto a los tribunales podrían conseguir una sentencia favorable basándose en que la recomendación había sido, cuando menos, de sinceridad más que dudosa. Pero con ello perderían la poca reputación que habían conseguido crearse. ¿Quién va a ir a un bufete de abogados que no se entera de la letra pequeña de sus propios contratos? Pero incluso si conseguían quitársela de encima, las buenas secretarías no abundaban precisamente.

—Llamó alguien —murmuró Bella pegada a la pantalla del ordenador.

Þóra, que estaba colgando su jersey, miró extrañada.

—¿Y? —preguntó, añadiendo con pocas esperanzas de respuesta—: ¿Tienes alguna idea de quién podía ser?

—No. Hablaba alemán, creo. No le entendí ni una palabra.

—¿Crees que volverá a llamar?

—No lo sé. Colgué sin más.

—Pues si se diera el caso improbable de que esa persona volviese a llamar aunque le hayas colgado el teléfono en las narices, ¿te parecería bien pasármela a mí? Yo estudié en Alemania y sé alemán.

—Pffua —rezongó Bella. Se encogió de hombros—. A lo mejor no era alemán. También podía ser ruso. Y era una mujer. Me parece. O un hombre.

—Bella, sea quien sea el que llame, una mujer de Rusia o un hombre de Alemania, incluso un perro de Grecia que sepa idiomas, haz el favor de pasármelo. ¿Vale?

Þóra no esperó a la respuesta (no quería ninguna), sino que se marchó directamente a su silencioso despacho.

Se sentó y encendió el ordenador. En la mesa no reinaba el desorden acostumbrado. El día anterior había dedicado una hora a ordenar los papeles que se le habían ido acumulando a lo largo del mes pasado. Tiró las cartas publicitarias y otras cosas parecidas enviadas por amigos y conocidos. Quedaron tres cartas: una de un cliente, otra de su amiga Laufey, que llevaba el título de A por el fin de semana y otra del banco. Maldita sea. Sin duda había superado el límite de la tarjeta, y seguramente también el de los reintegros. Decidió no abrir el correo para conservar la tranquilidad.

Sonó el teléfono.

—Abogados Centro. Þóra.

—*Guten Tag*, Frau Guðmundsdóttir?

—*Guten Tag*. —Þóra buscó papel y lápiz. Alemán. Se recordó a sí misma enseguida que siempre tenía que dirigirse a las señoras con *Sie*.

Þóra cerró los ojos y confió en que le viniera a los labios el alemán que había aprobado con tan buenas calificaciones cuando hizo el examen del máster en Derecho en la Universidad de Berlín. Se esforzó cuanto pudo en la pronunciación.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Amelia Guntlieb. Me dio su nombre el profesor Anderheiss.

—Sí, fue profesor mío en Berlín. —Þóra confiaba haber utilizado la expresión

adecuada. Notó que su pronunciación había perdido bastante. No había muchas ocasiones de practicar el alemán en Islandia.

—Sí —tras un penoso silencio, la mujer continuó—: Mi hijo ha sido asesinado. Mi esposo y yo necesitamos ayuda.

Þóra intentó pensar deprisa. ¿Guntlieb? ¿No se llamaba Guntlieb el estudiante alemán que había aparecido muerto en la universidad?

—¿Hola? —La mujer parecía no estar segura de si Þóra seguía al aparato.

Þóra se apresuró a responder.

—Sí, perdone. Su hijo. ¿Y eso sucedió aquí en Islandia?

—Sí.

—Creo que sé a qué crimen se refiere usted, pero he de reconocer que sólo sé lo que he oído en los medios de comunicación. ¿Está usted segura de que habla con la persona adecuada?

—Eso espero. No estamos satisfechos con la investigación de la policía.

—¿No? —dijo Þóra extrañada. Creía que la policía había solucionado el caso brillantemente. El asesino había sido capturado a las treinta y seis horas del horrible crimen—. Supongo que saben que la policía ha detenido a un hombre.

—Lo sabemos perfectamente. Pero no estamos convencidos de que sea el culpable.

—¿Por qué no? —preguntó Þóra escéptica.

—Sencillamente, no estamos convencidos. Y no hay más que decir —la mujer carraspeó—. Deseamos que se ocupe del caso alguien que no tenga ninguna relación con él. Alguien que hable alemán. —Silencio—. Tiene que comprender lo difícil que nos resulta esto. —Nuevo silencio—. Harald era nuestro hijo.

Þóra intentó mostrar compasión bajando la voz y hablando más despacio.

—Sí, sí, claro que lo entiendo. Yo también tengo un hijo. Me es imposible compartir plenamente el dolor de usted y su marido, pero les acompaño profundamente en el sentimiento. Pero, por otro lado, no estoy segura de poder ayudarles.

—Gracias por sus palabras —la voz era gélida—. El profesor Anderheiss, sin embargo, piensa que usted posee todas las condiciones que buscamos. Nos dijo que era usted tenaz, decidida y muy enérgica. —Silencio. Þóra pensó que el buen hombre no se había atrevido a decir «implacable». La mujer continuó—. Y también comprensiva. Es un buen amigo de la familia y confiamos en él. ¿Está usted dispuesta a encargarse del caso? Le pagaremos muy bien. —La mujer mencionó una cantidad.

Era increíble, y lo único que se podía añadir era si incluía o no el IVA. Unos honorarios por hora de más del doble de lo que Þóra solía cobrar. Además, la mujer ofreció un plus si la investigación conducía a la detención de un hombre que no fuera el que estaba ya arrestado. El plus era superior al sueldo anual de Þóra.

—¿Por qué me ofrecen tanto dinero? Yo no soy detective privado.

—Estamos buscando a alguien que pueda estudiar el caso desde cero, analizar las pruebas y evaluar adecuadamente la actuación de la policía. —La mujer hizo una

pausa antes de continuar—. La policía se niega a hablar con nosotros. Eso nos pone muy nerviosos.

«Su hijo ha sido asesinado y las relaciones con la policía los ponen nerviosos», pensó Þóra.

—Pensaré en el asunto. ¿Tiene un teléfono al que pueda llamarla?

—Sí. —La mujer dijo el número—. Le ruego que no tarde mucho tiempo en decidirse. Si no sé nada de usted hoy mismo, buscaré otra solución.

—No se preocupe. Se lo comunicaré enseguida.

—Señora Guðmundsdóttir, una cosa más.

—¿Sí?

—Ponemos una condición.

—¿Qué es?

Carraspeó.

—Queremos ser los primeros en ser informados de todo lo que descubra usted. Sea importante o no.

—Antes de entrar en los detalles hay que ver si puedo ayudarles.

Se despidieron y Þóra colgó el aparato. Estupendo, empezar el día haciendo de criada. Y haberse pasado con la tarjeta. Y con los reintegros. El teléfono volvió a sonar. Þóra descolgó el aparato.

—Soy del taller de coches. Oye, esto parece un poco peor de lo que pensábamos.

—¿Sigue vivo? —respondió Þóra fastidiada. El coche se había negado a ponerse en marcha cuando iba a hacer unos recados a mediodía del día anterior. Había intentado no sé cuántas veces arrancar sin éxito alguno. Al final no había tenido más remedio que darse por vencida y la grúa se había llevado el coche al taller. El mecánico la miró con cara de pena y le prestó un trasto viejo mientras durase la reparación. El coche de repuesto estaba marcado en la parte de atrás y la de delante con el nombre del Taller Mecánico Bibbi, y el suelo del asiento posterior y el del copiloto se encontraban llenos de toda clase de basura, especialmente envoltorios de repuestos y latas de Coca Cola vacías. Þóra no tenía más remedio que usarlo, porque no podía estar sin coche.

—Pues no mucho —respondió fríamente—. Va a resultar un poquitín caro. —Vino entonces un discurso lleno de conceptos del mundo de la reparación de vehículos, del que Þóra apenas comprendió nada. La cantidad que sonó a continuación, en cambio, no precisaba más explicaciones.

—Gracias. Repáralo.

Þóra colgó. Durante varios minutos se quedó mirando el teléfono, pensativa. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, con los consabidos gastos, adornos, gastos, regalos, gastos, fiestas, gastos, reuniones familiares, gastos y, qué curioso, más gastos todavía. No se podía hablar precisamente de grandes negocios en el bufete. Si tenía éxito en el caso del alemán le llegaría mucho más trabajo. Además solucionarían los problemas económicos, y muchas más cosas. Incluso podría irse de vacaciones con los niños. Tendría que ser a un lugar adecuado para una niña de seis

años, un chico de dieciséis y una mujer de treinta y seis. Además, tendría con qué invitar a un hombre de veintiséis años para completar el grupo y ajustar la distribución de sexos. Levantó el teléfono.

No fue la señora Guntlieb quien respondió, sino una sirvienta. Þóra preguntó por la señora y enseguida escuchó sus pasos acercándose, probablemente por un suelo de parqué encerado. Una voz fría se oyó en el teléfono.

—Hola señora Guntlieb. Þóra Guðmundsdóttir, de Islandia.

—Sí. —Tras un breve silencio, quedó claro que de momento no pensaba decir nada más.

—He decidido intentar ayudarles.

—Bien.

—¿Cuándo quieren que empiece?

—Enseguida. Acabo de reservar una mesa para el almuerzo, para que discuta el asunto con Matthew Reich. Trabaja con mi esposo. Está en Islandia y posee la experiencia en investigación de la que usted carece. Él puede informarla sobre el caso con más detalle.

El tono de reproche de la palabra «carece» era tan duro como si Þóra hubiese aparecido borracha como una cuba en una fiesta infantil de cumpleaños. Þóra hizo como si no pasara nada.

—Sí, comprendo. Pero quiero repetir que no estoy segura de si podré ayudarles.

—Ya se verá. Matthew llevará preparado el contrato que tiene usted que firmar. Tómese el tiempo necesario para leerlo.

A Þóra le entraron ganas de decirle a la señora que se fuera al demonio. No toleraba semejante trato, ni semejantes brusquedades. Cuando su mente voló, sin que ella quisiera, hasta ella misma, los niños, y un hombre de veintiséis años, todos juntos, al aire libre, se tragó el orgullo y murmuró unas palabras para mostrar su acuerdo.

—Vaya al Hotel Borg a las doce. Matthew podrá contarle algunas cosas que no han aparecido en los periódicos. Algunas cosas no se pueden imprimir.

Þóra sintió un escalofrío al oír la voz de la mujer. Era brusca e insensible a la vez, pero al mismo tiempo había en ella algo como quebrado. Probablemente uno sonaba así en situaciones como ésta. Ella no dijo nada.

—¿Podrá ir? ¿Conoce el hotel?

Þóra casi se echó a reír: ¡que si conocía el hotel más famoso de toda Islandia, una auténtica institución!

—Sí, creo que me las apañaré. Supongo que sí. —Aunque hubiera intentado dejar un cierto margen a la duda, Þóra sabía que estaría en el Borg a las doce. Sin falta.



## Capítulo 2

Póra miró el reloj y dejó el caso en el que estaba trabajando. Otro cliente que se negaba a afrontar el hecho de que su caso estaba perdido. Se sentía satisfecha de sí misma, había solucionado algunos asuntos menores y le quedaba tiempo antes de ir a ver a Herr Matthew Reich. Llamó a Bella por el intercomunicador.

—Tengo que ir al centro a ver a alguien. No sé cuánto tardaré, pero mejor que no cuentes conmigo por un buen rato. —Al otro lado de la línea sonó un gruñido que Póra tuvo que interpretar como expresión de acuerdo. Por Dios, ¿tanto le costaría decir simplemente «sí»?

Póra cogió el cuaderno y guardó la agenda en la cartera. Todo lo que sabía era lo que habían dicho los medios de comunicación. Pero lo cierto es que no había seguido la noticia con especial atención. Lo que recordaba era principalmente lo siguiente: un estudiante extranjero había sido asesinado, el cuerpo mutilado de forma inexplicable y un traficante de drogas, que mantenía constantemente su inocencia, había sido detenido. De todo esto no había demasiado que sacar.

Mientras se ponía el abrigo, Póra se examinó en el espejo. Sabía que era fundamental causar buen efecto en el primer encuentro, muy especialmente cuando la persona en cuestión era alguien importante. Dime cómo vistes y te diré quién eres, afirman quienes saben del asunto. Y por tus zapatos te conocerán. Eso no había conseguido entenderlo nunca. Sus zapatos eran, en el mejor de los casos, algo más que aceptables y el traje pantalón era el propio de un auténtico abogado. Póra se pasó los dedos por su cabello largo y rubio.

Rebuscó en su cartera, encontró por fin el lápiz de labios y se lo pasó a toda prisa. Por lo general casi no utilizaba maquillaje, apenas una crema hidratante y máscara por las mañanas. El lápiz de labios lo llevaba por si se presentaba alguna ocasión imprevista, como ésta. El lápiz tenía el color adecuado y la llenaba de confianza en sí misma. Estaba contenta de parecerse a su madre en vez de a su padre, al que una vez habían pedido que posara como doble de Winston Churchill. Desde luego, probablemente no se podía decir que fuera guapa o elegante, pero los pómulos altos y los ojos azules y almendrados hacían que siempre se la pudiese considerar atractiva. Además había tenido la fortuna de heredar la complexión de la parte materna de la familia, de modo que siempre estaba más bien delgada.

Póra le mandó un saludo a su socio y Bragi le respondió con un «que te vaya muy bien». Le había hablado de la conversación con la señora Guntlieb y el posible encuentro con su hombre de confianza. A Bragi le había parecido de lo más emocionante, pensaba que el hecho de que un cliente extranjero se pusiera en contacto con ellos era señal evidente de que estaban en el camino adecuado. Incluso

había estado dándole vueltas a la posibilidad de añadir *International* o *Group* al poco significativo nombre del bufete. Þóra confiaba en que Bragi estuviera bromeando, pero no estaba segura.

El viento que soplaba en la calle acabó de despejarla. Hacía un frío poco habitual en noviembre, que anunciaba un invierno largo y duro. Claro que servía de compensación para el verano increíblemente templado que habían dejado atrás. Þóra estaba convencida de que el clima estaba cambiando, fuera a causa de variaciones climatológicas naturales o por el efecto invernadero. Por el bien de sus hijos, esperaba que se tratase de lo primero, pero en su fuero interno sabía que no era así. Se protegió las mejillas con el cuello del jersey para no llegar a la reunión con las orejas congeladas. El Hotel Borg estaba demasiado cerca para que valiese la pena coger el coche del taller. Sólo Dios sabía lo que pensaría el alemán si la viese con aquel cacharro. En ese caso, sus zapatos tendrían ya poco que decir, eso lo tenía bien claro.

No transcurrieron ni seis minutos desde que salió de la oficina hasta que atravesó la puerta giratoria del hotel.

Þóra vio ante ella un elegante restaurante. Descubrió que junto a los grandes ventanales que daban hacia el Parlamento y Austurvöllur había ya poco que recordase a los años en los que casi todos los sábados por la tarde se reunía en el Borg con sus amigos... todos felices y contentos. Por entonces no tenía preocupaciones, excepto, quizá, cómo le quedaba el trasero con la ropa que llevaba esa tarde. El «efecto invernadero» no había captado aún su atención, excepto como nombre de un grupo de rock.

El alemán parecía tener unos cuarenta años. Estaba sentado con las piernas cruzadas en uno de los sillones tapizados y los anchos hombros ocultaban el respaldo en un efecto bonito. Estaba empezando a encanecer, lo que le otorgaba una clara respetabilidad. parecía rígido y formal, vestido con un traje de chaqueta gris y una corbata que no encajaba del todo con el color. Þóra sonrió, esperando parecer simpática e interesante, pero no tonta. El hombre se puso en pie.

—Frau Guðmundsdóttir —dijo con una pronunciación dura y fría.

Se dieron la mano.

—Herr Reich —murmuró Þóra con la mejor pronunciación alemana de la que era capaz—. Llámeme Þóra simplemente —añadió—. Es más fácil de pronunciar y en Islandia todos nos tratamos por el nombre de pila.

—Siéntese —dijo el hombre, sentándose a su vez—. Y llámeme a mí Matthew.

Ella tomó asiento también con la espalda lo más recta posible y se preguntó qué pensarían los demás clientes de aquel dúo tan envarado. Quizá que se estaba celebrando la reunión fundacional de una asociación de personas con grapas metálicas en la columna.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —le preguntó cortesmente el hombre en alemán. El camarero comprendió perfectamente lo que decía, porque se volvió hacia Þóra esperando su respuesta.

—Agua, por favor. Con gas. —Recordó de pronto lo aficionados que eran los



alemanes al agua embotellada. Desde luego, su popularidad iba en aumento también en Islandia: diez años atrás a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido pensar siquiera en pagar en un restaurante por un agua que corría permanentemente de los grifos. Por eso optó por el agua carbonatada.

—¿Hago bien en pensar que ya ha hablado del asunto con mis jefes, más exactamente con Frau Guntlieb? —preguntó Matthew Reich cuando se hubo alejado el camarero.

—Sí. Me dijo que usted me proporcionaría información más detallada.

Él asintió con la cabeza y se humedeció los labios con el líquido transparente de su vaso. Las burbujas indicaban que él también tenía agua con gas.

—He reunido la información y se la he puesto en una carpeta para que la pueda leer. Puede llevársela y mirarla más tarde, pero hay algunos pormenores que deseo repasar con usted ahora, si le viene bien.

—Faltaría más —respondió Þóra inmediatamente. Antes de que tuviese ocasión de continuar, se apresuró a decir—: Bueno, lo cierto es que querría saber algo más preciso sobre estas personas para las que voy a trabajar. A lo mejor para la investigación carece de importancia, pero la posee para mí. Frau Guntlieb mencionó una cantidad muy considerable como remuneración. No tengo ningún interés en provocar más problemas a la familia si carecen de medios suficientes.

—Tienen medios suficientes —dijo él con una media sonrisa—. Herr Guntlieb es banquero, el principal accionista del banco Anlagenbestand, en Baviera. El banco no es excesivamente grande, pero cuenta con fuertes ingresos y clientes con fortunas considerables. No se preocupe. La familia Guntlieb es muy, muy rica.

—Comprendo —respondió Þóra, pensando que eso explicaba que fuera una sirvienta quien atendía las llamadas en su casa.

—Por otro lado, la familia Guntlieb no ha tenido la misma suerte con sus hijos. Tuvieron cuatro, dos hijos y dos hijas. El hijo mayor pereció en un accidente de automóvil hace unos diez años y la hija mayor nació totalmente inválida. Su enfermedad la llevó a la muerte hace unos años. Y ahora su hijo Harald ha sido asesinado y la hija menor, Elisa, es la única que queda. Todo esto ha sido una dura prueba para ellos, como podrá imaginarse.

Þóra asintió con la cabeza y preguntó con cierta vacilación:

—¿Qué hacía Harald en este país? Yo pensaba que en Alemania había suficientes universidades con buenos departamentos de Historia.

A juzgar por el rostro de Matthew, que el resto del tiempo no había mostrado gesto alguno, aquella pregunta resultaba difícil de contestar.

—En realidad no lo sé. Estaba interesado por el siglo XVII y me han dicho que realizaba ciertas investigaciones comparadas sobre Islandia y la Europa continental. Vino aquí con un programa de intercambio que existe entre la Universidad de Munich y la Universidad de Islandia.

—¿De qué clase de investigación comparada se trataba? ¿Acaso sobre formas de gobierno o algo por el estilo?

—No, más bien sobre algo en el terreno de la religión. —Bebió un sorbo de agua

—. Quizá deberíamos pedir antes de continuar. —Le hizo una seña al camarero, que apareció con dos cartas.

Póra tuvo la sensación de que no debía de tratarse de un hambre repentina, que había un motivo más serio para aquellas prisas.

—Religión, dice usted —echó un vistazo a la carta—. ¿Y qué, exactamente?

Él dejó sobre la mesa la carta abierta.

—No se habla de estos temas durante la comida, pero espero hacerlo enseguida. Aunque no estoy plenamente seguro de que el interés de Harald por ese tema tenga relación con el crimen.

Póra frunció las cejas.

—¿Era sobre la peste?—preguntó.

—No, nada de pestes. —La miró a los ojos al decirlo—: Brujería. Torturas y ejecuciones. Nada especialmente atractivo. Desgraciadamente, Harald estaba muy interesado por esas cosas. Debe de ser cosa de familia.

Póra asintió.

—Comprendo —aunque en realidad no comprendía nada—. Quizá deberíamos olvidar el asunto hasta después de la comida.

—En realidad no es necesario. Los pormenores más importantes están en la carpeta que podrá usted llevarse. —Volvió a coger la carta—. Más tarde le haré entrega también de unas cajas con objetos personales de Harald que devolvió la policía. Son cosas relacionadas con su tesis, y que podrán proporcionarle una idea más precisa. También esperamos su ordenador y otros objetos que quizá podrían ofrecer algunas indicaciones.

Estudiaron las cartas en silencio.

—Pescado —dijo Matthew sin levantar la mirada—. Aquí comen mucho pescado.

—Sí, sí que lo comemos —fue lo único que se le ocurrió a Póra responder.

—A mí no me gusta nada el pescado —dijo él.

—¿En serio? —Póra cerró la carta—. A mí sí que me gusta, y creo que voy a probar la platija a la plancha.

Él finalmente decidió pedir platija al horno. Cuando el camarero se hubo marchado, Póra preguntó por qué creía la familia que la policía había detenido al hombre equivocado.

—Hay varias razones. En primer lugar, Harald no habría malgastado su tiempo peleándose con un camello. —La miró a los ojos—. Consumía drogas de vez en cuando; eso se sabía. También bebía alcohol. Era joven. Pero no era realmente ni un drogadicto ni un alcohólico.

—Naturalmente no es más que cuestión de matices —dijo Póra—. Para mí, el consumo reiterado de drogas es adicción.

—Algo sé sobre el abuso de las drogas. —Calló, pero se apresuró a continuar—: Pero no por experiencia propia, sino por una amiga mía. Harald no era drogadicto... sin duda estaba en vías de serlo pero, cuando le asesinaron, aún no lo era.

Póra no tenía la menor idea de qué era lo que había llevado a aquel hombre a

Islandia. Seguro que no había sido única y exclusivamente para invitarla a comer y saborear el pescado islandés.

—¿Qué es exactamente lo que hace usted para esa familia? La señora Guntlieb dijo que trabajaba con su esposo.

—Me encargo de los asuntos de seguridad del banco. Eso incluye, entre otras cosas, el seguimiento de posibles empleados, solucionar cuestiones de seguridad de la empresa, así como el transporte de fondos.

—¿No se incluye lo referente a drogas?

—No. Me refería a mi trabajo anterior. Estuve doce años en la policía de investigación de Munich. —La miró directamente a la cara—. Sé algunas cosillas sobre asesinatos y no tengo la menor duda de que en la investigación de la muerte de Harald cometieron algún error. No tuve que hablar demasiado con el comisario para darme cuenta de que no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—¿Cómo se llama?

Þóra comprendió a quién se refería, a pesar de la corrupta pronunciación: Árni Bjarnason. Suspiró.

—Le conozco de otros casos. Es un imbécil. Mala suerte que le pusieran al frente de la investigación.

—Hay otras razones más por las que la familia considera que el camello no está relacionado con este crimen.

Þóra levantó los ojos.

—¿Cómo cuáles?

—Poco antes de su muerte, Harald sacó mucho dinero de la cuenta que tiene a su nombre. No ha habido forma de saber adónde fue a parar el dinero. Era mucho más de lo que pudiera necesitar Harald para comprar droga. Incluso aunque hubiese querido pasarse bien colocado una buena tira de años.

—¿No sería que pensaba invertir el dinero en el tráfico de drogas? —preguntó Þóra, que añadió—: ¿Contrabando a gran escala, o algo así?

Matthew resopló.

—Excluido. Harald no necesitaba ganar dinero. Él también tenía su propia fortuna personal. Había heredado de su abuelo una elevada suma.

—Comprendo. —Þóra no quería seguir insistiendo, pero se puso a pensar si habría podido haber otras razones, por ejemplo síndrome de abstinencia; o a lo mejor se trataba de pura y simple estupidez.

—La policía no ha conseguido demostrar que el camello hubiese cogido el dinero. La única conexión de Harald con el mundo de la droga que consiguieron descubrir es que compraba droga de cuando en cuando.

Llegó la comida y se pusieron a comer en silencio. Þóra se sintió un poco incómoda. Aquel hombre no era, evidentemente, uno de esos con los que es fácil estar sin decir nada. Además, a ella nunca se le había dado bien hablar por hablar, aunque el silencio resultase opresivo, de modo que decidió no decir nada.

Pidieron café y enseguida llegaron a la mesa dos humeantes tazas, un azucarero y una jarrita de plata con la leche.

Póra tomó un sorbo de café y rompió el silencio.

—¿Podría echar un vistazo al contrato?

El hombre alargó el brazo para coger la cartera que estaba al lado de la mesa y sacó una carpeta delgada. Se la pasó a Póra por encima de la mesa.

—Quédese. Podemos repasar mañana los cambios que quiera introducir, y yo informaré a los Guntlieb. Es un contrato razonable y dudo que tenga usted que estudiarlo demasiado. —Volvió a inclinarse y sacó otra carpeta más gruesa. La puso en la mesa, entre los dos—. Llévase también esto. Es la carpeta de la que hablé antes. Creo que sería conveniente que la mirase un poco, aunque sea por encima, antes de marcharse. En este asunto hay algunos aspectos tristes y nada agradables que prefiero que conozca de antemano.

—¿Cree que yo sola no podré? —preguntó Póra un poco irritada.

—A decir verdad, no lo sé. Por eso le pido que eche un vistazo. Hay fotos de escenas que no son precisamente agradables y mucho material de lectura que no es mucho mejor. Empecé a dudar sobre algunos pasos de la investigación con la ayuda de una persona cuyo nombre prefiero no mencionar. —Puso la mano sobre la carpeta—. Aquí se encuentran también datos sobre la vida de Harald. Sólo los conocen muy pocas personas y debe seguir siendo así. Confío en que si en algún momento decide usted abandonar, guardará silencio sobre estas cuestiones. La familia no desea en absoluto que se conozcan. —Levantó la mano de la carpeta y la miró a los ojos—. No quiero aumentar sus penas.

—Comprendo —respondió Póra—. Puedo asegurarle que nunca voy por ahí contando cosas de mi trabajo. —Ella también le miró fijamente y añadió con determinación—: Jamás.

—Bien.

—Pero ya que ha recopilado todas estas cosas... ¿para qué me necesitan a mí? Usted parece haber obtenido una información que yo habría sido incapaz de reunir.

—¿Quiere saber por qué la necesitamos a usted?

—Creo que acabo de preguntarlo.

El hombre respiró sonoramente por la nariz.

—Le voy a decir por qué. Yo soy extranjero en este país, y encima, alemán. Es necesario hablar con personas que jamás me contarían nada de importancia. Yo no he hecho más que arañar la superficie y la mayor parte de la información sobre cuestiones personales de Harald la obtuve en Alemania. A la gente no le gusta demasiado discutir detalles desagradables y difíciles con una persona como yo.

—Me lo puedo imaginar —dijo Póra sin pensárselo.

Al instante, el hombre sonrió. Póra se vio sorprendida al observar que su sonrisa era bonita, auténtica de alguna forma, a pesar de que los dientes eran artificialmente blancos y bien formados. No pudo menos que responder a la sonrisa, pero enseguida añadió, incómoda:

—¿Qué detalles desagradables son éstos que tendré que discutir yo con esas personas?

La sonrisa del hombre desapareció tan deprisa como había aparecido.

—Sexo con asfixia, autotortura, magia, alteraciones corporales y otras formas de conducta anormal, propias de individuos seriamente alterados.

Póra se sintió totalmente perdida.

—No estoy segura de saber realmente adonde va todo esto. «Sexo con asfixia» es algo que nunca había oído. —A lo mejor se trataba de que la falta de sexo les producía como una especie de asfixia...

Cuando apareció la sonrisa por segunda vez, ya no era tan amistosa como antes.

—Bah, ya se enterará. No se preocupe lo más mínimo.

Terminaron el café sin decir una palabra; después Póra cogió la carpeta y se dispuso a regresar a la oficina. Acordaron volver a verde al día siguiente y se despidieron.

Cuando Póra estaba alejándose de la mesa, el hombre le puso la mano sobre el hombro.

—Una cosa más para terminar, Frau Guðmundsdóttir.

Ella se dio la vuelta.

—Olvidé decirle por qué estoy convencido de que el hombre que detuvo la policía no es el asesino.

—¿Por qué?

—No tenía los ojos de Harald.



## Capítulo 3

Póra, por naturaleza, no tenía miedo a los ladrones, pero en el camino de regreso tras la reunión con Matthew procuró llevar su cartera bien sujeta. No podía ni imaginarse tener que llamar a aquel hombre para anunciarle que le habían robado los papeles. Por eso se sintió tan aliviada cuando cruzó la puerta del bufete. La recibió un fuerte olor a humo.

—Bella, sabes que está prohibido fumar aquí.

Bella se apartó sobresaltada de la ventana en un torpe intento de decir algo.

—No estaba fumando. —Mientras lo decía, un hilo de humo se le escapó por la comisura de la boca. Póra suspiró.

—Pues tienes un incendio en la boca. —Y añadió—: Cierra la ventana y fuma en la sala del café. Te sentará mejor que tener que salir a dar vueltas a la manzana.

—No estaba fumando, estaba echando del alféizar a las palomas —respondió Bella molesta. Se sentó a su escritorio sin mirar a Póra.

Póra decidió no remover más el asunto. La experiencia le había enseñado que no valía la pena desperdiciar saliva con aquella chica. Se fue a su despacho y cerró la puerta con llave.

La carpeta que le había dejado Matthew estaba repleta, y eso que se trataba del modelo más grueso. Era de color negro, lo que en cierto modo resultaba muy apropiado, a la luz de su contenido.

La tapa no tenía marca alguna, sin duda sería difícil encontrar un título de buen gusto. «Harald Guntlieb en vida y muerte», murmuró Póra de labios adentro al abrir la carpeta y contemplar el ín dice, impecablemente impreso. La carpeta estaba dividida en siete partes con separadores intermedios y, al parecer, las secciones se encontraban ordenadas cronológicamente: Alemania, Servicio militar, Universidad de Múnich, Universidad de Islandia, Cuentas bancarias, Investigación policial. La séptima y última se llamaba Autopsia. Decidió ir estudiando la carpeta en el mismo orden en que estaba organizada. Miró el reloj y vio que iban a ser las dos. Difícilmente podría verlo todo antes de las cinco, hora en que tenía que ir a recoger a su hija Sóley a la guardería... a menos que se diese mucha prisa. Póra puso el móvil para que sonara a las cinco menos cuarto. Se propuso tener visto lo más importante de la carpeta antes de esa hora. Luego se llevaría la carpeta a casa, como hacía de vez en cuando si tenía mucho que hacer. El contenido, sin duda, no era el más apropiado para estudiarlo detenidamente en casa, a la vista de los niños. Fue a la primera hoja separadora y empezó a mirar.

En primer lugar había una fotocopia de la partida de nacimiento. En ella podía leerse que la señora Amelia Guntlieb había dado a luz a un niño sano, de sexo

masculino, en Munich, el 18 de junio del año 1978. El padre estaba registrado como el señor Johannes Guntlieb, director de banco. Þóra desconocía el lugar de nacimiento. A juzgar por el nombre, no se trataba de ninguno de los grandes hospitales nacionales, e imaginó que sería alguna clínica privada carísima, o una maternidad para gente de mucho dinero. En la línea destinada a anotar la religión del niño habían escrito «católica romana». Si la memoria no la engañaba, Þóra recordaba vagamente que alrededor de una tercera parte de los alemanes tenían esa religión, y que la mayoría vivía en el sur del país. Cuando Þóra estudió en Alemania la sorprendió el elevado número de católicos. Siempre había asociado a Alemania con la Reforma protestante y había pensado que los católicos se encontraban sobre todo en los países del sur de Europa, como Italia y España, sin olvidar Francia.

Þóra pasó la hoja.

Las siguientes páginas consistían en fundas de plástico. Estas contenían fotografías, la mayor parte de ellas de la familia Guntlieb en circunstancias variadas. En cada funda había recortes de papel con los nombres de las personas que aparecían en las fotos. Cuando Þóra fue repasando rápidamente las fotos, vio que en todas y cada una de ellas estaba marcado el nombre de Harald. Además de instantáneas familiares había también algunas fotos escolares de él a diversas edades, recién peinado y cepillado, como Dios manda. Þóra estuvo pensando el motivo por el que estaban aquellas fotos en la carpeta. La única explicación aceptable era que se trataba de recordarle que el asesinado había sido antes una persona viva. Y aquello tuvo el efecto deseado.

En las primeras fotos, que eran las más antiguas, se podía ver a un muchachito de buen aspecto, bien con su hermano, que parecía tener dos o tres años más que él, bien con su madre. A Þóra le llamó la atención lo guapa que era Amelia Guntlieb. Aunque algunas de las fotografías eran bastante malas, saltaba a los ojos que era una de esas poquísimas mujeres que están siempre alegres sin que parezcan darle demasiada importancia al hecho. Especialmente evidente resultaba, pensó Þóra, una foto de madre e hijo en la que la señora Guntlieb estaba enseñando a su hijo a caminar. La foto había sido tomada en el jardín, al aire libre, y la señora Guntlieb llevaba a Harald de la mano mientras éste intentaba dar pasitos con el torpe caminar de los niños de un año de edad, con una de las piernas en el aire, bien doblada por la rodilla. La señora Guntlieb sonreía al fotógrafo y la felicidad chispeaba desde su hermoso rostro. La fría voz que Þóra había oído en el teléfono desde el otro lado del mar no parecía corresponder a aquella fisonomía. El chiquillo estaba todavía en la edad en la que el rostro aún no se encuentra bien definido en la barbilla, la nariz y las mejillas, pero pese a todo se podían ver rasgos del parecido de madre e hijo.

Las siguientes fotografías eran de Harald a los dos o tres años de edad. Ahora se parecía aún más claramente a su madre, aunque no tanto como para resultar afeminado. Su madre aparecía también en las fotos, primero embarazada, luego sonriendo con un bebé en los brazos, bien envuelto en ropas y pañales. En la foto se veía a Harald junto a la silla en la que estaba sentada la madre, estirándose como para ver bien aquel fardito blanco, su hermana. Su madre le tenía sujeto por los

hombros. Por el papel que había debajo de la foto, Þóra supo que la niña fue bautizada con el nombre de su madre, Amelia, además de un segundo nombre, Maria. Esta era la chica que había muerto a causa de una enfermedad congénita. A juzgar por la foto, al principio la familia ignoraba la enfermedad. La madre parecía, por decir poco, feliz y despreocupada. En las siguientes fotos, en cambio, era como si algo hubiese cambiado. La señora Guntlieb, que mostraba una amplia sonrisa en todas las fotos, sin excepción, parecía remota y abatida. En una de las instantáneas había adoptado una sonrisa de circunstancias pero que no le llegaba a los ojos. Tampoco se apreciaba aquel contacto físico entre ella y Harald que había sido tan característico de fotos anteriores. El niño parecía más bien afligido y perdido. La niña no se veía por ningún lado.

Parecía que se habían saltado una parte de la historia familiar, y Þóra tuvo la certeza de que las siguientes fotos correspondían a por lo menos cinco años más tarde. El capítulo comenzaba con una foto de familia, todos muy bien colocados, la primera en la que se veía al señor Guntlieb. Era un hombre de aspecto respetable, de edad claramente algo mayor que su esposa. Todos los de la imagen vestían sus mejores ropas, pero ahora había además un bebé acostado en brazos de su madre. Era sin duda la hija más pequeña del matrimonio, el único de sus hijos que seguía con vida. La niña enferma estaba allí también, ahora en una silla de ruedas. No era necesario tener estudios de medicina para darse cuenta de lo horrible de su invalidez, viéndola allí sentada, amarrada a la silla, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta. La mandíbula inferior no colgaba hacia abajo sino hacia un lado, lo que daba a entender que la niña apenas tenía control sobre ella. Lo mismo parecía suceder con las extremidades: un brazo estaba encorvado hacia arriba por el codo, y la mano colgaba doblada sobre el brazo de una forma que no parecía natural. Los dedos de esa mano estaban encorvados y le daban aspecto de garra. El otro brazo descansaba sobre su regazo, y daba la sensación de que no podía moverse. Detrás de la silla de ruedas estaba Harald, ahora con unos ocho años. Su gesto no se parecía a nada que Þóra hubiera visto en su propio hijo a esa edad. Era como si el niño ya no existiese. Aunque los demás miembros de la familia, los señores Guntlieb, así como el hijo mayor que Harald, no habían salido precisamente alegres, el muchacho parecía patético en su desamparo. Algo había sucedido, evidentemente, y Þóra estuvo dándole vueltas a si un niño tan pequeño podía verse afectado de aquella forma por la enfermedad de una hermana menor. Quizá sólo tenía que luchar con problemas psicológicos, eso no era tan extraño en los niños. Tal vez había sido un niño depresivo y la competencia con la hermana pequeña por conseguir la atención de sus padres había podido con él. Si era algo de ese estilo lo que había estado pasando por entonces, quedaba claro en las siguientes fotos, donde los padres eran siempre figuras lejanas. En ninguna de ellas mostraban al niño cercanía física alguna, él estaba siempre apartado del resto de la familia, excepto en unos pocos casos, en los que su hermano mayor estaba a su lado. Era como si su madre se hubiese olvidado de él, sin más, o como si estuviera tratando de ignorarle. Þóra se recomendó a sí misma no intentar sacar demasiadas conclusiones de aquellas fotos. Parecían simples



instantes de la vida de aquellas personas y nunca podrían dar una imagen real de lo que pensaban o hacían.

Llamaron a la puerta y asomó el rostro de Bragi, el copropietario del bufete.

—¿Tienes dos minutos?

Póra asintió con la cabeza y Bragi entró. Estaba ya en los sesenta, grueso y de elevada estatura, uno de esos que no sólo son altos, sino sencillamente grandes. Para Póra, la mejor forma de describirlo era diciendo que estaba ampliado dos tallas por todas partes, incluyendo dedos, orejas, nariz y todo lo demás. Se incrustó en la silla que había delante de la mesa de Póra y atrajo hacia sí la carpeta que estaba estudiando.

—¿Qué tal fue?

—¿La reunión? Bien a secas, creo —respondió Póra viendo a Bragi hojear descuidadamente las fotos de familia que había estado mirando ella.

—Este chico tiene una pinta tremendamente triste —dijo Bragi señalando a Harald en una foto—. ¿Es éste el asesinado, quizá?

—Sí —respondió Póra—. Son unas fotos bastante peculiares.

—Pues no sé. Tendrías que mirar las fotos desde tu recuerdo de la infancia. Yo era un chico de lo más amargado. Desgraciado y, por decirlo en una sola palabra, perdido. Las fotografías de aquella época lo demuestran.

Póra no respondió. Estaba acostumbrada a oír a Bragi decir toda clase de cosas raras. Eso de que había sido desgraciado y perdido cuando era un chaval no era más que una tremenda exageración, igual que aquello otro de que mientras hacía la carrera de Derecho había tenido que trabajar como guardia nocturno en la báscula del puerto por las noches y en los botes de remos los fines de semana. Sin embargo, aquel hombre le caía estupendamente. Siempre se había portado bien con ella, desde el momento en que la invitó a fundar con él un bufete tres años atrás; ella dijo que sí con agradecimiento. Entonces trabajaba en un bufete de mediano tamaño y se sintió más feliz que nadie de marcharse de allí; por eso no echaba de menos las conversaciones sobre pesca del salmón y corbatas al lado de la máquina de café.

Bragi empujó la carpeta para devolvérsela a Póra.

—¿Piensas encargarte de esto?

—Pues sí, me parece que sí —fue la respuesta—. Es un cambio. Siempre es divertido enfrentarse a cosas nuevas.

Bragi dejó escapar un gruñido.

—Todo es relativo, déjame que te lo diga. A mí no me pareció nada emocionante enfrentarme a un cáncer de colon hace ahora un año, aunque se tratara de algo totalmente nuevo para mí.

Póra no intentó seguir ahondando en esa dirección, y se apresuró a decir:

—Tú sabes a lo que me refiero.

Bragi se puso en pie.

—Sí, sí, claro. Sólo quería advertirte de que no te hagas demasiadas ilusiones. —Fue hacia la puerta pero en el umbral se dio la vuelta y añadió—: ¿Qué, crees que podrás utilizar a Pór en este caso?

Pór era un abogado recién licenciado que llevaba alrededor de medio año trabajando con ellos. Era un tanto raro y poco sociable, pero todo su trabajo era ejemplar, de modo que Póra no tenía objeción ninguna en que formara equipo con ella, si surgía la necesidad.

—Había pensado utilizarlo más bien para descargarme de otros asuntos y así tener tiempo que dedicar a éste. Tengo mucha tarea que a él no le será difícil terminar.

—Perfecto, haz como mejor te parezca.

Póra volvió a coger la carpeta y pasó páginas rápidamente por las fotos que quedaban, para ver cómo iba creciendo Harald, cómo iba convirtiéndose en un hombre muy fotogénico, con el rostro claro de su madre. Su padre tenía las cejas de un color más oscuro; uno de esos rostros que no se quedan bien en la memoria. La última página contenía exclusivamente dos fotografías, las dos tomadas al parecer en un estudio de fotógrafo. Una con ocasión del final de estudios, probablemente en la Universidad de Munich, y la otra con ocasión del comienzo o del final del servicio militar, al menos Harald iba vestido con el uniforme del ejército alemán. Póra no sabía suficiente como para hacerse una idea de a qué arma del ejército había pertenecido. Se dijo que la explicación se encontraría en la sección sobre el servicio militar que aparecía en el índice.

En las páginas siguientes se hallaban fotocopias de las calificaciones de Harald en diversos grados escolares, y saltaba a la vista que el chico había sido un estudiante extraordinario. Siempre obtenía sobresalientes, y Póra sabía por experiencia propia que en el sistema escolar alemán éstos no se sacaban de la manga precisamente. La última hoja de calificaciones era de la Universidad de Munich, donde Harald se había licenciado en Historia, y era del mismo estilo. La tesina, además, había recibido la máxima calificación. A juzgar por los años, era evidente que Harald se había tomado vacaciones de los estudios antes de matricularse en la universidad. Probablemente tenía algo que ver con el servicio militar. Póra pensó que era bastante curioso que el joven hubiese decidido entrar en el ejército, habida cuenta de su magnífico expediente académico. Aunque en Alemania el servicio militar era obligatorio, librarse no era difícil. Y ser hijo de unos padres con mucho dinero no habría sido ningún obstáculo precisamente. No les habría resultado demasiado difícil librarle de ese deber.

Póra hojeó la segunda parte de la carpeta, que se titulaba Servicio militar. Este capítulo no era muy grueso, apenas unas pocas páginas. En la primera había una fotocopia de la hoja de alistamiento de Harald Guntlieb, en el año 1999, en la Bundeswehr, el ejército alemán. Parecía que se había alistado en Das Deutsche Heer, el ejército de tierra. Le extrañó que no hubiese elegido la aviación o la marina. Póra daba por seguro que con las influencias de su padre habría podido elegir cualquier arma del ejército. En la página siguiente había un recorte de prensa que decía que la unidad de Harald iba a ser enviada a Kosovo, y en la tercera y última estaba su salida del ejército, fechada siete meses después. No se daba explicación alguna, aparte de que estaba escrito, en estilo muy funcionarial, «medizinische Gründe», esto es,

razones médicas. En el espacio vacío de la fotocopia alguien había escrito un bonito signo de interrogación. Þóra imaginó que habría sido Matthew; que ella supiera, era él quien había recopilado todo aquello. Para no olvidarse, Þóra escribió una nota recordándose preguntarle más detalles sobre el cese en el ejército. Pasó al capítulo siguiente.

Igual que el capítulo sobre el servicio militar, éste empezaba con la fotocopia de una hoja de matrícula, ahora de la Universidad de Munich. Þóra se dio cuenta de que estaba fechada apenas un mes después de la licencia del ejército. Eso indicaba que Harald había mejorado mucho después de dejar el ejército, si es que había sido una enfermedad el verdadero motivo de su salida del ejército. Después venían algunas páginas con las que Þóra no se aclaraba del todo; una era la fotocopia de la reunión fundacional de una sociedad de estudios históricos denominada Malleus Maleficarum, la segunda incluía una carta de recomendación de un tal profesor Chamiel que alababa a Harald en los términos más encomiásticos, y en algunas había lo que parecían programas de las asignaturas de Historia de los siglos XV, XVI y XVII. Þóra no tenía nada claro qué iba a poder sacar de todo aquello.

Al final de esta parte se encontraba un recorte de un periódico alemán sobre la muerte de unos jóvenes como consecuencia de ciertas actividades sexuales extrañas. Después de leerlo, Þóra pudo comprender que estas actividades consistían en apretar la tráquea con una cuerda mientras se practicaba la masturbación. Aquello debía de tratarse del sexo con asfixia del que había hablado Matthew. Realmente, debía de ser el no va más para alcanzar el orgasmo en quienes tienen dificultades para conseguirlo a consecuencia del consumo frecuente de narcóticos, alcohol o cosas semejantes. En el papel no figuraba nada que pudiera relacionar aquel artículo con Harald, aparte de que uno de los muertos estudiaba en su misma universidad. No se citaba el nombre del estudiante ni había mención del año. Pero alguna conexión tenía que existir, ya que el artículo estaba incluido en la carpeta. Þóra volvió atrás, a la foto de graduación de Harald, que se encontraba al final del primer capítulo. Estudió la foto con detenimiento y lo único que encontró fue que había algo rojo en la parte que sobresalía del cuello de la camisa. Sacó la foto de la bolsa e intentó entender mejor lo que había en ella. La fotografía se hizo un poco más clara cuando la extrajo del plástico, pero no lo bastante para que Þóra pudiera convencerse de que se trataba de una cicatriz. Anotó que debería acordarse también de preguntar a Matthew sobre aquel asunto.

Lo último que se encontraba en esta compilación, de por sí extraña, sobre los años de universidad de Harald en Múnich era la primera página de su tesina para la licenciatura en Historia. A juzgar por el título, versaba sobre las persecuciones de brujas en Alemania, sobre todo de la ejecución de niños sospechosos de brujería. Þóra sintió un escalofrío. Naturalmente, conocía las quemaduras de brujas por las clases de Historia de sus años de bachillerato, pero no recordaba que nunca se hubiera mencionado a los niños en ese contexto. Sería difícil que le hubiese pasado desapercibido, aunque en aquella época la historia la aburría terriblemente. No había más que aquella primera página de la tesina, y Þóra se concedió la esperanza de que

la conclusión de la tesis fuera que no habían quemado a ningún niño. Sin embargo, en su interior sabía que no era así. Empezó a leer el capítulo sobre la Universidad de Islandia. Aquí figuraba una carta de la universidad en la que comunicaban a Harald que había sido aprobada su participación en el programa de maestría en Historia, y se le daba la bienvenida al centro en el semestre del otoño de 2004. A continuación se encontraba una fotocopia de las calificaciones en las asignaturas que había cursado Harald. Þóra vio por la fecha de la fotocopia que las calificaciones habían llegado después de su muerte. Probablemente las había recogido Matthew. Aunque Harald no había podido cursar demasiadas asignaturas en el año aproximado que llevaba estudiando allí, todas las calificaciones eran muy altas, como sucedía con las anteriores. Þóra imaginó que debía de habersele autorizado a realizar los exámenes en inglés, pues suponía que no conocería el islandés. Calculó que le faltaban diez créditos, aparte de la tesis del máster.

Venía a continuación una página con una lista de cinco nombres. Eran todos islandeses y detrás de cada uno estaba anotada la especialidad y lo que podía ser el año de nacimiento. No había más, y Þóra supuso que aquellos serían amigos de Harald, pues casi todos tenían la misma edad que él. Los nombres eran: Marta Mist Eyjólfsdóttir, Estudios de la mujer, n. 1981; Brjánn Karlsson, Historia, n. 1981; Halldór Kristinsson, Medicina, n. 1982; Andri Þórsson, Química, n. 1979, y Bríet Einarsdóttir, Historia, n. 1983. Þóra pasó las páginas con la esperanza de que hubiese mas datos sobre aquellos jóvenes, pero no era así, pues inmediatamente después venía una fotocopia del campus de la universidad y sus principales edificios. Habían trazado unos círculos en la Facultad de Historia y la Fundación Árni Magnússon, además del edificio principal. Más tarde vería por qué había incluido Matthew todo aquello en la carpeta, como si ella no conociese su propia universidad. Venía a continuación otra fotocopia de la página web de la universidad; Þóra pasó por alto el texto, que estaba en inglés y hablaba de la Facultad de Historia. Luego había otra página parecida sobre el acceso de estudiantes extranjeros. De todo aquello no se podía sacar nada.

La última sección de este capítulo era la fotocopia de un correo electrónico, enviado desde la dirección hguntlieb@hi.is, que evidentemente era la de Harald en la universidad. El correo estaba dirigido a su padre, fechado poco después de empezar los estudios en la primavera de 2004. Al leer el correo, le llamó la atención lo poco personal que era el mensaje, en comparación con lo que puede esperarse en la carta de un hijo a su padre. En un lenguaje muy conciso, la carta hablaba de lo contento que estaba Harald en Islandia, que acababa de mudarse a un piso de lo más decente, etcétera. Al final del correo, Harald decía que había encontrado a un profesor para supervisar su tesis de maestría, el catedrático Þorbjörn Ólafsson. La tesis, de acuerdo con el correo, versaría sobre la comparación de las quemaduras de brujas en Islandia y Alemania, partiendo del hecho de que la mayor parte de los condenados en Islandia fueron hombres, a diferencia de lo sucedido en Alemania, donde la mayoría la formaban mujeres. La carta concluía con un saludo de despedida y Þóra sintió que algo le saltaba en el pecho al ver una posdata debajo del nombre de Harald; decía: «Si

te interesa seguir en contacto, aquí tienes mi correo electrónico». No demostraba excesivo cariño. Quizá la baja en el ejército tuviera algo que ver con aquella relación tan poco íntima. Su padre, al menos a juzgar por las fotografías, no parecía excesivamente comprensivo y debía de estar molesto con un hijo incapaz de cumplir las expectativas depositadas en él.

En la página siguiente había una breve respuesta de su padre, también fotocopia de un correo electrónico. Decía: «Querido Harald, espero que no te dediques a ese tema de tesis. Es malo y nada adecuado para formar el carácter. Sé sensato con el dinero. Saludos», y debajo aparecía la firma de correo con el nombre completo del padre, su cargo y su dirección. Así que eso era, pensó Þóra, ¡qué seco! Ni una palabra de que se alegrara de haber recibido noticias de su hijo, ni de que lo echase de menos en absoluto, ni siquiera había firmado con «papá» o algo semejante. Resultaba evidente que la relación era fría, si no gélida. Þóra no sabía si padre e hijo habían vuelto a comunicarse por email; al menos, en la carpeta no había ninguno más.

Al final se encontraba la fotocopia de un documento de la universidad con la relación de asociaciones de estudiantes y los títulos de los periódicos editados por los alumnos de diversos departamentos. Þóra repasó la lista pero no vio nada de especial interés, hasta que hacia el final de la lista leyó: «Malleus Maleficarum: asociación de interesados en historia y etnografía». Þóra levantó los ojos de los papeles. Era el mismo nombre que aparecía en el acta fundacional incluida en el capítulo sobre los estudios universitarios de Harald en Munich. Þóra volvió atrás para asegurarse, y así era. Vio que debajo del nombre de la asociación en la lista islandesa habían escrito con lápiz: «errichtet 2004», fundada en 2004. Era después del comienzo de los estudios de Harald en la Universidad de Islandia. ¿A lo mejor el promotor de aquella asociación había sido él? No era nada improbable, a menos que aquel «Malleus Maleficarum» fuera alguna cosa especialmente emblemática para la historia y la etnografía. Claro que no tenía ni idea de lo que podía significar: Þóra no sabía nada de latín. Pasó al capítulo quinto, el de las cuentas bancarias.

Consistía en una abultada colección de extractos de una cuenta bancaria extranjera. Harald Guntlieb aparecía como titular, y movía unas cantidades exorbitantes, aunque al final del último extracto el saldo se había reducido mucho. Habían marcado en color rosa con un rotulador los movimientos cuando se trataba de grandes reintegros y en color amarillo los ingresos grandes. Þóra vio rápidamente que lo marcado en amarillo era siempre la misma cantidad, y que entraba a principios de cada mes. Se trataba de una auténtica fortuna, más de lo que ganaba Þóra en seis meses... cuando había mucho trabajo. Debía de tratarse de transferencias de la suma que, según dijo Matthew, había heredado Harald de su abuelo. Era probable que el pago de la herencia estuviera estipulado de forma que Harald recibiera regularmente una cantidad, en lugar de entregárselo toda a la vez. Esta manera de hacer las cosas era bastante habitual cuando el heredero era joven, y sólo hasta que alcanzaba una determinada edad. El límite de edad dependía de la fiabilidad del cliente. A Harald Guntlieb no le debían de haber considerado

demasiado de fiar, pues Þóra calculaba que debía de tener veintisiete años cuando murió... y aún no había llegado al punto de poder hacerse con toda la herencia. Pese a todo, en la cuenta se había ido acumulando una cantidad considerable, y saltaba a la vista que los gastos de alojamiento y manutención de Harald quedaban muy por debajo del disponible de cada mes.

Los reintegros subrayados eran algo completamente diferente. Eran muy variables y no se habían realizado a periodos regulares, por lo que Þóra podía ver. Habían escrito anotaciones en la mayoría de ellos y, cuando no eran demasiado grandes, los revisó sólo por encima. Þóra comprendía algunas notas según las iba leyendo, pues aparecía por ejemplo BMW al lado de un reintegro muy elevado de principios de agosto de 2004, lo que le permitió entender que Harald se había comprado un coche en Islandia. De otras anotaciones no entendía absolutamente nada. «Urteil G. G.» aparecía junto a un reintegro exorbitante de la época en que Harald estaba estudiando en Munich. Urteil significaba «juicio» y lo primero que se le pasó a Þóra por la cabeza fue que Harald había tenido que pagar a alguien para ocultar las causas de su baja del ejército. La fecha no encajaba en absoluto, sin embargo, y no podía imaginarse el significado de G. G. En otro reintegro ponía «Schädel», que significaba «cráneo», en otro lugar «Gestell», que no sabía lo que quería decir. Encontró varios reintegros sin conexión alguna, y pensó que era mejor no perder el tiempo con ellos.

La vista de Þóra se detuvo en dos movimientos que le llamaron poderosamente la atención. En uno, que era de hacía varios años y cuyo importe ascendía a 42.000 euros, volvía a aparecer la frase latina «Malleus Maleficarum» y en el otro, que era de los más recientes y más elevados, habían puesto un signo de interrogación. Se trataba probablemente del dinero que Matthew creía que había desaparecido, unos 310.000 euros. Þóra calculó que aquello correspondería a más de veinticinco millones de coronas islandesas. No era extraño que Matthew dudase de que hubiera dedicado tal cantidad a comprar droga. Se habría podido comprar al traficante entero, aunque el lote hubiese llevado a Keith Richard de regalo. Además parecía claro, a juzgar por aquellos estados de cuentas, que a Harald no le había faltado dinero en ningún momento, a pesar de reintegros tan grandes como aquéllos.

Pasó a las páginas siguientes, que mostraban los movimientos de la tarjeta de crédito de Harald un mes antes de su muerte. Las revisó rápidamente y vio que la mayor parte correspondían a bares y restaurantes, además de una única compra en una tienda de ropa. Todos los restaurantes tenían en común ser *fashion*, como diría su amiga Laufey. Una parte curiosamente pequeña correspondía a tiendas de alimentación. Þóra miró detenidamente la elevada cantidad abonada en el el Hotel Rangá a mediados de septiembre, un movimiento señalado como escuela de vuelo, así como una cantidad muchísimo menor en el zoológico, nada menos, fechada a finales de septiembre. Había además muchos movimientos pequeños en tiendas de animales de compañía del centro de la capital. A lo mejor a Harald le gustaban los animales o había ligado con una madre soltera. Otro detalle que preguntarle a Matthew. El capítulo sobre los asuntos monetarios de Harald se cerraba con aquellos

resúmenes. Þóra miró el reloj y vio que no le sobraba demasiado tiempo.

Decidió descansar un poco de la carpeta, se dirigió al ordenador y buscó «Malleus Maleficarum» en la red. Más de cincuenta y cinco mil páginas eran las que tenía a su disposición al concluir la búsqueda. Enseguida encontró una que parecía prometedora, y en el resumen sobre el contenido de la página se indicaba que significaba «martillo de brujas» y que era el título de un libro de 1486. Þóra siguió el enlace y en la pantalla apareció un texto en inglés. La única cosa rara de la página era un dibujo antiguo que mostraba a una mujer vestida con un manto y que parecía atada a una escalera. Dos hombres se afanaban en levantar la escalera para dejarla caer, junto con la mujer, sobre una enorme pira que ardía delante de la escalera. Era evidente que iban a quemarla viva. La mujer miraba al cielo con la boca abierta pero Þóra no tenía claro si la intención del artista era mostrarla invocando a Dios o ultrajándolo. Pero su desesperación estaba claramente representada. Þóra envió la página a la impresora y fue corriendo a recogerla antes de que Bella se llevase el papel. De aquella chica se podía esperar todo.



## Capítulo 4

Las hojas que salieron de la impresora resultaron ser cinco, no una sola como había creído Þóra. La *home-page* contenía obviamente más material que el que cabía en la pantalla, y Þóra comenzó a leerla en el camino de vuelta a su despacho.

En una breve introducción se contaba que el *Malleus Maleficarum* era sin duda uno de los libros más malditos de la historia de la humanidad. Fue publicado por primera vez en 1486 y se trataba de un manual para las investigaciones judiciales, que enseñaba a quienes trabajaban en ellas a reconocer y acusar a las brujas. Se decía que el libro fue decisivo para que la magia negra y ciertas costumbres de la plebe pasaran a considerarse herejías, lo que en aquella época estaba castigado con la pena de muerte: quienes eran declarados culpables de ese pecado tenían que ser quemados en la hoguera. Señalaba además que el libro estaba dividido en tres partes. La primera había de convencer a la gente de que la magia y las brujas eran fenómenos reales, así como que se debían considerar innaturales y diabólicos. Además se indicaba que la mera incredulidad acerca de la existencia de la magia negra también era herejía, lo que ciertamente representaba una novedad. La segunda parte recogía una recopilación de espantosas historias sobre las actividades de las brujas; entre ellas, las que incluían sexo con seres demoniacos eran consideradas las más atroces. En la parte tercera y última se establecían los fundamentos de la actuación legal contra las brujas. Se ponía de relieve que la tortura era un método permisible para obtener confesiones y que toda persona era considerada capaz de testificar contra los acusados del delito de brujería, sin tener en cuenta reputación ni cualquier otra circunstancia que normalmente pudiera incapacitar a testigos, así como tampoco su posible parcialidad.

Se decía que los autores del texto eran dos monjes dominicos, Jakob Sprenger, que era por entonces rector de la Universidad de Colonia, y Heinrich Kramer, profesor de Teología en la Universidad de Salzburgo y que había sido nombrado *inquisitor* del tribunal del Tirol. Se decía que este último era el responsable principal del texto, pues había actuado en numerosas ocasiones como acusador de brujas, comenzando en el año 1476. Se indicaba que la obra había sido escrita por encargo del papa de entonces, Inocencio VIII, que no parecía una persona precisamente encantadora, a juzgar por lo que se contaba de él. Se le consideraba el iniciador de las persecuciones de brujas en Europa con la promulgación de la bula papal del 5 de diciembre de 1484, titulada *Summis desirantes affectibus*, código de investigación para la persecución legal de las brujas y la práctica de la brujería, condenada como herejía.

También se mencionaban algunos experimentos que hizo el papa en la vejez para evitar su propia muerte, bebiendo leche de los pechos de mujeres o haciéndose



cambiar la sangre. Aquello no le aseguró la perpetuación de su vida, sino que le llevó a la muerte treinta años antes de lo debido, por anemia.

Póra vio que el libro había alcanzado enseguida una gran difusión con la llegada de la imprenta y porque sus autores eran clérigos conocidos y respetados. Los católicos, y también sus contrincantes, se apoyaron en él para su lucha contra las brujas. Algunas partes del libro se asentaron en las leyes del Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, los territorios que son actualmente Alemania, Austria, Chequia, Suiza, Francia oriental, los Países Bajos y parte de Italia. se quedó de piedra al comprobar que el libro aún se seguía editando regularmente.

Dejó los papeles. Se trataba de un libro ciertamente interesante, pero escrito hacía seiscientos años y que seguramente no arrojaría luz alguna sobre el asesinato de Harald Guntlieb. Miró el reloj y vio que ya sólo disponía de una hora. Juntó las hojas, las puso a un lado y volvió a coger la carpeta con la compilación sobre Harald. Pasó al sexto capítulo, el de la investigación policial.

A primera vista, la compilación no era suficientemente grande como para poder abarcar los informes en su totalidad. A lo mejor Matthew no había podido conseguir más que una parte; en realidad a Póra ya le parecía un logro haber logrado todo aquello sin una solicitud formal. Hojeó el contenido, que parecía consistir en fotocopias de los interrogatorios de la policía, con sello de entrada de hacía quince días. Allí se encontraba en terreno conocido. Todo estaba islandés y quizá fuera aquél el motivo por el que la familia Guntlieb había decidido acudir a un islandés. Las hojas estaban muy manoseadas, era evidente que Matthew había hecho todo lo posible para leerlas. Entre otras cosas, Matthew había escrito, en la esquina superior derecha de la mayor parte de los documentos, breves indicaciones señalando la persona interrogada en cada ocasión y la naturaleza de su relación con Harald. La mayoría de los documentos eran interrogatorios a Hugi Þórisson, que seguía en prisión provisional a la espera de una acusación formal. A Póra le pareció curioso que desde los primeros interrogatorios tuviera la consideración de sospechoso, no de testigo: desde el primer momento debió de haber existido algo que le acusara. De este modo, y de acuerdo con las leyes, no se suponía que pudiese declarar sobre el caso «con verdad y rectitud», como se afirma de los testigos. Podía decir lo que quisiera, pero no le serviría de nada a la hora del juicio: los jueces tenían por costumbre poner muy mala cara cuando los acusados decían que habían estado cenando con el Pato Donald, o cualquier otra cosa de parecida verosimilitud, precisamente a la misma hora en que se había cometido el crimen.

Póra creyó descubrir cómo había logrado Matthew conseguir todos aquellos papeles. El abogado defensor del sospechoso tiene derecho a acceder a las investigaciones de la policía. El abogado de Hugi Þórisson, en consecuencia, era quien había tenido acceso a todo aquello. Póra pasó deprisa las páginas de los informes en busca de alguien que hubiese estado con Hugi en algún interrogatorio, para saber de qué abogado se trataba. En los primeros interrogatorios Hugi estaba solo. Era lo más habitual, en general los acusados prefieren que no haya ningún abogado presente al principio de la investigación, probablemente porque consideran

que con ello incrementan las sospechas. Pero en cambio, cuando se dan cuenta de que las cosas vienen mal dadas empiezan las dudas, y lo más habitual es que al final se nieguen a declarar si no disponen de alguien de confianza que les asista. Es lo que había pasado con Hugi, evidentemente, porque casi al final de la investigación tuvo el buen juicio de pedir un defensor. Le asignaron a Finnur Bogason. Þóra conocía el nombre. Este Finnur era uno de los abogados que atienden casos asignados de oficio. En otras palabras, los que nadie busca voluntariamente. Þóra estaba convencida de que le debía de haber entregado los papeles a Matthew antes de lo debido. Satisfecha con su capacidad deductiva, empezó a leer los interrogatorios.

Las actas no estaban ordenadas cronológicamente, sino que se agrupaban según las personas interrogadas. Algunos testigos sólo fueron interrogados una vez. Entre ellos estaban el conserje de la universidad, las limpiadoras, el casero de Harald, el conductor del taxi que había llevado a éste y a Hugi en la noche del crimen, así como algunos compañeros de estudios y varios profesores. En cambio, el decano de la Facultad de Historia, el que encontró el cadáver, fue interrogado dos veces, porque la primera se encontraba en tal estado de turbación psicológica que no pudo obtenerse de él nada que tuviera sentido. Þóra compadecía al pobre hombre; aquello tuvo que ser una terrible experiencia para él, y el terror que se apoderó de él al caerle el cadáver en los brazos se traslucía en cada frase del segundo interrogatorio.

Luego venían aquellos a quienes se habían dirigido las sospechas, al menos temporalmente. Entre ellos estaba, naturalmente, Hugi Þórisson, que mantuvo firme y constantemente su inocencia. Þóra se apresuró a leer el texto de sus interrogatorios. Hugi dijo que se había encontrado con Harald la noche de autos en una fiesta en Skerjafjörður, se marcharon y luego se fueron cada uno por su lado, pues Harald quiso volver a la fiesta mientras Hugi quería bajar al centro. En los primeros interrogatorios, Hugi dio pocos datos de adonde habían ido los dos, recordaba muy vagamente un paseo a pie por el cementerio. En el último, cuando se dio cuenta de que le iban a acusar de asesinato, dijo que habían ido a su casa, en Hringbraut, para buscar droga que Harald quería comprarle. Juró por todo lo habido y por haber que no había vuelto a ver a Harald después de aquello, no había vuelto a salir, se había quedado en casa. Nunca pudo dar una cronología más precisa de aquellos sucesos, lo que justificaba como consecuencia del alcohol y las drogas que había consumido en la noche de autos. Dijo que pensaba que Harald quería volver a la fiesta. A la luz de las numerosas veces que preguntaron a Hugi si podía explicar más detalladamente dónde se encontraba hacia la una de la mañana de la noche de los hechos, el 30 de octubre, Þóra pensó que, seguramente, la autopsia habría puesto de manifiesto que aquella era la hora probable del deceso. Insistieron una y otra vez por qué le había arrancado Hugi los ojos a Harald y dónde los había puesto. Hugi respondía una y otra vez que no había puesto los ojos en ningún sitio, que no tenía ojos; aparte de los suyos, naturalmente. Þóra no podía más que compadecer al tipejo si estaba diciendo la verdad. Empezó a sospechar que era así. Aunque había repasado el caso a toda velocidad, se le había ido instalando la sensación de que sería más que dudoso que un individuo tan poco inteligente como parecía ser el tal Hugi hubiera podido

mantener cualquier cosa que no fuera la verdad en medio de la presión a la que estaba sometido y de los duros interrogatorios que padeció.

Los amigos y conocidos de Harald que estuvieron en la fiesta de Skerjafjörður estuvieron bajo sospecha al principio, pero luego fueron interrogados como testigos. Eran en total diez personas, entre ellas cuatro de los cinco jóvenes de la lista que Þóra había encontrado antes en la carpeta. El único nombre que faltaba era el del estudiante de medicina, Halldór Kristinsson.

Todos los participantes en la fiesta contaron lo mismo. La fiesta empezó hacia las nueve y terminó a las dos, cuando bajaron al centro. Harald había desaparecido con Hugi a medianoche, pero nadie parecía saber por qué. Dijeron que estarían fuera sólo un momento y se marcharon en un taxi que llamó Hugi. Unas dos horas más tarde se habían hartado de esperar y decidieron irse al centro. Preguntados si no habían intentado llamarles por teléfono, todos volvieron a responder lo mismo. El teléfono de Harald se había quedado sin batería un poco antes esa misma noche y Hugi no respondió a reiteradas llamadas, ni en el móvil ni en el teléfono de su casa. Nadie había contestado tampoco en casa de Harald cuando le llamaron allí. Había también preguntas acerca de cuándo se habían ido a sus casas, pero por las horas a las que se referían, aquellas preguntas parecían más bien de relleno. Resultó que habían vuelto a casa a horas distintas, todos antes de las cinco. Los últimos fueron los amigos de la lista de nombres, mientras que el quinto, el estudiante de Medicina, se había unido al grupo en el centro. Þóra siguió pasando páginas con la esperanza de que lo hubieran interrogado también a él. Parecía ser el único del grupo que no había estado en la fiesta a la hora a la que se había cometido el crimen. «¿Dónde estaría?», pensó Þóra.

La respuesta se encontraba bastante más atrás, en el mismo capítulo. A Halldór también lo habían interrogado, y resultó que había estado haciendo una sustitución en el hospital universitario de Fossvogur hasta medianoche: simultaneaba el trabajo con sus estudios. Por eso no había participado en la fiesta. No podía hacer más que unas pocas guardias al mes, según afirmó Halldór; iba cuando alguien estaba enfermo o no podía ir a trabajar por cualquier otro motivo. Se había llevado ropa para cambiarse y, después de ducharse en el hospital mismo, cogió el autobús al centro. Según contó, su coche estaba estropeado, y dio el nombre del taller donde se encontraba en reparación a la hora de los hechos. Halldór dijo que en principio había pensado en cambiar de autobús y coger el que iba a Skerjafjörður, pero perdió este último por los pelos y decidió ir al centro y esperar en un café a los demás, cuando vinieran de la fiesta, en vez de tirar el dinero cogiendo un taxi o ir caminando. Indicó que les llamó por teléfono y le dijeron que estaban a punto de salir. Pensaba que sería en torno a la una cuando entró en el Kaffibrennslan y pidió una cerveza mientras esperaba. Hacia las dos se encontró por fin con los de la fiesta, que llegaron al centro en taxis.

Venían luego, una tras otra, declaraciones de diversos profesores de la Facultad de Historia. Trataban en su mayor parte de si conocían a Harald, y todos contaron lo mismo: que no lo conocían fuera de la universidad y que poco podían decir de él.

Otra cosa que se preguntó fue tocante a una reunión en Árnagarður, el edificio de la facultad, la noche en que asesinaron a Harald. Se celebró para dar la bienvenida a unos colegas de una universidad noruega que estaban de visita en relación con un programa Erasmus. Þóra leyó entre líneas que aquella «reunión» había sido más bien un cóctel y que duró hasta bien entrada la noche. Los últimos no se fueron antes de la medianoche. Þóra desconocía los nombres, excepto los de Gunnar, el decano, y Þorbjörn Ólafsson, el catedrático que dirigía la tesis de Harald.

En cuanto a las últimas declaraciones, correspondían a un camarero del Kaffibrennslan y al conductor del autobús en el que Halldór fue desde Fossvogur hasta el centro. El camarero, que se llamaba Björn Jónsson, declaró que había servido a Halldór por primera vez hacia la una de la noche de autos, luego varias veces más, durante la misma hora, y finalmente, por última vez, hacia las dos, cuando sus amigos se le unieron. Dijo que recordaba bien a Halldór porque esa noche estuvo bebiendo a una velocidad poco habitual. El conductor del autobús declaró también que recordaba a Halldór como pasajero de su último recorrido, pues en el vehículo había poca gente y se habían puesto a charlar sobre la situación de la sanidad y de lo mal que estaban las cosas para los viejos. Þóra pensó que Halldór tenía una coartada a prueba de balas, igual que todos los demás amigos de Harald, con excepción de Hugi.

Después de las declaraciones había varias páginas de fotos fotocopiadas, tomadas en el lugar de los hechos. Eran poco claras y en blanco y negro, pero se veía suficiente como para darse buena cuenta del horripilante suceso. En ese momento Þóra comprendió todavía mejor la conmoción nerviosa del hombre que encontró el cadáver y se permitió dudar de que pudiera llegar a recuperar plenamente la normalidad algún día, después de aquel horror. El teléfono móvil recordó a Þóra que eran ya las cinco menos cuarto. Se apresuró a pasar al último capítulo de la compilación. «Pero qué curioso», pensó, y se levantó. Detrás de la séptima hoja separadora no había nada. Estaba vacío.



## Capítulo 5

Póra llegó a la guardería justo a tiempo. Se encontró en el aparcamiento con la madre de una niña de la clase de su hija. La mujer miró el coche del taller, con las marcas, y sonrió: era evidente que estaba segura de que Póra andaba por ahí con algún Bibbi colgado del brazo. Póra se moría de ganas de acercarse a la mujer a explicarle las cosas y convencerla de que su relación con Bibbi era puramente comercial. Pero lo dejó y en vez de eso cruzó por el camino más corto el jardín de la escuela. Sóley iba a la Mýrarhúsaskóli, que no estaba muy lejos de Skólavörðustígur, apenas diez minutos en coche. Al separarse de Hannes, unos dos años antes, Póra había puesto mucho énfasis en conservar la casa de Seltjarnarnes, aunque le resultara tan difícil pagarla. Pero podía dar gracias de que la casa se hubiera tasado antes de que se produjeran los grandes incrementos en el precio de la vivienda. Si intentara hacerlo ahora, no tendría posibilidad de comprarla. Aquello le había atacado los nervios a Hannes, muerto de envidia al ver cómo la casa había aumentado su precio. Aunque ella no veía la casa como inversión sino como hogar, estaba contenta de habérsela quedado, pero, en realidad, lo que más le alegraba era que él estuviese de los nervios por ese motivo. No se habían divorciado precisamente por las buenas, aunque intentaron mantener la relación en el nivel de los buenos modales en beneficio de los niños. Si se les tuviera que comparar con dos países, ella sería India y él Pakistán: todo estaba siempre a punto de estallar, aunque raras veces llegaba a hacerlo.

Póra entró y echó un vistazo a la sala. Evidentemente, la mayoría de los niños ya se habían marchado a sus casas. No le extrañó demasiado, y no pudo apartar de su cabeza la idea de que no se comportaba lo suficientemente bien con su hija. «Madre, mujer, doncella», le pasó por la cabeza antes de darse cuenta de que lo de mujer no le encajaba del todo bien. Apenas había estado con un hombre en los dos años que habían pasado desde el divorcio. De repente se desató en su mente un fuerte deseo de hacer el amor con un hombre. Se lo quitó de encima inmediatamente; aquél era el lugar menos apropiado que se podía imaginar para pensar en el sexo. ¿Pero cómo era capaz?

—¡Sóley! —gritó la cuidadora, que había visto a Póra—. Ha llegado tu mamá.

La niña, que estaba sentada de espaldas a su madre, dejó la manualidad que estaba haciendo con unas cuentas y movió la cabeza en dirección a Póra. Sonrió cansada y se apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Hola, mamá. Mira, estoy haciendo un corazón con cuentas. —Póra sintió una punzada en el mismo corazón y se prometió a sí misma que al día siguiente recogería a la niña más temprano.

Después de una breve parada en la tienda de comestibles, madre e hija llegaron por fin a casa. Su hijo, Gylfi, estaba ya allí, no había duda. Lo indicaban las zapatillas de deporte tiradas en mitad del recibidor, así como la parka, que había colgado de la percha de al lado de la puerta con tanto descuido que ésta se había venido al suelo.

—¡Gylfi! —gritó Þóra, mientras se agachaba para recoger los zapatos y colocarlos en el zapatero, y colgaba después el chaquetón—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que cuelgues el abrigo al llegar a casa?

—¡No oigo! —se oyó desde dentro de la casa.

Þóra elevó los ojos al cielo. Cómo podía esperar que oyese; el estruendo de algún juego de ordenador no dejaba oír nada más.

—¡Baja eso! —le gritó—. ¡Te vas a destrozar los oídos!

—¡Ven! ¡No oigo naa!

—Ay, señor —masculló Þóra colgando su abrigo. Su hija se quitó enseguida la ropa de abrigo y Þóra se asombró por centésima vez de lo distintos que eran los dos. La hija era de lo más limpia y cuidadosa, de pequeña casi ni babeaba, pero el hijo prefería vivir sobre una pila de ropa hasta la hora de meterse en la cama a toda velocidad. Una cosa tenían en común, sin embargo, y es que eran increíblemente cumplidores en lo tocante al colegio y los deberes, lo que resultaba perfectamente comprensible en una personalidad como la de Sóley, pero Þóra veía totalmente anómalo que Gylfi, con sus largos cabellos despeinados y sus ropas de rockero, se quedase desconsolado si se olvidaba en el colegio los deberes de ortografía o cualquier cosa por el estilo.

Þóra subió con cuidado a la habitación de su hijo. Gylfi estaba sentado, pegado a la pantalla de su ordenador, moviendo el ratón.

—Por el amor de Dios, Gylfi, baja eso —dijo Þóra a gritos, aunque estaba al lado de su hijo—. No oigo ni mis propios pensamientos con ese estruendo.

Sin quitar la mirada del ordenador ni dejar quieto el ratón mientras hacía algo que debía de ser interesantísimo, la mano izquierda de su hijo se extendió hasta el control de sonido y bajó el volumen.

—¿Mejor? —preguntó, todavía sin apartar la mirada de la pantalla.

—Sí, mejor —respondió Þóra—. Ahora apaga y vente a cenar. He comprado pasta y estará lista en un momento.

—Primero voy a acabar este nivel —fue la respuesta—. Tardo dos minutos.

—Sólo dos minutos —dijo ella dando media vuelta—. Te recuerdo cómo se cuenta: Uno, luego dos. Y no: uno, tres, cuatro, cinco, seis y dos.

—Vale, vale —respondió su hijo, un tanto molesto, mientras seguía con el juego.

Cuando la comida estaba ya en la mesa, un cuarto de hora más tarde, apareció Gylfi, que se dejó caer en su sitio habitual. Sóley ya se encontraba sentada, bostezando, mientras miraba su plato. Þóra no estaba dispuesta a empezar a comer con todos de morros por recriminarle a Gylfi que había tardado más de dos minutos en acabar el «nivel». Estaba a punto de recordarles la importancia de aquel momento para toda la familia, cuando sonó su móvil. Se levantó para responder.

—Empezad a comer, sin pelearos. Los dos estáis mucho más monos cuando sois amigos. —Se estiró para coger el teléfono que estaba en el mostrador de la cocina y echó una rápida mirada al número que se veía en la pantalla, pero no había nada. Salió de la cocina mientras apretaba el botón de respuesta—. Hola, soy Þóra.

—*Guten Abend*, Frau Guðmundsdóttir —se oyó decir a la seca voz de Matthew. Preguntó si llamaba en mal momento.

—No, está bien —mintió Þóra. Estaba segura de que Matthew se sentiría mal si le decía la verdad, que estaba sentada a la mesa para la cena. Aquel hombre era de lo más, cómo decir, relamidamente cortés.

—¿Ha tenido tiempo de mirar los documentos que le di? —preguntó él.

—Sí, desde luego, pero todavía no en detalle —respondió Þóra—. Aunque enseguida he podido comprobar que los informes de la policía no son ninguna maravilla. Propongo solicitar formalmente que nos los proporcionen. No es nada conveniente disponer sólo de una parte.

—Desde luego. —Comenzó otro insoportable silencio. Cuando Þóra estaba a punto de añadir algo más, Matthew continuó—: ¿Podría decirme si ya ha tomado alguna decisión?

—¿Sobre el caso, quiere decir? —preguntó Þóra.

—Sí—respondió él secamente—. ¿Se encargará usted del caso?

Þóra dudó un instante, pero contestó afirmativamente. No había hecho más que pronunciar la palabra cuando Matthew cambió bruscamente de tono de voz; ahora parecía contento.

—*Sehr gut* —dijo, en una forma excepcionalmente amable.

—En realidad aún me queda por estudiar el contrato. Me lo traje a casa para leerlo esta noche. Si es cierto que es normal y veraz, no veo ningún obstáculo para que lo firmemos mañana.

—Estupendo.

—Por cierto, una cosa me llamó la atención: ¿por qué no había nada en la carpeta de la autopsia? —Þóra sabía que aquello podía esperar hasta el día siguiente, pero de todos modos quería saber la respuesta ya.

—Es por culpa, sobre todo, de la forma en que obtuve los documentos, no los conseguí todos... tan sólo los más o menos relacionados con las cuestiones principales. Me fastidia este asunto, y he estado intentando acceder a la totalidad de los informes —respondió Matthew—. Es evidente que el caso se complica un tanto porque yo no soy el representante de la familia, sino solamente una persona autorizada por ellos, pero a partir de ahora el caso está ya en mejores manos. Por eso la he llamado ahora, en realidad, en vez de esperar hasta mañana, como acordamos.

—¿Cómo? —dijo Þóra, que no entendía bien la relación.

—Tengo hora a las nueve de la mañana con el forense que realizó la autopsia de Harald. Va a entregarme la documentación y a comentar conmigo algunos detalles. Querría que viniese usted conmigo.

—Vaya —respondió Þóra sorprendida—. Bueno, bien. Iré.

—Bien, la recogeré en la oficina a las ocho y media.

Þóra se mordió la lengua para que no se le escapara decir que no podría llegar tan temprano.

—Ocho y media. Nos vemos, entonces.

—Frau Guðmundsdóttir —dijo Matthew entonces.

—Llámeme Þóra, es mucho más sencillo —le interrumpió ella. Se sentía como una viuda de noventa años al oírse llamar con aquello tan solemne y tan poco islandés de Frau Guðmundsdóttir.

—Þóra, entonces —prosiguió Matthew—. Sólo una cosa para concluir.

—¿El qué? —preguntó Þóra intrigada.

—No desayune mucho. No va a ser nada agradable.



## **7 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 6

No cabe duda de que en este mundo hay cosas más fáciles que encontrar sitio en el aparcamiento del Hospital Nacional. Matthew encontró uno, por fin, a considerable distancia del edificio que alojaba el servicio de anatomía patológica. Þóra había llegado temprano a la oficina y había terminado una carta a la policía en la que solicitaba los informes, como representante de la familia. Metió la carta en un sobre que colocó en la bandeja de Bella y, aunque la secretaria tenía que ir hoy misino a correos, Þóra decidió incrementar la probabilidad de que fuera pegando encima del sobre un *post-it* que decía: «¡No llevar a correos hasta después del fin de semana!». Además, Þóra llamó a la escuela de vuelo para obtener información más detallada sobre el pago con la tarjeta de Harald en septiembre. Allí le informaron de que Harald había alquilado una avioneta con piloto para volar a Hólmavík, regresando en el mismo día. Þóra buscó Hólmavík en la red y no tardó mucho en comprender lo que había atraído a Harald: había un Museo de Brujería en Strandir. Además había llamado al Hotel Ranga para informarse de los viajes de Harald, y le contaron que había reservado y pagado dos habitaciones para dos noches... los nombres de la reserva eran Harald Guntlieb y Harry Potter. Explicaron a Þóra que este último nombre era un seudónimo. Se lo contó a Matthew, así como el viaje de Harald a Hólmavík, mientras iban hacia el Hospital Nacional por la circunvalación.

—No está mal —dijo Matthew mientras aparcaba en un lugar que acababa de quedar libre.

Fueron caminando en dirección al pequeño edificio, situado detrás del bloque principal. Había nevado durante la noche y Matthew chapoteaba sobre las huellas de pisadas anteriores. Hacía muy mal tiempo, y una fuerte brisa del norte levantaba el pelo de Þóra. Esa mañana había decidido llevarlo suelto, pero ahora lamentaba aquella decisión, porque el viento se lo hacía volar en todas direcciones. «Menuda pinta tendré cuando lleguemos», pensó. Se detuvo un instante, dio la espalda al viento e intentó protegerse el pelo envolviéndose la cabeza en la bufanda. No ayudaba demasiado contra el frío, pero al menos consiguió proteger el pelo. Después fue tras Matthew a pasos rápidos.

Cuando llegaron por fin al edificio, él dejó de mirar, por primera vez, el lugar donde habían dejado el coche. Se quedó, sin darse cuenta, mirándola fijamente con la cabeza envuelta en la bufanda. Ella podía imaginarse perfectamente lo elegante que debía de parecer, y vio confirmada su idea cuando él levantó las cejas y dijo:

—Menudas barbaridades son capaces de hacer ustedes.

Þóra se contuvo, aunque se moría de ganas de tirarle algo. En vez de eso, se

limitó a esbozar una falsa sonrisa y abrió la puerta. Se aproximó a una mujer que estaba dejando en el suelo un cubo de metal vacío y le preguntó dónde podría encontrar al médico forense que habían venido a ver. Después de preguntar si tenía cita con ellos, la mujer les invitó a pasar a un despacho al final de un corredor. Les pidió que esperasen un momentito mientras comprobaba si el doctor había vuelto ya de la reunión matinal.

Póra y Matthew tomaron asiento en dos sillas arrimadas a la pared del pasillo.

—No pretendía molestarla. Perdón —dijo Matthew sin mirar a Póra.

Póra no tenía ningún interés en discutir sobre su aspecto, y no respondió nada. Se quitó la bufanda de la cabeza con toda la dignidad que le fue posible y se la puso sobre las piernas. Alargó un brazo para coger el montón de revistas medio rotas que había encima de una mesita colocada entre las sillas.

—¿Pero a quién le puede interesar leer estas cosas? —murmuró mientras miraba las revistas.

—Supongo que los que vienen aquí no lo hacen precisamente en busca de lectura—respondió Matthew. Estaba sentado muy estirado, mirando fijamente hacia delante.

Póra, molesta, dejó el montón de revistas.

—No, quizá no. —Miró el reloj y dijo impaciente—: Pero ¿dónde se habrá metido este hombre?

—Ya vendrá —fue la cortante respuesta—. En realidad me están entrando remordimientos por hacerla venir a esta reunión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, molesta.

—Me temo que esto le va a resultar de lo más desagradable —respondió, volviéndose hacia ella—. Usted no tiene experiencia en este género de cosas y no estoy nada seguro de que esto sea sensato, mejor sería que yo le contase a usted de qué va todo.

Póra entornó los ojos.

—He parido dos hijos con los correspondientes dolores, sangre, placenta, secreciones y Dios sabe qué más. Sobreviviré a esto. —Cruzó las piernas y le dio la espalda—. Y usted, ¿qué ha hecho?

Matthew no parecía demasiado impresionado por la fenomenal experiencia de Póra.

—Pues bastante. Pero se lo ahorraré; a diferencia de usted, yo no necesito defenderme con uñas y dientes.

Póra apretó los ojos. El alemán aquel no era precisamente la persona más jovial que había conocido. Decidió enfrascarse en la lectura de *La Atalaya* en vez de intentar mantener una conversación con él. Había leído ya la mitad de un artículo sobre la influencia de la televisión en la juventud del mundo, cuando un hombre de bata blanca apareció por el pasillo en dirección a ellos. Había cumplido ya los cincuenta, las sienes habían empezado a encanecer, pero estaba muy moreno de sol. Sus ojos

estaban rodeados por unas marcas blancas, que indicaron a Þóra que se había pasado una buena temporada al sol. Se detuvo delante de ellos, y Þóra y Matthew se pusieron en pie.

—Buenos días —saludó el hombre, extendiendo la mano—. Þráinn Hafsteinsson.

Þóra y Matthew saludaron y se presentaron.

—Entren —dijo el forense en inglés, para que pudiera entenderle Matthew, y abrió la puerta de su despacho—. Disculpenme por llegar tan tarde —añadió en islandés, dirigiéndose a Þóra.

—No se preocupe —respondió ella—. Ahí al lado hay montones de revistas interesantísimas; habría preferido esperar más —le sonrió.

El médico la miró extrañado.

—Sí, claro. —Entraron en el despacho, donde les recibió un ambiente no demasiado atractivo. Las paredes, en su mayor parte, estaban cubiertas de estanterías con libros técnicos y revistas de todos los tamaños y formas, y entre medias había varios archivadores. El médico fue hacia el gran escritorio donde todo estaba pulcramente ordenado y en su sitio, y les invitó a sentarse en unas sillas colocadas delante—. Bueno. —Puso las dos manos sobre el borde del escritorio al tiempo que lo decía, como queriendo dar a entender que en aquel momento daba comienzo realmente la reunión—. Imagino que seguiremos hablando en inglés. —Þóra y Matthew asintieron. Continuó—: No me resultará demasiado difícil, porque realicé mis estudios de posgrado en Estados Unidos. En cambio, el alemán no lo he vuelto a hablar desde que pasé el examen oral en la selectividad universitaria, hace ya tiempo, de modo que les ahorraré tener que oírme en esa lengua.

—Como le expliqué por teléfono, el inglés me parece perfecto —dijo Matthew, y Þóra intentó que su fuerte acento alemán no la hiciera sonreír.

—Bien —dijo el médico, que alargó el brazo para coger un fichero situado encima del montón de papeles de su mesa, delante de él. Se lo puso delante e hizo ademán de abrirlo— Ahora tendría que empezar disculpándome por el tiempo que fue necesario para conseguir el permiso para enseñarles el informe de la autopsia en su integridad. —Sonrió como para excusarse—. El papeleo que acompaña a estas cosas es siempre enorme, y no siempre resulta fácil de resolver cuando las circunstancias son infrecuentes, como en esta ocasión.

—¿Infrecuentes? —dijo Þóra inquisitiva.

—Sí —respondió él médico—. Infrecuentes en el sentido de que las partes interesadas prefieren nombrar un representante para conocer los pormenores de la autopsia, así como que se trata de ciudadanos extranjeros. Durante un tiempo llegué a creer que haría falta la firma del difunto para conseguir el permiso, con tanta maraña burocrática. —Les sonrió de nuevo.

Þóra le devolvió cortésmente la sonrisa y de refilón pudo ver que el rostro de Matthew estaba como petrificado.

El médico desvió la mirada y continuó.

—Bien, el papeleo que hubo que superar no era, en realidad, lo único que convertía este caso en especial, y prefiero que ustedes lo comprendan bien antes de que empecemos. —El forense les miró y volvió a sonreír—. Y es que ésta ha sido probablemente la autopsia más insólita, más rara, en la que he participado, o que haya visto desde que terminé la carrera.

Þóra y Matthew no dijeron nada, en espera de que continuara. Ella visiblemente más intrigada que Matthew, que bien podría haber sido una estatua.

El forense carraspeó y abrió el archivador.

—Sin embargo, empezaremos por lo que podemos llamar más o menos convencional.

—Naturalmente. —En el interior de Matthew se hizo audible una especie de murmullo, pero Þóra intentó ocultar sus expectativas. Quería llegar hasta lo insólito.

—Bueno, la causa de la muerte fue asfixia por estrangulamiento —dijo el médico, dando un golpecito sobre la cubierta amarilla del archivador—. Cuando hayamos terminado les entregaré una copia del informe de la autopsia y así podrán apreciar las circunstancias de forma detallada, si lo desean. Lo principal, por lo que respecta a la causa de la muerte, se refiere a cómo fue estrangulado el difunto, y en ese sentido pensamos que se utilizó un cinturón de tela, no de cuero. El que lo hizo, o la que lo hizo, empleó mucha fuerza al apretar, pues dejó huellas muy profundas en el cuello. Tampoco es improbable que la presión se mantuviese más tiempo del necesario para causar la muerte, por algún motivo... suponemos que por un acceso de furia o rabia.

—¿Cómo pueden saberlo? —preguntó Þóra.

El médico trasteó en la carpeta y extrajo de ella dos fotografías. Las puso en la mesa, delante de él, y las volvió hacia Þóra y Matthew. Mostraban el maltratado cuello de Harald.

—Pueden comprobar que en los bordes de las marcas que dejó el objeto utilizado para el estrangulamiento la carne cedió sólo en algunos puntos, así como que la piel está quemada por la fricción. Eso apunta a que la superficie del objeto era un poco rugosa. Observen, además, que fuera lo que fuese, no parecía tener forma regular: diferentes anchuras, a juzgar por el ancho irregular de la herida. —El forense hizo una pausa mientras señalaba la otra fotografía—. Otra cosa digna de mención es que aquí abajo, en el cuello, se encuentran señales de lesiones anteriores, aunque de ninguna manera tan graves, pero llamativas en todo caso. —Les miró a los ojos—. ¿Saben algo sobre eso?

Matthew se adelantó.

—No, nada. —Þóra se mantuvo en silencio, aunque sospechaba cómo podrían haberse producido.

—Sin duda, no tienen relación con el crimen. Pero nunca se sabe. —El médico parecía contentarse con la respuesta de Matthew, por lo menos no volvió a insistir.

Señaló la otra foto, que era también del cuello de Harald, pero muy ampliada—. Esta fotografía es muy buena, y en ella se ve cómo un trozo de metal, un cierre de cinturón más bien extraño o algún otro objeto desconocido que había en la ligadura utilizada penetró en el cuello del interfecto. Si miran esto atentamente, podrán ver que se parece a una pequeña daga... aunque puede haber sido algo completamente distinto; naturalmente esto no es un molde de yeso.

Póra y Matthew estiraron la cabeza hacia la fotografía para ver mejor. El hombre tenía razón. En el cuello se apreciaba bien la huella de algún objeto. Comparándolo con una escala situada en la parte baja de la fotografía, parecía una pequeña daga o una cruz.

—¿Qué es esto? —preguntó Matthew, señalando unas heridas a ambos lados de la huella.

—Esa cosita parece haber estado rodeada por algo de bordes afilados, que al apretar raspó la piel. Más no puedo decir.

—¿Qué fue del cinturón, o lo que fuese? —preguntó Matthew—. ¿Lo encontraron?

—No —respondió el forense—. El atacante se deshizo de él. Sin duda pensó que en él podríamos encontrar ADN, huellas, o algo así.

—¿Y habrían podido? —preguntó Póra.

El forense se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Por lo menos, está claro que si se encontrase ahora, tanto tiempo después del crimen, se podría ya obtener muy poco ADN. —Se aclaró la garganta—. Y hemos estimado la hora de la muerte. Es una cuestión muchísimo más técnica. —El médico hojeó el archivador y sacó varias hojas—. No sé hasta qué punto estarán familiarizados con los procedimientos, es decir, cómo lo medimos. —Miró a Póra y a Matthew.

—Yo no sé nada —se apresuró a decir Póra. Vio que sus palabras ponían nervioso a Matthew, que no dijo una sola palabra, pero a ella le dio igual.

—Entonces, seguramente lo mejor será que les explique brevemente de qué se trata, para que sean conscientes de que las conclusiones no son ni simples conjeturas ni demostraciones inalterables. Se trata solamente de una probabilidad, y la precisión de las conclusiones está en función de una serie de indicaciones o claves que es preciso reunir.

—¿Reunir? —preguntó Póra.

—Sí, para elaborar esas medidas necesitamos reunir unas claves que se encuentran sobre el cadáver mismo o dentro de él, o en la proximidad o el entorno del lugar en el que fue encontrado. Nos valemos asimismo de ciertos datos sobre la vida del difunto, por ejemplo si se le había visto antes de la muerte, cuándo comió por última vez, qué costumbres tenía, etcétera. Esto es especialmente importante cuando se trata de muertes repentinas, como en este caso.

—Desde luego —dijo Póra, dirigiendo al forense una sonrisa.

—Estas pistas o claves se utilizan de diversos modos para hallar la mejor aproximación a la hora en que se produjo la muerte.

—¿Y cómo? —preguntó Þóra.

El forense se reclinó en la silla, visiblemente satisfecho por el interés de la mujer.

—Los procedimientos son de dos tipos: por un lado se basan en medir las alteraciones del cuerpo, que se producen a una velocidad conocida, como por ejemplo el rigor mortis, la temperatura corporal y la putrefacción. Por otra parte hay procedimientos basados en la comparación de las indicaciones con puntos temporales conocidos: cuándo consumió el difunto los alimentos que tiene en el estómago, el punto en el que se encuentra la digestión, y cosas por el estilo.

—¿Cuándo murió? —Matthew fue directo al grano.

—A grandes preguntas... —respondió el médico, sonriendo—. Para continuar con lo que estaba diciendo, lo mejor es repasar primero los datos que utilizamos para establecer la hora de la muerte. No recuerdo si ya se lo he mencionado, pero cuanto menos tiempo haya transcurrido entre la muerte y el hallazgo del cuerpo, tanto más precisos serán esos datos. En este caso pasaron unas treinta y seis horas, lo que no está mal. Según la investigación de la policía, la última vez que Harald fue visto por un testigo independiente fue a las 23:42 horas de la noche del sábado, cuando pagó y despidió el taxi en la calle Hringbraut. Puede decirse que éste es el punto inicial del marco temporal dentro del cual tuvo lugar el posible momento de la muerte. El punto final de este marco, naturalmente, es el momento en que se descubrió el cadáver, esto es, a las 7:20 horas de la mañana del lunes 31 de octubre.

Calló y les miró. Þóra asintió con la cabeza para indicar que le seguía y que podía continuar. Matthew permanecía como una estatua.

—Cuando la policía llegó al lugar donde se había producido el hallazgo del cadáver, se midió la temperatura de éste y resultó ser la misma que la temperatura ambiente. Eso indicó que había transcurrido cierto tiempo desde el fallecimiento. La velocidad a la que se produce el enfriamiento depende de diversos factores: si la persona es delgada, por ejemplo, se produce más deprisa que si es gruesa, pues el descenso de temperatura por centímetro cuadrado es comparativamente mayor en una persona delgada. —El médico extendió las manos—. También influyen la ropa y los objetos que pueda llevar el cadáver, así como su posición y el movimiento del aire en el entorno y su fuerza, y otras cosas más. Los datos sobre todos estos asuntos son parte de las claves que mencioné antes.

—¿Y qué resultó de todo ello? —preguntó Matthew.

—Nada, en realidad. Con todo esto lo único que pudimos hacer fue limitar aún más el marco temporal. Es una buena muestra de que estos procedimientos sólo nos permiten hallar unas indicaciones sobre la hora de la muerte cuando la temperatura del cuerpo es distinta a la temperatura ambiente —exhaló un profundo suspiro—. Una vez que el cuerpo ha alcanzado esa temperatura, variará de acuerdo con la

misma temperatura ambiente, como podrán comprender. Pero sí que podemos calcular cuánto tiempo tarda el cuerpo en alcanzar la temperatura ambiente y, así, saber que ha transcurrido al menos ese tiempo desde el fallecimiento. —Pasó los ojos por la página—. Aquí está; en este caso, el análisis redujo aún más el marco temporal, de modo que estimamos que habían transcurrido veinte horas desde la muerte.

—Todo esto es muy interesante, de eso no hay duda —dijo Matthew—. Pero lo que yo querría saber es cuándo se estima que nun lo Harald y cómo se llegó a esa conclusión. —No miró a Þóra.

—Sí, claro, perdone —respondió el médico—. La rigidez cadavérica indicó que la muerte se había producido al menos venticuatro horas antes del hallazgo del cadáver, lo que limitó aún más el marco temporal. —El médico miró alternativamente a Matthew y Þóra—. ¿Quieren que les explique con más detalle la rigidez cadavérica? Puedo hacerlo en dos palabras, si les interesa.

—Naturalmente— respondió Þóra a la vez que Matthew decía: «No, gracias, no es necesario».

—¿No es norma elemental de cortesía acceder a los deseos de las señoras? —dijo el médico dirigiendo una sonrisa a Þóra. Ella le sonrió a su vez, felicísima. Matthew la miró fijamente, bastante molesto, según le pareció a Þóra, que siguió impertérrita.

—La rigidez cadavérica o rigor mortis es, como su nombre indica, el endurecimiento del cuerpo después de la muerte. Esta circunstancia origina una transformación química en las proteínas de los músculos como consecuencia del descenso del nivel de acidez del tejido muscular después de la muerte. No hay oxígeno, no hay glucosa y el pH de las células se desploma. Cuando, en consecuencia, la cantidad de nucleótido ATP desciende por debajo de un determinado valor crítico, aumenta el llamado rigor mortis, pues el ATP protege contra la unión de actina y miosina.

Þóra iba a preguntar más detalles sobre aquellas actina y miosina tan curiosas pero se detuvo inmediatamente cuando Matthew la pisó con fuerza en un pie, así que se limitó a decir: «Comprendo», lo que, naturalmente, era sólo una verdad a medias. Vio de reojo cómo la estatua de Matthew sonreía por primera vez aquella mañana.

El forense continuó.

—La rigidez cadavérica comienza en los músculos más utilizados y luego va extendiéndose a todos los demás. Cuando ha alcanzado el máximo, el cuerpo está rígido y en la posición en que estaba cuando fue afectado por la rigidez. Ese grado, en realidad, no dura mucho tiempo, porque la rigidez cadavérica cede y el cuerpo vuelve a quedar flexible. En condiciones ambientales normales, la rigidez cadavérica alcanza su nivel máximo doce horas después de la muerte, y comienza a desaparecer pasadas entre treinta y seis y cuarenta y ocho horas. En realidad, en un caso como el de Harald, en el que la causa de la muerte es asfixia, el proceso comienza algo más



tarde. —El médico hojeó los documentos, extrajo una fotografía y se la entregó—. Como pueden ver, el cuerpo de Harald estaba completamente rígido cuando fue encontrado.

Matthew fue el primero que extendió el brazo para coger la foto, que era de tamaño A4. La miró sin hacer el menor gesto y se la pasó a Þóra.

—Es bastante desagradable —le dijo cuando ella cogió la foto. «Desagradable» no era en absoluto suficiente para describir lo que Þóra tenía ante sus ojos. La fotografía mostraba al joven que Þóra conocía como Harald Guntlieb por las fotos familiares tumbado en el suelo en una postura extrañísima que había visto ya en las fotos de la carpeta de los informes. Pero aquéllas estaban tan mal fotocopiadas que casi se podrían haber mostrado en un programa infantil de la televisión, en comparación con lo que tenía ante sus ojos en aquel momento. Uno de los brazos de Harald se doblaba hacia arriba desde el codo, como si estuviera señalando algo en el aire. No había nada que mantuviese el brazo en aquella posición o que le sirviera de apoyo. Sin embargo, en la foto se veía con claridad que Harald Guntlieb estaba muerto. El rostro estaba hinchado y tumefacto y tenía un color extraño, que Þóra no atribuyó precisamente a una mancha de revelado. Pero lo que más le llamó la atención fueron los ojos o, más exactamente, las cuencas de los ojos. Se apresuró a devolverle la foto a Matthew.

—Como pueden ver, el cuerpo estuvo apoyado probablemente sobre algo, seguramente una pared, y el brazo se le quedó rígido en esa posición. Sabrán, sin duda, que el crimen no se perpetró en el pasillo. Cayó allí desde un cuartito cuando uno de los profesores abrió la puerta el lunes por la mañana. A juzgar por la declaración de ese hombre, el cuerpo estaba allí dentro y había caído sobre la puerta, o lo habían asesinado allí y cayó al abrir la puerta. Como se ve en la foto, el cuarto en cuestión da al pasillo.

Matthew observó la foto y asintió en silencio. Þóra se dio por satisfecha; no le apetecía lo más mínimo volver a mirar aquella foto.

—Pero todavía no nos ha dicho cuándo se estima que murió —dijo Matthew mientras devolvía la fotografía.

—Sí, perdona —replicó el médico pasando páginas en el archivador. Se incorporó cuando encontró lo que estaba buscando—. Habida cuenta del análisis del contenido del estómago y la cantidad de anfetaminas en la sangre, la hora del óbito se estima entre la 1:00 y la 1:30. —Levantó la vista y lo explicó con más detalle—. Se conocía el momento de ingesta del alimento y de las anfetaminas. Había comido pizza hacia las nueve de aquella noche y había esnifado anfetaminas antes de abandonar la fiesta, esto es, a las once y media. —Pasó a Matthew otra fotografía que cogió del montón. La digestión de la pizza se conoce, y se ha descrito bastante bien.

Matthew observó la foto sin mostrar reacción alguna. Luego levantó la vista, con autosuficiencia, y se la pasó a Þóra. Sonrió por segunda vez aquella mañana.

—¿Le apetece una pizza?

Póra cogió la foto que mostraba el contenido del estómago de Harald. Pasaría tiempo antes de que volviese a encargar una pizza. Intentó no parecer alterada en lo más mínimo y le devolvió la foto a Matthew.

—Los análisis relativos a las anfetaminas fueron realizados en el Instituto de Farmacología y Toxicología de la universidad. Ellos mismos les proporcionarán un informe con el resultado de los análisis. En realidad, en su estómago se hallaron también pastillas de éxtasis a medio digerir, pero no se sabe cuándo las ingirió, de modo que no sirven para establecer la hora de la muerte.

—Estupendo —exclamó Matthew.

El médico continuó.

—De los resultados de la autopsia se desprende que el cadáver fue transportado allí después de la muerte, unas horas después. Lo pudimos comprobar por una especie de contusiones que se forman en los puntos más bajos del cuerpo al tiempo que cesa la hemorragia. Entonces comienza a concentrarse la sangre en una especie de charcos a causa de la fuerza de la gravedad. Comprobamos que esas tumefacciones post mortem se encontraban en lugares no relacionados entre sí, esto es, en la espalda, las nalgas y en la parte trasera de las pantorrillas, así como también en los talones, los dedos de las manos y el mentón. Las zonas mencionadas en primer lugar estaban más tumefactas, lo que indica que el cuerpo estuvo tumbado sobre la espalda en un principio, y que unas horas más tarde fue situado en posición vertical. Además, sus zapatos muestran señales de que el cuerpo fue arrastrado un cierto trecho; seguramente quien lo hizo lo sujetó por las muñecas y los pies fueron arrastrando. Por qué se hizo nos es desconocido. La explicación más plausible, a mi modo de ver, es que el asesino mató a Harald en su propia casa pero no pudo deshacerse del cadáver inmediatamente, seguramente por embriaguez. Por qué decidió llevarlo hasta el Árnagarður es otro misterio. No es precisamente el primer sitio que se le ocurriría a alguien que se encontrase ante este problema.

—¿Y los ojos? —preguntó Matthew.

El forense carraspeó.

—Los ojos. Ese es otro misterio para el que no hallo explicación. Como bien sabe la familia, fueron extirpados tras la muerte de Harald, lo que es un cierto consuelo para los familiares, en mi opinión. Por qué se hizo tal cosa es algo que ignoro.

—Pero ¿cómo se le extraen los ojos a un cadáver? —dijo Póra, que enseguida se arrepintió de su pregunta.

—Sin duda, puede hacerse de diversas formas —respondió el forense—. Pero parece que nuestro asesino utilizó para ello una herramienta lisa. Todas las huellas, o quizá mejor la ausencia de las mismas, parece, por lo menos, apuntar en esa dirección. —El médico empezó a repasar las fotos.

Póra se apresuró a detenerlo.

—Le creemos, no tenemos ninguna duda. No necesitamos ver fotos.

Matthew la miró y sonrió. Era evidente que le divertía que todo aquello le resultase a Þóra tan desagradable, después de su conversación en el pasillo.

Aquella sonrisa la molestó y decidió demostrarle su temple.

—Dijo usted al principio que la autopsia había sido extraña e insólita. ¿A qué se refería?

El médico se inclinó hacia delante, parecía encantado. Evidentemente, estaba ansioso de hablar de aquello.

—No sé lo cercanos que estaban ustedes a Harald Guntlieb; quizá ya sabían todo esto. —Hurgó en el archivador y sacó varias fotos—. Esto es a lo que me refiero —dijo poniendo las fotos sobre la mesa, en frente de Þóra y Matthew.

Þóra necesitó un momento para darse cuenta de lo que estaba viendo, pero cuando lo comprendió fue incapaz de reprimir un escalofrío.

—Ah, vaya, ¿y qué es esto? —preguntó con un hilo de voz.

—Es normal que pregunte —respondió el médico—. Harald Guntlieb practicaba evidentemente la llamada *body modification*, transformaciones del propio cuerpo. Al principio pensamos que lo que tiene en la lengua era parte de las mutilaciones del crimen, pero luego comprobamos que se habían realizado cierto tiempo antes... esto es algo bastante más fuerte que los *piercings* en la lengua, tengo que reconocerlo.

Þóra miró una foto repulsiva tras otra. Sintió una violenta náusea y se levantó de la silla.

—Perdonen —dijo como pudo, con los dientes apretados, y sonrió hacia la puerta. Cuando salió al pasillo escuchó a Matthew decirle al médico con falso asombro:

—Qué raro, pero si ha parido dos niños.



## Capítulo 7

En el Alþjóðahús no había demasiada gente. Þóra había elegido ese café porque allí se podía charlar con más calma que en casi cualquier otro local semejante del centro. Ella y Matthew podrían conversar sin preocuparse de si les oían los clientes de las mesas vecinas. Se sentaron en una mesa apartada. Sobre la superficie de mosaico de la mesa que los separaba descansaba el archivador amarillo con los informes de la autopsia, que el forense le había entregado a Matthew.

—Se sentirá mejor después de tomarse un café —dijo Matthew azorado, mirando hacia la puerta por la que acababa de salir la chica con la comanda.

—Me siento perfectamente —respondió Þóra cortante. Y en realidad era completamente cierto; la náusea que se había apoderado de ella en el despacho del médico había desaparecido. Salió de allí y se metió en un aseo que encontró en el pasillo, y consiguió recuperarse echándose agua fría en la cara. Siempre había sido bastante propensa a las náuseas y aquello le había hecho recondar lo mal que le sentaban los libros de estudio que su ex marido abría de par en par cuando estudiaba medicina. Y eso que las fotos de aquellos libros no eran ni la mitad de desagradables que las que había visto aquella misma mañana; quizá porque las de los libros eran en cierto modo impersonales. Añadió en un tono más suave—: No sé qué es lo que me ha pasado. Espero no haber molestado al doctor.

—No son fotos especialmente agradables —dijo Matthew—. Más exactamente, la mayoría son espantosas. No tiene que preocuparse lo más mínimo por el forense. Le dije que acababa de salir usted de una enfermedad que le producía vómitos, y que por eso no estaba en el mejor momento para mirar ese género de cosas.

Þóra asintió.

—¿Pero qué monstruosidad era todo aquello? Creía haberlo entendido casi todo, pero después de pensarlo un poco no estoy segura de haber captado el contenido de las fotos.

—Cuando usted salió estuvimos mirándolas una por una —dijo Matthew—. Y parece que Harald se hizo practicar toda clase de aberraciones en su propio cuerpo. Según el médico, las más antiguas son de hace unos años, pero las más recientes tienen escasos meses.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Þóra. Era incapaz de comprender lo que habría podido empujar a un joven a deformarse a sí mismo.

—Dios sabe por qué —respondió Matthew—. Harald no fue nunca una persona como las demás. Desde que conozco a la familia, siempre fue a remolque de algún grupo social marginal. Una vez eran los ecologistas, otra época un grupo opuesto a

los países del G8. Cuando se volcó finalmente en la historia, pensé que por fin había encontrado su camino. —Dio un golpecito sobre la cubierta amarilla—. Por qué se dedicó a esto, está más allá de mi capacidad de comprensión.

Póra no dijo nada mientras pensaba en las fotos y en el dolor que habría tenido que padecer Harald.

—¿Qué es eso exactamente? —preguntó; y añadió apresuradamente—: Puedo oírlo sin que me pase nada.

En ese momento llegó la chica con el café y los platos ligeros que habían encargado. Dieron las gracias y, en cuanto se fue, Matthew dijo:

—Eran cortes y otras intervenciones, de todo tipo. Lo que más me impactó fue su lengua. Seguramente se daría cuenta de que una de las fotos era de la boca de Harald. —Póra asintió y Matthew continuó—. Se la hizo cortar en dos, digamos que se la dividió a lo largo. Sin duda quiso que se pareciese a la lengua de una serpiente, y he de reconocer que lo consiguió perfectamente.

—¿Podía hablar de forma natural después de hacerlo? —preguntó Póra.

—Según el forense, es bastante probable que se le hubiera quedado un cierto deje extraño como consecuencia de ello, pero no podía afirmarlo con total seguridad. Además, conjeturaba que aquellas intervenciones no eran un caso aislado. Naturalmente, eran de lo más infrecuentes, pero Harald no era en absoluto un pionero en esas cosas.

—¿No se lo hizo él a sí mismo? ¿Quién practica intervenciones como ésta? —preguntó Póra.

—El forense estimaba que se había hecho hacía bastante poco tiempo, porque aún no estaba cerrada por completo. No tenía ni idea de quien la había llevado a cabo, pero añadió que cualquiera que entendiese de anestésicos, lenguas y bisturís podría hacer esa operación en un momento. Mencionó médicos, enfermeras quirúrgicas y dentistas. Añadió que en realidad quien la practicara tendría que estar en posición de recetar antisépticos y analgésicos, o cuanto menos de tener acceso a ellos.

—Dios mío, prefiero no decir nada —comentó Póra—. Y todo lo demás: bolas, aros, huellas y cuernos y Dios sabe qué más, ¿qué era todo eso?

—Según el forense, Harald se había hecho introducir diversos objetos debajo de la piel para que resaltaran sus perfiles y se vieran desde fuera. Entre esos objetos estaban los cuernecitos o pinchitos que sobresalían en los hombros. El forense dijo que además había retirado treinta y dos cosas más, empezando con bolitas como las que vio usted en sus órganos sexuales. —Matthew miró a Póra enseguida, con preocupación. Ella dio un sorbo de café y sonrió para indicar que aquello no la alteraba lo más mínimo. Matthew continuó—. Había también símbolos de todas clases; todos resultaron estar relacionados con la magia negra y el satanismo. Harald no había perdido un momento; en su cuerpo no había muchos sitios, ni muy grandes, que no estuviesen marcados de alguna forma. —Matthew hizo una pequeña pausa

para tomar un bocado. Luego siguió—. Parece que no consideraba dignos los adornos convencionales de la piel, porque los tatuajes que tenía eran cicatrices.

—¿Cicatrices? —preguntó Þóra—. ¿Se hizo borrar los tatuajes?

—No, no. Se trata de tatuajes que se hacen cortando la piel o quitándola para que las cicatrices formen patrones o símbolos. Hacer esas cosas es una decisión irreversible. Según me contó el forense, es imposible librarse de esos tatuajes excepto con un trasplante de piel, que deja otras cicatrices aún mayores.

—Bueno, pues vaya —dijo Þóra asombrada. Todo le resultaba nuevo. Cuando era joven le parecía una osadía tener tres agujeros en las orejas.

—El forense dijo además que unas rajas que tenía Harald se tenían que haber hecho cuando estaba ya muerto. Al principio creyeron que no era más que uno de los tatuajes más recientes, pero al examinarlo más detenidamente resultó que no era así. Era un símbolo que parecía un signo mágico y que le habían hecho en el pecho. —Matthew sacó una pluma del bolsillo de la chaqueta y cogió una servilleta blanca. Trazó el dibujo y luego giró la servilleta hacia Þóra—. Este signo es desconocido, dijo el médico, o por lo menos la policía no ha conseguido averiguar nada, de modo que a lo mejor lo único que pasó es que el asesino se lo inventó en el momento. Probablemente fueron las circunstancias lo que le alteró, de modo que el símbolo acabó saliendo como se ve. No es fácil practicar cortes en la piel.

Þóra levantó la servilleta y examinó el dibujo. Estaba compuesto por cuatro trazos que formaban una caja, una especie de molinillo. Había trazos cruzados en los extremos de las líneas que sobresalían de la caja, y en su interior había dibujado un pequeño círculo.

Þóra le devolvió la servilleta a Matthew.

—Desgraciadamente no tengo ni idea de signos mágicos. En tiempos llevé un collar con una runa, pero no recuerdo lo que simbolizaba.

—Tenemos que hablar con alguien que sepa de estos temas. Quién sabe si la policía encontró algo al investigar el símbolo. —Matthew rompió la servilleta en cuatro—. Por lo menos, algo pretendía el asesino al hacerlo. La mayor parte de ellos, lo único que piensan es en poner tierra de por medio lo más rápidamente posible después de cometer un crimen.

—A lo mejor el asesino está loco —interrumpió Þóra—. No es precisamente una señal de cordura ponerse a trazar símbolos mágicos en el cuerpo, y sacarle los ojos. —Se estremeció—. Bueno, o a lo mejor estaba bajo los efectos de las drogas. Lo que podría ser perfectamente el caso del pobre diablo que tienen encerrado.

Matthew se encogió de hombros.

—Quizá —tomó un sorbo de café—. O quizá no. Lo cierto es que tenemos que llegar hasta él lo antes posible.

—Me pondré en contacto con su abogado —dijo Þóra—. Tiene que darnos permiso para entrevistarnos con él, y supongo que pensará que desbrozarnos el terreno le resultará beneficioso. Nuestros intereses coinciden. Si conseguimos

encontrar al asesino que la policía no consiguió identificar, habremos librado a su defendido. También le he enviado a la policía un escrito formal solicitando la cesión los informes. Eso es de los más habitual y, por lo que sé, los parientes suelen recibirlos prácticamente en todos los casos, sin que ello suponga prolongar la instrucción, excepto en ocasiones excepcionales.

Matthew tomó otro bocado y miró el reloj.

—¿Qué le parece ir a echar un vistazo al apartamento de Harald? Tengo las llaves y la policía ha devuelto las cosas que se llevaron en el registro. Quizá podríamos mirar los trastos a ver si sacamos algo en claro.

A Þóra le pareció bien la idea. Envío un SMS a su hijo pidiéndole que fuera a recoger a su hermana a la guardería en cuanto saliera del colegio. Þóra se sentía mejor sabiendo que Sóley estaba pronto en casa, y de vez en cuando le encargaba a su hijo que fuese a buscarla antes de lo habitual. Hacía lo posible por no abusar de la bondad de Gylfi con estos encargos, aunque él solía aceptarlos de buen grado. Þóra se dio cuenta de que no había hecho más que apretar el botón de enviar cuando llegó la respuesta de Gylfi. Abrió el fichero de mensajes y leyó: «Ok. cndo vns a ksa?». Þóra respondió de inmediato que llegaría hacia las seis y reflexionó un instante si sería sólo por curiosidad por lo que Gylfi siempre quería saber exactamente cuándo pensaba llegar ella a casa. A lo mejor era solamente para poder jugar con tranquilidad en el ordenador, pero no dejaba de llamarle la atención que se lo preguntase tantas veces.

Antes de que Þóra dejase el teléfono, llamó a la oficina para informar que no podría ir por el momento. Nadie respondió, pero tras la quinta llamada se conectó el contestador. Þóra dejó el mensaje informando de su ausencia y colgó. Una de las ocupaciones principales de Bella era atender el teléfono, pero de las pocas veces que Þóra tenía que telefonar al bufete, sólo contestaba la mitad. Þóra suspiró, sabía que de nada serviría volver a hablar del tema con aquella secretaria del demonio.

—De acuerdo, ya estoy —le dijo a Matthew, que había aprovechado el rato para terminar la comida que quedaba. Þóra bebió el último trago de café que quedaba en la taza antes de levantarse y ponerse el abrigo.

Fueron a la caja, donde Matthew pagó la cuenta antes de salir los dos del café. Puso de relieve que todo aquello era a costa de la familia Guntlieb, pero ella no veía del todo claro si lo hacía para dejar bien claro que la invitación estaba incluida en las citas, o si lo decía sencillamente porque sentía la necesidad de explicárselo. Se limitó a asentir despreocupadamente con la cabeza y a dar las gracias.

Salieron al frío del aparcamiento, donde habían dejado el coche de alquiler. El apartamento de Harald estaba en la Bergstaðastræti, así que no había mucho camino desde Hverfisgata. Þóra conocía bien el barrio de Þingholt desde que empezó a trabajar en Skólavörðustígur, así que pudo indicarle el camino a Matthew sin vacilaciones: aunque el barrio no tuviera demasiadas calles, resultaba bastante complicado para quienes no lo conocían bien circular por esas calles bastante

estrechas y de dirección única. Encontraron un sitio justo delante de una espléndida casa blanca de piedra en Bergstaðastræti donde Matthew dijo que se encontraba el apartamento de Harald. Era uno de los mejores edificios del barrio, muy bien conservado, y Þóra pudo imaginarse la cantidad en la que podría tasarse. Aquello explicaba por lo menos la exorbitante cuenta de alquiler que había visto en los papeles de Harald.

—¿Ha estado aquí antes? —preguntó Þóra cuando subieron a la entrada lateral del edificio. La entrada principal, que daba a la calle, correspondía, según contó Matthew, a otro apartamento de la planta baja, donde vivían los propietarios.

—Sí, en realidad varias veces —respondió Matthew—. Aunque ésta es sólo la segunda que entro por mis propios medios, si así puede decirse. Las otras veces vine con la policía. Necesitaban un testigo cuando se llevaron papeles y otras cosas con motivo de la investigación, y otra vez cuando los devolvieron. Pero estoy seguro de que nuestra inspección del apartamento será más concienzuda que la que hizo la policía. Enseguida dieron por hecho que el asesino había sido ese Hugi, e inspeccionaron el apartamento más que nada por cubrir el expediente.

—¿El apartamento es tan extraño como el inquilino? —pregunto Þóra.

—No, es de lo más normal —respondió Matthew mientras metía en la cerradura de la puerta exterior una de las dos llaves. Las llaves colgaban de un llavero de acero con la bandera islandesa, y Þóra sacó la conclusión de que el llavero había sido adquirido, especialmente para aquellas llaves, en una de las tiendas para turistas del centro. No le resultaba fácil imaginarse a Harald en ese tipo de tiendas, rodeado de jerséis de lana y cosas por el estilo—. Si es tan amable —dijo Matthew al abrir la puerta.

Antes de que Þóra llegase a poner un pie dentro, apareció por la esquina una mujer joven que se dirigió a ellos en un inglés impecable.

—Disculpen —dijo tapándose bien con la rebeca para protegerse del frío—. ¿No serán ustedes parientes de Harald?

A juzgar por la ropa de la mujer, Þóra llegó a la conclusión de que debía de haber salido del otro apartamento. Matthew le alargó la mano y dijo en inglés:

—Sí, claro, hola, nos conocimos cuando fui a su casa a recoger las llaves, soy Matthew.

—Sí, eso me pareció —dijo la mujer; le estrechó la mano y sonrió. Era muy elegante, delgada, con el cabello y la cara bien cuidados, saltaba a los ojos que le sobraba el dinero. Cuando sonrió, Þóra pudo comprobar que a lo mejor no era tan jovencita como le había parecido al principio, pues la sonrisa dibujó numerosas arrugas alrededor de sus ojos y su boca. La mujer dio la mano a Þóra—. Hola, me llamo Guðrún —dijo, y añadió—: Mi marido y yo éramos los caseros de Harald.

Þóra se presentó y devolvió la sonrisa.

—Solo veníamos a echar un vistazo. No sé cuánto tardaremos.

—Oh, perfecto —se apresuró a decir la mujer—. Solo vine a preguntar si tenían



alguna idea de cuándo van a dejar libre el piso. —Sonrió otra vez, ahora como pidiendo disculpas—. Ya nos han preguntado varias personas, ya comprenden.

Þóra no lo comprendía del todo pues, por lo que sabía, la familia Guntlieb seguía pagando el alquiler y no debería estar nada mal alquilar un piso de aquel valor sin tener que padecer molestia alguna por parte del inquilino. Se volvió hacia Matthew, quien probablemente podría responder a la mujer.

—Desgraciadamente no podrá ser de inmediato —respondió lacónico—. El contrato sigue en vigor, creo que se lo comenté la última vez que hablamos del tema.

La mujer se apresuró a disculparse.

—Sí, claro, claro... no me malinterprete... sigue en vigor. Simplemente nos gustaría saber cuándo cree la familia que podrá dejarlo libre. Esta propiedad es bastante cara y no siempre se pueden encontrar inquilinos que paguen un precio tan alto. —La mujer miró apurada a Þóra—. Es que tenemos una oferta de una empresa de exportación que es tan buena que resulta difícil rechazarla. Necesitan el piso en un plazo de dos meses, por eso les pregunto cuánto tiempo necesitarán. Ya comprenden a qué me refiero.

Matthew asintió con la cabeza.

—Comprendo sus problemas pero por desgracia no puedo prometerle nada por el momento —dijo—. Todo depende de lo que hagamos con las pertenencias de Harald. Quiero asegurarme de que no vaya a parar a un cajón alguna cosa que pueda resultar de importancia en el caso.

La mujer, que había empezado a temblar de frío, movió energicamente la cabeza para mostrar su asentimiento.

—Si puedo hacer yo algo para aligerar el asunto, hágamelo saber, por favor. —Le dio la tarjeta de una empresa de importación que a Þóra le resultó completamente desconocida. En ella podía leerse el nombre de la mujer y su número de teléfono, incluyendo el del móvil. Þóra sacó su propia tarjeta del bolsillo y se la dio a la mujer.

—Tome también la mía, y llámeme si usted o su marido recuerdan algo que pudiera sernos útil. Estamos intentando averiguar quién asesinó a Harald.

La mujer abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Y qué hay del hombre que detuvo la policía?

—Tenemos nuestras dudas de que sea el asesino —respondió Þóra como sin darle importancia. Notó que al oír aquello la mujer se estremeció. Se apresuró a añadir—: No creo que tenga usted por qué preocuparse: sea quien sea, no creo que se le ocurra venir por aquí —sonrió.

—No, no era por eso —dijo la mujer precipitadamente—. Es sólo que creía que ya se había terminado todo.

Se despidieron y Þóra y Matthew entraron en el edificio. En el vestíbulo se encontraron con una escalera pintada de blanco que subía al segundo piso, donde estaba el apartamento. Había otra puerta más y Matthew le dijo que daba a un lavadero compartido. Subieron por la escalera y Matthew abrió la puerta del

apartamento con la segunda llave del llavero de la bandera. Lo primero que le llamó la atención a Þóra al entrar fue que Matthew había sido bastante poco fiel a la realidad al decirle que el apartamento era «de lo más normal». Þóra miró extrañada a su alrededor.



## Capítulo 8

Gunnar Gestvík, decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Islandia, se dirigía con ágiles zancadas hacia el despacho de la presidenta del Instituto Árni Magnússon, y al pasar saludó con una inclinación de cabeza a un joven historiador que se cruzó en su camino. El joven sonrió azorado y Gunnar vio reafirmada de ese modo su recién ganada popularidad dentro de la universidad y sus diversos departamentos. Al parecer no había mucha gente capaz de olvidar que fue a él a quien se le vino encima el cadáver de Harald Guntlieb, o que no recordasen el shock nervioso que resultó de aquel hallazgo. Nunca había sido tan popular, si podía expresarse así, aunque muy pocos de los que se aventuraban a buscar ahora su compañía pudieran llamarse exactamente amigos. Aquella situación tendría que pasar, naturalmente, pero sólo Dios sabía lo harto que estaba ya de tener que responder a tantas preguntas idiotas de tanta gente sobre aquel suceso, preguntas que no obedecían nada más que a pura curiosidad. En cuanto juntaban fuerzas para preguntarle algo, se les ponía cara de asco. Era un gesto destinado a indicar a la vez tristeza por la temprana pérdida de un hombre joven y compasión por Gunnar, pero el resultado era invariablemente muy diferente. En los rostros de la gente se leía única y exclusivamente interés por lo morboso y alegría porque aquello le hubiera pasado a otro en vez de a ellos mismos. ¿Quizá habría debido seguir el consejo del rector y tomarse dos meses de permiso para investigar? Vaya, no estaba seguro. Seguramente, con el paso del tiempo, la gente acabaría por perder casi todo el interés, pero por otro lado el interés florecería de nuevo en cuanto el caso llegase a los tribunales. Entonces tendría que posponer lo irremediable y tomarse unos días libres. Así daría pie a interminables hablaturías de que estaba tratándose de los nervios, que estaba en casa borracho como una cuba, o cosas aún peores. No, seguramente rechazar el permiso y dejar que las cosas pasaran era la decisión correcta. Al final la gente se cansaría del tema y todos volverían otra vez a no hacerle caso alguno.

Gunnar llamó suavemente a la puerta de la directora, María Einarsdóttir, más por una cuestión de cortesía que por otro motivo, pues abrió nada más llamar, sin esperar respuesta indicándole si podía pasar. María estaba al teléfono, pero con un movimiento de la mano dio a entender a Gunnar que se sentara, lo que éste hizo. Se sentó y esperó impaciente mientras ella concluía su conversación telefónica, que parecía tener que ver con un pedido de tóner para impresoras, el cual no había sido entregado aún.

Gunnar intentó dejar patente lo nervioso que le ponía aquello. Cuando María le

llamó unos minutos antes, le dijo que el asunto era serio y expresó el deseo de que fuera a verla inmediatamente. Él había dejado el trabajo en el que estaba enfrascado en aquel momento, una solicitud de fondos Erasmus para la Facultad de Historia en colaboración con la Universidad de Bergen. La solicitud tenía que presentarse en inglés, y Gunnar había conseguido empezar a cogerle el tranquillo a la lengua, justo cuando llamó María. Si aquel asunto suyo tan serio se refería al tóner, le iba a soltar unas cuantas cosas muy bien dichas. Ya había empezado a juntar unas cuantas palabras bien elegidas cuando ella colgó y dirigió su atención a él.

Antes de empezar a hablar, miró meditabunda a Gunnar... como si estuviera buscando las palabras. Los dedos de su mano derecha marcaron un ritmo rápido sobre el borde del escritorio, y suspiró profundamente.

—¡Cojonudo! —dijo al fin.

«Obviamente no había aprovechado el tiempo para preparar bien su discurso», pensó Gunnar, intentando no dejar traslucir lo inapropiado que le parecía que la directora del Instituto Árni Magnússon pronunciase una palabra como aquélla. Los tiempos habían cambiado mucho desde que Gunnar era joven, cuarenta años atrás. Entonces parecía deseable preparar cuidadosamente lo que se iba a decir; ahora a todo el mundo aquello le parecía una pérdida de tiempo y una memez. Peor aún, que precisamente una mujer como María, de elevada cultura y que ya no estaba en la flor de su edad, dejase correr por su boca expresiones como aquélla. Gunnar carraspeó.

—¿Qué era eso tan apremiante, María?

—¡Cojonudo! —repitió ella, pasándose los dedos de ambas manos por el cabello, que llevaba muy corto. Había empezado justo a encanecer, y aquello hacía resbalar algo de cabello plateado hacia las sienes cuando lo removía de aquel modo. Sacudió entonces la llave y por fin entró en materia.

—Falta una carta antigua. —Hubo un breve silencio y prosiguió—: La han robado.

La cabeza de Gunnar se echó hacia atrás y él no pudo ocultar su asombro y su desaprobación.

—¿A qué te refieres? ¿Robada? ¿De la colección?

María suspiró.

—No. De la colección no. De aquí... de dentro.

Gunnar estaba boquiabierto. ¿De dentro?

—¿Cómo puede ser eso?

—Buena pregunta; que yo sepa, es la primera vez que sucede aquí algo parecido —reforzó el tono de su voz y añadió—: Quién sabe, quizá han desaparecido más cosas, y no sólo esta carta. Como sabes, aquí se conservan los manuscritos y fragmentos de manuscritos del siglo XVI pertenecientes a la colección de Árni Magnússon, además de todas las cartas antiguas de esa colección y unos ciento cincuenta manuscritos del grupo del *Konungsbók*. Pues sí, y otros setenta manuscritos y cartas de aquí y de allá. —Hizo una pequeña pausa y miró a Gunnar directamente

a los ojos—. Puedes estar seguro de que vamos a controlar hasta el último legajo y comprobaremos si han desaparecido más documentos. Pero quería hablar contigo a solas antes de que se haga público. En cuanto ordene el inventario, todo el mundo se dará cuenta de lo que está pasando.

—¿Por qué quieres consultarlo conmigo? —preguntó Gunnar molesto y algo enfadado. Como decano de la facultad, no necesitaba tener demasiada relación con el instituto y no colaboraban demasiado estrechamente—. ¿No estarás acusándome de haber cogido yo esa carta?

—Por todos los dioses, Gunnar. Será mejor que te lo explique antes de que me preguntes si sospecho del rector. —Le pasó una carta que estaba sobre la mesa—. ¿Recuerdas los documentos que nos prestó la Biblioteca Nacional danesa?

Gunnar sacudió la cabeza. Frecuentemente, el instituto recibía en préstamo materiales extranjeros relacionados con los temas de investigación que se llevaban a cabo en Islandia. Gunnar solía enterarse la mayoría de las veces, pero no los guardaba especialmente en la memoria excepto cuando se trataba de documentos relacionados con las áreas de interés de su especialidad. Aquella colección de cartas danesas, evidentemente, no estaba entre ellas. Leyó por encima la carta, escrita por un tal Karsten Josephsen, jefe de sección de la Biblioteca Nacional danesa. Estaba escrita en danés, y en ella recordaba que había concluido el plazo para restituir los documentos. Devolvió la carta a María.

—No tengo ni la más mínima idea.

María cogió la carta y volvió a ponerla en el mismo sitio de la mesa, justo enfrente de ella.

—Puede ser. Era una colección de cartas a los sacerdotes de la Iglesia episcopal de Roskilde. Todas pertenecían al periodo 1500-1550. Tengo entendido que no había en ellas demasiado que llamara la atención de nuestros especialistas, aunque las cartas datadas en torno a la fecha de la Reforma luterana en el país, 1536, resultaron interesantes. Sin embargo, la carta desaparecida no era una de ellas.

—¿Cuál era el tema de la carta? —preguntó Gunnar, aún ignorante de su papel en el asunto.

—Naturalmente, no sé exactamente lo que decía la carta que ha desaparecido; pero recuerdo que era del año 1510 y estaba escrita por Stefán Jónsson, obispo de Skálholt por entonces, a un sacerdote del obispado de Roskilde. Es la información que pude obtener del inventario que acompañaba a la colección cuando llegó aquí. Es así como descubrí, en realidad, que la carta había desaparecido; utilicé el inventario para comprobar si todo estaba bien empaquetado para proceder a la devolución de los documentos a Dinamarca.

—¿No puede ser que nunca llegara aquí... que hubiera faltado desde el principio? —preguntó Gunnar.

—Descartado —fue la respuesta—. Yo estaba presente cuando se recibió la colección el año pasado, y se comprobó cuidadosamente con el inventario que la

acompañaba. Todo se encontraba en el mismo orden, todo estaba en su sitio.

—¿No será que la carta se ha prestado a alguien de algún otro sitio? —preguntó Gunnar—. ¿No puede ser que se haya mezclado con otros documentos por error?

—Pues mira —respondió Maria—, si no hubiera habido otras cosas más, habría sido una posibilidad, efectivamente. —Calló un momento y siguió con énfasis—: Cuando descubrí la desaparición fui inmediatamente al ordenador a ver la carta; supongo que sabrás que escaneamos todos los documentos, sin excepción, que caen en nuestras manos, nos pertenezcan a nosotros o los recibamos en préstamo—. Gunnar asintió y Maria continuó—. Imagínate... habían borrado el archivo... única y exclusivamente esta carta.

Gunnar reflexionó un instante.

—Espera un momento. ¿No querrá eso decir que la carta no estaba incluida en el envío? ¿No se escanearon las cartas nada más ni recibirlas?

—Pues sí, se hizo todo al día siguiente. Pero la carta sí que estaba, y se escaneó. Lo veo por el número que utilizamos para identificar los ficheros electrónicos. La colección recibe un determinado número de identificación y cada documento recibe además números correlativos que se ubican en el fichero según su antigüedad: el más antiguo va el primero. —Se pasó otra vez los dedos por el pelo—. Falta el número de serie asignado a la carta.

—¿Y qué pasa con el archivo de seguridad de la red? Siempre nos están machacando con la seguridad frente a los accidentes informáticos. ¿No puedes encontrar el fichero en uno de esos archivos de seguridad?

Maria sonrió con desgana.

—Acabo de comprobarlo. Según el director de nuestra red, este archivo no se puede encontrar ni en los ficheros de seguridad de ningún día de la semana ni en el del último mes. Dice que hace como una semana han sobrescrito el archivo semanal, pues existe un archivo de seguridad especial del lunes, otro especial del martes, y así sucesivamente. En esos ficheros provisionales nunca hay archivos de más de una semana. Lo mismo sucede con las copias mensuales, también se sobrescriben, tenemos copias de un mes de antigüedad. De modo que este archivo se borró hace más de un mes. En realidad, en la base de datos del instituto se conservan las copias de seis meses. Aún no he ordenado que la busquen allí, porque hasta ahora no tenía claro lo serio que es en realidad el asunto.

—Aún no me has dicho qué tengo yo que ver en todo esto. —Fue lo único que se le ocurrió decir a Gunnar. Ordenadores y redes informáticas no se contaban precisamente entre sus entretenimientos favoritos.

—Naturalmente he comprobado quiénes trabajaron con esta colección. Como sabes, todo está registrado y archivado. De acuerdo con los datos, la última persona que tuvo acceso a ella fue un estudiante de tu departamento. —El gesto de Maria se tornó más sombrío—. Harald Guntlieb.

Gunnar se llevó una mano a la frente y cerró los ojos. ¿Y ahora qué? ¿Nunca iba

a acabar aquello? Respiró profundamente y se esforzó por hablar despacio y con calma, sin perder el control de la voz.

—Tiene que haber habido otros más que estudiaran la colección. ¿Cómo puedes estar tan segura de que fue Harald quien se llevó la carta y no cualquier otro antes que él? Aquí trabajan ahora quince personas a tiempo completo, además de varios visitantes y estudiantes que están investigando.

—Oh, estoy segura —dijo Maria con voz firme—. Quien examinó la colección antes que él fui yo misma, y cuando trabajé con ella estaba todo. Además, metieron otro papel en la funda que alojaba la carta, seguramente para no dejarla vacía. Aquello llamó la atención inmediatamente. Ese papel despeja cualquier duda. —Cogió una funda que había sobre la mesa y se la pasó a Gunnar con un rápido movimiento de la mano, que dejaba patente su irritación por el cariz que había tomado el asunto—. Espero que te des cuenta de que los estudiantes de la Facultad de Historia tienen acceso a nuestras propiedades, manuscritos y documentos, bajo la responsabilidad de la facultad. Tú, como decano, no puedes eludir esa responsabilidad. El instituto no puede permitirse el lujo de consentir que anden diciendo que perdemos valiosos documentos antiguos. Nuestro trabajo se basa en buena medida en la cooperación con otros institutos semejantes de los países nórdicos, y no me puedo ni imaginar que esa cooperación naufrague por culpa de la falta de honradez de vuestros alumnos.

Gunnar tragó saliva y miró el papel que Maria le había entregado. Nada habría deseado tanto como poner el grito en el cielo y salir de allí como una exhalación. Era una impresión de la lista de alumnos con indicación de sus especialidades, y el nombre de Harald Guntlieb aparecía marcado claramente en lo más alto de la página. Gunnar dejó el papel sobre sus rodillas.

—Si Harald ha robado la carta y la ha sustituido por este papel, es el peor ladrón de nuestra época. Tenía que suponer que esto lo acusaría. —Gunnar levantó el papel en el aire y lo enarboló.

Maria se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saber lo que pensaba? A lo mejor tenía intención de devolverlo. Tú sabes mejor que nadie lo que se lo impidió... accedió a la colección de documentos sólo un mes antes de salir del urinario y caérsete encima. Sin duda vio por el archivo de la pantalla que nadie había tocado la colección en dos meses. Todos los que la necesitaban habían acabado de estudiarla de cabo a rabo. Calculó correctamente que tendría tiempo de sobra antes de que se descubriese el asunto, así que podría reponerla sin problema. Lo que pensaba hacer entre tanto con el documento no puedo ni imaginármelo. Pero digamos que no tuvo tiempo de devolverla. No consigo imaginar otra explicación para este suceso.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó Gunnar con la voz desmayada.

—¿Que hagas? —dijo María destemplada—. No he recurrido a ti en busca de apoyo moral. Quiero que encuentres el documento —agitó las manos—. Busca en su

puesto de lectura y en otros sitios donde pueda haber dejado el documento para ocultarlo. Tú sabes mejor que yo dónde buscar. Era alumno tuyo.

Gunnar apretó los dientes. Maldijo el día en que concedieron el ingreso en el departamento a Harald Guntlieb, y recordó que él había sido el único en oponerse a su visita de estudios. Había tenido de inmediato una sensación fastidiosa, en especial cuando vio el tema de su tesina, que trataba de las persecuciones de brujas en Alemania. Enseguida supo que aquel joven no traería nada bueno. La democracia triunfó, sin embargo, y allí estaba él, ahora, con todos los horrores que había causado aquel joven.

—¿Quiénes están informados de esto?

—Yo. Tú. No he informado a nadie más, excepto al encargado de la red, y él no conoce toda la historia. Cree que se trata sólo de un problema de ordenadores — vaciló por un instante—. También pregunté a Bogi; él trabajó con la colección nada más llegar aquí e intenté someterle al tercer grado. Tiene una vaga idea de que no todo va como debería. No creo que piense que la carta esté en paradero desconocido, no déje traslucir mis sospechas de que la habrían robado.

Bogi era uno de los especialistas fijos del instituto. Era un hombre reposado, y Gunnar consideraba poco probable que airease el asunto.

—¿Cuándo tiene que estar la colección de vuelta en Dinamarca. ¿Qué plazo tengo para encontrar la carta?

—Puedo tapar el asunto como mucho una semana. Si la carta no ha aparecido para entonces, no tendré otro remedio que informar de su desaparición. Me temo que tu nombre tendrá que aparecer más de una vez. Haré todo lo que esté en mi mano para que la culpa la tengáis vosotros, y no nosotros. Un pajarito me contó que no sería la primera vez que desaparecen documentos y que se habla de tu facultad. —Le miró interrogante.

Gunnar se puso en pie con las mejillas rojas.

—Comprendo. —No se atrevía a decir nada más, una vez llegados a ese punto, pero al alcanzar la puerta se volvió para preguntar la única cosa que le estaba quemando... aunque lo que más deseaba era salir enfurecido, dando un tremendo portazo—. ¿Tienes alguna idea de qué decía esa carta? Dices que han estudiado la colección, alguien tiene que recordarlo.

María sacudió la cabeza.

—Bogi se acordaba muy vagamente. En realidad estaba trabajando en una investigación referente a la fundación del obispado de Selandia y su influencia en la historia eclesiástica de Islandia. Eso sucedió bastante después de la fecha de la carta en cuestión, de modo que no la estudió con detenimiento. Sí que recordaba que no era muy comprensible, algo sobre el infierno, la peste y la muerte de un emisario. Fue lo único que conseguí sacarle sin que sospechara por dónde iban las cosas.

—Estaré en contacto —dijo Gunnar al despedirse. Salió y cerró la puerta tras de sí sin esperar el saludo de despedida de María.



Una cosa estaba clara. Tenía que encontrar aquella carta.



## Capítulo 9

Póra fue girando lentamente en redondo sobre el reluciente parqué del inmenso salón. Estaba decorado en el estilo minimalista que ahora se consideraba el más refinado. Los pocos muebles que había dejaban ver que habían costado un buen pico. Dos sofás negros de cuero, grandes y de depurado estilo, estaban colocados en el centro del salón; eran bastante más bajos que los sofás a los que Póra estaba acostumbrada. Le entraron unos deseos tremendos de sentarse en uno de ellos, pero no quería que Matthew viese lo atractivos que le resultaban. Entre los dos había una mesa aún más baja que los sofás, que a Póra le parecía imposible que tuviera patas: era más bien como si la mesa descansara directamente en el suelo. Buscó objetos de decoración y lo único que pudo descubrir fue lo que había en las paredes. Aparte de una gran pantalla plana en una de ellas, había obras de arte, todas ellas con siglos de antigüedad. Había además varios objetos antiguos, entre otras cosas un viejo mamotreto de silla de madera que Póra imaginó auténtica, no de imitación. Empezó a pensar si Harald habría tenido algo que ver personalmente con la decoración, o si había sido un decorador de interiores quien se había encargado de todo. Combinar cosas tan antiguas con otras tan modernas convertía el espacio en algo de lo más infrecuente y le daba un toque personal.

—¿Qué le parece? —preguntó Matthew despreocupadamente. El tono daba a entender que, a diferencia de Póra, él estaba acostumbrado a la opulencia.

—Es un apartamento realmente espléndido —respondió, y fue hacia una de las paredes pintadas de blanco para contemplar una plancha de cobre enmarcada, que parecía muy antigua. Miró detenidamente la imagen y al momento dio un paso atrás —: ¿Pero qué es este horror? —La plancha estaba repleta de figuras, y el artista había tenido que esforzarse para poder meter en aquel cuadro sin colores a toda aquella gente, especialmente varones, ordenadamente distribuidos en parejas, en las que uno se dedicaba a torturar al otro o a castigarlo de una u otra forma.

Matthew fue hacia ella y miró el grabado.

—Ah, ya. —Hizo una mueca y continuó—: Esto es una plancha de cobre que Harald heredó de su abuelo. Es alemana y muestra cómo eran las cosas en Alemania hacia 1600, cuando estaban en su apogeo las persecuciones por motivos religiosos. Como puede ver, no se andaban con chiquitas. —Matthew se dio la vuelta y se alejó de la plancha—. Lo que la convierte en algo especial es que procede de esa misma época y no es una interpretación, por así decir, posterior a los hechos representados. Esas otras representaciones suelen ser menos realistas y más exageradas. Claro que quizá esta plancha es un poco de ese estilo.

—¿Más exageradas? —preguntó Þóra asombrada. ¿Qué podía haber más exagerado que aquello?

—Sí, ya, bueno —respondió Matthew encogiéndose de hombros—. A base de trabajar para la familia Guntlieb, he llegado a conocer esa época como si me fuera algo en ella; ésta de aquí no es, ni de lejos, una de las piezas más tremendas de su colección. —Sonrió fríamente—. En comparación con las peores, ésta podría ponerse de adorno en el cuarto de los niños.

—Mi hija tiene en la pared un póster de Minnie —dijo Þóra, y se acercó al siguiente cuadro—. Puede estar seguro de que un cuadro como ése no colgará nunca de una pared de su cuarto, ni en ninguna parte de mi casa.

—No, no es para todos los públicos —respondió Matthew, y siguió a Þóra hasta el cuadro que representaba a un hombre al que estaban desarticulando sobre un potro, delante de unos hombres encapuchados. Estos estaban sentados en un apretado grupo observando con cara de suficiencia a dos verdugos que hacían girar, aparentemente con gran esfuerzo, una rueda sujeta al potro. La intención era evidentemente, tensar los miembros del hombre para hacerle sufrir vez más. Matthew señaló el centro del grabado—. Éste muestra las torturas que se aplicaban en las investigaciones judiciales, y procede también de Alemania. Para ellos tenía gran importancia obtener confesiones, como puede ver. —Miró a Þóra—. Seguramente será interesante para usted, como abogada que es, comprender las raíces de la tortura, pues sus principios en Europa pueden considerarse parte del sistema judicial, bueno, hablando en sentido amplio.

Þóra se preparó para otra ofensa más a su profesión: había tenido que acostumbrarse a que la trataran así desde que empezó la carrera de Derecho.

—Sí, faltaría más... los abogados somos los únicos responsables de todo eso.

—No, de veras —respondió Matthew—. En la Edad Media el poder de acusar estaba en manos de los individuos. De forma que quien se consideraba ofendido o perjudicado injustamente por la conducta criminal de alguien tenía que realizar la acusación por sí mismo y ejercer de acusador en el caso. Los procesos judiciales eran casi de broma. Si el acusado no confesaba sin más ante el tribunal o si no había algo que demostrara claramente su culpabilidad, el veredicto de culpabilidad se dejaba en manos de Dios. Se sometía al acusado a una serie de pruebas, como hacerle caminar sobre carbones encendidos, arrojarle al agua atado de pies y manos, o cosas por el estilo. Si, digamos, sus heridas se habían curado en cierto plazo, o si se hundía en el agua, se le consideraba inocente. En ese caso, quien le había acusado se encontraba en una situación más bien funesta, porque el juicio se volvía entonces en su contra. Como se puede comprender, la gente era más bien reacia a acusar al prójimo, pues al hacerlo corrían el riesgo de que el caso se volviera contra ellos. —Matthew señaló al hombre torturado en el potro—. Este sistema se modificó cuando las autoridades y los eclesiásticos se dieron cuenta de que por este procedimiento los crímenes, fuese en el campo terrenal o en el espiritual, aumentaban de forma exorbitante a causa de

la incapacidad de los tribunales. A fin de reducir el número de delitos recurrieron a las leyes romanas, donde tanto el sistema de acusación como la realización del proceso estaban organizados de forma completamente distinta. Se centraban en la investigación, que se denominaba instrucción, nombre que seguimos dándole. Fue la Iglesia la que inauguró el nuevo sistema, y a remolque de ella lo hicieron también los tribunales laicos, y la persona afectada por el delito dejó de tener que ser quien realizaba la acusación y llevaba el caso ante los tribunales. —Matthew sonrió a Þóra—. *Ergo...* los abogados.

Þóra le devolvió la sonrisa.

—Hace ya demasiado tiempo como para echar la culpa de esas barbaridades a la justicia. —Ahora le tocaba a ella señalar al pobre hombre tendido en el potro—. Tampoco veo muy clara la relación entre la instrucción y las torturas, perdóneme.

—Ya —respondió Matthew—. Por desgracia fue culpa del nuevo sistema. Para poder declarar culpable a alguien era preciso disponer de dos testigos del delito, o bien conseguir la confesión del acusado. Para algunos delitos, como la herejía, era difícil encontrar testigos incuestionables, de modo que todo dependía de la confesión. Esta la tenían que obtener los jueces, y lo mejor era usar la tortura. A eso se llamaba instrucción del sumario.

—Repugnante —dijo Þóra, que dio la espalda al grabado y miró a Matthew—. ¿Y cómo sabe usted todo eso?

—El abuelo de Harald estaba increíblemente versado en ese periodo y su pasión le hacía hablar de él sin parar. Era muy entretenido oírle, pero en comparación con el viejo yo no tengo más que un conocimiento muy superficial de estas cosas.

—Ya veo —dijo Þóra—. ¿Todos estos grabados los ha visto antes?

Matthew recorrió con los ojos las paredes.

—La mayoría, creo. En realidad esto no es más que una fracción de los grabados y otras cosas pertenecientes a la colección. Es obvio que Harald sólo se llevó una parte. Su abuelo dedicó una buena parte de su vida a coleccionar todas esas cosas, por no hablar del dinero que se gastó en ellas. Diría que debe de tratarse de una de las colecciones más importantes del mundo sobre la tortura y las persecuciones a lo largo de los siglos. En ella se encuentra un conjunto casi completo de las ediciones del *Malleus Maleficarum*.

Þóra miró alrededor.

—¿Y toda la colección era para colgar de las paredes del salón?

—¡Qué va, está usted loca!—respondió Matthew—. Los libros y algunos otros documentos, cartas y demás, están guardados en una caja fuerte del banco, porque son muy valiosos. Además, en casa de la familia Guntlieb hay dos salas especiales que albergan la parte expuesta de la colección. Parte de lo que ve aquí procede de ellas. Supongo que no les importará demasiado perder de vista una sección de las piezas. Harald era el único descendiente que compartía el interés de su abuelo por estas cosas. Sin duda alguna, ése fue el motivo por el que su abuelo le legó la

colección.

—¿Y Harald podía llevársela de un país a otro según le pareciese? —preguntó Þóra. Matthew sonrió.

—Pues yo diría que, en realidad, se la habría llevado consigo aunque no la hubiese heredado. Supongo que para los padres de Harald ha sido un auténtico alivio librar su casa de esas cosas, aunque sólo fuera parte de la colección.

Þóra asintió.

—¿Esta silla es de la colección? —Señaló la vieja silla de madera colocada en una esquina del salón.

—Sí —respondió Matthew—, es una silla de inmersión, utilizada para sumergir a la gente en agua. Es un buen ejemplo de la tortura de castigo, que es completamente diferente a las torturas que se practicaban durante la instrucción legal. Procede de Inglaterra.

Þóra fue hacia la silla y pasó los dedos por los relieves de su respaldo. No podía leer la inscripción, pues las letras estaban casi desaparecidas, además de que no conocía la caligrafía. En el asiento de la silla había un gran agujero, y en los brazos había argollas y cintas de cuero retorcido que evidentemente tenían la función de amarrar las manos de quien estuviera sentado en ella.

—El agujero era para hacer pasar agua por él, de modo que la silla se hundiese bien a fin de llevar a la gente al borde de la asfixia. Estaba pensado para hacerlo de manera discontinua, pero a veces acababa con la muerte por ahogamiento del ocupante de la silla por un descuido de los encargados de la inmersión.

—Es magnífico no haber vivido en esa época —dijo Þóra, soltando la silla. Había llegado a un punto en que le resultaba cada vez más difícil callar cuando algo la afectaba íntimamente.

—Este es uno de los mejores instrumentos de la colección —dijo Matthew—. La creatividad de los que inventaron estos instrumentos es incomparable. El ansia de torturar dio rienda suelta a su imaginación.

—Prefiero salir de este salón tan coqueto; creo que deberíamos continuar.

Matthew se mostró de acuerdo.

—Vamos, le enseñaré las otras habitaciones. En realidad no son mucho mejores, en lo que respecta a estas cosas. Pero la cocina está libre de todo esto, empecemos por allí.

Fueron a la cocina, a la que se accedía desde el vestíbulo. No era tan enorme, pero contaba con los electrodomésticos más modernos. En los estantes había filas y filas de botellas de vino.

Þóra empezó a dudar de que Matthew conociese mucha «gente normal». Su propia cocina era el yin, si ésta era el yang. Había una gran cocina de gas, un enorme mostrador de acero, un lavaplatos, un fregadero al estilo de los que tienen las cocinas de los barcos, cubetas para enfriar vino y un frigorífico doble, de los más grandes.

—Siempre he querido tener una nevera así.

—¿Y por qué no se compra un refrigerador de éstos? —preguntó Matthew.

Þóra se giró hacia Matthew, volviéndose de espaldas al refrigerador.

—Por la misma razón por la que no me he comprado otras cosas caras que me apetecen. Porque no tengo para esas cosas. Aunque a usted le resulte difícil imaginarlo, resulta que en algunas casas el dinero no sobra, precisamente.

Matthew se encogió de hombros.

—Un refrigerador no es precisamente un capricho.

Þóra prefirió no responder. Fue hacia el armario y miró el interior. En uno de los estantes inferiores se veía un conjunto de cacerolas de acero con tapaderas de cristal, tan deslumbrantemente limpias que dudó de que se hubieran utilizado alguna vez.

—Parece que Harald no guisaba mucho, a pesar de tener esta cocina tan espléndida —dijo cerrando el armario. Se despezó.

—Pues no, si le conozco bien, yo diría que se habrá dedicado a comprar comida preparada, o a comer fuera.

—Eso indican los extractos de su tarjeta de crédito. —Miró a su alrededor y no vio nada que pudiera proporcionarles información alguna. Además, la puerta de la nevera estaba vacía: no había imanes ni tampoco, en consecuencia, notas. El frigorífico de su casa se utilizaba como una especie de central de comunicaciones del hogar. Casi ni recordaba de qué color era: estaba todo cubierto de horarios de clase, tarjetas de invitación y otras cosas parecidas.

—¿Echamos un vistazo al resto? —preguntó Þóra, que ya se había cansado de la cocina—. Dudo que encontremos aquí nada que pueda servirnos de ayuda.

—A menos que alguien le haya matado para quitarle el refrigerador —dijo Matthew, y añadió con tono de broma—: ¿Dónde estaba usted la noche en la que se perpetró el asesinato?

Þóra se limitó a sonreírle irónica.

—En el extracto de la tarjeta de crédito había varios cargos menores de una tienda de animales de compañía... ¿Harald tenía alguna mascota?

Matthew sacudió la cabeza, extrañado.

—No, aquí no había animales ni nada que pudiese indicar que los hubiera habido.

—Pues estaba segura de que había estado comprando cosas para su mascota. —Þóra miró en los armarios de la cocina en busca de comida de gatos u otros alimentos para animales. Nada.

—Telefonéelos —propuso Matthew—. A lo mejor ellos lo recuerdan... ¿quién sabe?

Þóra buscó el número de la tienda, telefoneó, habló con el empleado y colgó.

—Qué raro —le dijo a Matthew—. Le recuerdan, aseguran que compró hámsteres varias veces. ¿Está seguro de que no había jaúlas de hámster por aquí?

—Sin ningún género de duda —respondió Matthew

—Qué raro —dijo Þóra—. El chico con el que he hablado me ha contado también que Harald había intentado comprarles un cuervo.

—¿Un cuervo? —exclamó Matthew escandalizado—. ¿Para qué?

—El chico no tenía ni idea. No venden cuervos, de modo que el asunto no fue a más. Pero le había parecido extraño y por eso se acordaba de Harald.

—No me extrañaría que Harald considerase ese pájaro como alguna clase de símbolo de las estupideces esas de la magia —dijo Matthew.

—Quizá —respondió Þóra—. Pero difícilmente podría decirse lo mismo de los hámsteres.

Abandonaron la cocina y entraron al pasillo al que se abrían las demás habitaciones del piso. Matthew abrió el cuarto de baño, y Þóra miró dentro: no parecía albergar ningún secreto. Igual que la cocina, estaba puesto a la última moda y era de estilo refinado, pero por lo demás no había nada especialmente interesante. Entraron en el dormitorio de Harald, que resultó ser mucho más interesante.

—¿Ha intervenido alguien aquí, o es que él era siempre así de pulcro? —preguntó Þóra, señalando la cama, perfectamente hecha. Ésta era tan anormalmente baja como el sofá del salón.

Matthew se sentó a los pies de la cama. Sus rodillas le llegaban a la barbilla. Acomodó las piernas y las dejó extendidas delante de él.

—Tenía una asistenta que lo ordenó todo el fin de semana que fue asesinado, para gran disgusto de la policía. Naturalmente, en aquellos momentos ella no tenía ni idea del asesinato, como nos pasaba a todos. Se limitó a venir cuando le tocaba y a arreglar las cosas. Hablé con ella, y contaba maravillas de Harald. Aunque, a decir verdad, señaló que pocas mujeres de la empresa para la que trabaja quisieron encargarse de este piso.

—Pues no me lo explico —dijo Þóra con ironía, señalando con un leve movimiento de la mano los cuadros colgados en las paredes. Eran del mismo tipo que los del salón, aunque en éstos eran sobre todo mujeres a las que estaban sometiendo a tortura, o castigos, o ejecutando. La mayor parte estaban desnudas hasta la cintura, otras por completo—. Esto es como cualquier dormitorio de un hombre normal.

—Quizá sólo ha tenido usted relaciones con los hombres equivocados —se apresuró a responder Matthew con una sonrisa.

—Estaba bromeando —respondió Þóra—. Naturalmente que nunca he estado en un dormitorio tan peculiar como éste. —Fue hacia una gran pantalla fijada a la pared, delante de la cama—. Me intriga saber qué cosas se pondría —dijo inclinándose sobre el reproductor de DVD que estaba colocado en una cómoda debajo de la pantalla. Lo encendió, apretó el botón de extracción del disco y el cargador salió vacío.

—Yo saqué el disco —dijo Matthew, que había seguido desde la cama lo que estaba haciendo Þóra.

—¿Y qué había estado viendo? —preguntó Þóra, volviéndose hacia Matthew.

—*El Rey León* —respondió Matthew sin el más mínimo gesto y se puso de pie—. Venga, le enseñaré el despacho. Es allí donde tendremos más oportunidades de encontrar algo que pueda ayudarnos.

Þóra se incorporó y le siguió, pero decidió probar suerte y mirar la mesilla de noche de Harald. Abrió el único cajón. Estaba repleto de frascos y tarros de crema que se habían utilizado obviamente para cuidados personales, así como un paquete de preservativos abierto, en el que faltaban varios condones. «Había mujeres a las que no les molestaba la decoración de las paredes», pensó Þóra.

Cerró el cajón y alcanzó a Matthew.





## Capítulo 10

Laura Amaming miró el reloj. Eran las tres menos cuarto: tenía tiempo de sobra para acabar sus tareas y llegar puntualmente, a las cuatro. Tras llevar un año viviendo en Islandia, por fin había accedido, el otoño pasado, a matricularse en un curso de islandés para extranjeros. Le horrorizaba llegar tarde. Le venía estupendamente que las clases fueran en el edificio central de la universidad, a un tiro de piedra de Árnagarður, donde trabajaba. Le habría resultado prácticamente imposible asistir a clases si éstas fueran en cualquier otro sitio: no terminaba de trabajar hasta media hora antes de empezar la clase, y no tenía coche para desplazarse de un sitio a otro.

Laura metió la bayeta en la pila y quitó buena parte de la suciedad bajo el grifo del agua caliente. Murmuró de labios adentro «caliente» y «frío» en islandés, y maldijo mentalmente la difícil pronunciación.

Enjuagó la bayeta y la metió en el barreño lleno de lejía para los trapos sucios. Se estiró para alcanzar el limpiacristales y tres paños limpios para secar. Ese día tenía que limpiar todas las ventanas del interior del ala norte del segundo piso, y no se podía hacer con una sola bayeta. Salió de la habitación y subió al segundo piso.

Tuvo suerte; los tres primeros despachos estaban vacíos. Se limpiaba mucho mejor cuando no había nadie presente. Sobre todo cuando se trataba de limpiar ventanas, porque tenía que encaramarse a una silla o a cualquier otro mueble para llegar a la parte de arriba. Le resultaba incomodísimo hacerlo con espectadores con los que no podía charlar. Sería más fácil cuando pudiese manejarse ya en el idioma. En Filipinas siempre era decidida y hasta atrevida. Aquí nunca conseguía manejarse a gusto excepto entre sus compatriotas... en el trabajo solía sentirse, en realidad, como un objeto más que como una persona; la gente hablaba y se comportaba como si ella no estuviese. Todos menos el supervisor de limpiezas, Tryggvi. Aquel hombre se comportaba siempre con una cortesía exquisita, hacía todo lo que estaba en su mano para relacionarse con Laura y sus compañeras, aunque la mayoría de las veces no llegaba más allá de unos gestos que no había forma de desentrañar. Pero tampoco parecía que el hombre se partiese de risa cuando ellas intentaban adivinar qué podía estar intentando decir. Era un tipo estupendo, y Laura esperaba con alegría el momento en que pudiese decirle algo en su propia lengua, dentro de poco. Pero una cosa sí que era indudable: jamás podría llegar a pronunciar su nombre, aunque se apuntase a todas las clases de lengua islandesa que se ofrecían. Decía en voz baja «Tryggvi» y acababa sonriendo al oír lo que le salía.

Laura fue hacia el cuarto despacho. Era una estancia grande que pertenecía a

los estudiantes y se utilizaba como una especie de club social. Dio un golpecito en la puerta y entró. En el destartado sofá de la sala estaba sentada una chica que Laura reconoció como miembro del grupo de amigos del estudiante asesinado. Era fácil, en realidad, reconocer a aquellos jóvenes, siempre parecían nubes de tormenta, tanto por su gesto como por sus ropas. La chica pelirroja estaba ensimismada en una conversación por el teléfono móvil, y aunque hablaba en voz baja, resultaba evidente que el tema de conversación no era nada divertido. La muchacha miró disgustada a Laura y se puso una mano delante de la boca y la parte inferior del teléfono, como para asegurarse de que Laura no la oyera. Se despidió de su interlocutor, metió el teléfono en su funda protectora de color de camuflaje, se puso en pie y se fue, pasando ensimismada al lado de Laura. Ésta intentó sonreírle y se esforzó enormemente para decir «adiós» cuando salía. La chica se dio la vuelta en el umbral, asombrada por la despedida, y dijo entre dientes algo incomprensible antes de salir y cerrar la puerta. «Lástima», pensó Laura. Era una chica muy maja, se podía decir incluso que guapa, si hiciese el más mínimo intento de mejorar su aspecto, si se quitase aquellos aros espantosos de las cejas y la nariz, y sonriese aunque sólo fuera muy de vez en cuando. Bueno, y qué, las ventanas esperaban y el tiempo pasaba. Laura se puso manos a la obra. Echó limpiacristales sobre el primer panel de la ventana y pasó el paño en repetidos círculos por el cristal. No había demasiada suciedad como para tener que utilizar un método más enérgico. Aquellas ventanas tenían casi siempre las cortinas echadas, y por eso no caía nada sobre los cristales. Fue limpiando las ventanas una tras otra pero cuando estaba a punto de terminar con la última, se percató de la primera suciedad seria. En realidad no estaba en el cristal mismo, sino que era una manchita marrón al lado de la manija de acero que servía para abrir la ventana.

La mujer volvió a sacar el paño sucio que acababa de meterse en el bolsillo de la bata. No era necesario enguarrar el paño que tenía en la mano en esos momentos; aún estaba inmaculado. Esparció el líquido sobre la manija y pasó el paño por ésta y por debajo. Evidentemente, las limpiadoras más jóvenes pasaban de limpiar los lugares que no estaban a la vista, y Laura vio que aquella porquería, fuera lo que fuese, estaba metida también por debajo del acero. Se alegró de haberle echado la vista encima a aquello; sólo faltaría que alguno de aquellos sucios estudiantes que usaban la sala abrieran la ventana, notase el acero manchado y fuera a quejarse inmediatamente por lo mal que limpiaban su estancia.

Laura refunfuñó por la conducta de los que utilizaban aquel sitio: la manija no era sino un ejemplo más del comportamiento de aquellos guarros. Pero ¿quién podía tener unas manos tan sucias? Fuese lo que fuese aquello, se quitaba como si nada, y Laura pasó la bayeta por otros sitios, simplemente por cubrir el expediente. Miró satisfecha el acero limpio: sintió como si acabara de obtener una pequeña victoria sobre Gunnar. Cuando estaba a punto de volver a meterse el paño en el bolsillo, vio con claridad la mancha que se había formado dentro. Era de color rojo oscuro. El

color parduzco se había diluido en el paño. Aquello era sangre, no cabía duda alguna. ¿Pero cómo había llegado hasta la manija? Laura no recordaba haber visto sangre en el suelo; quien hubiera agarrado la manija tenía que haber sangrado en algún otro sitio. Pensó si aquello podría tener alguna relación con el asesinato, pero le pareció poco probable. Las ventanas se habían limpiado varias veces desde entonces.

Le apremió una idea. No recordaba haber limpiado aquellas ventanas ella misma, lo que quería decir que lo había hecho alguna otra persona. Intentó quitarse la idea de la cabeza: ¿no habían limpiado el ala este el día después del asesinato? Claro que sí, qué ocurrencias». Naturalmente que lo habían hecho: la policía, encima, había interrogado a una de las chicas más jóvenes, esa Gloria que hacía los turnos de fin de semana.

¿Pero qué estupidez estaba haciendo? No le faltaba más que intentar explicar aquella ocurrencia en islandés. Para eso no bastaba con decir «frío» y «caliente». Además podía verse en problemas con las autoridades, simplemente por haber quitado aquello de la manija, eliminando así las posibles huellas digitales del asesino. También podría meterse en líos si intentaba hacer una montaña de cualquier cosa que pudiese tener una explicación sencilla. Aquello era un completo absurdo. Recordaba perfectamente la que montó Gloria con el interrogatorio al que la sometieron; hasta soltó unas cuantas lágrimas al contarles lo dura que había sido la policía con ella. En aquel momento, Laura pensó que las lágrimas habían sido más bien de cocodrilo, pero ahora no estaba ya tan segura. Repasó el suelo con la vista en busca de sangre. Si la encontraba, el asunto estaría resuelto, porque ella en persona había fregado aquel local varias veces después de cometerse el asesinato. Así que habría tenido que tratarse de algo muy reciente, que tendría su explicación natural.

En el suelo no había nada de sangre, ni siquiera en las rendijas entre las tablas. Laura se mordió el labio inferior, pensativa. Se animó a sí misma. La policía ya había detenido al asesino. Aquello no tenía la menor importancia. Si la sangre tenía alguna relación con el asesinato, no sería sino una prueba más en contra del culpable. Laura respiró hondo. Pensó en los periódicos que le solían mostrar con grandes aspavientos al llegar de Filipinas; traían entrevistas con una persona, su hijo o su hija, así como fotos suyas, en las que contaban las cosas más increíbles, como si tuviesen una necesidad urgentísima de decirlas a los cuatro vientos. Laura no podía verse a sí misma con la manija de la ventana al lado de su mejilla, en la foto, en uno de esos periódicos. No, aquello no era más que una locura y una tontería por su parte: alguno de los estudiantes habría sangrado por la nariz, se mareó y quiso respirar un poco de aire fresco. Laura respiró tranquila durante un minuto, basta que recordó a sus propios hijos cuando sangraban por la nariz. Se iban enseguida al baño... no a abrir una ventana.

Da igual. No había nada que indicase que el asesino del estudiante alemán hubiera intentado abrir la ventana, sino simplemente que alguno que no tenía nada

que ver con aquello se había hecho una herida y había decidido buscar aire fresco. Laura cogió el paño y decidió comprobar si había sangre entre las tablas del suelo: además, si en aquel lugar había habido una agresión, se podía pensar que, por mucho que limpiasen, algo habría tenido que quedar, sucede siempre. Quien no tiene costumbre de limpiar se daría cuenta demasiado tarde. Se santiguó y decidió que si no aparecía más sangre en el paño, aquello sería otra prueba de que no tenía que sacar las cosas de quicio. Claro que tenía intención de contárselo a la policía, aunque aquello significara incordiar al bueno de Tryggvi. Laura se arrodilló y fue avanzando junto a las paredes de la sala. Nada. El paño salía siempre limpio de debajo de las tablas, aparte de pelusas y otras suciedades corrientes. Se sintió mejor y se puso de pie. Menuda tontería... naturalmente que había alguna explicación natural para aquella sangre. Que se le hubiese podido pasar por la cabeza una cosa como aquella tenía que ver, sin duda, con el shock que sufrió cuando descubrieron el cadáver... aquel cadáver ultrajado y horroroso. Volvió a santiguarse.

Cuando iba a salir de la habitación, los ojos se le quedaron fijos en el umbral. La rendija era allí mayor que entre las tablas del suelo, y Laura se inclinó para pasar el paño por ella. Se atascó en algo. Se agachó más para ver cuál era el obstáculo. Había algo brillante, de color plateado, y buscó algo con lo que sacarlo de allí debajo. Vio una regla sobre una de las mesas y la cogió. Luego intentó empujar aquella cosita y lo consiguió finalmente, tras varios intentos. La sacó y se puso en pie. Era una estrellita de acero, del tamaño de la uña del dedo meñique. Se la puso sobre la palma de la mano y la estudió. La estrella le resultaba familiar, pero no podía recordar exactamente. ¿Dónde la había visto antes? No disponía de mucho tiempo para eso, porque tenía que seguir limpiando ventanas si no quería que se le hiciese demasiado tarde. Se metió la estrella en el bolsillo, decidida a entregársela a Tryggvi. Quizá él sabría de dónde era. Aquello no debía de tener ninguna relación con el asesinato... como tampoco la sangre de la manija, que sin duda tenía una explicación natural. ¿O no? Su dedo se movió hacia la frente. Se persignó y apartó de su cabeza el recuerdo de aquel horror. Tomó la decisión de hablar de ello solamente con Gloria. La chica tendría que trabajar sin peligro los festivos, y Laura también. Además, bien podía ser que supiese más de lo que les había contado a ellos y a la policía.

Marta Mist estaba apoyada en la pared del pasillo, cabreada por lo que tardaba en acabar la limpiadora. No es que hubiese precisamente mucho que limpiar allí dentro: sacar unas cuantas latas, fregar algunas tazas y lavar manchones de líquidos. Miró el reloj de su móvil. Maldita sea... a aquel imbécil no se le había ocurrido nada mejor que tumbarse en el sofá. Marta Mist buscó en su teléfono el número de Bríet y llamó con rápidos movimientos de los dedos. Más le valía que lo cogiera; pocas cosas la sacaban tanto de quicio como imaginar que la persona a la que estaba llamando miraba la pantalla, veía que era ella quien llamaba y no contestaba. Su preocupación

resultó injustificada.

—Hola —respondió Bríet. Marta Mist dejó a un lado las cortesías.

—No la encuentro —dijo enfadada—. ¿Estás segura de que la pusiste en el cajón?

—*Shit, shit, shit* —repitió Bríet con desaliento en la voz—. Estoy completamente segura de que la puse allí. Tú me viste hacerlo.

Marta Mist rio burlona.

—Olvídalo, ni siquiera sabía lo que veía.

—La puse allí. Lo sé —respondió Bríet recalcando las palabras. Suspiró profundamente—. ¿Qué voy a decirle a Dóri? Se pondrá como una furia.

—Nada. No le dices ni una mierda.

—Pero...

—Nada de peros. No está allí, ¿y ahora qué? ¿Qué vas a hacer?

—Bueno... No lo sé —respondió Bríet derrotada.

—Es mejor para ti que sea yo quien lo sepa —dijo Marta Mist al momento—. Acabo de hablar con Andri, y él está de acuerdo contigo: no decimos nada, porque no se puedo hacer nada. —Prefirió no decirle a Bríet que había necesitado veinte minutos para decirle a Andri que no se lo contase a Halldór. Añadió con voz más suave—: No te preocupes. Si esto tuviese alguna importancia, ya habría salido a la luz.

La puerta del despacho se abrió y salió la mujer de la limpieza. A juzgar por su rostro, algo grande estaba pasando en el mundo de las limpiadoras. La mueca de su boca indicaba que seguramente la habían hecho tragarse algo gordo. «Menudo lío», pensó Marta Mist apartándose de la pared.

—Bríet —dijo en el teléfono—. La que limpia acaba de salir. Voy a buscar mejor. Luego te llamo.

Colgó sin darle a Bríet oportunidad de despedirse. Un demonio, como siempre.



## Capítulo 11

Póra estaba sentada en el escritorio de Harald Guntlieb repasando el contenido de los cajones. Dejó de mirar las hojas y levantó la vista, se giró hacia atrás y dirigió la mirada hacia Matthew. Éste se encontraba hundido en una butaca de un rincón del estudio, haciendo lo mismo. Habían decidido empezar mirando las cosas que se había llevado la policía en el registro de la casa y que acababan de devolver. Eran tres grandes cajas de cartón llenas de toda clase de papeles, y después de una hora de lectura, Póra había perdido de vista el sentido de aquella ocupación. Los documentos eran de lo más variopinto, la mayor parte estaban relacionados con los estudios de una forma u otra, aparte de los papeles de los bancos, extractos de tarjetas de crédito y cosas por el estilo. Como la mayor parte estaba en islandés, Matthew no podía sacar mucho de aquellos papeles y se dedicaba a separar cosas para que Póra las estudiase más tarde.

—Y en realidad, ¿qué estamos buscando aquí? —preguntó ella de repente.

Matthew dejó sobre una mesita el montón de papeles que tenía en las manos y se restregó los fatigados ojos.

—En primer lugar, estamos buscando algo que pueda dirigirnos en alguna dirección, algo que se le pasara por alto a la policía. Algo que explique, por ejemplo, qué fue del dinero que Harald se hizo enviar a Islandia. También podríamos toparnos con...

Póra le interrumpió.

—Eso no me ayuda. A lo que me refería es a que quizá podríamos conjeturar quiénes podrían estar relacionados con el crimen, o quién podría haber sacado algún beneficio de él. No tengo demasiada experiencia en la investigación de asesinatos y preferiría tener las cosas mínimamente claras antes de seguir adelante. No es que me apetezca demasiado tener que volver a empezar desde el principio si después se nos ocurre alguna idea brillante.

—Ya, entiendo —dijo Matthew—. Pero no estoy del todo seguro de qué responderle. No estamos buscando nada específico. Por desgracia. Quizá ni siquiera estemos buscando nada en realidad. Sólo estamos intentando orientarnos acerca de la vida de Harald antes de su asesinato, a fin de poder hacernos una idea de los incidentes y las circunstancias que desembocaron en este... si entretanto encontramos algo que nos indique quién pudo ser el asesino, tanto mejor. Si le ayuda un poco para estrechar el marco, puede decirse que lo que suele llevar a la gente a cometer asesinatos son los celos, la ira, los beneficios económicos, la venganza, los ataques de locura, la defensa propia, los desórdenes sexuales.

Þóra esperó que siguiera, pero era evidente que Matthew había concluido su enumeración.

—¿Nada más? —preguntó Þóra—. Tiene que haber algo más.

—Yo no he dicho que sea especialista en esto —respondió Matthew, molesto—. Claro que hay más motivos; pero éstos son los únicos que he recordado en este momento.

Þóra reflexionó sobre esas palabras antes de hablar.

—Pues muy bien, digamos que son las motivaciones más importantes. ¿Cuál de ellas podría tener relación con el asesinato de Harald? Por ejemplo, ¿tenía relaciones con alguna mujer? ¿Los celos podrían tener algo que ver con el caso?

Matthew se encogió de hombros.

—Tengo entendido que era bastante promiscuo y poco amigo de compromisos. Pero claro, los celos siempre habrían podido tener algo que ver. Quizá amaba a alguien sin ver correspondido su amor. —Calló por un momento, pero al instante añadió—: En realidad tengo entendido que cuando asesinan a alguien, las mujeres no suelen hacerlo por estrangulamiento, de manera que es improbable que se tratase de un ataque de celos.

—No —dijo Þóra, pensativa—. A menos que se trate de un crimen pasional cometido por otro hombre. ¿Harald era gay?

Matthew se encogió de hombros.

—No, estoy seguro de que no.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Þóra.

—Porque lo sé —respondió Matthew. Vio el gesto de duda en el rostro de Þóra y añadió—: Es una especie de intuición: enseguida noto si un hombre es de la acera de enfrente. No sé a qué se debe, pero lo huelo al instante.

Þóra decidió no decir nada más, aunque sabía por propia experiencia que existían todas las probabilidades de que Matthew no fuera mejor que cualquier otro en adivinar las tendencias sexuales de la gente. Su ex marido creía tener el mismo don, pero muchísimas veces Þóra pudo comprobar que se había equivocado. Cambió de lema.

—Esto no tiene pinta ninguna de haber sido una violación, y no se encontraron huellas de agresión sexual, de modo que podemos excluirlo

—Con ello, el número de posibles motivaciones se reduce un poco —respondió Matthew sonriendo tranquilo a Þóra—. Ahora ya va a estar todo clarísimo.

Ella le miró impertérrita.

—¿Por qué cree que lo mataron?

Matthew se quedó mirándola un momento antes de responder.

—Lo más probable es que tenga algo que ver con el dinero. Sin embargo, no puedo librarme de la sensación de que puede existir alguna relación con sus investigaciones sobre la magia. Eso de los ojos y el signo mágico que tenía grabado en el cuerpo apuntan claramente en esa dirección. Pero no consigo imaginarme la

causa, y eso me fastidia. ¿Por qué cometer un asesinato por algo relacionado con la magia, o por unos sucesos que tuvieron lugar hace muchos siglos?

—¿No es bastante improbable? La policía no halló nada que pudiese indicar que el crimen tuviera algo que ver con la brujería, pese a lo que hicieron con el cuerpo. Tienen que haber barajado esa posibilidad —dijo Þóra, que se apresuró a añadir—: Y no me diga que es que son tontos; eso no es más que una simpleza demasiado burda.

—Tiene toda la razón —dijo Matthew—. Investigaron si podía establecerse alguna relación. Creo que no llegaron a ningún indicio de que la investigación de Harald fuese más allá del tratamiento académico del tema. Entraron aquí, vieron las cosas que habita en las paredes y la conclusión que sacaron es que Harald no era mas que un inútil medio chiflado. Para ellos, estas valiosas antigüedades eran abominaciones, lo que no está, seguramente, demasiado alejado de su propio punto de vista. —Matthew esperó una contestación de Þóra, pero como ésta no dijo nada sobre su último comentario siguió hablando—. No encontraron nada útil hasta que se descubrió la droga en su sangre. A ojos de la policía, se trataba de un drogadicto trastornado y obsesionado por la tortura, al que se había visto por última vez en compañía de un individuo de su misma ralea. Este no pudo presentar coartada alguna y además se había drogado hasta no saber ni quién era. Todo eso es de lo más razonable, realmente, aunque a mí no me basta en absoluto. Quedan demasiadas preguntas por responder.

—¿Usted cree que las investigaciones de Harald sobre brujería y quema de brujas tienen relación con el crimen? —preguntó Þóra, esperando que respondiese que no. Si no tuvieran relación con el caso, podrían dejar inmediatamente a un lado la mitad de todo aquello.

—Bueno, no estoy nada seguro —respondió Matthew—. Pero tengo fuertes sospechas al respecto. Mire esto, por ejemplo. —Escarbó entre los papeles que tenía sobre las piernas y le pasó a Þóra un email impreso de Harald.

Ella leyó el correo. Por la referencia, vio que lo había enviado Harald a un tal malcolm@gruniv.uk, que estaba escrito en inglés y fechado ocho días antes del crimen.

*Hola Mal,*

*Bueno, amigo, siéntate. FANTÁSTICO. A partir de ahora me tendrás que tratar de «excelentísimo señor». Lo sabía, lo sabía, lo sabía... y no es que quiera restregarte por las narices todas tus dudas. Nada de eso... Sólo queda repasar algunos detalles nimios —es el idiota ese del demonio, que se quiere echar atrás—. En todo caso —prepárate para la gran noticia— es para coger un señor pedo y más, ya sabes a lo que me refiero. Sigue en contacto, cabroncete. H*

Cuando acabó de leer, Þóra miró a Matthew.



—¿Cree que esto puede significar algo?

—Quizá —respondió Matthew—. Quizá no.

—La policía debe de haberse puesto en contacto con este tal Malcolm. No iban a contentarse con imprimir el mensaje.

—Quizá. —Matthew se encogió de hombros—. Quizá no.

—Bueno, siempre podemos ponernos en contacto con él y enterarnos de lo que había averiguado Harald.

—Y si sabía algo sobre ese idiota del demonio al que alude ahí.

Þóra dejó a un lado el email.

—¿Dónde está su ordenador? Tenía que tener ordenador. —Señaló la alfombrilla del ratón sobre el escritorio.

—Sigue en poder de la policía —respondió Matthew—. Lo devolverán en su momento, con las demás pertenencias de Harald.

—Quizá encontremos más emails de éstos —dijo Þóra esperanzada.

—O quizá no —respondió Matthew sonriendo. Se puso en pie y alargó una mano hacia la estantería que colgaba por encima del escritorio—. Tome, llévese esto a casa para leer. Es buena lectura si quiere entrar en el mundo mental de Harald. —Le dio el *Martillo de las brujas* encuadernado en tapa dura.

Þóra cogió el libro y miró a Matthew, asombrada.

—¿Existe en tapa dura?

Él asintió.

—Aún se edita. Supongo que hoy en día la gente lo comprará más por curiosidad que por cualquier otro motivo. Pero mientras lo lee, no olvide que no siempre fue así.

Þóra metió el libro en el bolso. Se levantó y se desperezó:

—¿Hay algún problema si uso el cuarto de baño?

Matthew volvió a sonreír.

—Quizá. Quizá no —se apresuró a añadir—: No, creo que no habrá problema. Si la policía aparece de repente para hacer un registro más a fondo, los retendré hasta que acabe usted.

—Muy amable de su parte. —La mujer salió al pasillo y se dirigió al baño. Tardó en llegar más de lo que había calculado, pues en las paredes del pasillo colgaban más cuadros y antigüedades que despertaron su curiosidad. En realidad, más que curiosidad propiamente dicha, lo que le producían era un escalofrío. Desde luego, no podía negarse que aquellos objetos tenían un poderoso atractivo. Era sin duda el mismo sentimiento que se le presenta a la gente cuando pasa en su coche al lado de un accidente. Los cuadros procedían evidentemente de la colección del abuelo, pues el tema era el mismo que en las pinturas del salón y el dormitorio: la muerte y el demonio.

En el cuarto de baño había poco que recordase las aficiones del anterior inquilino de la vivienda, a diferencia de las demás estancias. Las pocas cosas que

había estaban colocadas de forma muy sistemática en estantes sin puerta... todo de diseño. Þóra se miró en el immaculado espejo que había encima del lavabo y se pasó los dedos por el pelo para mejorar un poco su aspecto. Se percató de un cepillo de dientes en uno de los estantes. Parecía completamente nuevo. Miró críticamente a su alrededor. Tenía que haber en el piso otro cuarto de baño que fuera el que usaba Harald, éste estaba demasiado impoluto. No podía ser de otro modo.

Cuando volvió al escritorio, Þóra se detuvo en el umbral y dijo:

—Tiene que haber otro baño en este piso.

Matthew levantó la mirada, extrañado.

—¿Qué quiere decir?

—El baño del pasillo está prácticamente sin usar. Es totalmente imposible que no tuviera ni siquiera hilo dental en un bote que desentonara con los colores de la decoración.

Matthew le sonrió.

—Pues vaya. Y luego dice usted que no sabe de registros. —Señaló en dirección a la parte de la vivienda que habían atravesado antes—. Del dormitorio sale una puerta. Ése es el baño.

Þóra dio media vuelta. Recordaba la puerta, que había pensado que daría a un vestidor, y quiso ver qué aspecto tenía aquel cuarto de baño. Además, no le apetecía lo más mínimo sentarse a seguir mirando papeles. Sonrió al entrar en el aseo. No había bañera, sólo ducha, pero por lo demás era como cualquier cuarto de baño de una casa normal. Había toda clase de artículos de aseo desperdigados sobre el lavabo. Echó un vistazo al interior de la ducha. En un estante de plástico pegado a la pared había dos frascos de champú, uno boca abajo, maquinilla de afeitar, jabón usado y un tubo de pasta de dientes. En los grifos colgaba una especie de frasco de marca «Shower Power». Aquello se acercaba mas a lo que esperaba encontrar, y sintió cierto alivio. Lo que más la alegró fue el montón de revistas al lado del inodoro: nada más típico de las personas que viven solas. La curiosidad la empujó a comprobar qué tipo de revistas leía Harald, y echó un vistazo a las del montón. Era un muestrario de lo más variado: unas cuantas revistas de coches, una de historia, dos ejemplares del *Der Spiegel*, una revista de tatuajes que Þóra abandonó rápidamente, así como un ejemplar de *Bunte*. Þóra lo miró extrañada. *Bunte* era una típica revista femenina, que hablaba de gente famosa, del mismo tipo que la inglesa *Hello* y la española *Hola*. Nunca se le habría pasado por la cabeza que Harald leyese ese tipo de cosas. Un famoso actor y su última mujer le enviaban una sonrisa desde la revista, proclamando a los cuatro vientos lo felices que les hacía su próxima paternidad. La espera de un niño por una pareja de actores tenía para Þóra tanto interés como un artículo sobre el cultivo del pepino, de modo que volvió a dejar la revista en su sitio.

—Lo sabía —dijo Þóra, segura de su triunfo, cuando volvió.

—Yo también lo sabía —respondió Matthew—. Pero no sabía que usted no lo

supiera.

Póra iba a contestarle algo cuando sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo.

—Mamá —dijo la vocecita de su hija Sóley—. ¿Cuándo vienes?

Póra miró el reloj. Era más tarde de lo que había imaginado.

—Ya muy pronto, corazón. ¿Pasa algo?

Silencio, y después:

—No, no. Pero me aburro, Gylfi no quiere hablar conmigo. No hace más que saltar en su cama y no quiere dejarme entrar.

Póra no conseguía hacerse una idea demasiado clara de la situación, pero resultaba evidente que Gylfi no era tan buen canguro como debería.

—Escucha, corazón —dijo suavemente por el teléfono—. Iré a casa enseguida. Dile a tu hermano que deje de hacer el tonto y que te haga caso.

Se despidieron y Póra volvió a dejar el teléfono en su bolso. Allí se topó con la nota con las preguntas que quería hacerle a Matthew sobre los informes de la carpeta. La sacó y la abrió.

—Quería preguntarle algunas cosas más o menos relacionadas con los documentos que había en la carpeta.

—¿Más o menos? —dijo él, molesto—. Espero que sea más que menos... aunque sea poco. Suéltelas.

Póra miró con cierto recelo la lista. Demonios, ¿tantas eran las cosas de las que no se había enterado? Intentó aparentar frialdad.

—Se trata de las cuestiones más importantes, los detalles eran demasiados para anotarlos todos. —Le sonrió y continuó—. Por ejemplo, el ejército. ¿Por qué se han incluido en la carpeta esos documentos? ¿Y estaba Harald realmente demasiado enfermo para terminar el servicio militar?

—El servicio militar, ya. Lo incluí simplemente para que pudiera hacerse la mejor idea posible de la vida de Harald. Quizá carezca de toda relevancia, pero nunca se sabe dónde se pueden juntar los hilos.

—¿Cree que el crimen pueda tener alguna relación con el ejército? —preguntó llena de dudas.

—No, en absoluto, eso sin duda —respondió Matthew. Se encogió de hombros—. Claro que en lo referente a Harald nunca se puede decir nada definitivo.

—Pero ¿por qué entró en el ejército? —preguntó Póra—. A juzgar por lo que se cuenta de él, más bien parece que estaría en contra de todo lo que tuviera que ver con el ejército, en vez de aceptar hacer la mili.

—Tiene toda la razón. Le llamaron a filas y en circunstancias normales habría decidido, sin duda, prestar el servicio social sustitutorio. ¿Sabe que se puede optar por eso? —Ella asintió—. Pero no lo hizo. Su hermana Amelia había muerto muy poco tiempo antes y a él le afectó mucho. No pretendo insinuar que tomara esa decisión en una crisis psicológica. Era a comienzos de 1999 y en noviembre o diciembre de ese año se había decidido enviar tropas a Kosovo. Harald fue con una

sonrisa en los labios. No conozco los detalles de su permanencia en el ejército, pero sé que se consideraba un soldado ejemplar, recio y duro consigo mismo. Por eso vio el cielo abierto con la oportunidad de ir a Kosovo con el ejército.

—¿Y? —preguntó Þóra.

Matthew esbozó una sonrisa.

—Es una historia bastante jodida... digamos. Sobre todo si se piensa que esa expedición a Kosovo fue la primera que realizaba el ejército alemán desde la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, los militares alemanes solamente habían salido de Alemania para servir en misiones de paz. Por eso era de la máxima importancia que nuestros soldados fueran un ejemplo para los demás.

—Y Harald no lo era, ¿no? —preguntó Þóra.

—Sí que lo era, sí. Quizá lo único que pueda decirse es que tuvo muy mala suerte. Cuando llevaba allí unos tres meses, su unidad capturó a un serbio sospechoso de poseer información sobre un atentado con explosivos que había costado la vida a tres militares alemanes y que había dejado inválidos a otros más. El serbio estuvo arrestado en el sótano de la casa donde estaba acuartelado el ejército. Harald era uno de los encargados de vigilar al detenido. Él estaba solo de guardia la segunda o tercera noche de interrogatorios al detenido... que no había dicho una sola palabra. Indicó a su oficial que sabía alguna que otra cosilla sobre interrogatorios, y consiguió permiso para intentar sacarle algo a aquel hombre durante la noche. —Matthew miró a Þóra—. El hombre que le había autorizado a hacer el intento no tenía ni idea, naturalmente, de que Harald era un experto en historia de la tortura. Seguramente pensó que se limitaría a asomar por allí de vez en cuando para hacerle al detenido unas cuantas preguntas inocentes.

Þóra abrió mucho los ojos.

—¿Torturó a aquel hombre?

—Dejémoslo en que el serbio habría estado encantado de caer en manos de los que hicieron la pirámide de Abu Ghraib. No voy a hablarle del escándalo que se formó, pero el resultado fue como una escena de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos, en comparación con lo que aquel desdichado tuvo que padecer esa noche. En el cambio de guardia, a la mañana siguiente, Harald había conseguido sacarle a aquel hombre todo lo que sabía... e incluso más. Pero en lugar de la condecoración de la que, según estaba convencido, se había hecho acreedor, Harald fue expulsado del ejército al momento... en cuanto sus superiores vieron en el suelo del calabozo aquel despojo bañado en su propia sangre. Naturalmente se silenció el asunto, no era una noticia recomendable. En todos los documentos oficiales se indicó que Harald había causado baja en el ejército por motivos de salud.

—Y entonces, ¿cómo lo sabe usted? —preguntó Þóra, contenta de poder preguntar por algo relativamente normal.

—Conozco a los hombres —respondió Matthew con gesto de broma—. Así que tuve una charla con Harald en cuanto volvió de Kosovo. Era un hombre distinto, eso

se lo puedo asegurar. Si fue por la experiencia en el ejército o por el sabor a sangre que tenía en la boca, eso no lo sé. Se volvió todavía mucho más extraño que antes.

—¿En qué sentido? —preguntó llena de curiosidad.

—Simplemente, más extraño —respondió Matthew—. De aspecto y de conducta. Ciertamente después de aquello entró enseguida en la universidad: huyó de casa para que no se le pudiese ver con la misma frecuencia que antes. Por las pocas ocasiones en que nos encontramos, quedaba perfectamente claro que había entrado en una espiral... descendente. Seguramente no mejoró nada la situación el que su abuelo muriese poco después, pues habían estado muy unidos.

Póra no sabía qué decir. Harald Guntlieb no era una persona normal, desde luego. Miró el papel y pensó en preguntar por lo de la víctima del sexo con asfixia de la que se hablaba en el recorte de prensa. Pero estaba ya más que harta de todo aquello. Miró el móvil y vio que ya era bastante tarde.

—Matthew, tengo que irme a casa. Mi lista no se ha acabado, pero de momento tengo suficiente para ir digiriéndolo.

Ordenaron por encima lo que habían desordenado en el estudio. Tuvieron especial cuidado en no alterar los montones de papeles que habían estado examinando. La idea de volver a pasar por todo aquello resultaba insoportable.

Cuando Póra estaba colocando el último montón de papeles en un lado, con mucho cuidado, se dio la vuelta hacia Matthew y preguntó:

—¿Harald no había hecho testamento? Porque sus propiedades eran más que numerosas.

—Sí, sí que dejó testamento... además hace bastante poco —respondió Matthew—. Siempre lo había tenido, pero lo cambió a mediados de septiembre. Hizo un viaje ex profeso a Alemania para reunirse con el abogado de la familia Guntlieb y rehacerlo. Pero en realidad nadie sabe cuáles son los términos.

—¿Y eso? —preguntó Póra, extrañada—. ¿Por qué no?

—Tenía dos partes, con instrucciones de que la segunda se abriese en primer lugar. Y resultó que decía que la otra parte no podría abrirse antes de que estuviese sepultado... lo que aún no ha sido posible, por el estado del caso.

—¿Y eso fue lo único que incluía? —preguntó Póra.

—No, había también instrucciones sobre dónde quería que lo enterraran.

—¿Y dónde era?

—En Islandia... Lo que resulta un tanto extraño habida cuenta del poco tiempo que llevaba aquí. Parece que el país le había tocado alguna cuerda del alma. Otra cosa que figuraba allí es que sus padres tendrían que estar presentes en el entierro y permanecer junto a la fosa al menos diez minutos, a los pies del ataúd, cuando éste se encontrara ya en el agujero. Si no se hacía así, todos sus bienes irían a un pequeño local de tatuajes de Munich.

Póra preguntó por qué:

—¿Pensaba que no lo cumplirían, acaso?

—Evidentemente —dijo Matthew—. Pero fue muy hábil al poner esa condición: a sus padres no les apetecería lo más mínimo aparecer en los periódicos porque su hijo hubiera donado una enorme suma de dinero a un taller de tatuajes.

—¿Cree que son ellos los herederos? —preguntó Þóra—. Es decir, si cumplen las condiciones.

—No —respondió Matthew—. Eso les resultaría más bien indiferente: lo que no quieren es acabar en la prensa amarilla. No, creo que la heredera de buena parte de sus bienes será su hermana Elisa. Aunque una parte del dinero irá a alguien de este país: el abogado lo dio a entender muy claramente cuando se le preguntó. La última parte del testamento tiene que abrirse en Islandia, de acuerdo con las instrucciones de Harald.

—¿Y quién puede ser? —preguntó Þóra con curiosidad.

—Ni idea —respondió Matthew—. El que sea, o la que sea, tendría al menos un buen motivo para matar a Harald... si lo hubiera sabido, claro está.

Þóra se sintió aliviada cuando salieron de la vivienda. Estaba cansada y deseaba ir a casa con sus hijos. Sin embargo, se sentía algo inquieta. Tenía la sensación de haber pasado por alto alguna cosa. Pero por mucho que intentó hacer memoria cuando estaba ya sola en el coche del taller, no lo consiguió. Y cuando detuvo el vehículo en la entrada de su casa, lo que fuera estaba ya completamente olvidado.



## Capítulo 12

El divorcio no implica solamente ventajas. Þóra tenía ya claro desde hacía tiempo que también acarreaba inconvenientes. Por ejemplo, antes la familia la llevaban dos personas y ahora una sola. Antes era de lo más sencillo cubrir gastos y costearse las comodidades, o por lo menos Þóra no recordaba haber tenido las dificultades habituales al dejar de ser estudiante pobre para convertirse en asalariada. Pero otra cosa muy distinta fue cuando sus caminos se separaron, como pudo comprobar enseguida. Hannes, su ex marido, era especialista en medicina de urgencias: en otras palabras, tenía un buen empleo y un sueldo elevado. Con el divorcio, Þóra se había visto obligada a abandonar muchas cosas que había llegado a considerar incuestionables. Ahora ya no era tan habitual salir a cenar, viajar de vacaciones al extranjero, comprar ropa cara u otras cosas que caracterizan la vida de quienes no tienen que preocuparse por el dinero. A pesar de que las desventajas no atañían solamente a los temas económicos (la no-vida sexual acudía inmediatamente a la mente de Þóra), lo que más echaba de menos era la mujer que iba a su casa dos veces por semana a limpiar. Cuando Þóra y Hannes se separaron, había tenido que decirle que no volviese, porque las cuentas ya no le cuadraban. Por eso ahora se encontraba al lado del armario de los trastos de limpieza intentando volver a cerrarlo sin dañar la aspiradora, que no hacía más que moverse impidiendo que la puerta se cerrase. Finalmente lo consiguió, y suspiró aliviada. Había estado pasando la aspiradora por todos los suelos de una amplia vivienda de doscientos metros cuadrados y estaba bastante satisfecha de sí misma.

—¿No tienen un aspecto completamente distinto? —le preguntó a su hija Sóley, que se hallaba en la cocina, enfrascada dibujando.

La niña levantó la vista.

—¿El qué? —preguntó con curiosidad.

—Los suelos —respondió Þóra—. Acabo de pasar la aspiradora. ¿No han quedado bien?

Sóley miró al suelo debajo de ella y luego a su madre.

—Te olvidaste este sitio. —Señaló con un lápiz verde de cera una manchita debajo de una de las patas de la silla en la que estaba sentada.

—Oh, perdone la señora —dijo Þóra besando a su hija en la coronilla—. ¿Qué es eso tan chulo que estás dibujando?

—Somos yo y tú y Gylfi —respondió Sóley, señalando con el dedo tres figuras de distinto tamaño que ocupaban el papel—. Tú tienes un vestido muy bonito y yo también, y Gylfi lleva pantalones cortos. —Miró a su madre—. En el cuadro es

verano.

—Qué guapa estoy —dijo Þóra—. Pues mira, para este verano me compraré un vestido como ése. —Echó un vistazo al reloj—. Ven. Tienes que lavarte los dientes. Es hora de acostarse.

Mientras Sóley guardaba sus lápices, Þóra fue a la habitación de su hijo. Dio unos golpecitos en la puerta antes de entrar.

—¿No está completamente distinto? —preguntó, indicando el suelo del dormitorio de su hijo. Gylfi tardó en contestar. Estaba tumbado en su cama hablando por el móvil. Se despidió a toda prisa en cuanto vio a su madre y le prometió a su interlocutor, en voz baja, que volvería a llamar. Se levantó y dejó el teléfono. Parecía un poco mareado.

—¿Te pasa algo? Estás muy pálido.

—¿Eh? —preguntó Gylfi—. No, no, todo está bien. Todo perfecto.

—Pues estupendo —respondió Þóra—. Sólo venía para saber si te gustaba más tu cuarto después de todo el rato que he estado pasando la aspiradora. Bueno, y a ver si me lo pagabas con un beso.

Gylfi se levantó. Miró a su alrededor pensando en otra cosa.

—Anda, es verdad. Qué chulo.

Þóra miró escrutadora a su hijo. Saltaba a la vista: algo no iba como debería. La reacción natural del muchacho habría sido encogerse de hombros o farfullar algo de que el suelo le importaba un pimiento. La mirada estaba como perdida, y evitaba mirar a su madre. Pasaba algo, y Þóra sintió una punzada en el estómago. No le había prestado toda la atención que debería. Gylfi había pasado de ser un niño a una especie de medio hombre desde que se produjo el divorcio, y ella había estado demasiado ocupada consigo misma y sus propios problemas para prestarle suficiente atención a su hijo. Ahora ni siquiera sabía cómo comportarse. Lo que más deseaba era abrazarle y pasarle los dedos por el pelo innecesariamente largo, pero no sería demasiado inteligente: esa época ya había desaparecido.

—Eh —dijo poniéndole una mano sobre el hombro. Tuvo que estirar la cabeza para verle la cara, pues el muchacho estaba mirando hacia el suelo—. Algo sí que pasa. Puedes contármelo. Te prometo que no me enfadaré.

Gylfi la miró pensativo pero no dijo nada. Þóra vio que en su frente se habían formado unas diminutas gotas de sudor y eso le hizo pensar que el chico tenía la gripe.

—¿Tienes fiebre? —preguntó, levantando la mano para ponerle el dorso sobre la frente.

Gylfi se escurrió con agilidad.

—No, no. Nada. Es sólo que me han dado malas noticias.

—¿Y eso? —preguntó ella con prudencia—. ¿Con quién estabas hablando?

— Con Sigga... no, con Siggi —respondió Gylfi sin mirar a su madre a los ojos. Añadió rápidamente—: El Arsenal ha perdido con el Liverpool. —Þóra no era tonta y



se dio cuenta perfectamente de que aquello era una excusa buscada a toda prisa. No le sonaba ningún Siggí en el grupo de amigos de Gylfi... claro que Gylfi tendría un montón de amistades que ella no conocía de vista ni de nombre. En cambio, conocía a su hijo suficientemente bien para saber que no era tan aficionado al fútbol para que un traspies en la liga inglesa fuera capaz de afectarle de aquel modo. Recapacitó para decidir qué hacer, si intentar sonsacarle o hacer como si no pasara nada. Decidió al final que lo mejor era disimular... por el momento.

—Ay, ay. Qué mal. Ese maldito Liverpool siempre se sale con la suya. —Miró fijamente a su hijo a los ojos—. Si quieres charlar conmigo, o si necesitas hablar conmigo de eso, Gylfi, cariño, prométeme que no esperarás más tiempo del debido. —Cuando vio que el chico se aprestaba a la huida, se apresuró a añadir—: Quiero decir, hablar del partido. El Arsenal ese. Sabes que puedes contar conmigo, corazón. Yo no podré solucionar todos los problemas del mundo, pero puedo intentarlo con los que entran en casa.

Gylfi la miró sin decir nada. Esbozó una débil sonrisa y farfulló algo de tener que acabar los deberes. Póra también musitó algo y salió del dormitorio, cerrando la puerta. No era capaz de imaginarse qué podía alterar de aquel modo a un chico de dieciséis años: nunca se había encontrado ante aquella situación, y además no se acordaba demasiado bien de los años de su propia adolescencia. Lo único que recordaba eran las cosas típicas de chicas. Quizá estaba enamorado de alguna que no correspondía a sus sentimientos. Póra decidió intentar enterarse con sutileza: podría ir dejando caer, como si nada, unas cuantas preguntas inocentes al día siguiente, a la hora del desayuno. Quizá para entonces ya se habría pasado la crisis. A lo mejor no era más que una tormenta en un vaso de agua... un shock hormonal.

Después de que Sóley se lavara los dientes y de leerle un cuento, Póra se instaló en el sofá, delante del televisor. Llamó por teléfono a su madre: sus padres estaban pasando un mes de vacaciones en las islas Canarias. Siempre que llamaba se encontraba con alguna queja. La última vez había sido el trauma de perder a sus difuntos padres, ahora era el Discovery Channel del televisor del hotel, al que se había vuelto adicto su padre. Se despidieron y su madre dijo fatigada que iba a apoltronarse por ahí al lado de su padre a aprender cómo se aparean las lombrices. Póra sonrió, colgó y volvió a perder la mirada en la televisión. Cuando estaba a punto de dormirse con un horrible *reality show*, sonó el teléfono. Se incorporó en el sofá y alargó el brazo hacia el aparato.

—Diga —respondió, preguntándose si su voz no delataría que estaba medio dormida.

—Hola, soy Hannes. —Se oyó al otro lado de la línea.

—Ah, ya, hola. —Póra pensó si nunca llegaría el momento en que dejara de sentirse incómoda al hablar con su ex marido. Aquella dolorosa relación tenía sus raíces, sin duda, en el cambio que implica pasar de un trato muy íntimo a una mera cortesía forzada, como cuando se encontraba con un antiguo novio o algún hombre

con el que se había acostado en sus años de juventud... algo inevitable en un país pequeño como Islandia.

—Oye, es sobre el fin de semana, a ver si puedo ir a recoger a los niños más tarde el viernes. Quiero llevar a Gylfi a unas carreras de coches y creo que sería mejor salir después de la hora punta, como a las ocho.

Þóra respondió que sí, aunque sabía perfectamente que el retraso no tenía nada que ver con las carreras. Sin duda, Hannes tendría que trabajar hasta más tarde o quería echarse la siesta después del trabajo. Uno de los motivos de sus constantes grescas desde el divorcio era precisamente que Hannes parecía incapaz de responsabilizarse de nada. Pero ahora el problema no era suyo sino de Klara, la mujer que vivía con él actualmente.

—¿Qué vais a hacer el fin de semana? —preguntó Þóra por decir algo—. ¿Tengo que ponerles algo especial en la bolsa?

—Sí, a lo mejor montamos a caballo, de modo que estaría bien que llevaran ropa adecuada —respondió Hannes.

Klara era aficionada a los caballos y había iniciado a Hannes en ese deporte. A Sóley y Gylfi les causaba auténtico pavor, porque habían heredado de su madre ser de lo más miedosos, de forma que padecían de terror congénito, si bien es cierto que las cosas crecen al pasar de la madre a los hijos. Þóra tenía miedo a patinar, a subir montañas, a montar en ascensor, a comer comida cruda y a todo lo que podía imaginarse que pudiera tener alguna consecuencia negativa. Por algún motivo incomprensible, sin embargo, no tenía el más mínimo miedo a volar. Equipó adecuadamente a sus hijos, aunque a los dos les aterraba la simple idea de montar, convencidos de que cada paseo representaría el último momento de sus vidas. Hannes, por su parte, era incapaz de reconocer que aquello fuera un estado permanente, y se pasaba la vida intentando convencer a los niños de que todo era cuestión de acostumbrarse.

—¿Estás seguro de que es sensato? —le preguntó, aunque sabía perfectamente que no conseguiría enterarse de los planes de Hannes—. Gylfi está un poco mustio en estos momentos, y no estoy nada segura de que un paseo a caballo sea precisamente lo que necesita ahora.

—Qué tontería —respondió Hannes con aspereza—. Llegará a ser todo un jinete.

—Lo dirás tú. Pero intenta hablar un poco con él. Sospecho que anda en líos de faldas y tú sabes de eso más que yo.

—¿Líos de faldas? ¿Y qué sé yo de eso? —preguntó Hannes, extrañado—. Acaba de cumplir los dieciséis. No puede ser nada serio.

—No, quizá no. Pero estate atento, de todos modos, e intenta sonsacarle de qué se trata.

—¿Sonsacarle? ¿El qué? ¿A qué te refieres? —Su ex marido había perdido la calma y Þóra sonrió.

—Ya sabes, cualquier cosa que pueda ayudarle a enfrentarse con las dificultades de la vida. —La sonrisa de Þóra se hizo aún más amplia.

—Estás bromeando —dijo Hannes, confiando en que fuera así.

—No, de verdad que no —respondió ella—. Esperaba que tú pudieras encontrar algún remedio. Yo haré lo mismo por nuestra hija cuando empiece con problemas de chicos. Puedes intentar quedarte a solas con él durante el paseo, por ejemplo, y charlar tranquilamente mientras montáis.

Cuando concluyeron la conversación, Þóra estaba bastante segura de que había conseguido, al menos, hacer algo menos probable su excursión a caballo. Þóra intentó enfrascarse de nuevo en la irrealidad de la televisión. No lo logró, porque enseguida volvió a sonar el teléfono.

—Perdone que llame tan tarde, pero imaginé que estaría pensando en mí —dijo Matthew de lo más tranquilo después de los saludos preliminares—. Decidí dejarla oír mi voz.

Þóra se quedó pasmada... no tenía claro si Matthew había perdido un tornillo, o si estaba borracho, o si bromeaba.

—Pues precisamente no estaba haciendo nada de eso que dice. —Estiró la mano para coger el mando a distancia del televisor y bajar el volumen, a fin de que Matthew no pudiera escuchar la atrocidad que estaba viendo—. Estaba leyendo.

—¿Y qué lee? —preguntó él.

—*Guerra y paz*, de Dostoievski —mintió Þóra.

—Vaya, bueno —dijo Matthew—. ¿Es como *Guerra y paz* de Tolstoi?

Þóra, enfadada, se dio un puñetazo a sí misma por no haber mencionado a Laxness o a cualquier otro escritor islandés que él no conociera. Nunca se le había dado bien mentir.

—Tolstoi, quería decir. Pero aparte de eso, ¿hay algo especial? No creo que llame para discutir de literatura.

—No, para eso está claro que me he equivocado de número —respondió Matthew burlón. Como Þóra no contestó, añadió—: No, perdone, llamé porque el abogado del hombre al que detuvo la policía acaba de ponerse en contacto conmigo.

—¿Finnur Bogason? —preguntó Þóra.

—Sí, aunque usted pronuncia el nombre incomparablemente mejor que yo —contestó Matthew—. Me informó de que podemos ir mañana a ver al chico, si queremos.

—¿Nos han dado permiso? —inquirió Þóra extrañada. Los presos preventivos no obtenían nunca permiso de visita, en ningún caso.

—Este Finnur —Matthew lo pronunciaba con un fuerte acento alemán— consiguió convencer a la policía de que íbamos a trabajar con él en la defensa del muchacho, lo que no es del todo cierto, naturalmente.

—¿Y qué le empujó a decir algo así?

—Digamos que le di un empujoncito.

Þóra no siguió ahondando en el tema, pues no tenía ningún deseo de participar en irregularidad alguna. No sabía si Matthew se había dedicado a amenazar al abogado, pensó que probablemente le habría prometido cualquier recompensa a cambio de la entrevista... lo que en el mejor de los casos se consideraría una inmoralidad. Lo mejor para ella era imaginar que estaban ayudando al defensor.

A la porra con la moralidad y la inmoralidad. Tenía que hablar con el tal Hugi. Quizá a fin de cuentas sí era culpable. No había nada como poder hablar con la gente cara a cara. No había nada como mirar a los ojos al que estaba dando su versión y observar sus movimientos y su lenguaje corporal.

—Pues mejor que nos movamos. Claro que tenemos que hablar con él.

—De acuerdo. Sólo tengo que avisar a Finnur.

—¿Por qué le llamó tan tarde? —preguntó Þóra—. No creo que la autorización haya llegado esta tarde.

—No, no. Me dejaron un mensaje aquí en el hotel, y yo acababa de llegar. No quiero darle mi número de teléfono a demasiada gente.

A Þóra le fastidió sentir un deseo acuciante de saber adónde había ido Matthew cuando se despidieron... aunque, en realidad, lo más probable es que hubiera ido al centro a comer algo.

Decidieron que Matthew la recogería a las nueve en el despacho e irían juntos a Litla-Hraun. Ella miró sin querer por la ventana y vio la nieve que caía en gruesos copos, y confió en que Matthew supiera conducir en condiciones invernales. Si no, tendrían problemas.

## **8 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 13

Þóra se encontraba sentada frente al ordenador del bufete cuando llegó Matthew a las nueve a recogerla. Estaba terminando de responder los emails que se habían acumulado el día anterior y que solucionó en su mayor parte reenviándoselos a Þór. Bragi la había recibido sonriente esa mañana. Seguía acariciando la idea de que el caso del alemán podría abrirles las puertas al extranjero: podría convertirse en fuente de un inagotable flujo de trabajo. Þóra no intentó cortarle las alas, porque estaba encantada de poder concentrarse en aquel caso de asesinato sin tener que ocuparse al mismo tiempo de otros asuntos menores. Había enviado un email al desconocido amigo de Harald, Mal, en el que le explicaba en pocas palabras la muerte de Harald y que Matthew y ella estaban llevando el caso en nombre de la familia Guntlieb. Al final del mensaje le solicitaba cortésmente que se pusiera en contacto con ella, pues a lo mejor disponía de alguna información de interés para el caso. Cuando Bella la llamó para avisarle de la llegada de Matthew, Þóra aún tenía un par de cosas pendientes, de modo que le dijo que le pidiera que aguardase un rato en la sala de espera, que estaría con él en cinco minutos. Se había propuesto dejar la mesa libre antes de marcharse, para no tener que volver a pasarse otra vez por el despacho. Se dio prisa en terminar, lo logró justo en los cinco minutos prometidos y apagó el ordenador satisfecha del resultado de aquel breve rato. Pensó si no sería conveniente ir más temprano por las mañanas. Aunque supusiera un cierto problema en casa, aquel rato daba muchísimo de sí, pues no tenía la molestia del telefono antes de la hora oficial de apertura del bufete.

Sacó de uno de los cajones de la mesa una pequeña grabadora, para utilizarla en el interrogatorio de Hugi. Mientras comprobaba si las pilas estaban completas, pensó en su hijo, que aquella mañana había amanecido absolutamente hecho polvo. Fuese cual fuese el problema, parecía que se había pasado la noche entera dándole vueltas, como también acostumbraba a hacer Þóra, por cierto. El muchacho tenía la cabeza en otro sitio y Þóra sólo consiguió arrancarle unas pocas palabras. En cambio, Sóley estuvo hablando sin parar, como solía hacer todas las mañanas, de modo que Þóra no encontró el momento para tener una charla a fondo con su hijo. Decidió dejarle tranquilo hasta la noche, cuando Sóley se hubiera ido a la cama. Apartó de su cabeza estos pensamientos, metió la grabadora en el bolso y salió del despacho.

Þóra se quedó sin habla al llegar a la recepción. Allí estaba Matthew, sentado junto a la mesa de Bella, enfrascado en animada conversación con la secretaria, que estaba radiante a más no poder. Ni siquiera se dieron cuenta de que Þóra ya estaba allí, y tuvo que carraspear para atraer su atención. Matthew la miró.

—Ah, es usted, creía que tardaría un poco más. —Sonrió a Þóra y le guiñó un ojo.

Þóra no podía apartar su atención del rostro de Bella, que se había vuelto anchísimo con aquella sonrisa de oreja a oreja. Resultaba hasta guapa, con un gesto tan alegre.

—Bueno, deberíamos irnos —dijo Þóra mientras cogía su abrigo—. Me alegro de verte tan contenta, Bella —añadió, dedicando a la secretaria la mejor de sus sonrisas.

La sonrisa de Bella desapareció como el rocío al salir el sol. Obviamente, los encantamientos que había intentado Matthew con la secretaria no habían funcionado.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó agria.

Þóra intentó que no trasluciera su decepción por no poder quedarse a gozar de su compañía.

—No creo que pueda volver hoy, pero te llamaré si cambian las cosas.

—Sí, sí, claro —respondió Bella fastidiosa, dando a entender con el tono de sus palabras que Þóra acostumbraba con demasiada frecuencia no dejarse ver... lo que, efectivamente, sucedía de vez en cuando.

—Ya oíste lo que dije. —Þóra fue incapaz de disimular, aunque sabía perfectamente que hacerlo sería lo más sensato—. Vamos, Matthew.

—Sí, señora —dijo Matthew enviando una sonrisa a Bella. Para gran desconsuelo de Þóra, la sonrisa se vio correspondida.

Cuando ya estaban en el coche, Þóra se puso el cinturón de seguridad y se volvió hacia Matthew.

—¿Sabe conducir sobre terreno resbaladizo?

—Ya lo veremos —respondió Matthew mientras sacaba el coche del aparcamiento. Cuando vio el gesto en el rostro de Þóra, añadió—: No se preocupe, soy buen conductor.

—Si el coche patina, no se le ocurra frenar —dijo ella, totalmente convencida de que Matthew no tenía ni la más mínima idea del tema.

—¿Quiere conducir usted?

—No, gracias —respondió Þóra—. No me aclaro bien con esa regla del freno: si el coche empieza a patinar, yo hundo el pie en el freno sin querer... aunque sé que no debo hacerlo. Tengo muchas limitaciones a la hora de conducir.

Fueron alejándose del centro y estaban ya en el páramo cuando la mujer no pudo seguir conteniendo su curiosidad sobre la conversación de Matthew y Bella.

—¿De qué estaban hablando ustedes dos?

—¿Nosotros dos? —preguntó Matthew extrañado.

—Sí, usted y Bella, mi secretaria. Por lo general, esa chica es un auténtico callo.

—Ah, sí. Hablábamos de caballos. Me apetece montar mientras estoy aquí; se cuentan tantas maravillas de los caballos islandeses. Me estaba aconsejando.

—¿Y qué sabe ella de caballos? —preguntó Þóra, extrañada.

—Es amazona, ¿no lo sabía?

—No, no lo sabía. —Sintió lástima por los caballos que tuvieran que aguantar el peso de Bella—. ¿Qué caballos usa? ¿Hipopótamos?

Matthew miró a Þóra de reojo.

—¿Está celosa? —preguntó burlón.

—¿Y usted borracho? —soltó ella, a su vez.

Atravesaron el malpaís en silencio, en dirección a Prengslir. Þóra contemplaba el paisaje por la ventanilla; aunque quizá pocas personas estarían de acuerdo con ella, aquél le parecía uno de los lugares más bellos del país, especialmente en verano, cuando estaba en su esplendor el musgo verde... suaves líneas de paramera cubierta de musgo que formaban un contraste total con las punzantes aristas de la lava. Ahora la región estaba toda cubierta de nieve y carecía de tridimensionalidad, y así no era tan impactante como en verano. Sin embargo, sobre toda la comarca se extendía una calma que inundaba a Þóra. Rompió el silencio.

—¿No le parece bonito?

Matthew echó una rápida mirada y evaluó el entorno. Prácticamente no había tráfico.

—Mucho. —Sonrió como para hacer las paces.

—No somos buen equipo, usted y yo —dijo ella, en referencia a los constantes piques que caracterizaban su relación—. Quizá deberíamos intentar una nueva táctica.

Matthew le sonrió de nuevo.

—¿Eso cree? Totalmente de acuerdo. Empecemos por tutearnos, si te parece. Eres una compañía mucho más entretenida que las que acostumbro a tener en mi trabajo. Los innumerables hombres y las pocas mujeres con las que suelo tratar son tan estirados que si haces una broma se descomponen.

Ahora le llegó a Þóra el turno de sonreír.

—Eres mejor que Bella, eso te lo aseguro. —Calló por un instante—. Dime una cosa. En la carpeta había un recorte de un periódico alemán que trataba de la muerte de un joven mientras practicaba el sexo con asfixia. ¿Por qué lo incluiste?

—Ahhh —Matthew alargó la palabra—. Esa mierda. El que se menciona en el artículo era buen amigo de Harald. Se conocieron en la Universidad de Munich y sin duda eran almas gemelas y andaban juntos en las imbecilidades con las que se entretenían. No sé cuál de los dos comenzó con esas extrañas prácticas, pero Harald juraba que era su amigo quien había empezado. Harald estaba presente cuando murió aquel joven, y se vio envuelto en largos interrogatorios y en habladurías de lo más molestas. Aunque sea una vergüenza decirlo, creo que logró librarse de las consecuencias a base de dinero... quizá te diste cuenta del gran desembolso que hay en esa época que señalé de modo especial. —Þóra asintió—. Lo incluí porque Harald murió estrangulado. Aquello podía ser de importancia para el caso. Quién sabe... a lo mejor murió de la misma forma que su amigo, aunque es más bien dudoso.



Dejaron el coche en el aparcamiento delante de la verja de la prisión de Litla-Hraun y se dirigieron al ala destinada a las visitas. El guardia les indicó que pasaran a una pequeña sala de espera en el segundo piso.

—Pensamos que podrían verse aquí; estarán muy bien, mucho mejor que en la sala de interrogatorios —les dijo—. Hugi es tranquilo y no tendría por qué causarles ningún problema.

—Muchas gracias, está muy bien —respondió Þóra mientras entraba. Se instaló en el sofá de cuero marrón y Matthew se sentó a su lado. Ella se extrañó de que se sentase allí, habiendo como había sillas de sobra.

Matthew la miró.

—Si Hugi se sienta ahí, delante de nosotros, lo mejor es que nos sentemos así. Quiero verle la cara. —Enarcó las cejas dos veces seguidas—. Y además se está estupendamente sentado aquí, tan cerquita de ti.

Þóra no llegó a responder, porque la puerta volvió a abrirse y apareció Hugi Þórisson acompañado de un funcionario. Este sujetaba por los hombros al joven, que iba totalmente encorvado, y lo hizo traspasar el umbral. Estaba esposado, pero Þóra indicó que sin duda alguna aquella precaución era totalmente innecesaria. El funcionario le dijo algo al joven y éste levantó la vista por primera vez. Se apartó de los ojos el pelo largo y Þóra vio que era muy guapo, con un aspecto completamente distinto al que había imaginado. Le parecía increíble que tuviese veinticinco años: diecisiete parecía más cercano a la realidad. Tenía cejas oscuras y grandes ojos, pero lo más llamativo de su rostro eran los pómulos prominentes, probablemente a causa de su extrema delgadez. Si había sido él quien asesinó a Harald, habría tenido que emplear todas sus fuerzas, pensó Þóra. A primera vista al menos, no parecía capaz de arrastrar un cadáver de ochenta y cinco kilos una distancia larga.

—¿Te vas a portar bien, eh, amigo? —le preguntó amistosamente el vigilante. Hugi asintió con la cabeza y el vigilante lo atrajo hacia sí y le quitó las esposas. Volvió a poner las manos sobre los hombros del preso y lo condujo hacia la silla que había enfrente de Þóra y Matthew. El muchacho se sentó allí, aunque, más exactamente, se dejó caer en la silla. Evitó mirar a los ojos a sus visitantes, bajó la cabeza y fijó su atención en un punto del suelo al lado de la silla en la que estaba sentado, o más bien derrumbado.

—Estamos ahí, en la habitación de al lado, por si nos necesitan. No debería intentar nada raro. —El vigilante dirigió sus palabras a Þóra.

—Estupendo —respondió ella—. Sólo lo retendremos el tiempo necesario. —Miró su reloj—. Tenemos que acabar antes del mediodía.

El funcionario los dejó solos y después de cerrar la puerta no se oyó nada, excepto la respiración de los tres y el susurro que se produjo cuando Hugi se puso a golpearse rítmicamente las rodillas de los pantalones militares que llevaba puestos. El chico seguía sin mirarlos.

Obviamente, los presos podían vestirse con su propia ropa, no como en las

cárceles americanas, que Þóra conocía de la televisión y el cine, donde aparecían ataviados con unos monos que debían de estar hechos de cáscara de naranja. El chico seguía sin mirarles.

—Hugi —dijo Þóra con la voz más risueña que pudo. Siguió hablándole en islandés, porque le parecía una tontería empezar la conversación en inglés. Ya habría tiempo de ver si era posible. No podían tirar a la basura aquella oportunidad por problemas de idioma; si el muchacho no entendía bien el inglés, tendría que llevar el asunto ella sola—. Supongo que sabes quiénes somos. Yo me llamo Þóra Guðmundsdóttir y soy abogada, y él es Matthew Reich, de Alemania. Estamos aquí por el asesinato de Harald Guntlieb, que investigamos independientemente de la policía. —Ninguna reacción. La mujer continuó—. Queríamos hablar contigo porque no estamos seguros de que tú tengas algo que ver con el crimen. —Respiró hondo para dar mayor énfasis a lo que iba a decir—. Estamos buscando al asesino de Harald, y creemos posible que tú no lo seas. Nuestro objetivo es descubrir quién le mató, y si esa persona no eres tú, entonces te conviene ayudarnos. —Hugi levantó los ojos y miró a Þóra, pero no abrió la boca, ni dio ninguna indicación de que fuera a hablar, de modo que ella continuó—. Seguro que comprendes que si conseguimos demostrar que quien mató a Harald fue otro, y no tú, quedarás libre de todos los cargos.

—Yo no le maté —dijo Hugi en voz baja—. Nadie me cree, pero yo no le maté. Þóra prosiguió.

—Hugi, Matthew es alemán. Tiene experiencia como investigador pero no comprende el islandés. ¿Crees que podrías hablar con nosotros en inglés, para que pueda entenderte? Si no, no hay ningún problema. Queremos que entiendas las preguntas y que puedas responderlas sin dificultad por culpa del idioma.

—Claro que sé inglés —fue la respuesta, pronunciada de nuevo entre dientes.

—Estupendo —dijo Þóra—. Si no entiendes algo de lo que decimos, o si tienes problemas para contestar, volveremos a hablar en islandés, sin ningún problema.

La abogada se volvió hacia Matthew y le dijo que podían seguir en inglés. No se lo dejó repetir dos veces, se inclinó hacia delante y tomó la palabra.

—Hugi, ahora vas a empezar apoyándote en el respaldo y poniéndote de frente a nosotros. Quítate de la voz ese tono de lloriqueo y compórtate como un hombre, aunque no sea más que el rato que estemos aquí.

Þóra suspiró en su interior, ¿qué forma de hablar a lo macho era aquéllo? Estaba segura de que el muchacho se pondría de pie, se echaría a llorar y exigiría que le dejaran volver a su celda, pues si estaba allí era por propia voluntad. Pero no tuvo ocasión de intervenir, porque Matthew continuó sin pausa.

—Tienes problemas muy serios, no necesito ni repetírtelo. Solo tienes una esperanza de librarte de ellos, y por eso vas a poner el máximo empeño en ayudarnos y nos vas a responder con total sinceridad. En tu situación lo más fácil es sentir lástima por uno mismo, pero ahora ha llegado el momento de comportarte como un

hombre y de responder con franqueza a todo lo que te preguntemos. Lo único que te va a ayudar es comportarte como un hombre. Demuéstralo.

Póra observó con asombro que Hugi hacía como Matthew le había dicho. Se irguió hasta apoyarse en el respaldo y se esforzó al máximo por adoptar un porte viril. Su rostro de adolescente se lo ponía difícil, pero el cambio fue notable. Cuando empezó a hablar, su voz era más rotunda y clara.

—Me es difícil miraros a los ojos. Estoy tomando unas medicinas que me dejan un poco atontado. —Póra lo vio en sus ojos; se movían involuntariamente de acá para allá y en ellos se apreciaba una apatía que sólo se conseguía con tranquilizantes —. Pero intentaré responderos.

—¿Cómo conociste a Harald? —preguntó ella.

—Lo conocí en la zona de marcha del centro. Charlé un poco con él y resultó ser de lo más divertido. Se lo presenté a Dóri poco después.

—¿Quién es Dóri? —preguntó Póra.

—Halldór Kristinsson. Está en Medicina —respondió Hugi, con voz no exenta de orgullo—. Somos amigos desde pequeños. Y vecinos en Grafarvogur. Es asquerosamente listo, pero no va por ahí dándoselas de profe, está siempre de marcha.

Póra lo anotó. Se trataba del joven que intentó ir a la fiesta a la que acudió Harald la noche que lo mataron... el que decidió quedarse en el Kaffibrennslan a esperar que llegasen los de la fiesta.

—¿Erais muy amigos Harald y tú?

Hugi se encogió de hombros.

—Sí, sí. Aunque no tanto como Harald y Dóri. A veces, Harald me compraba...

—Hugi se cortó a media frase y puso gesto de preocupación.

—A todo el mundo le da igual que vendieras droga, tal como están ahora las cosas. Continúa —dijo Matthew con aspereza.

La nuez de Hugi subió y bajó antes de que se decidiera a seguir hablando.

—Vale. A veces decía que yo era su mejor amigo; pero era en broma nada más, y sólo lo decía cuando quería comprarme algo. Pero era muy simpático; completamente distinto a todos los demás que conozco.

—¿Y eso? —preguntó Póra.

—En primer lugar, tenía un montón de dinero, y siempre estaba invitándote a una copa o a cualquier otra cosa. Además tenía un apartamento y un coche de locura. —Pensó un instante antes de seguir—. Pero ése no era el asunto. Era muchísimo más *cool* que todos los demás. No tenía miedo a nada, siempre se le ocurrían los mejores planes y se llevaba a todo el mundo de calle. Era un tipo frío de los que no quedan, con todos esos trastos en el cuerpo: ni uno de nosotros se atrevía a imitarle. Ni siquiera Dóri, que se moría de ganas. Pero pensaba que le perjudicaría en el futuro, lamentaba un huevo el tatuaje pequeñito que llevaba en el brazo. En cambio, a Harald no podía serle más indiferente el futuro.

—Y al final se vio que no tenía ninguno —dijo Matthew—. ¿Qué hacíais? ¿De qué charlabais?

—No me acuerdo de lo que hablábamos.

—¿Habló alguna vez de sus investigaciones sobre la quema de brujas? —preguntó Þóra esperanzada.

—Brujas —dijo Hugi, con un estremecimiento—. Al principio casi no hablaba de otra cosa. Cuando empecé a salir con ellos, Harald me pidió que formara parte de su asociación de magia.

Matthew le interrumpió bruscamente.

—¿Asociación de magia? ¿Qué asociación de magia?

—Malleus no sé qué. Iba a ser una asociación de personas interesadas en investigar sobre brujas y cosas históricas. —Rehuyó la mirada de Þóra, se ruborizó y dirigió sus palabras a Matthew—. Pero era distinto. No al estilo Harry Potter, creedme. Iba de cuatro cosas: sexo, magia, droga y más sexo. —Sonrió—. Por eso me gustaba participar. A mí no me importaba lo más mínimo la historia ni las brujas ni los signos esos de magia ni los conjuros que soltaban. Lo único que quería era pasármelo bien. Las chicas eran de lo más guay. —Hugi se quedó absorto... poder pasar un buen rato con chicas guays—. Algunas de las historias sobre quema de brujas eran entretenidas, eso sí. Recuerdo una en la que echaban a la hoguera a una mujer embarazada y el niño nacía en medio de las llamas. Unos curas sacaron al niño vivo, pero luego decidieron que podía estar infectado por las brujerías de la madre y lo volvieron a echar al fuego. Harald dijo que era completamente cierto.

Þóra hizo una mueca y la borró al instante.

—¿Quiénes formaban parte de la asociación? ¿Cómo se llamaban esas chicas tan guays?

—El presidente era Harald; y luego Dóri, que era su auténtica mano derecha; Bríet, que hacía Historia en la universidad: era la única que estaba en el asunto completamente en serio, eso pensaba yo; Brjánsi o Brjánn, que también estudiaba Historia; Andri, que estudiaba Química, y Marta Mist, que estaba en no sé qué estudios de mujeres. Era insoportable, siempre lloriqueando por no sé qué de las mujeres, y que todo era injusticia hacia ellas. Con esa manía suya casi nos fastidiaba la diversión. Harald le tomaba el pelo que daba gusto, siempre la llamaba Nebel, lo que la ponía de los nervios. Significa «niebla» en alemán. Como el islandés Mist, ¿entiendes? —Þóra hizo un gesto de que comprendía, pero Matthew seguía como petrificado—. Este era el núcleo del grupo, algunas veces venían algunos nuevos pero los que estábamos siempre éramos sólo nosotros. En realidad, yo no me enteraba demasiado de lo que hacían, como ya he dicho no me interesaba nada la magia... sólo lo que venía después.

—Dices que Dóri era su mano derecha; ¿a qué te refieres? —preguntó Þóra.

—Andaban siempre juntos haciendo algo, los dos. Creo que Dóri le ayudaba con traducciones y eso. Y luego era obvio que él sería el sucesor de Harald cuando él

se fuera del país. Dóri estaba entusiasmado; estaba coladito por Harald.

—¿Dóri es gay? —preguntó Matthew. Hugi sacudió la cabeza.

—No, qué va, en absoluto. Sólo que los ojos se le hacían chiribitas o eso. Dóri viene de una familia pobre, como yo, vamos. Harald le soltaba dinero a puñados, regalos caros y eso, y Dóri lo admiraba un montón. Se notaba que a Harald le encantaba aquello. Aunque en realidad no siempre trataba tan bien a Dóri; se empeñaba en humillarlo delante de nosotros. Pero siempre se las arreglaba luego para solucionar el asunto y que Dóri no lo mandase a la mierda. Era una relación bastante increíble.

—¿Cómo te sentaba que Dóri hiciese todo eso, que estuviese tan encandilado con Harald, porque has dicho que era amigo tuyo de la infancia? ¿No estabas celoso? —preguntó Þóra. Hugi sonrió.

—No, qué va. Seguíamos siendo amigos. Harald estaba en Islandia sólo temporalmente y yo sabía que todo eso pasaría. En realidad, si acaso, me resultaba divertido ver a Dóri haciendo de admirador perdido. Hasta entonces siempre había sido yo quien le admiraba a él; aquello era todo un cambio, como verle detrás de mí todo el rato, y eso. Y no es que Dóri no arremetiese contra mí de vez en cuando, igual que Harald contra él, por mi pinta o mis costumbres. —El gesto de Hugi se nubló de pronto, preocupado—. Yo no lo maté para recuperar a mi amigo. No fue así.

—No, quizá no —dijo Matthew—. Pero dime una cosa. Si no le mataste tú, ¿quién lo hizo? Debes de tener alguna sospecha. Sabes que no puede ser ni suicidio ni accidente.

Los ojos de Hugi volvieron a fijarse en el suelo.

—No lo sé. Si lo supiera, claro que lo diría. No quiero seguir aquí.

—¿Crees que tu amigo Dóri puede haberle matado? —preguntó Þóra—. ¿Le estás protegiendo?

El joven negó con la cabeza.

—Dóri nunca mataría a nadie. Y a Harald menos que a nadie. Ya os he dicho que lo admiraba.

—Sí, pero también dijiste que Harald le había fastidiado muchas veces, que le había humillado delante de vosotros. A lo mejor se enfadó y no supo dominarse. Esas cosas pasan —dijo Þóra.

Hugi levantó los ojos, con más determinación que antes.

—No. Dóri no es así. Está estudiando para médico. Quiere ayudar a las personas, no matarlas.

—Mi querido Hugi, creo que estoy obligado a decirte que, a lo largo de los siglos, ha habido médicos que han matado a gente. Todas las profesiones tienen su manzana podrida —dijo Matthew medio en broma—. Pero si no fue Dóri... entonces, ¿quién fue?

—Quizá Marta Mist —murmuró el chico sin convicción. Ciertamente, esa chica no era demasiado popular—. A lo mejor es que Harald la llamó Nebel demasiadas

veces.

—Ya, Marta Mist —dijo Matthew—. Es una sospecha magnífica, si no fuera porque tiene una coartada perfecta. Como todos los demás de ese grupo vuestro de magia. Excepción hecha de Dóri. Su coartada es la más débil. Es totalmente imaginable que pudiera salir un momento de ese Kaffibrennsland... que matara a Harald y volviera a seguir bebiendo sin que nadie se diera cuenta.

—¿Y sentarse en el mismo sitio? ¿En el Kaffibrennsland un sábado por la noche? No creo —respondió Hugi; ahora el tono burlón era suyo.

—¿Y no se te ocurre nadie más? —preguntó Þóra.

Hugi llenó de aire las mejillas y lo fue soltando despacio.

—Quizá alguien de la universidad. No lo sé. O alguien de Alemania. —Tuvo cuidado de no mirar a Matthew mientras lo decía, como si pensase que Matthew amaba locamente a su país—. Sé que Harald tenía algo entre manos esa noche. Me lo dijo, quería comprarme droga para celebrar el día, o algo así.

—¿O algo así? —preguntó Matthew con brusquedad—. Tendrás que ser más claro. ¿Qué dijo exactamente?

El joven puso gesto pensativo.

—¿Exactamente? No recuerdo nada exactamente, pero iba de algo que había conseguido encontrar por fin. Gritó algo en alemán y levantó el puño. Y luego me dio un abrazo y me apretó a lo bestia y dijo que necesitaba unas buenas pirulas, porque se sentía cojonudamente y quería montárselo bien.

—¿Fue entonces cuando os marchasteis de la fiesta? —preguntó Þóra—. ¿Después de abrazarte y pedirte las pirulas?

—Sí, al poco de eso. Yo estaba ya bastante colocado; había bebido demasiado y había intentado, sin ningún éxito, descolocarme con una raya. Demasiado. Así que cogimos un taxi hasta mi casa y sólo recuerdo que no encontré las pirulas; en realidad, ya ni sabía lo que me hacía, no habría podido ni encontrar la leche en la nevera. Recuerdo también que Harald se enfadó bastante y dijo que menuda mierda de paseo para nada. Me acuerdo también de que me eché en el sofá porque todo empezó a darme vueltas.

Þóra interrumpió a Hugi.

—¿Has dicho que tú no le diste la pastilla de éxtasis?

—No la encontré —respondió el chico—, estaba que no me enteraba de nada, os lo acabo de decir.

Ella miró a Matthew pero no dijo nada. En el informe de la autopsia se decía que en la sangre de Harald se habían encontrado restos de éxtasis, de modo que en algún momento había conseguido encontrarla.

—¿Puede ser que la hubiera comprado antes, esa misma noche? ¿O que la encontrara en tu casa mientras tú dormías la mona?

—En la fiesta no había tomado nada de éxtasis; eso es seguro. No estaba así, yo conozco perfectamente los efectos. También está excluido que la encontrara en mi

casa, porque la poli encontró las pirulas en mi trastero del sótano cuando hicieron el registro. Las había escondido allí y tenía la llave en el bolsillo. Difícil que Harald hubiera ido al sótano a buscarla; dudo hasta que supiera que había sótano. A lo mejor se fue a su casa y la cogió de allí. Sé que tenía algunas, pero decía que no eran muy buenas. ¿Porque preguntáis tanto sobre eso?

—¿Estás seguro de que Harald no te rebuscó en el bolsillo y cogió la llave? A lo mejor no lo recuerdas, y si lo recordaras ¿nos lo dirías? —preguntó Matthew—. Intenta recordar. Estabas tumbado en el sofá y todo te daba vueltas, ¿y entonces?

Hugi apretó los ojos y, a todas luces, hizo todos los esfuerzos posibles por rescatar aquel instante de la memoria. De pronto abrió los ojos y les miró extrañado.

—Sí, ya me acuerdo. En realidad yo no dije nada, pero Harald sí que me dijo algo a mí. Se inclinó sobre mí y me dijo algo en voz baja; recuerdo que tuve muchas ganas de responderle y pedirle que me esperara, pero no pude.

—¿Qué? ¿Qué dijo? —preguntó Matthew impaciente.

El chico les miró con gesto de duda.

—A lo mejor me equivoco, pero recuerdo que dijo: «Duerme tranquilo, chiquillo. Ya tendrás tiempo de alegrarte. Vine a Islandia en busca del infierno, y adivina: lo he encontrado».



## Capítulo 14

—No seas idiota. —Marta Mist se puso la boquilla en los labios y dejó escapar una gran bocanada de humo. Sacudió la ceniza del cigarrillo a medio fumar y luego lo apagó, harta ya—. Estás poniendo las cosas aún peor de lo que están, y ni te imagines que le estás haciendo a nadie un favor con esto. —Miró, con el enfado en sus almendrados ojos verdes, al joven que estaba sentado, o, más exactamente, repanchingado, en una silla al otro lado de la mesa, quien le devolvió una mirada del mismo estilo pero sin decir nada. Marta Mist se irguió y se pasó los dedos delgados por el largo cabello rojizo—. Cariño, no me mires así. Estás en esto con nosotros, y no sueñes con ponerte a hacer de repente el papel de ciudadano modelo lleno de remordimientos. —En busca de apoyo miró a su amiga, que estaba sentada a su lado. La muchacha rubia se contentó con asentir con la cabeza, los ojos muy abiertos. Tenía el pelo rapado a lo chico, pero nadie la habría podido confundir con un hombre. Era menuda y muy delgada, con excepción de sus abultados pechos. Vista desde detrás habría podido ser un niño, sentada al lado de Marta Mist, que era de elevada estatura, y que aún no había dicho la última palabra—. Es una memez de machos tan enorme que me dan ganas de vomitar. Achantarse cuando llega el momento de la verdad. —Volvió a reclinarsse hacia atrás en su silla, satisfecha consigo misma. Su amiga no se atrevía a mirarlos a ninguno de los dos, concentrada en su refresco.

—¡Por todos los dioses!—exclamó Dóri pasándose los dedos por la garganta—. No estaría de más que dejaras de repetir una y otra vez la misma estupidez. —Su rostro reflejaba su enfado, y cuando miró fijamente a Marta Mist, el labio superior se levantó involuntariamente mostrando los blancos dientes. Dejó de mirarla y aspiró una calada. Cuando dejó escapar el humo, el ataque de furia se le había pasado, y añadió en un tono algo más tranquilo—: Pero deberías alegrarte si fuera a la policía. ¿No crees que estarías muerta de miedo en la cárcel de mujeres? Todo mujeres. —Le sonrió burlón.

Marta Mist respondió en idéntico tono.

—Pues entonces podremos llamarnos e intercambiar historias bien bonitas. Tú serás de lo más popular en Litla-Hraun, chiquitín mío, un chiquito tan lindo. —Le devolvió la sonrisa burlona.

—Ay, parad ya —dijo Bríet por fin. Los otros no respondieron y se limitaron a mirarla extrañados, así que volvió a concentrarse en su vaso, ahora con las mejillas encendidas. Luego se la oyó refunfuñar para sí—: Pues lo que es yo, no tengo ningunas ganas de ir a la cárcel de mujeres, y tampoco quiero que vayas tú a Litla-Hraun. —Levantó la vista y dirigió la mirada hacia Dóri—. Todo esto me da un



miedo espantoso.

Dóri le dirigió una sonrisa cariñosa. Le gustaba, en realidad mucho más que eso: se daba perfecta cuenta de que estaba colado por ella... aunque aún no tenía claro si era algo más que pura cuestión sexual.

—Nadie va a ir a la cárcel. —Miró a Marta Mist—. Ya ves lo que has conseguido; meterle el miedo en el cuerpo a Bríet con tus tonterías.

Marta Mist puso gesto de ofendida.

—¿Yo? ¡Venga! Fuiste tú el que empezó a hablar de la cárcel, no yo. —Dirigió una mirada a Bríet, puso los ojos en blanco y suspiró—. ¿Y a quién se le ocurrió venir aquí, en realidad?

Estaban en el Hotel 101, en la calle Hverfisgata, sentados en la sala de la chimenea en frente de la barra, donde estaba permitido fumar. Era un lugar que había sido muy popular entre los amigos de Harald y ellos mismos, e iban allí constantemente mientras él estuvo, por así decir, dirigiendo aquel peculiar grupito. Al perderlo era como si el local hubiera perdido su peculiar encanto.

Dóri dejó caer la cabeza y la sacudió molesto.

—Por todos los dioses, Marta. Vamos a dejarlo. ¿No podemos hablar como amigos? Pensé que tú podrías ayudarme. Me parece horrible que Hugi tenga que estar allí metido. Tienes que ser capaz de entenderlo. —Levantó la vista sin mirarla a los ojos y alargó un brazo hacia la cajetilla de cigarrillos que estaba en el centro de la mesa—. Y me estoy volviendo loco con esta tensión. ¿Y cuándo demonios va a ser el entierro?

Bríet miró preocupada a Marta; saltaba a la vista que confiaba en que su amiga cambiara de rumbo, y su deseo se vio satisfecho. Marta Mist suspiró profundamente, pero abandonó la arrogancia que había caracterizado su comportamiento desde que se reunieron allí, un cuarto de hora antes.

—Ay, Dóri. —Se inclinó sobre la mesa y le cogió por la barbilla, obligándole a mirarla a los ojos—. ¿No somos amigos? —Él asintió, mohíno—. Pues escúchame. No vas a ayudar a Hugi involucrándote tú en el asunto. —Él la miró decidido y ella continuó con tranquilidad—. Piénsalo. Por mucho que te atormentes no vas a cambiar su situación así. Lo único que conseguiríamos es vernos metidos hasta el cuello. Eso sucedió mucho después de que lo mataran. A la poli no le interesa. A ellos les interesa el momento de la muerte. Nada más. —Le sonrió—. El entierro tendrá que ser pronto, y entonces quedarás libre de todo. —Dóri apartó la mirada y ella tuvo que levantarle la cabeza a la fuerza para que la mirase antes de continuar—. Yo no le maté, Dóri. Y no estoy dispuesta a sacrificarme en el altar de esos remordimientos tuyos. Eso de ir a la policía es la peor idea que has tenido jamás. En cuanto digas las palabras «droga» y «alcohol», estaremos con la mierda hasta el cuello. ¿Entiendes?

Dóri la miró fijamente y asintió con la cabeza.

—Pero quizá... —No tuvo ocasión de acabar la frase. Marta Mist le dijo que se

callara.

—Nada de quizá. Ahora escúchame tú a mí. Eres un chico listo, Dóri. ¿Crees que la Facultad de Medicina te seguiría abriendo las puertas si se supiera que tomas drogas, por no hablar de otras cosas? —Sacudió la cabeza, apartó la mirada de Dóri y la dirigió a Bríet, que observaba absorta lo que pasaba, lista a mostrarse de acuerdo con quien dijese la última palabra, como de costumbre. Marta Mist se volvió para mirar a Dóri y dijo tan tranquila—: No te comportes como un niño pequeño. Como digo yo, lo único que le interesa a la bofia es quién mató a Harald. Nada más. —Hizo mucho énfasis en estas últimas palabras, y las repitió para mayor seguridad—: Nada más.

Dóri estaba como hipnotizado. Miró fijamente a los ojos verdes que le observaban sin parpadear desde debajo de unas cejas atravesadas por un aro. Movi6 la cabeza levemente, en señal de asentimiento: las manos de Marta Mist seguían sujetándole la barbilla e hicieron fuerza para obligarle a hacerlo. Por eso precisamente había dicho que iba a ir a la policía: sabía que ella siempre conseguía imponerle sus ideas. Apartó de su mente aquel pensamiento.

—Vale, vale.

—Ah, estupendo —murmuró Bríet enviándole una sonrisa a Dóri. Ya se sentía mucho mejor y le dio un pellizco de alegría a Marta en el brazo. Nada indicó que Marta Mist lo notase: su atención siguió centrada en Dóri, y su mano continuó en la barbilla del joven.

—¿Qué hora es? —preguntó ella sin soltarle.

Bríet se apresuró a pescar el móvil rosa de un bolso que colgaba del respaldo de su silla. Desconectó el bloqueo y anunció:

—Va a ser la una y media.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó Marta a Dóri.

—Nada —fue la breve respuesta.

—Vente a casa... yo tampoco tengo plan —respondió Marta—. Hace mucho que no pasamos un rato juntos, y sé que te gusta estar *en petit comité* —enfaticó las últimas palabras.

Bríet se rebulló incómoda en la silla.

—¿Y si nos vamos al cine? —Miró esperanzada a Marta, que no devolvió la mirada. Bríet notó que algo le pisaba con fuerza el empeine, y cuando miró hacia abajo vio que la bota de cuero de Marta ocultaba por completo su precioso zapato. Se sonrojó, comprendió que aquella tarde no se deseaba su presencia.

—¿Quieres ir al cine? —preguntó Marta a Dóri—. ¿O prefieres pasarte un rato tranquilamente por mi casa? —Ladeó la cabeza.

Dóri asintió.

Marta sonrió:

—¿Cuál de las dos cosas? Aún no me has contestado.

—A tu casa. —La voz de Dóri sonó ronca y pesada. Ninguno de los tres

ignoraba de qué iba aquello.

—Me alegro. —Marta soltó la barbilla de Dóri y dio una palmada. Hizo una señal al camarero, que pasaba cerca, y pidió la cuenta. Dóri y Bríet no dijeron nada. Le acababan de hacer un feo bastante considerable. Tampoco Dóri tenía nada que añadir. Sacó del bolsillo un billete de mil, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie.

—Se me ha hecho demasiado tarde. Nos vemos. —Salió, y las dos chicas se volvieron para verle irse.

Cuando se hubo ido, Marta se dio la vuelta y dijo:

—Vaya culo de mal asiento que es el chico. Tendría que dejarnos en paz más a menudo. —Miró a su amiga, que la observaba herida—. Por todos los dioses. No vayas a ponerte de morros ahora. Dóri tiene los nervios a flor de piel estos días, y eso es de lo más peligroso. —Le dio un cachetito a Bríet en la parte superior del brazo—. Está colado por ti y esto no va a cambiarlo.

Bríet esbozó una débil sonrisa.

—No, quizá no. Pero me pareció que estaba de lo más contento contigo.

—Cariño. Eso no tiene nada que ver con andar colado con alguien. Eres tú la que encandila a los tíos. Yo... bah... yo soy buena en la cama. —Se puso de pie y lanzó a Bríet una mirada gélida—. ¿Sabes una cosa? —No hubo respuesta—. Yo gozo del instante. Tú también podrías intentarlo. Deja de querer salvarte tú sola: goza de la vida.

Bríet cogió su cartera. A aquello no tenía nada que responder. Ella, que había participado en toda clase de inventos con aquel grupo de gente... se sonrojó sólo de pensarlo. ¿Aquello no era gozar de la vida? ¿Había dado a entender alguna vez que quería salvarse ella sola? ¿Qué tontería era ésa? Cuando salían las dos juntas, la consolaba que los chicos fueran a por ella. No a por Marta. Pero era demasiado arriesgado intentar mortificarla hablando de las virtudes femeninas de cada una y estableciendo comparaciones. A Marta se la vio enseguida como una especie de Harald en femenino. Tenía dominado a Dóri. Bríet no quería ir a la cárcel de mujeres. No, gracias... a la mierda con Dóri. Podría recuperarle más tarde. Bríet enderezó la espalda para hacer destacar aún más sus pechos. Al ir las dos hacia la puerta, disfrutó cuando los tres hombres trajeados sentados junto a la ventana se quedaron embobados mirándola... a ella, no a Marta. Bríet sonrió para sí. Las victorias pequeñas suelen ser las más dulces.



## Capítulo 15

—Nada —dijo Þóra y, cansinamente, apartó la vista de la pantalla del ordenador y la dirigió a Matthew. Habían ido al bufete después de visitar a Hugl, entre otras cosas para comprobar si había llegado a su ordenador alguna respuesta del desconocido «Mal».

Él se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? A lo mejor no contesta nunca.

A ella le resultaba difícil rendirse tan fácilmente como Matthew.

—Pero a lo mejor Harald tiene información sobre él en su ordenador.

Matthew enarcó las cejas.

—¿Tú tienes información sobre tus amigos en tu ordenador?

—Venga, ya sabes a lo que me refiero, el archivo del correo electrónico donde figura la gente con la que se tienen más contactos.

Matthew volvió a encogerse de hombros.

—Sí, sé perfectamente a lo que te refieres. A lo mejor Harald tenía un archivo de esos. Nunca se sabe.

Þóra puso de nuevo el monitor en su posición habitual.

—¿Qué tal si llamas un momento a la policía para preguntar por el ordenador de Harald? —Miró la hora en la pantalla—. No son más que las dos, de modo que la oficina estará abierta. —La carta en la que solicitaba la entrega de los informes ya no estaba en la bandeja de Bella por la mañana, de modo que todo indicaba que la había puesto en el correo el día anterior. Así que seguramente habría llegado a su destino, aunque no estaba tan claro que ya hubiesen podido tomar una decisión al respecto. Lo más sensato sería esperar uno o dos días más antes de llamar, y así resolver las dos cosas a un tiempo, el ordenador y la documentación. Þóra se quitó de la cabeza tanta sensatez y permitió que triunfase la impaciencia. De todos modos, tampoco quedaban muchas más opciones en la reserva. Había buscado los números de móvil de los amigos de Harald en el directorio de la red y había conseguido encontrar los de Marta Mist, Bríet y Brjánn. Todos se negaron a hablar con ella cuando contactó con ellos (Bríet casi histérica), alegando que ya habían informado a la policía. A Þóra y Matthew les quedaban pocos recursos, por el momento—. Llámales —reiteró.

Matthew se puso a ello, y el resultado fue que podían ir a la comisaría a buscar el ordenador en cuanto quisieran. Les atendería un policía llamado Markús Helgason.

En la comisaría, el tal Markús saludó a Þóra en islandés pero luego se dirigió a Matthew y le dijo en un inglés con fuerte acento islandés:

—Nos hemos visto dos veces usted y yo, en el registro domiciliario y luego cuando vino usted a hablar con el comisario, Árni Bjarnason. —El policía sonrió turbado—. No conectaron demasiado bien, de modo que se ha tomado la decisión de que sea yo quien les reciba esta vez. Espero que no tengan ninguna objeción.

Se trataba de un hombre joven, vestido con la camisa azul claro y los pantalones negros del uniforme de la policía. Era de estatura bastante baja, claro que hacía ya tiempo que se habían reducido las exigencias de talla para los policías. Por otra parte, Markús tenía un aspecto de lo más corriente, ni guapo ni feo, de pelo castaño y unos ojos grisáceos que no llamaban demasiado la atención. Sonrió al estrecharles la mano y aquel gesto produjo un cambio radical en la primera impresión que se había hecho Þóra al juzgar su aspecto. Tenía unos preciosos dientes blanquísimos, y ella deseó, en beneficio de él mismo, que siempre tuviera motivos suficientes de alegría. Matthew y Þóra le aseguraron que no tenían objeción alguna a no poder reunirse con el comisario, y el joven policía volvió a tomar la palabra, muy contento.

—Creo que estaría bien que hablásemos un rato. Tenemos entendido que están investigando las circunstancias que rodearon el crimen y, puesto que nuestra investigación no está concluida formalmente, lo más lógico sería que nos sentáramos a charlar un poco. —Vaciló un momento pero luego añadió, con cierto apuro—: Andan buscando el monitor en una caja donde teníamos varios ordenadores que íbamos a devolver. Así que, de todos modos, no tendrán más remedio que esperar un poquito. Podemos sentarnos en mi despacho.

Þóra miró de reojo a Matthew, que con un simple movimiento de hombros dejó ver que no tenía nada en contra de aquella charla. Sabía perfectamente que lo del ordenador y la caja no era más que una excusa... un manco no necesitaría más de tres minutos para realizar una tarea tan difícil como aquélla. Ella no dejó traslucir nada, se limitó a poner sonrisa de foto y dijo que le parecía muy bien. El policía se sintió visiblemente aliviado y les condujo a su despacho. No había objetos personales, con excepción de una jarra de café con el escudo y el nombre del Manchester United. El policía les pidió que se sentaran, pero esperó para hacerlo él hasta que ellos hubieron ocupado sus sitios. Nadie dijo nada en el transcurso de estos preparativos, y el silencio había llegado a hacerse un poco embarazoso cuando por fin estuvieron todos listos para empezar.

—Bueno, ustedes dirán —dijo el policía con un tono artificialmente afable. Þóra y Matthew se limitaron a sonreír, pero de momento no dijeron nada. Ella quería que fuese el policía quien diera comienzo a la conversación, y los labios apretados de Matthew indicaban a las claras que él era de idéntica opinión. El policía se dio cuenta de la situación—. Tenemos entendido que han estado en Litla-Hraun esta mañana para ver a Hugl Þórisson.

—Sí, es cierto —dijo Þóra.

—Perfecto —respondió el policía—. ¿Qué sacaron en limpio? —Miró al uno y a la otra alternativamente, esperando—. Es bastante extraño eso de presentarse como representantes de los deudos como hicieron aquí y a la vez como defensores del sospechoso... lo que tengo entendido que hicieron ustedes esta mañana en la prisión central.

Póra miró a Matthew, que se volvió a ella con la palma de la mano extendida, para indicarle que debía ser ella quien respondiera.

—Digamos que las circunstancias son extrañas e inhabituales y que nosotros nos comportamos, simplemente, en consonancia con ese hecho. Sin embargo, lo que está claro es que trabajamos para la familia de Harald, aunque resulta que los intereses de Hugi Þórisson son coincidentes con los de la familia. —Hizo una pequeña pausa para permitir al policía expresar alguna objeción, lo que éste no hizo, de modo que continuó—. No estamos del todo convencidos de que sea culpable. Si algo hemos sacado de nuestra conversación con él esta mañana, ha sido una mayor certidumbre en nuestra opinión.

El policía enarcó las cejas, extrañado.

—Tengo que confesar que no comprendo bien por qué están tan seguros. Todo lo que se ha podido averiguar en nuestra investigación apunta precisamente a lo contrario.

—Vemos demasiadas preguntas que están aún sin contestación —respondió Póra.

El policía asintió, parecía de acuerdo.

—Eso es totalmente cierto; pero, como les digo, nuestra investigación no ha concluido. Claro, que me resultaría totalmente inesperado que saliera a la luz cualquier cosa que diera al traste con la convicción de que fue Hugi Þórisson quien asesinó a Harald. —Extendió un dedo de una mano y fue enumerando mientras cogía uno a uno los dedos de la otra mano, que tenía abierta—. En primer lugar, estuvo con el difunto justo antes de perpetrarse el asesinato. En segundo, se encontró sangre de Harald en las ropas que llevaba el sospechoso la noche de autos. En tercer lugar, encontramos una camiseta, oculta en un armario de su casa, que se había utilizado para limpiar una cantidad considerable de sangre... que resultó ser asimismo del difunto. En cuarto lugar, era miembro de esa asociación de magia creada por el difunto, y por ello tenía conocimiento de los signos mágicos, como el grabado en el cuerpo. Y por último, estaba suficientemente obnubilado por las drogas aquella noche como para poder sacarle los ojos a un cadáver. Créanme: nadie hace esas cosas si está en su sano juicio. Se dedicaba a la venta de droga y seguramente esperaba convertirse en importador al por mayor. El muerto tenía dinero de sobra para permitirle montar el negocio, y de su cuenta corriente desapareció una bonita suma poco antes de perpetrarse el crimen. Sin dejar rastro. Eso no sucede en condiciones normales. Siempre es posible rastrear el dinero de una u otra forma. —El policía se miró las manos. Había extendido ya todos los dedos de

la mano izquierda con ayuda de la derecha—. Puedo responder a su objeción... por regla general hacen falta menos pruebas para acusar a alguien. Lo único que nos falta es una confesión, pero hay que reconocer que en circunstancias como éstas sería bastante fácil de conseguir.

Þóra intentó parecer inmutable. Aquello de la sangre en la ropa de Hugí la había cogido completamente por sorpresa. No había encontrado referencia alguna a tal cosa en los informes de la policía ni en los otros documentos del caso a los que había tenido acceso. Se apresuró a tomar la palabra, para que el policía no percibiera su desasosiego.

—¿No es para preocuparse que no haya consentido en confesar el crimen?

El policía la miró con franqueza.

—No, en absoluto. ¿Sabe por qué? —Continuó en cuanto ella dio muestras de que no iba a contestarle—. No recuerda nada. Se emperrea en ello con la esperanza de no haberlo hecho. ¿Por qué iba a confesar un delito del que no guarda recuerdo alguno por mucho que intente recordar? Sólo pregunto.

—¿Cómo explican el traslado del cadáver a la universidad? —preguntó Matthew—. El camello este no creo que tuviera acceso a las dependencias. Era día festivo y probablemente todo estaría cerrado.

—Robó las llaves de Harald. Muy sencillo. Encontramos un llavero en el cuerpo... en él estaba, entre otras, la llave, o, más exactamente, la llave de seguridad, porque tienen alarma antirrobo. Viendo el sistema fue fácil comprobar que la llave se había utilizado para entrar muy poco después del crimen.

Matthew carraspeó.

—¿Qué quiere decir con «muy poco después del crimen»? ¿No podría haber sido «muy poco antes del crimen»? Las cronologías no son tan exactas en casos como éste.

—Claro que no, pero eso no cambia las cosas —respondió el policía, más seco que antes.

Matthew continuó... no estaba dispuesto a dejarlo en paz tan fácilmente.

—Supongamos que Hugí robó la llave y transportó el cadáver desde su casa, que en realidad está bastante cerca, hasta el edificio de la universidad. ¿Cómo creen que realizó el traslado? El cuerpo de un hombre adulto no es algo que se pueda meter en el bolsillo... ni llevarse en taxi.

El policía sonrió.

—Transportó el cadáver en su bicicleta. La encontramos delante del edificio de Árnagarður y, por si fuera poco, en ella apareció ADN de Harald. Se encontró sangre suya en el manillar. Afortunadamente la habían dejado apoyada sobre un costado y bajo una cornisa, de modo que no se cubrió de nieve.

Matthew no dijo nada, así que fue Þóra quien habló.

—¿Cómo saben que la bicicleta era de Hugí? —Se apresuró a añadir—: Y si lo era, ¿cómo se sabe que la dejó allí la noche de autos?

El policía sonrió todavía más satisfecho que antes.

—Apoyó la bicicleta sobre el depósito de los cubos de basura, y allí seguía, apoyada en la puerta. La basura se vacía el viernes, y los trabajadores del servicio de recogida de basuras del distrito están todos de acuerdo en que cuando pasaron por allí no había bicicleta alguna. El mismo Hugi reconoció la bicicleta y admitió que había estado sin tocar en el almacén de bicicletas del edificio de apartamentos en el que vive todo el sábado... en ello coincide una señora de la casa, que señala que la bicicleta estaba en su sitio cuando fue al trastero con su hijo pequeño a buscar el carrito a la hora de la cena.

—¿Y cómo demonios puede recordar un testigo qué bicicleta estaba en su sitio y cuál no? Porque yo he vivido en un edificio de pisos y difícilmente habría podido decir nada sobre el cuarto de las bicicletas, aunque entré allí muchas veces —dijo Þóra.

—La bicicleta llamaba la atención, y Hugi la utilizaba mucho. Invierno, verano, primavera y otoño. Carecía de toda formación profesional, así que no tenía mucho donde elegir. No era tampoco excesivamente cuidadoso al dejarla en el almacén: el día de autos la había colocado encima del carro de la señora. Ella la recuerda bien, pues tuvo que levantarla para recuperar el carrito.

Matthew carraspeó.

—Si Hugi robó la llave y ésta era la del sistema antirrobo, entonces imagino que también se apoderó del código, o número de acceso. ¿Cómo lo consiguió?

—Se trata precisamente de una de las dudas que teníamos al principio, pero que conseguimos resolver —respondió el agente—. En los interrogatorios a los amigos de Harald, se averiguó que al parecer les había comunicado esos datos a todos.

Þóra le miró escéptica.

—¿Y quién puede creer tal cosa? ¿Por qué demonios iba a hacer algo semejante?

—Tengo entendido que había pensado un número rebuscadísimo. Y es que eligió el 0666, número que para él parecía poseer especial poder demoniaco.

—En realidad era cosa de magia, no tiene nada que ver con el demonio —puntualizó Matthew. Enseguida cambió de tema, para evitar una larga discusión sobre la naturaleza de la magia—. Hay una cosa que quizá podría usted decirnos. Encontramos la impresión de un mensaje electrónico de Harald, lo había enviado a un tal «Mal». ¿Averiguaron algo sobre este punto?

El policía le miró sin comprender.

—He de reconocer que no lo recuerdo. Repasamos una cantidad inmensa de documentos. Si lo desean, puedo revisar el asunto e informarles.

Þóra le explicó a grandes rasgos el mensaje, aunque estaba segura de que no les habría resultado demasiado revelador. Si hubieran sacado algo en limpio del mensaje, el policía seguramente se acordaría. Pero el agente prometió comprobar si habían hecho algo para localizar al receptor del mensaje, aunque no concedía



demasiado interés a lo que Harald decía que había encontrado.

—Sin duda tenía que ver con alguna chica a la que estuviera persiguiendo, o algo por el estilo —dijo—. Pero, cambiando de tema, ¿piensan seguir con esto mucho tiempo? —Miró alternativamente a los dos.

—Todo el que consideremos necesario —respondió Matthew con gesto ambiguo—. Aún no estoy convencido de que hayan detenido al verdadero culpable... a pesar de todo lo que nos ha indicado. Naturalmente, podría estar equivocado.

El policía sonrió con desgana.

—Les estaríamos agradecidos si nos permitieran seguir sus averiguaciones mientras la investigación siga abierta. No queremos que se produzca un conflicto entre nosotros, de modo que lo mejor sería que pudiéramos hablar de colaboración.

Póra aprovechó la ocasión.

—Tenemos parte de los informes, pero nos faltan muchas cosas. Les envié una carta, que supongo les llegaría hoy por la mañana, en la que solicitamos poder revisar todos los informes en beneficio de los familiares... ¿Ve algún inconveniente?

El policía se encogió de hombros.

—En sí, ninguno; pero no es responsabilidad mía. No es habitual este modo de proceder, pero no obstante imagino que se les concederá la autorización. Podía llevar cierto tiempo reunirlo todo. Naturalmente, lo intentaremos... —No continuó porque llamaron a la puerta—. Pase —dijo en voz alta, y la puerta se abrió. En el umbral había una mujer policía joven, con una caja de cartón en brazos. Por el borde asomaba un ordenador negro de sobremesa.

—Aquí está el ordenador que pediste —dijo la joven, y entró. Dejó la caja sobre la mesa y sacó de ella un papel metido en una funda de plástico transparente—. El monitor está abajo, en recepción; lo traen directamente del almacén, porque no lo necesitábamos para nada. En realidad es una tontería llevárselo —le dijo al policía, muy envarada—. Casi convendría avisar a los que hacen estos registros domiciliarios de que aunque los documentos informáticos y otras cosas de esas formen parte de la documentación, no es así en sentido literal. Todo está dentro del ordenador, que se puede utilizar con cualquier monitor. —Dio un golpecito sobre el aparato.

El policía no pareció demasiado contento con la joven y con que utilizara aquellos modos delante de Póra y Matthew. La miró con ojos de reproche.

—Gracias por las aclaraciones. —Le quitó la funda de plástico y extrajo de ella el documento—. Si no le importa firmar el recibo —le dijo a Matthew—. El resto de los documentos que se cogieron en el registro se encuentran también ahí.

—¿De qué documentos se trata? —preguntó Póra—. ¿Por qué no se devolvieron con los demás?

—Se trataba de efectos que preferimos estudiar más detenidamente, una selección. En realidad no nos proporcionaron nada especial. No sé si ustedes encontrarán allí algo sustancioso, pero lo dudo. —Se puso en pie, anunciando así que la conversación había llegado a su fin.

Þóra y Matthew se levantaron de sus asientos y éste cogió la caja en brazos después de firmar la entrega.

—No olvide el monitor —dijo el policía, sonriéndole a Þóra. Ésta devolvió la sonrisa y le aseguró que se lo llevarían.

Fueron hacia el coche, Þóra con el monitor y Matthew con la caja. Ella cogió el montón de documentos antes de acomodarse en el asiento del copiloto. Pasó la mirada por algunas páginas al azar mientras Matthew ponía el coche en marcha.

—¿Qué demonios es esto? —dijo asombrada, y miró a Matthew.



## Capítulo 16

Póra sostenía en la mano una funda para documentos de cuero ocre que había sacado del montón de papeles. Ésta estaba cerrada con unas cintas que desató para estudiar el contenido. El cuero conservaba una textura suave al tacto, como de guante, aunque probablemente tenía ya muchos años. Por lo menos tenía sesenta años, si significaba algo la marca que tenía impresa: NHG 1947. Pero fue el contenido, más que la funda, la causa de su asombro.

—¿Pero qué es esto? —preguntó, mirando extrañada a Matthiew. Señaló unas cartas viejas que aparecieron al abrir la funda; unas cartas antiguas, para ser más exactos, pues a juzgar por su aspecto y su escritura, eran mucho más antiguas que su envoltura.

Matthew miró desconcertado la funda.

—¿Estaba eso en el montón de cosas de la caja?

—Sí —respondió Póra mientras iba levantando la parte superior de las cartas con la yema del dedo, para comprobar cuántas eran. Dio un respingo tremendo cuando Matthew vociferó algo incomprensible y le arrebató la funda.

—¿Estás loca? —exclamó muy alterado, cerró la carpeta y puso un elástico además de las cintas. Lo hizo con bastantes dificultades, porque el volante le entorpecía los movimientos y por el escaso espacio disponible en el asiento delantero.

Póra no sabía a qué venía aquello y se limitó a seguir en silencio las manipulaciones. Cuando él tuvo bien cerrada la funda, la depositó cuidadosamente en el asiento trasero. Luego se despojó del abrigo y lo colocó encima de la funda de modo que la carpeta quedará bien cubierta sin asomar por debajo.

—¿No convendría mover el coche? —preguntó Póra para romper el silencio. Él se levantó a medias del asiento y se asomó fuera para mirar la calle.

Agarró el volante con las dos manos y resopló.

—Perdona el arrebató. No me esperaba para nada ver aquí estos documentos, en una simple caja de cartón de la policía. —Llegó a la calle y siguieron.

—¿Y qué son esas cosas, si me está permitido preguntar? —inquirió Póra.

—Son unas cartas antiquísimas, pertenecientes a la colección del abuelo de Harald, algunas de sus piezas más valiosas. En realidad, no son ni siquiera tasables, y es absolutamente incomprensible que Harald se las trajera a Islandia. Estoy convencido de que la compañía aseguradora sigue convencida de que están en la caja fuerte del banco, como estaba estipulado. —Matthew colocó el espejo retrovisor para no perder de vista aquel valioso cargamento—. Las escribió un aristócrata de

Innsbruck en el año 1485. Las misivas tratan de la campaña de Heinrich Kramer contra las brujas de la ciudad, antes de que las cazas de brujas estuvieran tan generalizadas como llegarían a estarlo más tarde.

—¿Y quién era ese Heinrich Kramer? —Póra tuvo la sensación de conocer aquel nombre, pero no podía recordar exactamente quién era.

—Uno de los autores del *Martillo de las brujas*, que era una especie de manual para la caza de brujas —respondió Matthew—. Era magistrado jefe del tribunal de la inquisición en los territorios que, hoy en día, pertenecen a Alemania en su mayor parte; sin duda una persona poco recomendable, que, entre otras cosas, tenía especial aversión a las mujeres. Además de ocuparse de las imaginarias hechiceras, dedicó sus esfuerzos a la lucha contra judíos y herejes, y en realidad contra casi todos los grupos de gente que no estaban en condiciones de defenderse.

Póra recordó el compendio que encontró en la red.

—Sí, es cierto. —Y entonces añadió, intrigada—: ¿Estas cartas tratan de él?

—Sí—respondió M.uiliew—. Fue a Innsbruck. Ese individuo. Pero no venció. En realidad, se marchó... puso en marcha una investigación caracterizada por la violencia y por un uso desenfrenado de la tortura, y las sospechosas, unas cincuenta y siete mujeres, no obtuvieron los beneficios de la defensa legal, que nunca se concedía durante la instrucción, la llevasen los clérigos o las autoridades laicas. Kramer llegó hasta tal punto de rigurosidad cuando tenía que vérselas con las actividades sexuales de aquellas supuestas brujas, que el obispo se escandalizó y acabó expulsándole de la ciudad. Las mujeres que había tenido encarceladas fueron liberadas inmediatamente después, pero para entonces se hallaban ya en un estado incalificable, a causa de las constantes torturas. Las cartas hablan de su maltrato a la esposa del escritor de las cartas. Como es fácil imaginar, no es una lectura muy divertida.

—¿Y a quién estaban dirigidas en realidad? —preguntó Póra.

—Todas las cartas están dirigidas al obispo de Brixen, Georg II Gosler. El mismo obispo que acabó por expulsar de la ciudad a Kramer. Desconozco si las misivas tuvieron algún papel en ello.

—¿Cómo se hizo con ellas el abuelo de Harald?

Matthew se encogió de hombros.

—En la Alemania de posguerra se puso en venta toda clase de cosas. La familia Guntlieb se las organizó de tal modo que el banco no sufrió pérdidas por la devaluación que trajo consigo la guerra y que arruinó a casi todo el mundo. No es un banco corriente: la gente normal no tiene cuentas en él, nunca las ha tenido. Por muchos motivos, hay que agradecer al abuelo de Harald que los principales socios no se quedaran en la ruina en aquellos años. Fue suficientemente despierto para darse cuenta del cariz que estaban tomando las cosas... y por eso pudo poner a salvo los fondos sin que se los arrebataran. Así se encontró en una magnífica situación para hacerse con diversas cosas cuando empezaron a cambiar las circunstancias.

—¿Pero de quién eran las cartas para que pudiese venderlas? Las cartas del siglo XV no son cosas que la gente conserve durante tantísimos años para luego darles un puntapié en cuanto humean las ruinas a su alrededor.

Matthew se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Estas cartas no están catalogadas en ningún sitio, ni se dispone de fuente alguna sobre ellas... de modo que podrían ser falsificaciones. Muy buenas falsificaciones, si se diera el caso. El abuelo de Harald no podía explicar la compra en detalle. Las iniciales de la funda son suyas: Niklas Harald Guntlieb, de modo que no dicen nada sobre su anterior dueño. En realidad, sospecho que fueron robadas a la Iglesia en algún momento. —Matthew conducía por Snorrabraut y puso el intermitente para cambiar de carril. Se dirigían a Bergstaðastræti, habían acordado que lo mejor sería llevar allí el ordenador. Para eso tenían que girar a la derecha, pero estaban en el carril izquierdo. Nadie le cedía el paso a Matthew; parecía como si los otros conductores hubieran decidido impedir por todos los medios aquel cambio de dirección y quisieran obligarle a continuar hasta Fossvogur—. ¿Pero qué queréis? —farfulló, dirigiéndose a los otros conductores.

—Cambia de carril, sin más —dijo Þóra, acostumbrada a esa forma de conducir. —Sus propios coches les interesan más que adonde quieras ir tú.

Matthew se lanzó y se llevó un gran susto por el tremendo bocinazo de un automóvil que se vio obligado a esquivar.

—Jamás me acostumbraré a conducir aquí —dijo asombrado.

Þóra se limitó a sonreír.

—Pero ¿qué se decía en las cartas... qué le pasó a la mujer?

—La torturaron —respondió Matthew—. De forma atroz.

—No me hago a la idea de que se pueda torturar de ninguna otra forma —dijo Þóra, que esperaba una explicación más detallada—. ¿Qué le hicieron?

—El autor de la carta contaba que las manos y un pie habían quedado inutilizados al oprimirlos en una bota de hierro. Además le cortaron las dos orejas. Sin duda hubo más cosas, pero que no llegaron al papel. Cortes y cosas de esas. —Matthew apartó la vista de la calle por un instante y la dirigió a Þóra—. Recuerdo que la conclusión del autor en una de las últimas cartas era algo de este estilo: «Ved que el mal no se halla en los despojos de mi amada, una mujer joven e inocente. Habita en aquellos que pretenden acusarla».

—Dios mío santísimo —exclamó Þóra, que no pudo evitar un estremecimiento—. Sí que lo recuerdas bien.

—Uno no olvida tan fácilmente lo que sale allí —respondió él con voz seca—. Naturalmente que eso no es lo único que se cuenta en las cartas. Hay toda clase de argumentos para conseguir su liberación, desde razones legales hasta lo que se puede llamar amenazas puras y simples. El hombre se encontraba en una situación espantosa: amaba a su esposa más que a su propia vida, pues se trataba de una muchacha bellísima, si damos crédito a lo que se dice en las cartas. No llevaban

mucho tiempo casados.

—¿Pudo ir a verla a la prisión? ¿No escribió las cartas mientras ella seguía aún bajo arresto? —preguntó Þóra.

—No y sí —respondió Matthew—. No: no le autorizaron a verla, pero uno de los guardianes observó el lamentable estado en que se encontraba la mujer y transmitió mensajes de uno a otro... mensajes que fueron haciéndose cada vez más desgarradores y desesperanzados, según las cartas. Por lo que respecta a la última pregunta, todas las cartas, menos una, fueron escritas mientras ella estaba encarcelada y el esposo intentaba liberarla. De modo que de todas las cartas, sólo una está escrita después de la liberación de la mujer. Y es esa misiva la que muestra la dureza del destino de aquellas personas, un destino que haríamos bien en recordar cuando nos enfurecemos por las dificultades a las que nos enfrentamos nosotros mismos.

—¿Y por qué? —preguntó Þóra, que, en realidad, no quería escuchar la respuesta.

—Tienes que recordar que en esa época la medicina no se parecía lo más mínimo a la que conocemos hoy día, en realidad no era más que charlatanería. Puedes imaginarte perfectamente los sufrimientos que habían de padecer enfermos y heridos, por no hablar del sufrimiento psicológico de una mujer joven que había sido la niña de los ojos de todos los hombres y que, entre otras cosas, era admirada por su belleza física. Cuando la liberaron, uno de sus pies y todos los dedos de sus manos estaban pulverizados. El cuerpo cubierto de cicatrices de las cuchilladas que le habían infligido en busca de lugares por los que no sangrara, y otras cosas que se insinúan pero no se explican. ¿Qué harías tú? —Matthew volvió a mirar a Þóra.

—¿Tenía hijos? —preguntó Þóra. Involuntariamente, su mano derecha se alzó hacia la oreja... nunca se había dado cuenta cabal de la importancia que tenía para ella la apariencia física.

—No —respondió él.

—Entonces se suicidó —dijo ella sin pensárselo dos veces—. Por los hijos se pueden aguantar torturas y dolores, pero no por muchas otras cosas.

—Bingo —exclamó Matthew—. Vivían en unas tierras propias junto a un riachuelo, y fue cojeando hasta allí una noche, al poco de volver a casa, y se arrojó al agua. Si hubiese estado en mejores condiciones, quizá habría podido decidirse por la vida, pero vestida con los gruesos ropajes que se usaban en aquella época, sería incapaz de hacer nada, teniendo las manos y un pie inutilizados.

—¿Y él qué hizo... lo decía en la carta? —preguntó Þóra, procurando apartar de su mente cualquier pensamiento sobre aquella joven.

—Sí, en realidad en la carta dice que le ha arrebatado al *inquisitor* Kramer lo más valioso que había en su vida, del mismo modo que éste le había despojado a él de lo más valioso de su propia vida... y que ya estaba en el largo camino hacia la perdición —respondió Matthew—. La historia ignora qué fue de la venganza, o a

qué demonios se refieren esas palabras. Las fuentes contemporáneas no proporcionan detalles más precisos. Luego le dice al obispo que puede dormir tranquilo: que no atendió a tiempo su ruego, como conviene a un siervo de Dios. Cita luego algo del Antiguo Testamento... que, como sabes, trata de todo menos de perdón. No puedo explicarlo muy bien, pero en esas palabras finales se escondía una especie de amenaza que ignoro si cumplió... el obispo murió varios años después. Bien puede ser que se deshiciese él mismo de las cartas, pues no le apetecería mucho que se conservaran entre los documentos de la Iglesia.

—Me parece una explicación un tanto improbable —dijo Þóra—. Si quería deshacerse de ellas... ¿por qué no las quemó? Precisamente fuego no era lo que les faltaba.

Matthew estaba dedicado a encontrar aparcamiento cerca del apartamento de Harald. Las plazas de al lado de la casa estaban ocupadas.

—No lo sé... Quizá vio ante él a Pedro con sus llaves y a Dios en persona... tal vez no quería llamar la atención sobre el contenido de las cartas quemándolas... el humo sube a los cielos, ya lo sabes.

—¿De modo que no crees que las cartas sean falsas? —preguntó ella.

—No, no he dicho eso. En ellas hay cosas que no encajan.

—¿Cómo cuáles?

—Principalmente en lo tocante a unas referencias al horrible libro de Kramer. El autor de las cartas lo dice con un estilo florido y barroco que no llega a ocultar el demoniaco origen de su contenido.

—¿No puede haber tenido acceso al *Martillo de las brujas*?

Kramer debía de llevarlo consigo.

—No encaja —respondió Matthew—. La historia afirma que ese libro tan entretenido no se publicó hasta el año siguiente, 1486.

—¿Se ha comprobado la edad del papel y la tinta? —preguntó Þóra.

—Sí, correspondían más o menos, pero eso no importa demasiado. Los falsificadores utilizan papel y tinta antiguos, o pintura, para engañar a los que investigan esas cosas.

—¿Tinta antigua? —preguntó la abogada llena de dudas.

—Sí, más o menos. Preparan la tinta con materiales antiguos o sacan la tinta de algo antiguo que no sea demasiado fácil de vender. El resultado es el mismo.

—Pues menuda complicación —dijo Þóra, feliz y contenta por no ser falsificadora.

—Mmmm —murmuró él, y bajaron del coche.

—¿Pero por qué tenía Harald esas cartas? —preguntó ella—. ¿Creía que eran auténticas, o pensaba que eran falsificaciones?

Matthew cerró la puerta del lado del conductor y abrió la de atrás. Se inclinó para coger la caja, pero antes envolvió la funda en su chaquetón y la colocó cuidadosamente sobre la caja. Si sintió frío al quedarse sólo con el jersey, no lo

aparentaba.

—Harald estaba convencido de que eran auténticas; le apasionaba el problema de qué podía ser lo que perdió Kramer por la venganza que se menciona en la carta. Se dedicó a rastrear por todas partes, en busca de la más mínima indicación, y estudió documentos de todo tipo por todas partes de Alemania, e incluso visitó la Biblioteca del Vaticano. Pero no consiguió encontrar nada que le diese la menor pista. Por lo demás, no se sabe tanto de Kramer; fue un desconocido durante quinientos años.

Póra vio en la nieve unas huellas que daban la vuelta a la esquina del edificio... en dirección a la puerta principal de la casa de Harald. Con la barbilla le indicó a Matthew aquellas señales recientes de que alguien había pasado por allí; las huellas iban sólo en una dirección, de modo que no podría tratarse del cartero ni del chico de los periódicos.

Delante de la puerta había un hombre. Se había alejado un poco de la entrada para intentar ver por las ventanas del piso superior. Se sobresaltó cuando sonaron en la esquina los pasos de Matthew y Póra. Se quedó mirándolos boquiabierto y empezó a balbucear algo antes de encontrar por fin las palabras que quería decir.

—¿Conocían ustedes a Harald Guntlieb?





## Capítulo 17

—Buenas tardes. Me llamo Gunnar Gestvík, soy el decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Islandia.

Se le veía muy inquieto, no sabía en qué pierna apoyarse, como si le dolieran los pies; llevaba un elegante chaquetón de una marca que Þóra reconoció del ropero de su ex marido. Por debajo del abrigo iba vestido con traje de chaqueta y, sobresaliendo por el cuello, se podía ver un nudo de corbata de colores, muy bien hecho, y un cuello de camisa de color azul claro. Su porte mostraba a un hombre compuesto y bien situado. Y que las costuras de su compostura se le habían abierto en aquel momento. Saltaba a la vista que el tal Gunnar no se esperaba aquel encuentro y que le estaba costando mucho decidir cuál sería su siguiente paso. Þóra sabía que se trataba del hombre que había encontrado el cadáver de Harald, o que lo había acogido entre sus brazos, para ser más precisos. Pero no podía imaginarse siquiera qué es lo que podía querer para ir a la casa de su antiguo alumno. ¿Sería quizá una actividad terapéutica recomendada por su psicólogo?

—Pasaba por aquí cerca y decidí comprobar si había alguien —dijo Gunnar, indeciso.

—¿Aquí? ¿En casa de Harald? —preguntó Þóra extrañada.

—Naturalmente que no pensaba encontrármelo a él —se apresuró a añadir—. Pensaba que podría haber alguien por aquí, un portero o alguien así.

Matthew no comprendía ni una sola palabra y dejó que Þóra siguiera la conversación, aunque el nombre sí lo había entendido.

Se colocó subrepticamente enfrente de Þóra, a espaldas de Gunnar, y le indicó con toda clase de guiños que invitara al hombre a entrar. Sacó sus llaves del bolsillo y abrió la puerta exterior.

Gunnar se dio cuenta de los gestos de Matthew, que parecía extrañamente excitado.

—¿Tienen ustedes acceso a la vivienda? —preguntó a Þóra.

—Sí, Matthew trabaja para la familia de Harald y yo soy, digamos, su abogada. Venimos de la policía, de recoger parte de sus pertenencias, e íbamos a deshacernos del cargamento. ¿Quiere entrar? Nos encantaría poder charlar un momento con usted.

Obviamente, a Gunnar no le resultó nada fácil esconder lo contento que le puso aquella invitación. Aceptó y les dio las gracias, tras mirar su reloj de pulsera y calcular el tiempo que podía dedicarles. Dejó pasar primero a la mujer, pero pese a lo cuidado de sus ropas, no parecía un auténtico caballero: por lo menos, no se ofreció a

ayudarla a subir el pesado monitor hasta el piso de arriba.

La reacción de Gunnar no fue muy distinta a la que mostró Þóra al entrar en el apartamento por primera vez. Ni siquiera cayó en la cuenta de quitarse el chaquetón y colgarlo en el perchero, sino que entró hipnotizado en el salón y se puso a mirar lo que colgaba en las paredes. Matthew y Þóra se tomaron las cosas con más tranquilidad; dejaron el cargamento y se quitaron los abrigos. Matthew sacó de la caja la funda de cuero con las cartas antiguas, la extrajo del chaquetón en el que la había envuelto y se fue con ella por el pasillo hacia el dormitorio. Þóra se quedó atrás para hacer los honores a Gunnar. Fue hacia él y se situó a su lado, aunque sin poner obstáculo alguno a su contemplación de las antiguas obras de arte.

—Es una interesante colección de arte —dijo ella. Trató de acordarse de lo que le había contado Matthew sobre los cuadros, aunque no estaba segura de poder repetirlo todo, de modo que decidió no dárselas de entendida.

—¿Cómo consiguió todo esto? —preguntó Gunnar—. ¿Lo robó?

Þóra se quedó confundida. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante idea a aquel hombre?

—No. Todo lo heredó de su abuelo —vaciló, pero continuó—. ¿Se llevaba mal con Harald?

Gunnar se sobresaltó.

—No, qué va, válgame Dios. Me llevaba estupendamente con él. —El tono de voz no indicaba precisamente una sinceridad absoluta, y el decano pareció darse cuenta. Hizo ímprobos esfuerzos por corregirlo—. Harald era un joven excepcionalmente inteligente y que dominaba magníficamente la historia. Y sus métodos de trabajo eran auténticamente ejemplares, de lo que ya no queda, por desgracia.

Þóra no estaba convencida todavía.

—¿De modo que era un alumno modélico?

Gunnar forzó una sonrisa.

—Quizá pueda expresarse así. Por supuesto que era de lo menos convencional en su aspecto y su comportamiento, pero uno es incapaz de juzgar la moda de la gente joven. Me acuerdo de los Beatles y la moda causada por su fama. Mis mayores no la tenían en muy buen concepto precisamente. Yo ya soy lo bastante mayor para comprender que la rebeldía de los jóvenes puede adoptar imágenes muy distintas.

Era demasiado eso de comparar a Harald con los Beatles.

—Pues a mí no se me había ocurrido ver así las cosas. —Dirigió a Gunnar una sonrisa de foto—. Pero claro, yo no le conocía personalmente.

—Usted dijo que era abogada; ¿qué le ha encargado la familia de Harald? ¿Los asuntos de la herencia? Lo que hay en estas paredes tiene un valor en absoluto escaso.

—No, no tiene nada que ver con eso —respondió ella—. Estamos revisando la investigación del crimen: la familia no está del todo satisfecha con los informes de la

policía.

Gunnar se quedó mirándola, perplejo. La nuez subió y bajó por su garganta.

—¿Qué quiere decir? ¿No han encontrado ya al asesino, el vendedor de drogas? Þóra se encogió de hombros.

—Consideramos que hay algunas cosas que hacen pensar que el asesino no fue él. —Percibió por varios indicios que Gunnar no se alegraba demasiado de oír la noticia. Añadió—: Todo acabará por saberse. Quizá estemos equivocados nosotros... o quizá no.

—Tal vez no sea asunto mío, pero ¿qué es lo que apunta a la inocencia de ese hombre? ¿Saben ustedes algo que la policía ignora?

—No estamos ocultando información a la policía, si eso es lo que quiere usted insinuar —replicó Þóra, molesta—. Sencillamente, no estamos satisfechos con sus conclusiones en algunas cuestiones de peso.

Gunnar suspiró.

—Perdone; no puedo estar del todo sereno cuando se trata de este caso. La verdad, me gustaría que todo esto acabase de una vez. Para mí ha sido terriblemente difícil, y encima ha salpicado a la facultad.

—Lo comprendo —dijo Þóra—. Pero no se trata de acusar a la persona equivocada, por mucho que el asunto haya salpicado a la facultad... ¿verdad?

Gunnar se recompuso y se apresuró a contestar:

—No, no, no. Claro que no. Uno tendría que dejar de pensar sólo en sus propios intereses, todo tiene límites. No me malinterprete.

—Y cambiando de tema, ¿por qué vino usted aquí? —preguntó ella. No sabía qué era lo que retenía a Matthew.

Gunnar apartó su mirada de Þóra y contempló uno de los cuadros.

—Realmente esperaba poder ponerme en contacto con alguien que atendiese las cosas de Harald. Parece que lo conseguí.

—¿Porqué?

—Cuando Harald fue asesinado, acababa de... cómo expresarlo... bueno, acababa de recibir en préstamo un documento de la universidad que no ha sido devuelto. Estoy buscándolo. —Gunnar no apartaba la mirada del cuadro.

—¿De qué documento se trata? —preguntó Þóra—. Aquí hay muchos.

—Es una carta antigua dirigida al obispo de Roskilde, del siglo XVI. La tenemos en préstamo de Dinamarca y por eso es importantísimo que no se nos despiste.

—Suena bastante serio —dijo la abogada—. ¿Por qué no informó a la policía? Sin duda habrían podido encontrar el documento ese.

—No se ha sabido hasta ahora... yo no tenía ni idea del tema cuando me interrogaron; si no, les habría pedido que me devolvieran el documento. Al venir aquí, tenía la esperanza de que me permitieran buscarlo sin necesidad de alertar a la policía, a fin de solucionar de forma sencilla un problema grave. No tengo especiales deseos de dar más explicaciones. Es algo que la experiencia ha ido en enseñándome a

lo largo de la vida. Esto no tiene ninguna relación con el asesinato, eso puedo prometérselo.

—Quizá no —dijo Þóra—. Pero, desgraciadamente, no hemos encontrado esa carta. Claro que no hemos concluido la inspección de todos los documentos de Harald. Es posible que aparezca durante la búsqueda.

Matthew apareció a toda prisa con unos papeles en la mano y se sentó en el precioso sofá. Con un amplio gesto de la mano les indicó que hicieran lo mismo. Þóra se instaló en el sillón y Gunnar se dirigió al otro sofá, que estaba justo delante del de Matthew, y tomó asiento allí. Þóra explicó a Matthew lo que el decano había ido a hacer allí, y aquél se limitó a repetir las palabras que Þóra acababa de pronunciar: no había encontrado el documento, pero eso no significaba de modo definitivo que no pudiera estar allí. Dicho eso, puso los papeles sobre la mesita. Se dirigió entonces a Gunnar.

—Usted estaba encargado de supervisar la investigación de Harald, ¿me equivoco?

—No y sí, más o menos —respondió Gunnar, cauteloso.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Matthew con hosquedad—. ¿No se encarga cada cual de unos alumnos a la hora de escribir la tesis?

—Sí, sí, claro que sí —se apresuró a decir el profesor—. Pero es que él no había llegado aún al punto en que revisa el trabajo un representante de la facultad. Sólo me refería a eso. Se había hecho cargo de él Þorbjörn Ólafsson. Yo lo seguía desde lejos, si se puede expresar de ese modo.

—Comprendo. Pero a pesar de todo supongo que habría presentado algún borrador, o una idea del tema de investigación, ¿o no?

—Sí, sí. Entregó un resumen... si recuerdo bien, se hizo al principio de su primer semestre en la facultad. Revisamos el tema y estuvimos de acuerdo a grandes rasgos, y luego Þorbjörn dio los siguientes pasos. El tema entraba en su campo.

—¿De qué trataba la tesis? —preguntó Þóra.

—Una comparación de la persecución de brujas en Islandia y otras partes de Europa, especialmente en los territorios que ahora conocemos como Alemania. La plaga alcanzó allí su máxima virulencia, si se puede decir así. Harald ya había trabajado en una investigación relacionada con las brujas... con ocasión de su tesina de Historia en la Universidad de Munich.

Matthew asintió con la cabeza, pensativo.

—¿Me equivoco en que la quema de brujas en Islandia tuvo lugar durante el siglo XVII?

—Fue entonces, sí. En realidad hay algunas fuentes sobre personas condenadas por brujería antes de esa época, pero la caza de brujas propiamente dicha no comienza hasta ese siglo. La primera quema conocida tuvo lugar en el año 1625.

—Sí, eso tenía entendido —dijo Matthew, que parecía confuso. Extendió los documentos que había puesto sobre la mesita—. Curiosamente, entre los papeles de

Harald encuentro muy pocas cosas sobre la quema de brujas en Islandia, y no comprendo por qué estaba tan interesado en sucesos que tuvieron lugar con anterioridad. Quizá pueda usted ilustrarme, tal vez pueda ver usted alguna relación histórica que nosotros ignoramos.

—¿A qué sucesos se refiere? —preguntó Gunnar, inclinándose sobre los papeles, que eran artículos impresos y fotocopiados.

Mientras el decano examinaba por encima los papeles, Matthew iba enumerándolos:

—Erupción del Hekla, año 1510; peste en Dinamarca, hacia 1500; Reforma protestante, año 1550; cuevas de monjes irlandeses antes de la colonización de Islandia y cosas por el estilo. Por lo que a mí respecta no veo relación, pero claro, no soy historiador.

Gunnar siguió repasando los papeles. Después de considerar el contenido de todos los documentos, tomó por fin la palabra.

—Pues resulta que todo esto no tiene una relación directa con la tesis. Harald podría haberse hecho con estos artículos para otras asignaturas en las que estaba matriculado. Naturalmente, he de reconocer que la colonización de Islandia es mi tema de especialidad, y Harald no asistía a mis clases, lo que quizá habría podido explicar este artículo sobre los monjes irlandeses. A pesar de todo, la conclusión que puedo sacar es que estas cosas están relacionadas con los estudios que seguía mientras escribía la tesis.

Matthew miró secamente a Gunnar.

—No, ése no es el asunto. La mayor parte de estas cosas procede de una carpeta titulada Malleus... supongo que el nombre le es conocido. —Matthew señaló unas perforaciones en el margen de las páginas—. Yo saqué la conclusión de que había reunido estas cosas por su investigación en relación con la brujería.

—Sí, claro que me suena ese nombre... ¿no podía haber puesto todo eso en una carpeta vieja sin quitar el título antiguo? —preguntó Gunnar.

—Sin duda —respondió Matthew—. Pero, por algún motivo, creo que no fue así.

El profesor volvió a mirar el montón de papeles.

—Tengo que confesar que no es nada obvio. Lo único que saco a primera vista es cierta relación con la Reforma protestante... en cierto modo es un antecedente de la caza de brujas, igual que en otras muchas partes de Europa. Las creencias se modificaron y la gente sufrió una especie de crisis de fe por tantos cambios. Por lo que se refiere a la erupción del Hekla y a la peste, Harald estaría comprobando la relación entre las persecuciones y el escenario económico del momento. Los fenómenos naturales y las enfermedades tuvieron gran influencia en la época. Claro que hay otras erupciones, por ejemplo la del Hekla en 1636 y otras epidemias más próximas en el tiempo de las persecuciones, y habría sido más normal estudiar ésas en vez de las que se discuten en estos artículos. —Dio un golpecito sobre el montón

de papeles.

—¿De modo que esto no es algo que discutiera con usted o con ese Þorbjörn en las reuniones para hablar de la tesis? —preguntó Þóra.

—No, conmigo no. Pero tampoco Þorbjörn recuerda algo así de las reuniones que tuvo con Harald en mi ausencia —respondió Gunnar, que añadió enseguida—: Como les he dicho, el tema de tesis de Harald estaba en fase de desarrollo. Sus principales puntos parecían estar cambiando: ciertamente le indicó a Þorbjörn que incluso le interesaban más los efectos de la Reforma que las quemaduras de brujas, aunque no había avanzado aún mucho en esa línea cuando lo mataron.

—¿Y eso es normal? —preguntó ella—. ¿Es normal cambiar así de opinión?

Gunnar asintió.

—Sí, es muy habitual. La gente se pone en marcha, llena de interés, luego ve que el tema no es tan atractivo como pensaba al principio y opta por otro asunto. Además, tenemos una larga lista de temas interesantes de investigación que podemos ofrecer a nuestros alumnos cuando se quedan sin ideas.

—A juzgar por la pasión de Harald por los asuntos de magia en general —dijo Matthew, señalando las paredes del salón para dar más peso a sus palabras—, pasión que le acompañaba desde una edad muy temprana, me parece más que dudoso que la Reforma llegase a resultarle más interesante todavía.

—Harald era católico, como sin duda saben ustedes —respondió Gunnar, y sus dos interlocutores asintieron con la cabeza al mismo tiempo—. Lo que le atraía era, sobre todo, que con el luteranismo, aquí en Islandia, hacia 1550, empeoraron las condiciones de vida de la gente, especialmente las de las clases más desfavorecidas. La Iglesia católica conservó todas sus propiedades en el país, pero con la Reforma propiedades y tierras eclesiales fueron a parar al rey de Dinamarca y con ello el país sufrió un serio empobrecimiento. Además, la Iglesia católica practicaba la caridad, proporcionando a los más necesitados albergue y comida. Todo eso se acabó al llegar el luteranismo. Esto le pareció a Harald de lo más interesante, pues la Iglesia católica no suele verse nunca a esa luz. También estaba entusiasmado con que los clérigos y obispos católicos pudiesen tener concubinas e hijos... lo que no era el caso en otros obispados de Europa de esa época, y en realidad ahora tampoco.

Matthew no parecía convencido.

—Sí, quizá. ¿No puede ser que sus reuniones con ese tal Þorbjörn no entraran en el fondo de su investigación? ¿Que Harald estuviera trabajando en algo que Þorbjörn, y quizá también usted, pudieran ignorar?

—De eso no tengo ni idea, como se puede imaginar —respondió el decano—. Pero cuanto menos, no era ésa la sensación que tuve en su momento. Más no puedo decirles. Naturalmente, podía haber estado mirando toda clase de cosas sin que yo me enterase... yo no seguía todos sus pasos, no se espera de mí nada por el estilo. Los alumnos de la maestría van mucho a su aire y trabajan de forma muy independiente. Pero calculo que esto podrán hablarlo con Þorbjörn, si quieren más detalles sobre el

tema. Yo puedo asistir también a la reunión, si lo desean.

Matthew miró a Þóra, que asintió con la cabeza para mostrar su conformidad.

—Pues sí, gracias, aceptamos la idea—dijo Matthew—. En cuanto sepa usted cuándo tiene Þorbjörn un rato libre, puede telefonearme. También si recuerda cualquier cosa que pudiera ser importante. —Le entregó a Gunnar su tarjeta.

Þóra sacó también su tarjeta del bolso y se la dio.

—Y miraremos si la carta que está buscando se encuentra entre los papeles que tenemos ahora entre manos.

—Me encantaría; es una auténtica complicación para la facultad, y lo último que querría es dar la carta por perdida. Desgraciadamente no llevo mi tarjeta encima, pero me pueden localizar fácilmente en el teléfono del despacho. —Se puso en pie.

—Acerca de los amigos de Harald —dijo Matthew—, ¿podría ponernos en contacto con ellos? Queríamos poder hablar con quienes mejor le conocían; quizá puedan arrojar alguna luz sobre el caso y contarnos en qué andaba metido Harald. Intentamos contactar con algunos de ellos esta mañana, pero se niegan a hablar con nosotros.

—Supongo que se refiere a los jóvenes que formaban parte de esa asociación suya —dijo Gunnar—. Pues sí, podría hacerlo. La asociación tiene su sede en nuestra facultad y de vez en cuando me cruzo con alguno de ellos. En realidad, tenía la esperanza de que la asociación se desbandara con la desaparición de Harald. No me parecía que redundara demasiado en beneficio de la reputación de la facultad, y en consecuencia no me hacía ninguna gracia prestarles apoyo con la cesión de la sede. Pero las cosas no las decido yo solo, así que tengo que acatar la decisión. Puedo reunirme con los dos alumnos nuestros que participan en la asociación. Ellos podrían ponerles a ustedes en contacto con otros estudiantes que tenían trato con Harald.

—Le estaríamos muy agradecidos. —Þóra le sonrió—. ¿Por qué le desagrada tanto esa asociación?

Gunnar pareció pensar qué contestación darles.

—Fue como hace medio año o así. Yo estaba convencido, y sigo estándolo, de que estaba relacionado con la asociación, pero no pude demostrarlo. Por desgracia.

—¿Qué sucedió? —preguntó Matthew.

—No sé si debería hablar mucho de ello —dijo el decano, buscando con cuidado las palabras—. El asunto se silenció y no se le dio la publicidad debida.

—¿El qué? —preguntaron Matthew y Þóra al unísono.

Gunnar se agitó, incómodo.

—Encontramos un dedo.

—¿Un dedo? —Otra vez coincidieron Matthew y Þóra, ahora en su asombro.

—Sí, una de las mujeres de la limpieza encontró un dedo justo delante del local de la asociación. Aún tengo en los oídos el chillido que pegó la buena mujer. Enviamos el dedo para que lo investigaran en el departamento de Patología de la universidad y resultó ser de un individuo anciano... no fue posible determinar el

sexo, pero muy probablemente pertenecía a un varón. Estaba necrosado.

—¿No se informó a la policía? —preguntó Þóra, desconcertada.

Gunnar se ruborizó.

—Me encantaría poder responderles que sí, pero como nosotros mismos nos enfrascamos en investigar el origen del dedo y motivo por el que estaba dentro de nuestra facultad, nos pareció poco prudente darle publicidad al asunto, tanto tiempo después de que apareciese, ya comprenden. Y además llegaron las vacaciones de verano y esas cosas.

Þóra no creyó que las vacaciones de verano tuvieran mucho que ver. Podían dar gracias, quizá, de que no hubiera nadie con permiso de maternidad cuando apareció el cadáver de Harald. O de que la Facultad de Historia no hubiese decidido investigar el asesinato por su cuenta.

—Pues vaya.

—¿Y qué hicieron con el dedo? —preguntó Matthew.

—Mmmm, pues nos deshicimos de él —farfulló Gunnar. El rubor le subió por las mejillas y alcanzó la raíz de los cabellos—. Pero está claro que eso no tiene ninguna relación con el crimen, de ahí que no hubiese motivo para ir a soltarle ese desdichado incidente a la policía. Tenían otras cosas en qué pensar.

—Pues vaya —repitió Þóra. Un dedo, ojos, una carta sobre orejas cortadas... ¿qué será lo siguiente?





## Capítulo 18

Póra se despezó y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Acababa de conectar el último cable al ordenador y ya no quedaba sino encenderlo. Ella y Matthew se encontraban en el estudio de Harald; por fin se había ido el inoportuno de Gunnar Gestvík.

—He de reconocer que esa intuición tuya y de la familia Guntlieb sobre el asesino desconocido me resulta cada vez más alejada de cualquier sentido común. — Manipuló el ordenador y de inmediato se oyó un zumbido que indicaba que el aparato estaba iniciándose—. Eso de la sangre en la ropa de Hugí, por ejemplo. ¿Cómo encaja eso con vuestras intuiciones? —Matthew no respondió, así que Póra continuó—. Y lo de los papeles... no veo ninguna relación entre el crimen y la tesis, especialmente porque Harald no parecía tener las ideas muy claras a la hora de consultar sus fuentes.

—Yo estoy seguro de lo que pienso —dijo Matthew sin mirarla directamente.

Algo en su comportamiento llamó poderosamente la atención de Póra. No era propio de él no mirarla a los ojos, pero aparte de ese detalle, se percató de cómo miraba sin parar la pantalla de su teléfono móvil: como si estuviera esperando alguna llamada y temiese que la conversación con ella se la hiciese perder. Póra enlazó las manos y aguzó la vista.

—Me estás ocultando algo.

Matthew seguía observando la pantalla, a la espera de algo.

—Sí, pero la verdad, espero que en el poco tiempo que hace que nos conocemos no haya dejado al descubierto todos mis secretos —dijo Matthew con una artificial ironía en la voz.

—No digas tonterías; sabes perfectamente lo que quiero decir. Tiene que haber algo escondido, además del dinero que desapareció y de los ojos. —A Póra le seguía resultando un tanto difícil hablar de la desaparición de los ojos del cadáver. Aún no había sido capaz de construir una sola frase al respecto que diera impresión de naturalidad. Por lo que fuese, las palabras no conseguían expresar nada cuando se trataba de aquel tema.

—De verdad, no hay nada más... bueno, unos cuantos mensajes de correo electrónico que de por sí no dicen nada, y ahora ese dedo de la universidad, que puso a los catedráticos tan nerviosos que acabaron tirándolo a la basura. —Matthew se metió el móvil en el bolsillo—. Y aunque te estuviera escondiendo algo... ¿estás dispuesta a aceptar mi palabra de que Hugí no puede ser el asesino o de que, por lo menos, no lo perpetró él solo?

Póra soltó una risa:

—No... realmente no.

Matthew se puso en pie.

—Una pena. Pero te diré que no puedo tomar decisiones sobre ciertos asuntos por mi cuenta y riesgo —dijo, apresurándose a añadir—: Es decir, si realmente hubiese algo más.

—Si imaginamos que es así... e imaginamos que quien puede tomar la decisión de que yo participe quizá lo permitiría... ¿no estaría bien que lo reconocieras tú ya?

Matthew la miró y salió al pasillo. Ella se percató de que tenía otra vez el móvil en la mano. Al parecer había sonado. Póra prestó atención pero sólo pudo escuchar a duras penas que se estaba produciendo una conversación en el pasillo. Renunció a seguir intentándolo y se volvió hacia el ordenador. Una cajita gris en medio de la pantalla le decía que escribiese el password del Administrador. Póra ignoraba la clave y tuvo que ensayar una palabra tras otra: *Harald, Malleus, Windows, Hexen* y otras por el estilo. Nada. Se echó hacia atrás y miró desesperada a su alrededor, en busca de inspiración. En una estantería que había encima del escritorio había una fotografía enmarcada, y la cogió. Era la foto de una mujer joven, inválida, sentada en una silla de ruedas. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que era La hermana de Harald, la que había muerto unos años antes. ¿Pero cómo se llamaba? ¿No le habían puesto el nombre de su madre? ¿Anna? No, pero era algo que comenzaba por A. No era Ágata ni Angelina. Amelia: se llamaba Amelia Guntlieb. Póra escribió el nombre. Nada. Suspiró, pero decidió volver a intentarlo, ahora escribiendo el nombre en minúsculas... quitando la mayúscula del principio... *amelia*.

¡Bingo! El ordenador produjo la archiconocida melodía de Windows y Póra ya estaba dentro. Pensó en cuánto tiempo habría necesitado la policía para encontrar la clave, pero se dio cuenta de que ellos debían de tener algún especialista en informática que entrara por la puerta de atrás. No perdían el tiempo en pruebas inútiles. La imagen de la pantalla era bastante poco corriente, y Póra precisó de un rato para comprender lo que mostraba. No todos los días tenía la oportunidad de ver una boca abierta en una pantalla de diecisiete pulgadas. Y no digamos una boca cuya lengua estaba separada a los lados, sujeta por dos pinzas de acero inoxidable y con una hendidura de color rojo fuego en el centro de la punta de la lengua, o más exactamente, de las dos puntas de la lengua. Aunque a ella le resultara asqueroso pensarlo, era evidente que la foto se había tomado cuando estaban rajando la lengua. O la operación estaba aún en marcha o acababan de terminarla. Póra habría apostado lo que fuera con quien fuera a que sabía quién era el propietario de aquella lengua. Tenía que ser Harald en persona. Tosió para librarse de las náuseas.

En el ordenador había aproximadamente cuatrocientos documentos de texto. Póra los ordenó por antigüedad, de modo que los más recientes apareciesen en primer lugar. Los nombres eran reveladores. En las primeras posiciones se hallaban archivos que tenían en común contener en el título la palabra *Hexen*. Como se había

hecho ya bastante tarde, Þóra metió la mano en su bolso y sacó su *pendrive* USB. Copió en él todos los archivos de brujería para poder mirarlos tranquilamente en casa por la noche... si Matthew le confiaba lo que la familia Guntlieb le había estado ocultando hasta aquel momento. Si no lo hacía, dedicaría la velada a considerar si no tenía ya motivo más que suficiente para mandarlos a freír espárragos. No le apetecía lo más mínimo trabajar de figurita de adorno.

Matthew seguía sin dar señales de vida, así que Þóra decidió ver los archivos codificados que pudiera haber en el ordenador. Con la más exquisita de las cortesías, le pidió al perrito que le enseñara todos los archivos que acabaran en .pdf y obtuvo como recompensa unos sesenta. Los ordenó cronológicamente e hizo copias de los más recientes, que incorporó al *pendrive*. Tenía ya tarea de sobra para la noche, eso ya estaba más que claro. Pensó en echar un vistazo a las fotos que hubiera en el ordenador y las recuperó. Harald tenía cámara de fotos digital y la usaba con diligencia. Aparecieron cien archivos pero los nombres no le dijeron nada, pues el ordenador, por su cuenta y riesgo, les había asignado códigos numéricos. Harald no se había entretenido en dar nombre a los archivos, pero tampoco Þóra lo hacía cuando descargaba las fotos en su propio ordenador. Decidió elegir la opción de vista previa para poder hacerse una idea, con un vistazo rápido, de lo que había en cada foto. Como las veces anteriores, las ordenó cronológicamente. Vio que las fotos más recientes se habían tomado en el apartamento. La temática de aquellas imágenes era un tanto peculiar... en realidad ninguna era una foto de nada, hablando con propiedad, la mayoría estaban tomadas en la cocina durante la preparación de la comida, fotografiada por arriba y por abajo. No se veía a nadie en las fotos, pero en dos de ellas podían reconocerse unas manos, y Þóra las copió en el *pendrive*, por si se diera el caso de que las fotos mostrasen al asesino. Nunca se sabe. Las otras fotos, de viejos platos de pasta en diferentes estadios de su preparación, las dejó en paz.

Þóra fue recorriendo la lista y vio que muchas de las fotos podían ser un tanto incómodas para los que aparecían en ellas, pues habían sido tomadas en distintas actividades sexuales. Se sonrojó en nombre de los participantes cuando vio más de aquellas fotos circulando por la pantalla. No se atrevió a ampliarlas, aunque sentía unos enormes deseos de hacerlo, por miedo a que entrase Matthew y se dedicara a espiarla. Además se encontró con un montón de fotos de la operación de lengua: entre otras, la que Harald había elegido como fondo de pantalla. No se podía distinguir quiénes estaban presentes, pero se veían los troncos de varias personas, de modo que Þóra metió en su USB una copia de esas imágenes. Otras mostraban toda clase de instantáneas tomadas en fiestas en las que, al parecer, pasaba de todo; y entre medias había fotos de la naturaleza islandesa y de excursiones al interior. Algunas estaban muy oscuras y no dejaban ver mucho, aparte de unos farallones grises... Al ampliar una de ellas, Þóra tuvo la sensación de que se podía distinguir una cruz grabada en uno de ellos. Una tarjeta entera parecía tomada en una aldea que Þóra no reconoció, muchas de las fotos en un museo que parecía exponer unos

manuscritos, así como un pedrusco grisáceo dentro de una gran vitrina de cristal. Una de aquellas fotos era de un cartel, que Þóra amplió para saber si se podía distinguir de qué museo se trataba, pero lo único que consiguió fue más confusión; solamente ponía: «Prohibido hacer fotos». Þóra dejó las imágenes por el momento, había llegado a algunas bastante antiguas que difícilmente podrían tener relación con el caso. Abrió el correo electrónico para ver qué contenía. En la carpeta de mensajes recibidos había siete sin abrir. Seguramente habrían llegado algunos más desde el asesinato de Harald, pero la policía debía de haberlos abierto.

Matthew entró y Þóra levantó la vista, dejando el correo electrónico. Él se sentó en su silla y le sonrió con despreocupación.

—¿Bueno? —dijo ella en tono inquisitivo, esperando lo que tuviera que llegar.

—*Also* —dijo Matthew, echándose hacia delante en la silla. Apoyó los codos sobre las rodillas y juntó las manos como si fuera a ponerse a rezar—. Antes de decirte lo que crees que necesitas saber —puso especial énfasis en la palabra «crees»— tendrás que prometerme una cosa.

—¿Cuál? —Aunque Þóra conocía la respuesta.

—Lo que voy a decirte es total y absolutamente confidencial y nadie más puede saberlo. Antes de decírtelo, me tienes que dar tu palabra de que guardarás el secreto. ¿Entendido?

—¿Cómo voy a saber si puedo guardarlo sin tener la menor idea de lo que se trata?

Matthew se encogió de hombros.

—Pues me tienes que dar tu palabra. Puedo decirte con total sinceridad que desearás poderlo contar... para que sepas que no pretendo tenderte ninguna trampa.

—¿Y a quién voy a quererle contar eso? —preguntó Þóra—. Creo que es una cuestión importante.

—A la policía —respondió él sin vacilar.

—¿Tú o la familia de Harald sabéis algo que podría alterar el resultado de la investigación del caso, y que habéis decidido mantener en secreto? ¿Lo he comprendido bien?

—Pues sí —respondió Matthew.

—Pues enseguida te digo —dijo Þóra. Reflexionó. Se daba cuenta de que había unas normas éticas que la obligaban a poner en conocimiento de la autoridad cualquier testimonio que pudiera afectar a un caso legal abierto. De modo que tenía que rechazar aquella condición e informar a la policía de que Matthew estaba ocultando pruebas u otros detalles relacionados con el caso de asesinato. Por otra parte, comprendía con meridiana claridad que si rechazaba las condiciones, su participación en la investigación del caso habría concluido. Eso no beneficiaría a nadie. De forma que si adoptaba una postura ética más laxa, bien podía llegar a la conclusión de que tenía que jurar que no abriría la boca, para luego intentar por todos los medios solucionar el misterio al que se enfrentaban, utilizando como arma

aquellos valiosísimos datos nuevos. Todos contentos. Þóra rumió en silencio la conclusión de sus razonamientos. Una conclusión más que dudosa, pero que era la mejor en aquella situación... los principios éticos tenían que saber adaptarse a las circunstancias ambientales, ya que el fin justificaba los medios. Si no... pues entonces ya iba siendo hora de cambiarlos—. Muy bien —dijo por fin—. Te prometo que no le diré nada a nadie... ni siquiera a la policía... sea lo que sea lo que vayas a decirme.

Matthew sonrió, satisfecho, y ella se apresuró a añadir, antes de que él pudiera levantar el velo del misterio:

—Pero, a cambio, tú me tendrás que prometer que ese secreto tuyo demuestra la inocencia de Hugí, y que no podríamos demostrarla por ninguna otra vía... y que entregaremos a la autoridad la información necesaria antes de que se lleve el caso a juicio. —Matthew iba a abrir la boca, pero Þóra le interrumpió—: Y que la autoridad no podrá saber que yo he sido testigo de todo esto. Y...

Matthew la detuvo.

—Nada más, y... gracias. —Ahora era su turno de reflexionar. Miró fijamente a Þóra, sin parpadear siquiera—. De acuerdo. Tú no dices nada y yo informo a la policía sobre la carta si no conseguimos demostrar la Inocencia de Hugí con tiempo suficiente, antes de que se abra el juicio oral.

¿La carta? ¿Otra carta más? Þóra habría empezado a pensar que el caso no era más que una pura farsa, a no ser por las fotos de la autopsia, que aún conservaba bien frescas en la memoria.

—¿A qué carta te refieres? —preguntó—. Cumpliré lo prometido.

—La carta que recibió la madre de Harald poco después del crimen —respondió Matthew—. Esa carta demostró a los padres que el detenido no podía ser el culpable, pues se había enviado después de que Hugí pasara a prisión provisional, con lo que no le resultaba posible ir a correos. Dudo que la policía le hubiese dado permiso para mandar aquella carta... sobre todo porque es de suponer que antes habrían comprobado su contenido.

—¿Y cuál era ese contenido? —preguntó ella llena de impaciencia.

—Lo que decía no era excesivamente interesante... con la excepción de que el texto era bastante poco respetuoso con la madre de Harald. Pero la carta estaba escrita casi toda en islandés y con sangre... con sangre de Harald.

—¡Vaya! —exclamó Þóra sin poderse contener. Intentó imaginar cuál sería la sensación de recibir una carta escrita con la sangre de tu propio hijo muerto, pero fue incapaz de evocar semejante emoción—. ¿De quién era la carta... se supo? ¿Y cómo sabéis que la sangre era de Harald?

—La carta estaba firmada con el nombre de Harald, pero el perito grafólogo estimó que no era su letra. Sin embargo, no pudo confirmarlo con total seguridad, pues la escritura era bastante burda y no ofrecía un buen punto de comparación con la caligrafía de Harald. La carta se envió a analizar, de todos modos, entre otras cosas para intentar comprobar si la sangre era suya. Resultó serlo... sin ningún género de

dudas. Claro que se encontraron también restos de sangre de pájaro, que al parecer había sido mezclada con la de Harald, según indicó el laboratorio.

Póra abrió los ojos de par en par. ¿Sangre de pájaro? Aquello le chocó aún más que la presencia de sangre humana.

—¿Pero qué decía la carta? —preguntó—. ¿La tienes?

—No tengo el original, si te refieres a eso —respondió Matthew—. Su madre no quiso desprenderse de ella, ni siquiera permitió que se hiciera una copia. Habría sido capaz de matar a alguien por aquello. Era una carta bastante repugnante.

Póra le miró consternada.

—¿Y entonces? Necesito saber lo que decía. ¿Alguien os la tradujo?

—Sí. Era un poema de amor que empezaba de forma bastante hermosa pero enseguida se volvía de lo más desagradable. —Miró a Póra y sonrió—. Seguramente te alegrará saber que conseguí copiarlo... pues fue precisamente a mí a quien le encargaron la traducción... con ayuda de un diccionario islandés-alemán. Seguramente no me darán ningún premio por la traducción, pero al menos pudimos entender lo que decía. —Mientras hablaba, Matthew sacó del bolsillo de la chaqueta una hoja de papel DinA4 plegada. Se la entregó a Póra—. A lo mejor no supe escribir bien algunas letras... aún no las conocía todas, pero esto debería de estar próximo a la realidad.

Póra leyó el poema en voz alta. ¿Cómo habrían podido escribir todo aquello con sangre? No podía ni imaginar la cantidad que habría sido necesaria para escribir todas aquellas letras. Matthew las había transcrito en mayúsculas... probablemente de acuerdo con el original. En la hoja ponía:

*Yo te miro*

*Y tú depositas en mí*

*Cariño y amor*

*Con tu alma entera.*

*No estarás tranquila*

*Todo te será insoportable*

*Si no me amas.*

*Por eso ruego a Odín*

*Y a todos quienes*

*Los arcanos femeninos*

*Saben descifrar  
Que en este mundo  
Todo te sea insoportable  
Que nada pueda mejorar  
Si no me amas  
Con toda tu alma.  
Así ardas entera  
Hasta los huesos  
Y en tu carne  
Sufras aún más.  
Padecerás la desdicha  
Si no me amas  
Se congelarán tus pies,  
No hallarás nunca paz  
Ni consuelo.  
Arde para siempre  
Que se pudra tu cabello  
Que se rajen tus ropas  
A menos que con todas tus fuerzas  
Ansies mi compañía*

Bóra levantó la mirada, asombrada por lo que acababa de leer... el poema era extrañísimo. Miró a Matthew.

—Desgraciadamente no lo conozco. ¿Quién puede haber escrito una cosa así?

—Te juro que no lo sé —respondió Matthew—. Era aún más repugnante en el original, estaba escrito sobre una piel... una piel de cordero. Sólo un enfermo es capaz de hacerle algo así a la madre de un hombre muerto.

—¿Por qué a la madre? ¿La carta no estaba dirigida también al padre?

—Había más, pero estaba en alemán. No lo anoté pero recuerdo más o menos el contenido.

—¿Qué decía? —preguntó ella.

—Era un texto breve... algo de este estilo: *Mamá, espero que te gusten el poema y el regalo. Tu hijo Harri.* La palabra «hijo» estaba subrayada dos veces.

Póra miró a Matthew.

—¿Qué regalo? ¿Había algo más, aparte de la carta?

—No, al menos según me dijeron los señores Guntlieb, y les creo. Se quedaron anonadados cuando apareció esto, y no estaban en condiciones de mentir de forma convincente.

—¿Por que está firmado como Harri? ¿Se quedaría sin tinta el autor de la carta?

—No, Harri es como le llamaba su hermano mayor cuando eran pequeños. Muy poca gente sabe de ese nombre... es uno de los motivos por los que la carta produjo tanto efecto a su madre.

Póra miró a Matthew.

—¿Su madre se portaba mal con él? ¿Es eso? —De pronto ha bía recordado las fotos de un muchacho triste y apartado.

Matthew tardó en responder. Cuando empezó a hablar lo hizo eligiendo las palabras muy cuidadosamente, procurando expresar exactamente lo que quería decir... pues se trataba de comentar asuntos íntimos de sus jefes, a los que respetaba en grado sumo.

—Juro que no lo sé. Pero era como si su madre le evitase. Aunque, eso sí, estoy seguro de que si sus relaciones hubieran sido normales, ella habría remitido la carta a la policía islandesa. Era más que evidente que la carta había alcanzado su punto débil. —Permaneció en silencio por un momento y miró pensativo a Póra antes de continuar—. Me pidió que te dijera que le gustaría hablar contigo. De madre a madre.

—¿Connigo? —Póra se quedó estupefacta—. ¿Para qué? ¿Para excusar algún comportamiento extraño hacia su hijo?

—Eso no lo dijo —respondió Matthew—. Solamente me hizo saber que le gustaría hablar contigo, aunque no especificó de qué. Lo único que buscaba era sentirse mejor.

Póra no contestó nada. Naturalmente que hablaría con aquella mujer si se lo pedía, pero difícilmente podría consolar a una mujer que había sufrido la pérdida de un hijo.

—No comprendo el objetivo de la carta —dijo para cambiar de tema.

—Yo tampoco —respondió Matthew de inmediato—. Es una aberración tal hacer creer que lo ha enviado Harald en persona, que estoy convencido de que el asesino tiene que estar completamente desequilibrado.

Ella miró fijamente el papel.



—¿Puede ser que quien la escribiera hubiese querido dejar bien claro que Harald estaba muerto y quería acusar a su madre?

—¿Para qué? —preguntó él—. ¿A quién puede beneficiar torturarla de ese modo?

—A Harald, naturalmente, pero estaba muerto—dijo Þóra—. Quizá a su hermana... ¿puede ser que la madre también se portase mal con ella?

—No —respondió Matthew—. No se portaba mal con ella... eso puedo jurarlo. Es la niña de los ojos de su padre y de su madre.

—¿Y a quién beneficiaría, entonces? —preguntó desalentada.

—A Hugi desde luego que no. A menos que haya estado compinchado con alguien.

—Una lástima no haber sabido de la sangre de sus ropas antes de hablar con él esta mañana. —Þóra miró el reloj—. Quizá logre que me permitan hablar con él por teléfono. —Marcó el 118 y le informaron del número de la prisión de Litla-Hraun. El supervisor de guardia la autorizó a hablar con Hugi, con la condición de que la conversación fuera breve. Esperó impaciente durante varios minutos mientras sonaba una versión electrónica de *Para Elisa*, hasta que se oyó en el auricular la voz jadeante de Hugi.

—Diga.

—Hola, buenas tardes, Hugi. Soy Þóra Guðmundsdóttir, la de esta mañana. No te voy a retener mucho rato. Quería preguntarte por la sangre que se halló en tu ropa. ¿Tienes alguna explicación?

—Esa mierda —suspiró el preso—. Ya me interrogó la policía sobre eso. No tenía ni idea de qué camiseta manchada de sangre estaban hablando, y les expliqué lo de la sangre en mis ropas por lo de esa noche.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Harald y yo entramos en el baño a esnifar un poco durante la fiesta. Le salió sangre por la nariz y me cayó a mí encima. Era un váter minúsculo.

—¿Y no pudiste hacer que lo confirmasen los testigos? —preguntó Þóra—. ¿El resto de la gente de la fiesta no se acordaba... de que saliste del baño cubierto de manchas de sangre?

—Hombre, no estaba cubierto de manchas de sangre. Además, todos estaban borrachos y colocados. Nadie se fijó en mí. No creo que nadie se diera cuenta.

«Menuda estupidez», pensó Þóra.

—Pero eso de la camiseta con sangre en tu armario... ¿sabes algo de cómo llegó allí?

—Ni idea. —Se produjo un breve silencio, y entonces añadió—. Imagino que sería la poli quien la puso allí. Yo no maté a Harald ni limpié ninguna sangre con una camiseta. Ni siquiera sé si la camiseta es mía o de quién. Nunca me dejaron verla.

—Son acusaciones serias, Hugi, y te tengo que advertir de que la policía no hace ese tipo de cosas. Tiene que existir alguna otra explicación, si es cierto lo que me estás

contando. —Después se despidieron y ella le explicó la conversación a Matthew.

—Bueno, pero tiene una explicación a medias —dijo éste—. Tendremos que comprobar con los demás asistentes a la fiesta si recuerdan algo de la hemorragia nasal.

—Sí —convino Þóra con pocas esperanzas de que aquello pudiera proporcionar resultado alguno—. Pero aunque lo hagan, seguirá faltando una explicación para la camiseta del armario.

«Ping», se oyó un sonido procedente del ordenador, y los dos miraron a la pantalla al mismo tiempo. «Tienes un email» apareció en un recuadro en la esquina inferior derecha. Þóra cogió el ratón e hizo clic en la imagen de un pequeño sobre.

Apareció un mensaje de correo: el remitente era Mal.



## Capítulo 19

*Hola, difunto Harald*

*¿Qué está pasando? Me ha llegado un mensaje de alguien que dice ser policía de Islandia, y otra de una especie de picapleitos (Póra no pudo evitar una sensación de irritación... pese a que en el ejercicio de la abogacía la habían llamado de todo). Según esos gilipollas estás muerto... a lo mejor sí, a lo mejor no. Escíbeme una línea... esto es un poquitín fastidioso.*

*Saludos*

*Mal*

—Bien, bien —dijo Matthew—. Contéstale mientras está aún delante del ordenador.

Póra se apresuró a pulsar «responder».

—¿Y qué le digo? —preguntó mientras introducía el encabezamiento: *Estimado Mal*.

—Cualquier cosa —respondió Matthew como loco. Póra decidió escribir:

*Desgraciadamente, lo de la muerte de Harald es cierto. Fue asesinado. Yo soy la picapleitos que intentó escribirte, pero hasta ahora no he podido disponer del ordenador de Harald. Trabajo para la familia Guntlieb: están muy interesados en encontrar al asesino. Ahora hay detenido un joven que según todos los indicios es inocente de este horrible crimen, y tengo la impresión de que tú puedes proporcionarnos información que nos sería de gran ayuda. ¿Sbes qué es lo que Harald creía haber encontrado y quién es ese «idiota del demonio» del que hablaba en el último mensaje que te mandó? Lo mejor sería que me enviases un número de teléfono en el que pueda ponerme en conta contigo.*

*Saludos de Póra.*

Matthew leyó nervioso mientras ella escribía, y en cuanto terminó agitó las manos impaciente y ordenó: «Enviar, enviar».

Póra envió el mensaje y esperaron en silencio durante varios minutos. Por fin apareció el aviso de que había llegado un mensaje, Se miraron expectantes antes de que Póra lo abriese. Los dos sufrieron idéntica decepción.

*Picapleitos: vete al infierno. Llévate también a la familia Guntlieb. Sois una puta mierda. Prefiero morir antes que ayudaros.*

*Saludos con odio Mal*

Þóra resopló. Pues vaya. Miró a Matthew.

—¿Puede ser que esté tomándonos el pelo?

Matthew se encontró con su mirada sin saber si era ella la que se burlaba. Supuso que así era.

—Segurísimo... sin duda enviará otro mensaje con uno de esos signos sonrientes que aparecen en la pantalla, diciendo que ama profundamente a la familia Guntlieb —suspiró—. Vaya fastidio, es obvio que Harald no les hablaba demasiado bien de sus padres a sus amigos. Creo que lo mejor será olvidarnos de este individuo.

Þóra suspiró.

—¿No es una pérdida de tiempo seguir aquí? Por ejemplo, podríamos pasarnos por el Kaffibrennslan y charlar con el camarero que confirmó la coartada de Halldór, si está de servicio ahora. Estoy totalmente de acuerdo contigo en que su testimonio es un tanto endeble. Si no está trabajando, pues nos tomamos un café.

Matthew aceptó encantado la proposición y se puso en pie, Þóra se apresuró a desconectar el *pendrive*, se lo metió en el bolso y apagó el ordenador.

En el Kaffibrennslan no había mucha gente, de modo que Þóra y Matthew pudieron elegir sitio. Se sentaron en una mesa al lado de la barra, en el piso de abajo. Mientras ella estaba atareada colocando su chaquetón de pluma en el respaldo de la silla, Matthew intentó atraer la atención del camarero, que resultó ser una mujer joven. Ella le miró y sonrió, dando así a entender que acudiría enseguida. Matthew se volvió entonces hacia Þóra.

—¿Por qué no te pusiste el abrigo que llevabas esta mañana? —preguntó, extrañado al ver el enorme chaquetón que se extendía a ambos lados de la silla: las mangas estaban tan llenas de pluma que se alzaban casi tiesas a los lados.

—Tenía frío —respondió Þóra molesta—. El abrigo lo guardo en la oficina... me pongo el chaquetón por las mañanas y me lo llevo a casa por las tardes. ¿No te parece suficientemente elegante?

Matthew puso un gesto que expresaba todo lo necesario acerca de su opinión sobre el plumífero en cuestión.

—Sí, elegantísimo... para trabajar midiendo el espesor de la capa de hielo de la Antártida.

Þóra puso mala cara.

—Hola, chiquita —dijo él sonriendo a la camarera que había aparecido al lado de su mesa.

—¿Qué os apetece? —preguntó la muchacha, con una sonrisa. Llevaba un delantal negro, corto, atado a su esbelta cintura, y en la mano portaba un cuadernito... lista para anotar la comanda.

—Oh, sí, gracias —respondió Þóra—. Yo tomaré un café doble. —Se volvió hacia Matthew—: ¿Te apetece un té en taza de porcelana?

—Ja, ja. Muy graciosa —dijo Matthew, que se dirigió a la camarera para pedirle lo mismo que Þóra.

—De acuerdo —dijo ésta sonriente sin anotar nada—. ¿Algo más?

—No y sí —contestó Þóra—. Nos preguntábamos si Björn Jónsson estaría trabajando ahora. Necesitábamos hablar con él un momentito.

—¿Bjössí? —preguntó la chica, extrañada—. Sí, tiene que venir. —Miró el reloj que colgaba en la pared—. Su turno empieza dentro de poco. ¿Queréis que vaya a buscarle? —Þóra le pidió que lo lo ciera y la joven se marchó en busca de Bjössí y de los cafés.

Matthew miró a Þóra y le sonrió dulcemente.

—Tu chaquetón es tremendamente elegante. De verdad lo digo. Sólo que es un poco... voluminoso.

—No parece que dieras tanta importancia al tamaño cuando estabas de palique con Bella. Ella también es grande... tan grande que tiene su propia fuerza de la gravedad. Las grapas de la oficina acaban todas pegadas a ella. Quizá deberías comprarte tú también un chaquetón de éstos. Son de lo más prácticos.

—No puedo —respondió Matthew sonriéndole—. Entonces tendrías que sentarte en el asiento de atrás, y eso sería una pena. No existe posibilidad alguna de meter dos plumíferos como el tuyo en el asiento delantero.

La continuación de aquella charla sobre plumíferos tendría que esperar mejores tiempos, porque la chica acababa de llegar con el café. La acompañaba un hombre joven. Era guapo, de una forma un tanto femenina... el pelo corto perfectamente cortado y pulcro, y no se le veía ni la más mínima sombra en las mejillas.

—Hola, ¿queríais hablar conmigo? —preguntó con una voz de agradable timbre.

—Sí, ¿tú eres Björn? —dijo ella mientras cogía una de las tazas de café. El joven dijo que sí, y Þóra le explicó quiénes eran. Había decidido no complicarle las cosas al muchacho haciéndole hablar en inglés, de modo que se dirigió a él sólo en islandés. Matthew no prestó ninguna atención, se limitó a ir bebiendo su café—. Queríamos hacerte unas preguntas sobre la noche en que se cometió el crimen, y sobre Halldór Kristinsson.

Bjössí asintió, con gesto muy serio.

—Sí, no hay problema... pero ¿puedo hablar con vosotros sin que haya líos? No contraviene ninguna norma, ¿verdad? —Þóra le aseguró que no había ninguna pega, y el joven continuó—. Como dije en su momento estaba trabajando aquí, en realidad éramos varios. —Miró a su alrededor, el local estaba medio vacío—. Los fines de semana no es como ahora. Entonces está de bote en bote.

—¿Pero le recuerdas claramente? —preguntó ella, procurando que su pregunta no le sonara a que dudaba de su testimonio.

—¿A Dóri? Pero poi favor —dijo Bjössí con cordialidad—. Si le conozco... bueno, mas o menos. Él y su amigo, ese extranjero que asesinaron, venían mucho por

aquí, y era imposible no fijarse en ellos. El extranjero aquel era bastante especial. Nunca me llamaba otra cosa que Bär, que significa «oso» en alemán, igual que Björn en islandés. Dóri también venía solo a veces y entonces se sentaba en la barra y charlábamos.

—¿Estuvo charlando contigo esa noche? —preguntó Þóra.

—No, no pudo ser. Había tanto que hacer que yo andaba como loco de aquí para allá, sirviendo. Pero sí que le dije hola y cruzamos unas palabras. Aunque en realidad estaba bastante cabreado, de modo que no perdí mucho tiempo charlando.

—¿Cómo puedes saber exactamente cuándo vino? —inquirió ella—. A juzgar por lo que dices, apenas tuviste tiempo para darle cuenta de la hora que era... ni oportunidad de hacerlo.

—Ah, eso —replicó Bjóssi—. Abrió una cuenta al llegar, ya sabes, para no tener que andar pagando cada vez que pedía una bebida. Siempre apuntamos cuándo empieza un cliente una de esas cuentas y cuándo la cierra y la liquida. —Bjóssi dirigió a Þóra una sonrisa de complicidad—. Fue muy sensato por su parte abrir una cuenta esa noche, porque no bebió precisamente poco. La tarjeta habría acabado por rompersele de tanto pasar por la máquina.

—Comprendo —dijo Þóra—. ¿Pero estás seguro de que estuvo sentado aquí pimplando todo el rato hasta que llegaron sus amigos, a eso de las dos? ¿No habría podido escaparse un rato sin que tú te dieras cuenta?

Bjóssi se lo pensó antes de responder.

—Bueno, naturalmente no puedo asegurar que estuviera aquí todo el rato sin interrupción. Creía estar seguro y eso es lo que le dije a la policía, pero después de pensarlo, lo cierto es que eso pude habérmelo construido a partir de las consumiciones que hizo en ese tiempo, claro, no todas las llevé yo. A lo mejor le pidió a alguien que usara su cuenta... no lo sé. —Movié las manos señalando a su alrededor—. Pero el local no es demasiado grande y, sinceramente, creo que me habría dado cuenta si hubiese salido. Por lo menos eso es lo que yo creo.

En realidad, Þóra ya no sabía qué más preguntarle al camarero en relación con aquella noche. A fin de cuentas siempre acababa en lo mismo, y a su entender, su testimonio sobre la coartada de Halldór salía reforzado del interrogatorio. Dio las gracias a Bjóssi y le entregó su tarjeta, por si se acordaba de alguna cosa especial, aunque no lo creía muy probable. Se volvió hacia Matthew y el café, que se había quedado ya un poco frío, y entre sorbo y sorbo le explicó lo que había contado el camarero. Terminaron sus cafés y Þóra vio que se había hecho hora de marcharse a casa. Se levantaron y cogieron el coche.

Eran cerca de las cinco, y el tráfico era todavía escaso. Había poca gente por la calle, porque hacía frío y soplaba el viento. Los pocos que se aventuraban a salir caminaban deprisa y no dedicaban mucho tiempo a mirar a su alrededor o a contemplar los escaparates. Þóra decidió no pasar por la oficina, y le pidió a Matthew que la llevara directamente al garaje para irse a casa desde allí. Telefonó a Bella para

avisarle de que no la esperasen hasta el día siguiente y para comprobar si mientras estaba ausente había habido algo que la afectara a ella.

—Diga —fue la respuesta en el teléfono; ni una sola palabra acerca de la actividad a la que se dedicaban, ni una indicación de quién había respondido.

—Bella —dijo Þóra, intentando poner su mejor tono de voz—. Soy Þóra, tampoco puedo ir hoy. Pero mañana estaré allí hacia las ocho.

—Ah —fue la escueta respuesta.

—¿Hay algún recado para mí?

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió Bella.

—¿Qué cómo? Bueno, es que yo soy una adivina tan estupenda que se me ocurrió que como secretaria y telefonista quizá habrías anotado por casualidad algún mensaje. Naturalmente, es una estupidez por mi parte.

Al otro lado se produjo un breve silencio, y Þóra creyó oír a Bella ir contando hacia atrás a media voz, al otro lado de la línea.

—Son las cinco... ya no tengo que seguir hablando contigo. Mi jornada ha terminado por hoy. —Bella colgó.

Þóra se quedó mirando embobada su teléfono móvil y dijo, más a sí misma que a Matthew:

—¿No será que Bella es en realidad ese Mal?

—¿Eh? —Matthew había llegado al garaje y metido el coche.

—Ay, nada—dijo ella mientras se soltaba el cinturón de seguridad—. Y por cierto, ¿qué haces por las tardes?

—Pues un poco de todo —respondió Matthew—. Salgo a comer, a veces me paso un rato en un bar del centro... algunas veces voy también a los sitios para turistas: museos y cosas de esas.

Þóra le compadeció... debía de ser algo bastante solitario.

—Mañana es viernes y los niños van a casa de su padre. Te invito a comer el fin de semana, ¿te viene bien?

Matthew sonrió.

—Vale, si prometes no invitarme a pescado. Si vuelvo a comer pescado me saldrán agallas.

—No, pensaba en algo más casero... como encargar una pizza —dijo Þóra antes de salir del coche. Confiaba en que él se marcharía antes de que tuviera que entrar en el coche del taller. Si el plumífero le resultaba ridículo, le daría un ataque de risa al ver el vehículo que usaba. Su deseo no se vio satisfecho: Matthew esperó a verla dentro del coche, y cuando ella abrió con su llave la puerta del conductor, oyó que la llamaba. Miró y le vio asomado en la ventanilla abierta.

—Me estás tomando el pelo —dijo en voz alta—. ¿Es eso tu coche?

Þóra evitó que las risas de Matthew la pusieran nerviosa y le dijo a su vez:

—¿Quieres cambiar?

Matthew sacudió la cabeza y subió el cristal. Se marchó riendo, según le pareció

a Þóra.

La tarde anterior, Þóra se había puesto de acuerdo para que su hija se fuera del colegio a casa de su amiga. Así que fue a toda prisa a recoger a Sóley, dio las gracias a la madre de su amiga, una mujer joven y simpática, por el favor, y ella le respondió que no era nada... que en realidad era más fácil tenerlas a las dos juntas, porque se tenían mucho aprecio. Þóra volvió a darle las gracias y dijo que seguramente no tendría más remedio que repetir, si le parecía bien. Añadió finalmente que esperaba poder devolverle el favor alguna vez. Alguna vez, cuando el sol saliera por el oeste.

En la puerta de su casa había toda una congregación: unos amigos de Gylfi habían estado de visita y en aquel momento se estaban yendo. Había repartidas por el suelo montones de parkas... y zapatillas deportivas y mochilas elegantísimas que servían de cartera de colegio. Los propietarios, tres chicos larguiruchos que Þóra conocía bien y una chica que conocía menos, estaban dedicados a recuperar sus abrigo y a buscar las parejas de las zapatillas.

—Hola —dijo Þóra en plan buen rollo, e hizo lo posible por pasar en medio del grupo. Su hijo estaba en el umbral del vestíbulo contemplando los preparativos. Tenía un aspecto tan mortecino como por la mañana—. ¿Estabais estudiando? —preguntó Þóra, consciente de que no era nada probable. A esa edad, los chicos no se reúnen a estudiar juntos... si a alguien se le ocurriera una cosa semejante, lo marginarían al momento. Pero su obligación de progenitura era hacer comentarios de ese estilo.

—Eh, no —respondió Patti, el mejor amigo de Gylfi desde hacía muchos años. Era un chico estupendo, cuya peculiaridad más destacada era que en cualquier momento era capaz de indicar cuántos meses, días y horas quedaban hasta que pudiera hacer el examen del carné de conducir. Varias veces, Þóra había comprobado los números, y por regla general el chico no se equivocaba prácticamente nada.

Luego Þóra le sonrió a la chica, que bajó los ojos con timidez. No conseguía recordar cómo se llamaba, aunque últimamente la había visto cada vez más por casa. Gylfi había madurado mucho, y a lo mejor a su hijo le gustaba aquella chica, ¿quizá incluso eran novios? Era una chica de lo más linda, pero bastante más pequeña que Gylfi y sus amigos.

Sóley, que había entrado con su madre, acababa de quitarse los zapatos y el chaquetón y de dejarlo todo bien puesto en su sitio. Miró a los muchachos, se puso en jarras y preguntó como una señorona:

—¿Estuvisteis saltando en la cama? Eso no se puede hacer: se estropea el edredón.

Su hermano enrojeció de vergüenza y vociferó:

—¿Por qué tengo que tener una familia tan anormal? No hay quien os aguante a ninguna de las dos. —Salió corriendo como una exhalación y su camino se vio acompañado por una sucesión de portazos. Sus amigos se quedaron de lo más azorados, y el barullo que formaban recuperando sus cosas aumentó al doble.



—*Bye-bye* —se despidió Patti antes de cerrar la puerta de fuera, una vez hubo salido todo el grupo. Antes de que la puerta encajara en sus goznes, debió de pensárselo mejor y volvió a asomar la cabeza para informar—: No sois ni la mitad de raras que mi familia... lo único que le pasa a Gylfi es que anda cabreado estos días.

Póra le sonrió y le dio las gracias. Por lo menos había sido un intento de mostrar cierta cortesía... aunque el deseo de mostrarse fino tuvo más éxito que sus palabras.

—Bueno —le dijo a su hija—, ¿vamos a preparar la cena? —La pequeña asintió muy juiciosa con la cabeza y se fue a llevar una bolsa a la cocina.

Después de cenar juntos (lasaña recalentada que Póra había elegido en la tienda y pan hindú *naan* que había cogido por equivocación en vez del pan con ajo), su hija se fue a su cuarto a jugar mientras su hijo recogía la mesa. Entendía claramente que su estallido había afectado a su madre y su hermana, pero no era capaz de pedir disculpas. Póra hizo como que no pasaba nada, confiando en que estaba siguiendo la conducta adecuada... que el muchacho acabaría por confiarle, sin necesidad de forzarlo, qué era lo que tan irritado le tenía. Creía haberle dejado bien claro que podía acudir a ella en cuanto quisiera y para lo que la necesitara. Le dio un beso cuidadoso en la mejilla y le agradeció la ayuda, y a cambio recibió una sonrisa grotesca. Luego se marchó a su cuarto.

Póra decidió aprovechar la tranquilidad que se había creado de pronto para mirar las cosas que había copiado del ordenador de Harald. Sacó su portátil y se instaló en el sofá del salón. Contempló varias fotos de las preparaciones culinarias y de la operación de la lengua. Las fotos de la intervención eran del 17 de septiembre. Las fue abriendo una tras otra y ampliando aquellas en las que aparecía algo que pudiera ser de interés. Durante un rato todas las imágenes eran igual de desagradables. El tema principal de todas era la boca abierta y la operación en sí, pero de vez en cuando se llegaba a vislumbrar la barbilla de Harald. Al parecer, la intervención se había realizado en una casa particular (hasta ahí estaba claro), pues lo poco que se veía del entorno no permitía pensar en una clínica ni un despacho de dentista. Se podía ver una mesita baja de tresillo, cubierta hasta el último centímetro de vasos vacíos o medio llenos, de latas de cerveza y otras cosas de esas... así como por un gran cenicero lleno hasta el borde. También estaba claro que no era la casa de Harald. Aquel apartamento parecía mucho más desarreglado y decorado con un gusto radicalmente inferior al que caracterizaba las inmaculadas y minimalistas habitaciones de Harald. En una foto se veía el cuerpo del que realizaba la intervención, o que ayudaba a ella. Él, o ella, llevaba puesta una camiseta de color marrón claro con una inscripción que Póra no podía leer porque unos pliegues se lo impedían. Pero consiguió distinguir el número «100» y las letras «...lico...». No habían empezado aún a cortar cuando se tomaron esas dos fotos, pero la tercera la habían hecho después de clavar el bisturí: la sangre corría por las comisuras de la boca de Harald y el brazo que se veía estaba cubierto de manchas de sangre. Debía de haber salpicado por todas partes cuando cortaron la lengua: si los tajos eran como

las heridas en la cabeza, habría sangrado muchísimo. Þóra desplazó el puntero al brazo y aumentó una zona en la que creyó ver un tatuaje. Resultó ser cierto: en el brazo se distinguía la palabra *crap*. Nada de adornos ni dibujos: sólo *crap*. En las fotos de la lengua no había nada más que ver.

Las fotos de cocina habían despertado la atención de Þóra porque estaban datadas justo antes del asesinato de Harald: en la época en que, según Hugi, había estado prácticamente aislado, sin relacionarse con los amigos. Las indicaciones de los archivos lo confirmaban: las fotos se habían tomado un miércoles, tres días antes del asesinato de Harald. Þóra estudió detenidamente dos de las imágenes, en especial las manos, que estaban atareadas preparando una ensalada y cortando pan. Hasta un ciego se habría podido dar cuenta de que se trataba de dos personas distintas. Unas manos estaban cubiertas de cicatrices: tatuajes en cicatriz, que formaban entre otras cosas una estrella de cinco puntas y un tipo sonriente con una herradura y cuernos. Aquél tenía que ser Harald. Las otras eran mucho más finas, manos de mujer con dedos finos y bien cuidados, uñas cortas. Þóra amplió una de las fotos, en la que se podía distinguir en el anular un anillo sencillo con lo que parecía un diamante o alguna otra piedra preciosa blanca. El anillo era de aspecto demasiado corriente para ser de autor, pero quizá se le podría enseñar la foto a Hugi y comprobar si le resultaba conocido.

Algo surgió de pronto en la memoria de Þóra: algo que la había perturbado en su primera visita al apartamento de Harald. El ejemplar de la revista alemana *Bunte* en el cuarto de baño. No había duda de que Harald no leía esas revistas para mujeres. También era evidente que los islandeses tampoco las leían. Tenía que haber llegado con alguien venido de Alemania... alguien de género femenino. En la portada de la revista, un famosísimo actor y su mujer sonreían por el previsible éxito de la procreación. Si la memoria no la engañaba, aquel niño había llegado al mundo en el otoño pasado. ¿Podía ser que Harald hubiese recibido una visita de Alemania... de alguien que vivía en su casa precisamente en el tiempo en que, precisamente por esa razón, no podía verse con sus amigos? Þóra telefoneó a Matthew, que respondió a la tercera llamada.

—¿Dónde estás?... ¿Te pillo en mal momento? —preguntó en cuanto oyó el clic.

—No, no —respondió él, evidentemente con la boca llena. Tragó—. Estoy fuera, comiendo, he pedido carne. ¿Qué pasa? ¿Quieres venir a acompañarme en el postre?

—¿Eh? No, gracias —Þóra descubrió que se moría de ganas de hacerlo. Era estupendo eso de salir a comer, acicalarse y brindar con unas copas que otra persona tendría que fregar—. Mañana es día de colegio y tengo que ocuparme de que los niños se vayan a la cama a una hora prudencial. No, sólo llamaba para saber si tendrías el número de teléfono de la mujer que limpiaba en casa de Harald: tengo la sospecha de que hubo alguien en su casa justo antes del crimen... alguien que incluso dormía allí. Creo que todo apunta a que era alguien de Alemania: una mujer.

—Pues sí, lo tengo en algún sitio, en la agenda del móvil. ¿Quieres que la llame

yo? Ya tuve una conversación con ella, y habla inglés estupendamente. Quizá sea eso lo más fácil... a ti no te conoce pero seguramente se acordará de mí, porque le pagué el sueldo que se le debía.

Þóra se mostró de acuerdo, y Matthew prometió llamarla enseguida. Ella aprovechó el rato para decirle a su hija que se fuera a acostar, y estaba ayudándola a cepillarse los dientes cuando Matthew volvió a llamar. Þóra se puso el teléfono en el hombro y lo sujetó con la mejilla, para poder hablar y ayudar a su hija con la higiene dental, todo al mismo tiempo.

—Oye, dice que la cama del dormitorio de invitados había sido usada. Además, en el baño había unos trastos... maquinillas de afeitar desechables... maquinillas de ésas para mujer, lo que indica que tienes razón.

—¿Informó a la policía?

—No, pensaba que no tendría importancia, porque a Harald no lo habían asesinado en su casa. Además dijo que muchas veces había huéspedes, más de uno y más de dos. Y había habido varias fiestas, que al parecer coincidieron en el tiempo con la visita del huésped.

—¿Puede ser que Harald tuviese una novia alemana?

—¿Que atravesaba el mar para venir a visitarle y luego se acostaba en el cuarto de invitados? Me parece absurdo. Y nunca he oído hablar de ninguna novia alemana.

—Claro que podrían haberse peleado —Þóra se lo pensó mejor—. O quizá no era una novia, sino una amiga, o un familiar. ¿Su hermana, quizá?

Matthew calló por un momento.

—Creo que de ser así, deberíamos dejarlo correr.

—¿Estás loco? —chilló ella—. ¿Pero por qué demonios?

—Todo se le ha complicado mucho últimamente... su hermano asesinado, y ella está pasando una crisis por su propio futuro.

—¿Y eso? —preguntó.

—Es una magnífica intérprete de cello y quiere seguir formándose. Su padre quiere que estudie comercio y se ponga a trabajar en el banco. No le queda nadie más... y aunque Harald hubiese vivido, no habría habido forma de convencerle. Pero el asunto de los estudios de su hermana es algo que surgió antes de que lo mataran.

—¿Usa joyas? —preguntó Þóra. Las manos de las fotos habrían podido ser perfectamente las de una chelista: muy finas, las uñas recortadas.

—No, en absoluto. Ella no es así —respondió Matthew—. No le gustan nada esas cosas de presumir.

—¿Ni siquiera un sencillo anillo con un diamante?

Un breve silencio, y luego:

—Bueno, eso sí. ¿Cómo lo sabes? —Þóra le habló de las fotos y concluyeron la conversación con la promesa de Matthew de pensar en la posibilidad de ponerse en contacto con la chica.

—¿Temino ya o toavía do? —dijo su hija a través de una boca llena de espuma

de dentífrico. Había dejado que el cepillo siguiera trabajando mientras duró la conversación telefónica: hoy por lo menos no vendría de visita el señor Caries. Póra la llevó en brazos a su cuarto y le leyó un poco hasta que empezó a quedarse dormida. Le dio un beso en la frente, apagó la luz y cerró la puerta. Luego volvió al ordenador.

Después de pasarse dos horas repasando otros archivos de Harald sin encontrar nada que pudiera serle de utilidad, se dio por vencida y apagó el ordenador. Decidió relajarse un poco leyendo un trozo del *Malleus Maleficarum*, que Matthew le había dicho que se llevase para echarle un vistazo. Tenía que ser interesante.

Abrió el libro y de él cayó una hoja de papel doblada.

—Cállate —exclamó Marta Mist con brusquedad—. Esto no saldrá a menos que estemos perfectamente concentrados.

—Cállate tú —respondió Andri a voz en cuello—. Hablo cuando me da la gana.

Bríet creyó ver que Marta Mist rechinaba los dientes pero no podía estar segura, pues allí dentro reinaba la oscuridad... la única claridad procedía de unas velitas que habían colocado por distintos sitios de la habitación. Suspiró.

—Ay, venga ya, dejad de pelearos y vamos al asunto. —Se acomodó, estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, formando un anillo.

—Sí, por todos los dioses —farfulló Dóri, frotándose los ojos—. Quería irme a dormir temprano y no estoy dispuesto a seguir eternamente con este rollo.

—¿Rollo? —exclamó Marta Mist, a quien evidentemente no se le había pasado el malhumor—. Creía que estábamos todos de acuerdo en hacerlo. ¿Acaso os he engañado?

Dóri dejó escapar un pesado suspiro.

—No, no tergiverses lo que estoy diciendo. Acabemos esto de una vez.

—Es completamente distinto que en casa de Harald —se oyó la voz de Brjánn, que había guardado silencio hasta aquel momento—. No es sólo la casa. —Miró a su alrededor—. Falta Harald. No estoy seguro de que esto vaya a funcionar sin él.

Andri hizo como que no había oído la observación sobre el apartamento.

—No podemos hacer mucho si falta Harald —alargó la mano hacia el cenicero—. ¿Cómo se llamaba la tía esa?

—Póra Guðmundsdóttir —respondió Bríet—. Abogada.

—Vale —dijo Andri—. Empecemos, pues. ¿De acuerdo? —Miró a los demás, sentados en círculo a su alrededor; unos mostraron su acuerdo con un gesto de la cabeza; otros, encogiéndose de hombros.

—¿Quién quiere empezar?

Bríet miró a Marta Mist.

—Empieza tú —dijo, intentando borrar la mala cara de su amiga—. Tú eres la mejor en estas cosas, y es importante que esto se haga bien.

Marta Mist no se hizo de rogar. Les miró a uno tras otro.

—Sabéis que esa mujer puede meternos en un problemón de todos los demonios si se huele algo del asunto. Fue una verdadera suerte que la poli diera un patinazo como el que dio.

—Eso lo tenemos perfectamente claro —intervino Brjánn en representación de todos los demás—. Cien por cien.

—Bien —dijo Marta Mist. Se puso las manos en los muslos—. Silencio absoluto, por favor. —Nadie dijo nada. Se estiró para coger un grueso fajo de papel que estaba en medio del círculo y un pequeño cuenco con un líquido de color rojo. Colocó el fajo en el suelo delante de ella y se puso el cuenco al lado. Hecho esto, Bríet le entregó, con gesto de total seriedad, un palillo chino de comer. Marta Mist metió el palillo en el espeso líquido y dibujó con hábiles trazos dos signos en el papel. Cerró los ojos y dijo después, en voz baja y embrujadora—: «Si deseas que tu enemigo te tema...».

## **9 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 20

La lectura se alargó hasta bien entrada la madrugada, de ahí que Þóra se despertase con sueño y con la cabeza pesada. Pasó mucho tiempo estudiando la hoja de papel que había caído del libro, y que parecía contener una colección variopinta de palabras y años, escrita a mano. Supuso que habría sido Harald quien había anotado lo que había en la hoja: al menos, el libro en el que estaba metida era suyo. Además, parte del texto estaba en alemán. No había sido especialmente cuidadoso con la caligrafía, de ahí que Þóra no estuviese nada segura de haber leído correctamente todas las palabras. Lo primero que leyó fue: *1485 Malleus* y al parecer Harald había escrito varias veces ese año, además de que lo había subrayado dos veces. Debajo ponía *J.A. 1550??*, pero estaba tachado. Luego lo que parecían dos *L* juntas y detrás *Loricatus Lupus*. Debajo había una cosa en alemán, que Þóra tradujo como: ¿Dónde? ¿Dónde? ¿¿La cruz antigua?? La mitad de la hoja era una especie de plano con puntos señalados por años y lugares unidos por flechas. Por la disposición de los puntos, Þóra sacó la conclusión, a falta de otra mejor, de que aquello era un tosco mapa. Uno de los puntos estaba marcado *Innsbruck - 1485*, debajo de él *Kiel - 1486* y debajo de éste *Roskilde*. Este lugar estaba marcado con dos años: *1486 - muerto* y luego *1505 - defunción*. Había dos puntos más debajo de esos tres, y el de más arriba tenía la indicación *Hólar - 1535*, pero estaba tachado, igual que su enlace con el otro punto marcado *Skálholt*. Detrás de esta indicación se hallaban dos años, *1505* y *1675*. De este último año salían dos flechas que terminaban en signos de interrogación. A su lado sólo ponía ¿¿La cruz antigua?? Con una pluma diferente se había añadido la palabra *Gastbuch* y justo después habían dibujado otra crucecita o una *t*. ¿Libro de visitas? ¿Libro de visitas de la cruz? Por debajo decía: *humo - tintorera - hogar!!- 3º signo!!*, si no se confundía con su alemán. Þóra acabó por renunciar a su intento de descifrar aquello y se lanzó a leer el libro.

Leer el *Malleus Maleficarum* resultó ser todo lo contrario que un pasatiempo, pues su inimaginable contenido tuvo como consecuencia que el libro absorbiese toda su atención. No lo pudo leer de cabo a rabo; sus dos partes eran demasiado densas para poder digerirlas en su totalidad. El libro está construido en forma de preguntas o asertos sobre la brujería. Estaban puestas al principio de cada uno de los capítulos o secciones, y se respondían o explicaban con una serie de argumentos religiosos de lo más pasmosos, que no resistirían el menor escrutinio racional.

Las historias y explicaciones de los actos y las intenciones de los brujos eran completos absurdos. Las fuerzas de esos personajes no tenían límite: entre otras cosas eran capaces de convocar a animales salvajes, podían volar, transformar a los

hombres en toros u otros animales, causar impotencia y hacer que el miembro sexual de los hombres se soltara del cuerpo. Se gastaba una considerable cantidad de energía en argumentar si la susodicha pérdida del miembro era mera alucinación o pérdida real. La lectura no le dejó claro a Þóra cuál era la conclusión de los autores. Para adquirir tales poderes, los brujos tenían que dedicarse a ocupaciones como quemar y (o) devorar niños y tener relaciones sexuales con el diablo en persona. Þóra no era psicóloga, pero la lectura la convenció de que los autores se resentían de la santa castidad a la que se veían obligados como monjes negros. Todo ello quedaba claramente de manifiesto en sus comentarios sobre las mujeres. La misoginia chorreaba por todas y cada una de las explicaciones, y Þóra se hartó. Las razones aducidas para explicar lo perversas y demoniacas que eran las mujeres resultaban absolutamente absurdas, entre otras cosas se mencionaba que la costilla de Adán, que se utilizó para formar a la primera mujer, estaba curvada hacia dentro, lo que tenía como consecuencia toda una serie de desviaciones. Según esta argumentación, las mujeres serían perfectas si Dios hubiese utilizado el fémur. Todas estas cosas iban dirigidas a convencer al lector de que las mujeres eran presa más fácil del demonio, de ahí que la mayoría de los brujos fueran mujeres. Las mujeres pobres recibían una buena somanta adicional: eran mentirosas y unas piltrafas, al tiempo que seres poderosos. A Þóra le costó imaginar lo que representaría el ser una mujer pobre en aquellos tiempos.

Pero lo que llamó más la atención de Þóra fue la tercera y última parte del libro, que trataba de los procedimientos legales en la investigación y la litigación contra las brujas. Como jurista, le resultaron especialmente impactantes la abominación que representaba, entre otras cosas, asegurar a las acusadas que si confesaban se les perdonaría la vida, y luego ofrecerles tres diferentes vías para retractarse de sus declaraciones sin que se dieran cuenta. Se explicaba con mucha insistencia a las detenidas que estaba prohibido que los pies de las brujas tocasen la tierra en su camino a la cárcel: había que llevarlas hasta allí en parihuelas. De otro modo, recibirían a través del suelo nuevas fuerzas del demonio que les posibilitarían negar las acusaciones, incluso cuando estuvieran ya entre las llamas. Había que registrarlas a su llegada a la cárcel, pues frecuentemente las brujas llevaban consigo objetos utilizados para despedazar a los niños pequeños, que les daban su fuerza. También se estipulaba que había que cortarles el pelo pues en él podían ocultar los trozos de niño, y por eso era imprescindible afeitarlas hasta llegar al cuero cabelludo. Asimismo se indicaban las vías que permitían dificultar la defensa, por ejemplo se señalaba que habría que registrar los testimonios de los testigos de la defensa en dos hojas: en una estaban los testimonios, pero los nombres de los testigos se anotaban en la otra, de modo que fuera imposible saber quién decía qué. La única finalidad, naturalmente, era dificultar la identificación en los casos en que un testimonio se daba a conocer a la acusada, lo que no siempre estaba autorizado, y había una pormenorizada discusión acerca de las ocasiones en que tal autorización era posible



y cuándo no. Cualquier persona estaba autorizada a actuar como testigo, a diferencia de lo que sucedía en otros casos, cuando las personas de reputación dudosa no se consideraban testigos fiables.

Se explicaba cómo había que aplicar el tormento, cuánto tiempo debía transcurrir entre una sesión y otra, y que era preciso comprobar con regularidad si la persona a la que se estaba torturando era capaz de llorar en presencia de los jueces, en el potro del tormento, pues tal cosa podía indicar su inocencia. Pero se hacía la reserva de que las mujeres solían utilizar saliva para aparentar que lloraban. Era de esperar que a la pobre gente a la que se torturaba sin pausa le quedaran pocas lágrimas cuando el juez y sus auxiliares les ordenaban llorar; Þóra se dijo, pensativa, que aquello era privarlas de toda defensa. El llanto que se producía sin que estuvieran presentes los jueces (en la mazmorra, el potro, etcétera) no era válido. Todo iba dirigido a obtener confesiones, confesiones que se fabricaban siguiendo lo expuesto en la primera parte del libro, y que se utilizaban para demostrar la naturaleza demoniaca de las brujas. A cualquier persona en su sano juicio le habría resultado obvio, al leer aquello, que las confesiones eran totalmente inválidas, al haberse obtenido mediante la tortura, y que no podía haber duda alguna de que se hacían con la finalidad de detener la tortura y acabar así con los sufrimientos.

Þóra hizo una pausa y se sentó en la cama. Dirigió los ojos hacia la mesilla de noche, a aquel libro perverso. Intentó calmarse fijándose solamente en lo único positivo que había sacado de aquella lectura: la sensación de que desde aquellos años, en torno a 1500, la humanidad no había hecho más que progresar.

Se levantó y se metió en la ducha. De paso tocó en la puerta del dormitorio de su hijo para despertarle. El desayuno fue un rato tan patético como de costumbre, pues la única que podía sentarse a comer tranquilamente era su hija. Camino del coche, Þóra les recordó que tenían que ir a casa de su padre esa tarde. Nunca parecía que les apeteciese demasiado ir, pero después siempre se alegraban de haber estado con su padre. Si conseguían evitar que les hiciera montar a caballo.

Después de despedirse de los niños, Þóra se dirigió al bufete. Llevaba consigo la hoja manuscrita que había aparecido en el libro para enseñársela a Matthew. No había llegado nadie todavía, pues faltaba media hora para que abriera la oficina, a las nueve. Tiempo de sobra para un café y para echar un vistazo al correo... para ver lo que pasaba fuera de aquel extraño caso que ahora le absorbía todo su tiempo.

Bríct llegaba a tiempo a la clase que empezaba a las ocho y cuarto, pero Gunnar, el decano, la detuvo cuando estaba a punto de entrar en el aula. Después de hablar unas palabras con ella, desapareció toda posibilidad de llegar a la hora. En lugar de entrar en el aula, se dirigió a toda prisa hacia las escaleras y salió del edificio para fumar. Tenía que calmarse un poco... además, debía llamar a los demás para contarles la noticia. Dio una profunda calada a su cigarrillo verde mentolado, un tipo

que a Marta Mist le parecía tan ridículo y tan flojo que decía que Bríet habría podido afirmar con pleno convencimiento que no fumaba. Marta Mist prefería el Marlboro y mientras Bríet marcaba su número de teléfono, confiaba en que su amiga tendría cigarrillos suficientes... le harían falta.

—Hola —dijo precipitadamente en cuanto contestaron al otro lado—. Soy Bríet.

—Qué tempranito llamas. —La voz de Marta Mist estaba ronca; evidentemente, Bríet la había despertado.

—Tienes que bajar a la uni: el Gunnar ese anda como loco y dice que va a hacer todo lo que haga falta para que nos expulsen de la universidad con deshonor, como una puta mierda, si no hacemos lo que nos dice.

—Pero qué estupidez es ésa. —La voz de Marta Mist indicaba que ahora ya estaba perfectamente despierta.

—Tenemos que llamar a los demás y decirles que vengan. Yo no estoy dispuesta a que me echen de la universidad. Mi padre se pondrá hecho una furia y me quedará sin beca.

—Cálmate un momento —la interrumpió Marta Mist—. ¿Cómo cree Gunnar que nos va a echar de la universidad? Yo no sé tú, pero mis notas están todas perfectamente.

—Dice que va a presentar al claustro una queja por consumo de drogas... dice que tiene bastantes cosas en el saco. Así podría echarnos a Brjánn y a mí inmediatamente, y luego se encargará de que os hagan lo mismo a ti, a Andri y a Dóri. Tendremos que hacer lo que dice. Por lo menos, yo no estoy dispuesta a jugármela. —Bríet estaba enardecida. ¿Qué le pasaba a Marta Mist?... ¿nunca sería capaz de hacer lo que se le decía?

—¿Qué quiere que hagamos? —El nerviosismo de Bríet había hecho mella en Marta Mist.

—Quiere que hablemos con unos abogados que trabajan para los padres de Harald. Desean tener una reunión con nosotros, y Gunnar está empeñado en que colaboremos. Lo cierto es que dijo que no era tan tonto como para creer que íbamos a decir la verdad en todos los extremos, aunque a él le daba lo mismo... bastaba con que habláramos. —Dio una fuerte calada y dejó escapar una espiral de humo. Le pareció oír que había alguien con Marta, que preguntaba qué pasaba.

—Vale, vale —dijo Marta Mist—. ¿Qué hacemos con los demás? ¿Ya les has llamado?

—No, tienes que ayudarme tú. Quiero acabar con esto... nos reunimos todos a las diez y nos quitamos este asunto de encima. Hoy tengo que ir a clase.

—Yo hablo con Dóri. Tú llama a Andri y Brjánn. Nos vemos en la librería. —Marta Mist colgó sin decir nada más.

Bríet se quedó mirando el teléfono, enfadada. Claro que era Dóri el que estaba con Marta. Así que ella no tenía que telefonear a nadie... le dejaba a Bríet toda la faena, como de costumbre. Si se hubiera ofrecido a llamar a Andri o a Brjánn, pues

estupendo. Bríet tiró destempladamente el cigarrillo, lo apagó en las escaleras y se puso en pie. Se fue en dirección a la librería mientras se dedicaba a localizar el número de Brjánn en su teléfono.

Desde la ventana de su despacho de Árnagarður, Gunnar vio a Bríet alejarse. «Estupendo», pensó; «les tengo bien agarrados por el cuello». Cuando se lanzó a hablar con la chica un rato antes, tuvo que usar todas sus fuerzas para no perder el ánimo. No tenía nada contra aquella gente: ni siquiera la convicción de que estuvieran metidos en drogas y Dios sabe en qué cosas más. Cuando se ofreció a ir con ellos a la reunión con la abogada, en realidad lo hizo sin intención de cumplir: hasta entonces aquellos chicos no habían hecho nunca el menor caso de lo que les decía, por eso no esperaba que aceptasen ahora con tanta facilidad. Así que echó mano de las amenazas... Tenía que ser algo que les importara, y al parecer su artimaña había resultado.

Aquel grupo siempre le había sacado de sus casillas. Harald parecía el peor, pero los demás no le iban demasiado a la zaga. Claro que lo importante era que su aspecto externo no les había deformado la inteligencia. Cuando se le metió entre ceja y ceja librarse de aquella estupidez que llamaban «sociedad histórica», expulsándolos de los locales de la facultad, revolvió Roma con Santiago y descubrió, con gran asombro, que algunos de ellos eran alumnos de sobresaliente.

Dejó caer la cortina y cogió el teléfono. Delante de él, sobre la mesa, estaba la tarjeta de la abogada... tenía que mantener buenas relaciones con ella y con el alemán si quería encontrar el documento que había robado Harald. ROBADO. Era inaguantable tener que hacer semejante papelón... creía conocer bien a aquel joven tan desagradable, y siempre hablaba de él con respeto. Y resulta que era un ladrón como una casa, para vergüenza de sí mismo y de todos los demás. Gunnar dejó el teléfono. Tenía que calmarse un poco: no podía llamar a aquella mujer en el estado de nervios en el que se encontraba. Respirar hondo y pensar en otra cosa. La beca Erasmus, por ejemplo. La solicitud ya había entrado y había bastantes opciones de que la aprobaran. Gunnar logró tranquilizarse. Levantó el teléfono y marcó el número que figuraba en la tarjeta.

—Þóra, buenos días, aquí Gunnar —dijo con toda la amabilidad de la que era capaz—. Respecto a los amigos de Harald... querían una reunión con ellos, ¿no?



## Capítulo 21

Póra no había vuelto a ver personalmente un grupo tan peculiar desde que su hijo celebró su decimosexto cumpleaños. Y eso que los jóvenes que tenían delante Matthew y ella eran casi diez años mayores. Estaban todos sentados en unas posturas que demostraban que habían caído sobre el sofá del cielo (con excepción de la chica alta pelirroja), y se contemplaban los pies con gran interés. Después de recibir la llamada de Gunnar, aquella misma mañana, Póra se puso en contacto con Bríet, y acudió a la reunión con el grupo, en compañía de Matthew. Bríet no se mostró precisamente feliz con la reunión, pero pese a todo aceptó a regañadientes convocar a sus amigos y celebrar una reunión a las once en algún sitio donde se pudiera fumar. En vista de que no había demasiado donde elegir, Póra propuso realizar la reunión en casa de Harald. Aceptó tan a desgana como la reunión misma, pero a juzgar por el tenor de la breve conversación, Póra vio con claridad que igual podría haberlos invitado a París: la reacción habría sido la misma. Matthew estaba encantado con la elección del lugar, pues pensaba que podría ponerles nerviosos y aumentar las probabilidades de que dijeran la verdad.

Mientras esperaban la llegada de los jóvenes, Póra aprovechó la ocasión para enseñarle a Matthew la hoja manuscrita que salió del *Martillo de las brujas*. Dedicaron un tiempo a estudiarlo pero no llegaron a ninguna conclusión firme, aparte de que aquello de *Innsbruck - 1485* estaba relacionado evidentemente con la llegada de Kramer a la ciudad y la supuesta carta antigua que tanto había interesado a Harald. En cuanto *J. A.*, Póra creía con bastante seguridad que se trataba del último obispo católico de Islandia, Jón Arason, y el año 1550 era la fecha de su ejecución. Pero no conseguía explicarse por qué Harald lo habría tachado. A lo más que llegaron era que debía de tratarse de una especie de repetición mental, por Harald, del viaje de algún objeto muy valioso. Matthew no sabía qué podía ser aquel Libro de visitas de la cruz: en la casa no se encontró ningún libro de visitas, que él supiera, ni tenía idea de que la policía se hubiese llevado uno en el registro domiciliario. El timbre de la puerta les impidió seguir con sus especulaciones sobre los garabatos de aquel papel.

Los jóvenes entraron en el salón del apartamento de Harald, se sentaron todos en los dos sofás y Póra y Matthew se instalaron en las butacas enfrente de ellos. Póra había hecho acopio de ceniceros y el aire del salón ya estaba atestado de humo.

—¿Y qué queréis de nosotros? —preguntó la chica pelirroja, Marta Mist. Sus amigos la miraron, contentos de que uno de ellos se hubiera hecho cargo del papel de líder atrayendo la atención hacia sí. Siguieron fumando.

—Sólo queríamos charlar con vosotros sobre Harald —respondió Póra—. Como

sabéis, hemos intentado varias veces tener una reunión con vosotros, pero sin éxito.

Marta Mist pareció recibir aquellas palabras con indiferencia.

—Estamos muy ocupados en la universidad y tenemos demasiadas cosas que hacer como para ponernos a charlar con unas personas que no conocemos de nada y con las que no tenemos nada que ver. De modo que nada nos obliga a hablar con vosotros. Ya le dimos toda la información a la policía.

—Sí, claro, magnífico —dijo Þóra intentando que no la pusiera nerviosa la chica aquella, bueno, el grupo entero—. Os estamos muy agradecidos por renunciar a algo de vuestro tiempo para venir a vernos, y prometemos no entreteneros mucho. Como sabéis, estamos investigando el asesinato de Harald por encargo de su familia en Alemania, y entendemos que sois vosotros quienes más trato tuvisteis con él.

—Pues eso no lo sé; sí que le tratábamos bastante, pero de lo que hacía el resto del tiempo no tenemos ni idea —respondió Marta Mist, y Bríet asintió con la cabeza en muestra de acuerdo. Los hombres se limitaron a estudiarse las palmas de las manos.

—Hablas como si fuerais una sola persona —dijo Matthew—. Hemos charlado con Hugi Þórisson, al que, naturalmente, todos conocéis, y según él eras tú, Halldór, el más cercano a Harald... le ayudabas con traducciones y demás. —Se dirigió a Dóri, que estaba sentado pegado a Marta Mist—. ¿No es así?

Dóri levantó los ojos.

—Sí, sí, íbamos juntos bastante. Harald tenía problemas con los documentos islandeses y eso, y yo le echaba una mano. Eramos buenos colegas. —Se encogió de hombros para dar a entender que su amistad había sido de lo más normal.

—También eres buen colega de Hugi, ¿no? —preguntó Þóra.

—Claro que sí. Somos amigos desde la infancia —dijo Dóri mirando al suelo. Dejó que el flequillo le cayera sobre los ojos con un rápido movimiento de la cabeza, para evitar el contacto ocular.

—Entonces está completamente en tu propio interés que podamos aclarar lo que sucedió. Un amigo tuyo ha sido asesinado y otro amigo es sospechoso del asesinato. Habría que pensar que tendrías que estar ansioso de poder ayudarnos. ¿No es cierto? —Matthew sonrió a Dóri, pero la sonrisa no llegó hasta sus ojos. Miró a los otros jóvenes—. Y vosotros... naturalmente, lo mismo puede decirse de vosotros, ¿o no?

Todos los del grupo indicaron su conformidad musitando «sí, claro» hacia el cuello de sus camisas, o con una inclinación de cabeza.

—Bien. —Matthew se golpeó el muslo—. Pues ya estamos listos. Excepto en lo referente a por dónde empezar, claro. —Miró a Þóra—. Þóra, ¿quizá querías romper tú el hielo?

Ella sonrió y se volvió hacia los jóvenes.

—¿Qué tal si nos contáis cuándo conocisteis a Harald y cómo se creó esta sociedad vuestra para estudios de magia? Todo ese asunto nos resulta de lo más

misterioso.

El grupo miró a Marta Mist con la esperanza de que fuera la primera en hablar. Pero ella envió la pregunta a Dóri con un codazo que a Þóra le pareció innecesariamente violento. Éste hizo una mueca pero respondió.

—¿Cómo nos conocimos? La primera vez que vi a Harald fue con Hugi, el año pasado. Se habían citado en un bar del centro. Me pareció simpático y muy distinto a Hugi, y a partir de entonces empezamos a tratarnos como de lo más normal. Salíamos a comer y de bares y a conciertos y cosas de ésas. Harald nos preguntó un día si nos apetecía entrar en una asociación que estaba intentando crear y le dijimos que sí. Así nos conocimos.

Marta Mist tomó la palabra.

—Yo entré en la asociación a través de Bríet. Ella había conocido a Harald en la uni y quería que fuese con ella para ver de qué iba el rollo. —Bríet asintió en señal de conformidad.

—¿Y vosotros? —Þóra se dirigió ahora a Andri y Brjánn, que estaban sentados uno al lado del otro, fumando.

—¿Nosotros? —preguntó Andri pesadamente, atragantándose con el humo que había olvidado echar.

—Sí —respondió Þóra—. Vosotros dos. —Se dirigió a ellos dos para que no cupiese la menor duda. Brjánn levantó el guante.

—Yo estoy en Historia y conocí la asociación de la misma forma que Bríet... antes había charlado un par de veces con Harald y me invitó a participar. Yo metí a Andri en el invento ese. —El mencionado Andri se limitó a sonreír como un tonto.

—¿Y de qué iba la asociación, si no os importa que lo pregunte. Teníamos entendido, por lo que contó Hugi, que se trataba más que nada de orgías... disfrazadas de reuniones de interesados en magia.

Los tres chicos sonrieron como idiotas, pero Marta Mist puso muy mala cara antes de decir, ofendida:

—¿Orgías? No iba de orgías. Estábamos estudiando magia y la cultura de la brujería del pasado. No son estudios tan extraños, a fin de cuentas, y son realmente interesantes. Que acabáramos las reuniones con un poco de diversión no afecta al asunto, Hugi sigue tan fuera de onda como el primer día. Era un completo inútil en todo lo referente a la asociación. —Se echó hacia atrás y cruzó los brazos. La cara de enfado seguía en su sitio. Clavó los ojos en Matthew y Þóra, irritada—. Naturalmente, vosotros no tenéis ni idea de qué es eso, como les pasa a los demás... seguro que pensáis que nos dedicábamos a descabezar gallinas y a clavar alfileres en muñecos que nos hacíamos nosotros mismos.

—¿Y no queríais enseñarnos la verdad de la brujería? —preguntó Matthew.

Marta Mist soltó un profundo suspiro.

—No me da la gana hacer de profesora. Os basta con comprender que la magia no es nada más que un intento de la gente para gobernar sus propias vidas con

independencia... por lo menos, con independencia a ojos de sus contemporáneos. En su época, era de lo más normal. Consistía principalmente en realizar ciertas acciones para que las cosas sucedieran en provecho de uno... a veces a costa de otros, a veces no. Mi opinión es que cuando se llega a sentir la necesidad de practicar la magia, se da un paso en dirección a una meta determinada, lo que hace crecer la determinación de la persona por lograrla, y eso mismo facilita su consecución.

—¿Puedes darme un ejemplo de uno de esos objetivos? —preguntó Þóra.

—Conseguir el amor de alguien o mayor riqueza; curar, hacer daño a un enemigo. En realidad no son objetivos. La mayoría de las brujerías antiguas tienen que ver, naturalmente, con las necesidades fundamentales: la vida no era tan fácil ni variada como ahora.

Þóra se permitió no estar de acuerdo, después de haber leído el *Malleus Maleficarum*. En su opinión, era pura cuestión de supervivencia en un sistema judicial que alteraba y transformaba las reglas del juego según el capricho de las autoridades represoras.

—¿Y qué se usa para practicar los conjuros? —preguntó, añadiendo para fastidiar a Marta—: ¿Aparte de gallinas cojas y muñecos artesanales?

—Muy graciosa —dijo Marta Mist, aunque sin dejar escapar sonrisa alguna—. En Islandia eran sobre todo los signos mágicos... aunque, muchas veces, para poder completar el encantamiento hacía falta algo más que grabarlos o dibujarlos. Los signos mágicos se conocen también en otras partes de Europa y se les puede aplicar lo mismo que a los islandeses: con frecuencia era necesario algo más que simplemente dibujarlos.

—¿Como qué? —preguntó Matthew.

—Pronunciar encantamientos, reunir huesos de animales, huesos de persona, pelo de una virgen. Algo por el estilo. Nada serio —respondió Marta Mist con voz gélida.

—Eso, y a veces partes del cuerpo de personas muertas —interrumpió Bríet. Aquello produjo el silencio en el grupo. Enrojeció y se quedó en total silencio.

—¿Y? —pregunto Matthew con falso asombro—. ¿Cómo cuáles? ¿Manos? ¿Pelo? —Soltó una risita en medio de la lista—. ¿O quizá ojos?

Nadie dijo nada hasta que Marta Mist se aventuró a responder.

—Yo nunca he leído de ningún conjuro que necesitase ojos... excepto ojos de animales.

—¿Y los demás? ¿Conocéis algún conjuro que los exija? —preguntó Matthew.

Ninguno dijo nada, pero todos sacudieron la cabeza.

—No —dejó escapar Brjánn.

—¿Y dedos de la mano? —se apresuró a añadir Þóra—. ¿Habéis leído, o practicado, algún conjuro en el que se tuvieran que usar dedos?

—No. —La voz de Dóri era decidida y se apartó el pelo de los ojos para poder apoyar su argumento mirando a los ojos a Þóra y Matthew—. Lo mejor es que quede

bien claro que nosotros no nos hemos dedicado a practicar ninguna clase de magia que necesitara partes del cuerpo humano. Sé lo que estáis queriendo dar a entender, y es total y absolutamente absurdo. Nosotros no matamos a Harald... eso podéis descartarlo desde ya. La policía comprobó lo que estábamos haciendo cada uno de nosotros, y les quedó bien claro. —Dóri se echó hacia delante para coger un cigarrillo de uno de los paquetes que había sobre la mesa. Lo encendió, dio una profunda calada y fue echando el humo despacio.

—¿De modo que fue Hugí quien le mató? —preguntó Þóra—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No, yo no he dicho nada por el estilo. No te inventes cosas —dijo Dóri, su vez delataba su nerviosismo. Se echaba hacia delante de nuevo para decir algo más, pero Marta Mist extendió el brazo y lo empujó hacia el respaldo del sofá.

Tomó la palabra, aunque más tranquila que Halldór.

—No sé dónde estudiaste lógica, pero que nosotros no matáramos a Harald no significa automáticamente que fuese Hugí quien lo hiciera. Lo único que ha dicho Dóri es que nosotros no matamos a Harald. Punto. —Ahora le llegó a Marta Mist el turno de reclinarsse en el sofá. Sacó el cigarrillo de entre los dedos de Dóri, dio una chupada y lo devolvió a su lugar. En el rostro de Bríet se vio brotar la rabia; aquella muestra más que evidente de amistad íntima la había alterado.

—Hugí no le mato. Él no es así —farfulló Dóri con gesto de enfado. Apoyó el brazo en Marta Mist y se inclinó sobre la mesita para tirar la ceniza del cigarrillo.

—¿Y tú? ¿Eres tú así? Si no recuerdo mal, no tenías una coartada tan buena como tus amigos. —Matthew miró fijamente a Dóri esperando su reacción.

Ésta no se hizo esperar. La voz de Dóri se hizo más grave por la ira y cuando empezó a hablar avanzó hasta el borde del sofá... acercándose a Matthew tanto como podía sin llegar a caerse.

—Harald era amigo mío. Un buen amigo. Hizo muchísimo por mí, y yo por él. Yo no le he matado. No. Estáis más perdidos que la policía y tú no tienes ni puta idea de lo que estás insinuando —añadió énfasis a sus palabras apuntando a Matthew con su cigarrillo encendido.

—¿Qué hacías tú por él? Aparte de ayudarle a traducir documentos —añadió Þóra para poder meter baza.

Dóri apartó los ojos de Matthew y dirigió su mirada a ella, sin abandonar la cólera. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se detuvo. Después de una última calada y de apagar el cigarrillo, volvió a su lugar en el sofá.

Brjánn, el estudiante de Historia, se asignó a sí mismo el papel de conciliador.

—Venga, entiendo perfectamente lo que pretendéis decir: naturalmente, alguien mató a Harald, y si no fue Hugí, ¿quién fue? Pero os ahorraríais tiempo y trabajo simplemente con creer que estamos diciendo la verdad, ninguno de nosotros mató a Harald. No teníamos ningún motivo para ello... era simpático, imaginativo, un anfitrión espléndido, un gran amigo y un estupendo colega. Sin él, por ejemplo,



nuestra asociación no es nada de nada. Además, no podríamos haberle matado nosotros... no estábamos cerca de donde andaba él, y hay un montón de testigos que lo pueden confirmar.

Andri, que estudiaba el máster en Química, tomó la palabra a continuación. Sus ojos estaban empañados y Þóra pensó que debía de estar pasando un mal trago.

—Eso es totalmente cierto. Harald era único; ninguno de nosotros habría querido jamás quitarle de en medio. Podía ser cáustico y desconcertante, pero siempre era tremendamente amistoso cuando llegaba el momento.

—Qué bonito—exclamó Matthew con tono de burla—. Hay una cosa que quiero saber. Estabais todos en la fiesta excepto Halldór; ¿podéis recordar si Hugi y Harald entraron juntos al baño y luego salieron con manchas de sangre en la ropa?

Todos los jóvenes sacudieron la cabeza excepto Halldór.

—A nadie le iba nada en la ropa de nadie —dijo Andri encogiéndose de hombros—. Puede ser perfectamente cierto, pero, al menos yo, no lo recuerdo. —Los otros tres asintieron.

Estuvieron un rato sentados sin decir nada. Se apagaban cigarrillos y se encendían otros nuevos. Matthew rompió el silencio.

—¿De manera que no sabéis quién mató a Harald?

—No —dijo el grupo al unísono, con determinación.

—¿Y nunca habéis utilizado partes del cuerpo, como por ejemplo dedos, en vuestras prácticas? —continuó Matthew.

Ya no todos a la vez:

—No.

—¿Y no conocéis este signo mágico? —Matthew arrojó sobre la mesita un dibujo del signo que habían grabado en el pecho de Harald.

Todos a la vez:

—No.

—Resultaría más convincente si miraseis el papel —dijo Matthew en tono de burla. Ninguno de ellos había concedido al dibujo más que una mirada brevísima.

—Los maderos nos enseñaron el signo este. Sabemos perfectamente adonde quieres llegar —respondió Marta Mist. Puso la mano con descuido sobre el muslo de Dóri.

—Vale... comprendo. ¿Pero podéis decirnos qué fue de todo ese dinero que Harald se trajo al país poco antes de morir? —preguntó entonces Matthew.

—No, de eso no sabemos nada —dijo Marta Mist—. Eramos amigos de Harald, no inspectores de hacienda.

—¿Compró algo, o habló de comprar algo? —preguntó Þóra dirigiéndose a Bríet, que le parecía, de todos ellos, quien más probablemente diría la verdad.

—Siempre estaba comprando algo —respondió ésta, mirando de reojo a Marta Mist y Dóri. Cuando vio la mano de Marta en el muslo de Dóri, se volvió otra vez hacia Þóra y añadió—: Si no era para él mismo, era para Dóri. Estaban muy unidos.

—Sonrió con desvergüenza.

Þóra vio que las mejillas de Dóri se encendían.

—¿Qué le compraba, y por qué?

Dóri se agitó incómodo en el sofá.

—En realidad no me compraba cosas así, sin más. A veces me daba una cosa u otra en señal de agradecimiento por la ayuda que le prestaba yo.

Þóra no le dejó escapar.

—¿Cómo qué?

Dóri se ruborizó aún más.

—Vamos. —Volvió a echarse el pelo sobre los ojos.

Matthew volvió a darse una palmada en el muslo... con más decisión que antes.

—Muy bien, buena gente. Tengo una idea. Marta Mist, Bríet, Brjánn y Andri... vosotros no sabéis nada, según decís, y no parece que se os pueda sacar mucho. ¿Qué tal si os vais a casa a estudiar, o a las clases, o a lo que sea que os tiene tan ocupados... y nos dejáis a Þóra y a mí charlar con Dóri en paz y tranquilidad? —Se dirigió a Halldór—. ¿No es lo mejor? Así no resulta tan forzado.

—¿Pero qué rollo es éste? —gritó Marta Mist—. Dóri no sabe más que cualquiera de nosotros. —Se giró hacia éste—. No tienes por qué quedarte. Nos marchamos todos.

Al principio Dóri no dijo nada, pero apartó de su muslo la mano de la muchacha y se encogió de hombros.

—Vale.

—¿Vale? ¿Vale qué? ¿Vienes con nosotros? —preguntó Marta Mist intranquila.

—No —respondió Dóri—. Quiero terminar con esto. Me quedo.

Una mueca de furia recorrió el rostro de Marta Mist, pero se dominó y trató de mostrar indiferencia. Se inclinó hacia Dóri y le dijo algo al oído antes de levantarse. Él asintió, con la mente puesta en otro sitio. Þóra se fijó en el leve beso que ella depositó en la coronilla de Dóri, y del que Bríet aparentó no darse cuenta. Andri y Brjánn estaban más que deseosos de apagar sus cigarrillos y ponerse de pie. Se les notaba a kilómetros lo contentos que estaban.



## Capítulo 22

Matthew acompañó al grupo hasta la puerta. Mientras tanto, Póra y Dóri esperaban en el salón hipermoderno, rodeados por los horrores del pasado. Póra sentía lástima por el joven, que claramente habría preferido estar en cualquier otro sitio. Las circunstancias le recordaban en cierto modo a su propio hijo: un hombre joven sometido a una lucha interior que resultaba imposible de desentrañar.

—Sabrás que lo único que buscamos es la verdad. No estamos pensado la estupidez de que pudieseis estar involucrados vosotros —aclaró Póra para romper el silencio y aliviar la opresiva atmósfera—. En realidad estamos de acuerdo contigo en los puntos principales del caso: que Hugi es inocente o que por lo menos si está donde está no es solamente por las pruebas objetivas que le acusan.

Dóri no la miró.

—Yo no me creo que Hugi le haya matado —dijo en voz baja—. Todo eso es una imbecilidad.

—Obviamente, estimas mucho a tu amigo —respondió ella—. Si quieres ayudarle, lo mejor es que no nos ocultes nada. Recuerda que tu amigo no puede esperar apoyo de nadie más que de nosotros.

—Huh —masculló Dóri, pero no dio ninguna otra pista de si estaba o no dispuesto a ayudarles.

Matthew volvió y se repanchingó en el sillón. Observó a Póra pensativo durante un rato.

—Menudo grupito tan raro al que te has juntado. Mientras salían, las chicas no parecían muy dispuestas a darse abrazos y besos.

Dóri se encogió de hombros.

—Estos días andan un poco enfadadas.

—Tú lo has dicho. Bueno, ¿qué tal si entramos en faena? —preguntó Matthew.

—A mí me da igual —respondió el chico—. Vosotros preguntad, yo intentaré responder. —Se estiró para coger un cigarrillo y lo encendió. Póra se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—Bien, amigo —dijo Matthew en tono paternal—. Nos interesan bastantes cosas en las que, sin duda, tú puedes ayudarnos. Una de ellas es en qué gastaba Harald el dinero, y otra es su investigación histórica, en la que tú le ayudabas. ¿Qué puedes decirnos sobre el asunto del dinero?

—¿El asunto del dinero? Yo no estaba metido en eso, si es lo que pensáis. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que estaba forrado. —Dóri señaló a su alrededor y se encogió de hombros—. No hay muchos estudiantes que vivan en una

casa como ésta, si es que hay alguno. Y su coche tampoco era ninguna tontería, y solía comer fuera muy a menudo. Desgraciadamente no es un tren de vida que pudiéramos permitirnos los demás.

—¿Salía a comer solo? —preguntó Þóra—. Ya que los demás erais unos pobres estudiantes.

La pregunta resultó visiblemente incómoda.

—Sí, a veces —dijo una calada—. A veces iba yo con él. Él pagaba.

—De forma que te llevaba con él y pagaba la cuenta, ¿es eso? —preguntó Matthew, y Dóri asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Más veces que las que iba solo, o no? —Dóri volvió a asentir—. ¿Qué más cosas pagaba por ti?

Un repentino interés por el cenicero se apoderó de Dóri, apartó la mirada de ellos y fijó la vista en el objeto como si allí pudiera encontrarse la respuesta a la pregunta.

— Bueno, pues cosas.

—Eso no es una respuesta —dijo Þóra con tranquilidad—. Cuéntanoslo... no estamos aquí para juzgaros ni a ti ni a Harald.

Una breve pausa, y entonces:

—Me lo pagaba todo, joder. El alquiler, los libros de estudio, la ropa, taxis. La mierda. Pues eso, todo.

—¿Por qué? —preguntó Matthew. Dóri se encogió de hombros.

—Harald decía que el dinero era suyo y que hacía con él lo que le daba la gana... no estaba dispuesto a renunciar a lo que le apetecía sólo porque sus amigos estuvieran sin blanca. A mí aquello me resultaba más bien incómodo, pero estaba sin un céntimo y era divertido salir con él. Pero nunca hubo ningún mal rollo. Yo intentaba devolverle el favor ayudándole con las traducciones y eso.

—¿Y eso qué? —preguntó Matthew.

—Nada. —El rubor de las mejillas de Dóri se acentuó—. No había nada sexual, si eso es lo que pensáis. Ni yo ni Harald éramos, somos, de esos. A los dos nos iban las chicas.

Þóra y Matthew se miraron. Aquellos gastos de los que hablaba Dóri no eran más que calderilla en comparación con la cantidad desaparecida.

—¿Sabes algo de una gran inversión en la que Harald metió dinero justo antes de su asesinato? —preguntó Matthew.

Dóri levantó los ojos. El gesto de su rostro indicaba a todas luces que lo que iba a decir era la verdad.

—No, ni idea. Nunca habló de nada parecido. En realidad, la semana anterior no nos vimos prácticamente nada... él estaba liado con algo y yo estaba intentando ponerme al día en la facultad.

—¿No tienes idea de en qué andaba metido y por qué no se citó con vosotros durante aquellos días? —interrumpió Þóra.

—No, hablé con él por teléfono varias veces pero no estaba de humor para

hacer nada. No sé el motivo.

—De modo que cuando le asesinaron llevabas sin verle unos cuantos días, ¿no? —preguntó Matthew.

—Eso es... sólo hablamos por teléfono.

—¿Y no te parece un poco raro, o acaso tenía la costumbre de encerrarse unos días y dejar de veros? —preguntó Matthew. Dóri se pensó la respuesta.

—Nunca lo había pensado, pero ahora que lo dices, no era tan extraño. Por lo menos ya lo había hecho antes, si recuerdo bien. Le pregunté qué pasaba pero dijo que necesitaba un tiempo para estar consigo mismo. Pero estaba de buen humor, y eso.

—¿No te enfadaste con él esa vez? —preguntó Þóra. Tenía que haberle resultado extraño al muchacho perder a su mejor amigo durante varios días sin ninguna explicación, especialmente si se tiene en cuenta la frecuencia de trato.

—No, en absoluto. En la facultad tenía trabajo de sobra. Además hacía guardias, y eso. Así que tenía otras cosas en qué pensar.

—Trabajas en el Hospital Universitario de Fossvogur, ¿verdad? —preguntó Þóra. Dóri asintió—. ¿Cómo consigues trabajar, encontrar tiempo para atender tus estudios y disfrutar tanto de la vida?

Dóri se encogió de hombros.

—No es un trabajo a tiempo completo, qué va. Hago algunos turnos por sustitución, eso es todo. Trabajo allí los veranos, y en invierno cuando me llaman si hay alguna ausencia. Bajas por enfermedad y otras cosas inesperadas. En lo que respecta a los estudios, resulta que soy bastante organizado cuando me pongo a estudiar. Por un motivo u otro, siempre me ha resultado fácil aprender.

—¿Qué haces en el hospital? —preguntó Matthew. —Un poco de todo. Trabajo como celador en el departamento de cirugía. En realidad no soy más que el chico para todo: hago cosas como limpiar los trastos después de las operaciones, sacar cosas y otras faenas por el estilo.

Nada especial. Matthew se quedó mirándole, intrigado.

—¿Sacar cosas? Lo pregunto por pura curiosidad; sé poco de hospitales.

—Nada —respondió Dóri estirándose para coger la cajetilla—. La basura y eso.

—Ah, ya —murmuró Matthew—. ¿Y cómo se llama tu jefe, o alguien con quien podamos hablar sobre el trabajo este... especialmente en lo que respecta a la noche en que asesinaron a Harald?

Dóri se inclinó para estudiarse una de las uñas de su mano izquierda, obviamente sin saber si debía responder, y luego sin saber cómo hacerlo.

—Gunnur Helgadóttir —farfulló enfadado—. Es la enfermera jefe de cirugía.

—Una pregunta —interrumpió Þóra mientras anotaba el nombre—. ¿Quién hizo el corte de lengua de Harald? ¿Fuiste tú, verdad?

Dóri dejó de intentar encender el cigarrillo y la miró muy nervioso.

—¿Por qué? ¿Que importa eso?

—Quiero saberlo. Harald tiene fotos de la intervención en su ordenador, y se ve que la hicieron en una casa particular. Uno creería que tuvo que ser alguien conocido. El caso no tiene que ver con el asesinato; es sólo que quiero saberlo.

Dóri los miró alternativamente a uno y otro. Þóra estaba segura de que el muchacho estaría pensando si la operación había sido legal o ilegal. Se mordió el labio inferior un rato, y por fin habló.

—No. Yo no lo hice.

—¿Puedo verte el brazo? —preguntó Þóra con una sonrisa, recordando lo que Hugi había dicho de Dóri y su preocupación por el tatuaje que llevaba en el brazo.

—¿Por qué? —preguntó el chico, echándose hacia atrás en el sofá para aumentar la distancia entre ellos.

—Venga —dijo Matthew, que se movió hasta quedar en el borde del sillón. No tenía ni idea de lo que pretendía Þóra—. Sé buen chico y súbete las mangas para hacerle un favor a la señora.

El rostro de Dóri se puso lívido. Matthew avanzó aún más hacia el borde de la butaca y Dóri más hacia atrás en el sofá. Se le desataron los nervios. Con un gesto de furia se subió las mangas.

—Ya está —dijo enfadado, estirando los brazos. Þóra alargó la cabeza y sonrió.

—¿Crap? —dijo mirando el tatuaje del brazo derecho, justo por encima de la muñeca.

—Sí... ¿y qué? —dijo Dóri volviendo a bajarse las mangas.

—Nada, que es curioso —respondió ella—. El que le hizo la operación a Harald tenía exactamente el mismo tatuaje. —Sonrió a Dóri y señaló su brazo derecho con la punta del dedo—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Dóri testarudo. Se pasó los dedos por el pelo y volvió a taparse los ojos—. Vale, pues sí, lo hice yo. Estábamos en casa de Hugi. Harald había estado dándome la tabarra con aquello y al final accedí. Saqué prestados unos trastos del hospital y birlé unos anestésicos. Nadie los echó en falta. Hugi me ayudó. Fue un tanto repulsivo. Pero el resultado era de lo más *cool*.

«Más o menos», pensó Þóra.

—Me imagino que al hospital no le gustaría demasiado enterarse de que robaste medicinas, ¿me equivoco?

—No, claro que do. Por eso no tengo ninguna gana de que esto se sepa —respondió Dóri—. Además, es una cosa que la mayoría de la gente no comprende, y no quiero que me cuelguen el sambenito de majareta.

Matthew sacudió la cabeza pero enseguida decidió cambiar de tema.

—Querría preguntarte una cosa sobre un asunto que me parece raro... pero... imagino que debes de tener cierta experiencia en estos temas. —Hizo una pausa para mirar a Dóri a los ojos antes de continuar—. ¿Asististe alguna vez a esas actividades sexuales que practicaba Harald, en las que se impedía la respiración a fin de aumentar el placer?

Dóri se puso rojo como un tomate

—No me apetece hablar de eso —respondió secamente.

—¿Por qué no? —preguntó Matthew—. ¿Quién sabe si fue eso lo que llevó a Harald a la muerte? —Las rodillas de Dóri subían y bajaban mientras llevaba el ritmo con los pies sobre el resplandeciente parqué.

—No murió de eso, para nada —dijo con un hilo de voz.

Póra tomó la palabra.

—¿Qué sabes del tema?

El ritmo que marcaba Dóri con los pies se hizo más rápido. Calló y ni Póra ni Matthew dijeron nada... se limitaron a mirar fijamente al joven y a esperar. Por fin se rindió, respiró hondo y empezó a hablar.

—Esto no tiene que ver una mierda con el caso, pero sí, yo sabía que Harald hacía esas cosas.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Matthew agrio.

Los pies de Dóri se detuvieron.

—Porque me lo dijo él. Estaba empeñado en que lo probara yo también. —Calló, apartó la vista de Matthew y miró a Póra.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella.

—No —fue la decidida respuesta, y Póra le creyó—. Puede ser que yo haga cosas raras, pero eso es lo más aberrante que he visto jamás.

—¿Visto? —exclamó Matthew.

Dóri se puso lívido.

—No es verlo, exactamente... me he expresado mal. «A lo que he asistido» sería más correcto. —Miró al suelo—. Fue una vez, el otoño pasado. Me había quedado frito en el sola después de una fiesta estupenda que hicimos aquí y me despertó por la noche un traqueteo espantoso. —Levantó los ojos y miró a Matthew—. No sé qué locura era aquella con la que me encontré... yo no tenía ni idea de ese tipo de cosas... el caso es que me desperté y fui a ver qué ocurría y vi a Harald prácticamente con las convulsiones de la muerte. —Póra tuvo la sensación de que un escalofrío recorría al joven al recordar la escena—. Solté el cinturón que tenía totalmente apretado al cuello. No fue fácil porque tenía un extremo sujeto al radiador de su cuarto. Pero le hice el boca a boca y pude revivirle... pues eso.

—¿Estás seguro de que no estaba intentando suicidarse? —preguntó Póra.

Dóri la miró y sacudió la cabeza.

—No, no era un intento de suicidio. Créeme. No me apetece lo más mínimo explicar con más detalles el resultado. —Ahora le tocó a Póra el turno de ruborizarse y, al verlo, Dóri pareció alegrarse. Continuó, aunque algo más seguro de sí mismo—. Luego lo hablé con Harald, que no tuvo pega ninguna en reconocer de qué se trataba. Además, me propuso que probara yo también... dijo que era el no va más. Pero se había pasado de la raya esa vez, y se daba perfecta cuenta de ello. Estuvo al borde de la muerte.

—¿Así que crees que no murió en una de esas? —preguntó Matthew.

—No, seguro que no —respondió Dóri—. Claro que no puedo saberlo seguro... —Se quedó de lo más serio y turbado.

—¿Recuerdas cuándo fue? —preguntó Matthew.

—La noche del 10 al 11 de septiembre. —No necesitó pensarse la respuesta.

Matthew asintió preocupado. Miró a Þóra y dijo en alemán:

—Cambió su testamento unos diez días después. —Þóra asintió... estaba segura de que Dóri era el heredero islandés del que se hablaba. Acababa de salvarle la vida cuando cambió el testamento; en realidad no hacía falta nada más para comprender que le hubiera metido allí...

—Entiendo perfectamente el alemán. —El sonido surgió desde dentro de Dóri, que sonrió con malicia.

Matthew no respondió, sino que preguntó a su vez, con el mismo gesto malicioso de Dóri:

—Hugi nos dijo que a veces Harald se dedicaba a incordiarle delante de los demás... a humillarte, si no recuerdo mal. ¿Eso no te molestaba?

Dóri dejó escapar un bufido.

—¿Pero qué dice ese tío? Como sabéis, Harald no era como el resto de la gente. Podía ser despótico pero seguía siendo divertido. Prácticamente siempre se portaba cojonudamente conmigo, sobre todo cuando estábamos solos, pero cuando íbamos con los demás, a veces se dedicaba a hacer bromas pesadas. A mí no me afectaba, Hugi puede confirmarlo, porque después Harald siempre me pedía perdón. No tenía la menor importancia, sólo el cabreo mientras duraba. —A los ojos de Þóra, no hacía falta ser muy listo para percatarse de lo que había tras aquellas aclaraciones. Al chico, aquello le resultaba claramente insoportable. Pero de nada serviría seguir preguntándole sobre el tema.

—Pero ¿qué puedes contarnos de la investigación de Harald? —preguntó Þóra—. ¿Puedes explicarnos en qué consistía tu ayuda?

Dóri respondió al momento, feliz del cambio de tema.

—Era un poco especial. En realidad sólo le ayudaba con traducciones, aunque también con la búsqueda de fuentes. Él andaba en muchas cosas distintas... yo no veía del todo la relación, pero tampoco soy historiador, de modo que mucho no puedo decir. En cierto modo pasaba de una cosa a otra; me pedía que le leyese en voz alta algo que yo pasaba del islandés al inglés, y de pronto me decía que le leyese otra cosa, y así sucesivamente.

—¿Puedes darnos algún ejemplo de los artículos o los temas en los que estaba interesado? —preguntó Matthew.

—Mmm, no os puedo dar una lista exhaustiva ni nada por el estilo. Al principio yo le traducía principalmente capítulos de la tesis doctoral de Ólína Þorvarðardóttir sobre la época de la quema de brujas, luego se interesó por el seminario de Skálholt,



por textos sobre magia de uno de los seminaristas de allí y por un libro de brujería que circulaba mucho. También tenía una carta antigua en danés, si recuerdo bien... yo no me aclaraba mucho para traducirla, pero hice lo que pude. Trataba de un enviado y de algo que no conseguí comprender. Cuando llegó a aquel punto cambió de dirección a toda prisa, dejó de ver cosas sobre la quema de brujas y se fue para atrás un siglo, más o menos. Recuerdo haberle traducido un texto del *Íslandslýsing* de Odd Einarsson, obispo de Skálholt, de hacia 1590. El texto era sobre el Heckla, y recuerdo una historia acerca de un hombre que enloqueció al escalarlo y mirar el cráter. También estaba muy interesado por la erupción del Hekla de 1510, y por el obispo Jón Arason y su ejecución en 1550, y por el obispo Brynjólfur Sveinsson... bueno, y además quería saberlo todo sobre los monjes irlandeses, de modo que puede decirse que cuando lo asesinaron estaba viajando hacia atrás en el tiempo... en realidad, hacia un tiempo anterior a la colonización de Islandia.

La lista de años dejaba claro que aquel muchacho tenía una memoria de elefante. No era tan raro, a fin de cuentas, que pudiese obtener buenos resultados en la universidad pese a su tumultuosa vida nocturna, pensó Þóra, que preguntó:

—¿Los monjes irlandeses?

Dóri asintió:

—Sí, los monjes irlandeses. Ésos que hubo por aquí.

—Ah, ya —contestó Þóra, aunque no estaba segura de qué preguntar a continuación. Entonces recordó al tipo aquel, Gunnar, que les había facilitado la reunión con los amigos de Harald—. Esa carta danesa... ¿sabes de dónde la sacó o dónde está?

Dóri sacudió la cabeza.

—No tengo ni la menor idea de dónde la encontró... tenía más cartas antiguas que relacionaba con aquélla. Estaban en una funda... aunque esa carta danesa no. Supongo que andará por aquí.

—¿Te suena el nombre de Mal? —preguntó Matthew por decir algo.

Dóri les miró y sacudió la cabeza.

—No, no lo he oído nunca. ¿Por qué?

—No, por nada —respondió Matthew.

Dóri iba a decir algo cuando sonó su teléfono móvil. Lo sacó, miró la pantalla, se incorporó un poco y volvió a metérselo en el bolsillo.

—¿Tu mamá? —le preguntó Matthew mirando a Þóra, divertido.

—Justo —respondió el muchacho con voz de disgusto.

El aviso de SMS sonó en el bolsillo de su pantalón. Dóri no hizo ademán de coger el teléfono, de modo que Þóra le lanzó una nueva pregunta.

—¿Te suena un libro de visitas del que Harald pudiese haber hablado? Libro de visitas de la cruz.

Dóri la miró sin llegar a comprender.

—¿Libro de visitas de la cruz? ¿De la comunidad religiosa?

—¿Nunca oíste mencionar algo por el estilo?

—No.

Matthew apretó los tornillos.

—Dinos algo del cuervo que andaba buscando Harald como loco.

La nuez de Dóri se le quedó atascada en el cuello.

—¿Un cuervo? —Su voz era casi un gemido.

—Sí, un pájaro. Un cuervo —intervino Þóra—. Sabemos que andaba como loco buscando un cuervo. ¿Sabes algo de eso?

Dóri se encogió de hombros.

—No. Pero puedo entender perfectamente que quisiera tener un cuervo. Un pájaro interesante.

Þóra estaba convencida de que les estaba mintiendo, pero comprendió que era mejor detenerse en aquel punto. Matthew le quitó la palabra antes de que llegara a ninguna conclusión.

—¿Sabes algo de un viaje de Harald a Hólmavík a ver el Museo de Brujería de Strandir?

—No —respondió el chico; una nueva mentira, sin duda.

—¿Y al Hotel Rangá? —preguntó Þóra.

—No. —Otra mentira.

Matthew miró a su compañera.

—Strandir... Rangá. ¿Quizá deberíamos hacer un viajecito?

El gesto de Dóri indicaba a las claras que sus planes de viaje no le hacían demasiado feliz.



## Capítulo 23

Dóri se sintió tremendamente aliviado cuando salió a toda prisa de la casa. Miró hacia atrás después de atravesar la puerta de la calle y llegar a la acera, pero ni Matthew ni Þóra parecían estar observándole desde la ventana. Creyó ver moverse la cortina en el piso de debajo de la casa y maldijo a aquella vecina tan cotilla. Aquella puta seguía acechando desde su guarida... nunca dejaba en paz a Harald, siempre quejándose de cada tos y de cada suspiro. Después de una de las primeras fiestas, el verano anterior, Dóri tuvo que ir a abrir la puerta a la mañana siguiente y recibir la bronca de la buena señora, y joder cómo bufaba la tía. Él estaba tan flojo que tuvo la sensación de que cada palabra y cada onda sonora que la acompañaba le repercutían como un martillazo en la frente. Sintió un escalofrío al recordarlo, sobre todo por cómo terminó todo... tuvo que quitarse de encima a la tía aquella a base de sacar la cabeza por el quicio y vomitar. Aquello no le gustó demasiado, como puede comprenderse, pero Harald consiguió amansarla por la tarde, ese mismo día. En lo sucesivo tuvo que acostumbrarse a mantener en secreto sus visitas. Pero al resto de los invitados a la fiesta les pareció divertidísimo, cuando Dóri se decidió por fin a contárselo. Sonó el móvil. Dóri lo sacó del bolsillo y en la pantalla vio que era Marta Mist... otra vez. Ahora contestó:

—¿Qué?

—¿Has terminado? —preguntó impaciente y enfadada—. Te estamos esperando, vente para acá.

—¿Adonde? —En realidad, a Dóri no le apetecía nada reunirse con ellos en aquel momento. Lo único que quería era irse a casa a tumbarse, pero sabía que no le iban a dejar en paz. Marta Mist llamaría y acabaría por ir a buscarle si no contestaba. Lo mejor era acabar ya con el asunto.

—En el 101... date prisa.

Colgó y Dóri se puso a caminar un poco más rápido. Hacía frío y estaba agotado. Antes de darse cuenta estaba en la entrada del hotel, y se sacudió la ropa para desprenderse de la nieve que se le había acumulando encima durante el camino. Se pasó los dedos por el pelo y se lo sacudió. Después abrió la puerta y entró. De pronto, Dóri sintió unas ganas enormes de beberse una cerveza. Fue hacia sus amigos y se sentó en una silla libre, aunque Marta Mist y Bríet se habían movido para dejarle sitio entre ellas. Ni pensar en sentarse al lado de ellas en esos momentos. Las chicas intentaban no dejar traslucir que aquello les había sentado mal, y Dóri observó la tranquilidad con la que se volvían a correr para llenar de nuevo el espacio vacío sin que se notara mucho. Marta Mist era maestra en una sola cosa: sabía conservar la

calma y la dignidad. No solía mostrar otros sentimientos que furia implacable y desprecio. Orgullo herido era algo que no figuraba en su vocabulario.

—¿Por qué demonios no respondías al teléfono? —preguntó enfadada—. Llevamos ya un buen rato aquí con el corazón en un puño, esperando noticias tuyas.

Dóri se enfadó.

—¿Pero qué os pasa? Estaba hablando con los abogados esos. ¿Qué os iba a decir por teléfono? —Nadie dijo nada, así que Dóri repitió la pregunta—. ¿Eh? ¿Qué podía decir?

Marta Mist encontró una escapatoria.

—Pues podías haber contestado al mensaje por lo menos. Eso no habría sido demasiado esfuerzo.

—Ah, sí, claro —dijo Dóri irónico—. Nada más sencillo. ¿Pero qué te crees que soy yo para dedicarme a los mensajitos? ¿Un adolescente?

Brjánn intervino.

—Pero bueno... ¿te pasa algo? —dijo con tranquilidad, y bebió un sorbo de cerveza. Aquella visión fue más de lo que Dóri podía aguantar. Hizo señas al camarero y pidió una cerveza grande. Luego se volvió hacia los demás.

—Todo fue estupendamente... más o menos. Sospechan un poco de todo pero, en realidad, saber, no saben nada. —Dóri tamborileaba con los dedos de la mano derecha en el borde de la mesa mientras utilizaba la izquierda para buscar su cajetilla en los bolsillos del abrigo. No la encontró—. Me he dejado los cigarrillos... ¿me dais uno? —Bríet le pasó su cajetilla... y Dóri suspiró para sus adentros. Eran unos cigarrillos típicos de niña, blancos como la tiza, con mentol y, para colmo, más que suaves. Pese a todo cogió el paquete y sacó un cigarrillo. Eso era lo peor cuando Marta Mist estaba enfadada con él: ella fumaba cigarrillos de verdad, Marlboro. Dio una calada y, tras quitarse el cigarrillo de los labios, miró el cilindro humeante y sacudió la cabeza—: ¿Cómo puedes fumar esta porquería?

—Algunos dicen «gracias» —le espetó Bríet, molesta.

—Perdona. Estoy un poco tenso. —Llegó la cerveza y, después de tomarse un buen trago, Dóri infló de aire las mejillas, sopló y suspiró—. Aah, esto ya está mejor.

—¿Les dijiste algo? —preguntó Marta Mist... se le estaba pasando el enfado.

Dóri se tomó otro trago mientras sacudía la cabeza.

—No, nada importante. Naturalmente, les dije un montón de cosas... no hacían más que chorrear preguntas, y algo tenía que contestar.

Marta le miró pensativa y asintió, visiblemente satisfecha.

—¿Seguro, seguro?

Dóri le guiñó un ojo como signo de reconciliación.

—Seguro, seguro... no te preocupes.

Marta Mist sonrió:

—Mi héroe.

—¿Algo más? —dijo Dóri casi con indiferencia, moviendo el elegantísimo

cigarrillo delante de la cara—. ¿Verdad que soy listo?

Andri soltó unas risillas, puso su propio paquete de cigarrillos en la mesa y le dio un empujoncito para acercárselo a Dóri.

—¿Qué crees que harán ahora? ¿Querrán volver a reunirse con nosotros?

—No, eso lo dudo.

—Bien —dejó escapar Brjánn—. Esperemos que se vean metidos en un bucle infinito y acaben por rendirse.

Bríet era la única que no se había puesto de tan buen humor.

—¿Y qué pasa con Hugi? ¿Ya os habéis olvidado de él? —Fue mirando a los demás uno a uno, con gesto escandalizado. La sonrisa desapareció de los labios de Dóri.

—No, claro que no. —Se pidió una cerveza más grande, que no le supo tan bien como la primera. Marta Mist le dio un buen pellizco a Bríet en la parte superior del brazo, y la muchacha se quejó.

—Pero bueno, ¿qué te pasa? No, no van a rendirse... sacarán algo de todo esto. Lo principal es que nosotros no nos veamos involucrados en el asunto. Esto tiene una mala pinta de todos los demonios.

—La gente no es condenada por crímenes que no han cometido... lo declararán inocente, podéis estar tranquilos —dijo Andri con la boca pequeña.

—Pero ¿de dónde sales tú? —preguntó Bríet, que no estaba dispuesta a rendirse pese al escozor en el brazo. No era nada frecuente que intentara contradecir a Marta Mist, pero seguía enfadada con Dóri—. Toda la vida han condenado a la gente por errores judiciales... ¿te acuerdas del caso de Geirfinn? ¿Eh?

—Dejaos de idioteces —espetó Marta Mist, que no apartaba los ojos de Dóri.

—Todo saldrá bien, ya veréis. Vamonos a comer algo. Estoy muriéndome de hambre.

Se pusieron en pie y recogieron sus cosas. Cuando fueron a pagar las bebidas, Marta Mist se quedó aparte con Dóri.

—Aún no te has librado de todo... lo sabes. —Dóri apartó la mirada pero ella le cogió por la barbilla y le obligó a mirarla a los ojos—. ¿No has acabado de librarte de eso?

Dóri asintió con la cabeza.

—Ya está, se acabó. No te preocupes de nada.

—Yo ya no me atrevo ni siquiera a tener maría en mi casa. No estaría nada mal que tú también tomaras precauciones. Si esos dos se ponen a revolverlo todo, a los maderos se les puede ocurrir cualquier cosa y registrarnos las casas a todos. ¿Estás seguro de que te lo has quitado todo de encima?

Dóri carraspeó y la miró fijamente a los ojos. Con voz decidida, le dijo:

—Lo juro. Ya no hay nada

Marta Mist sonrió y le soltó la barbilla.

—Venga, tenemos que pagar la cuenta.

Dóri la vio alejarse. Qué curioso, le había creído. Siempre se daba cuenta cuando él intentaba alguna mentira. Había progresado en deshonestidad. *Cool*.

Póra estaba intentando que las espesas cejas del hombre que estaba sentado delante de ella no la distrajeran demasiado. Matthew y ella se encontraban en el despacho de Þorbjörn Olafsson, el director de la tesis del máster de Harald.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo Póra sonriendo.

—De nada —respondió Þorbjörn—. Si queréis dar las gracias a alguien, tendría que ser a Gunnar: es él quien nos ha reunido. Pero me parece estupendo que hayáis podido venir con tan poco tiempo de aviso. —Þorbjörn les había telefoneado poco después de que Dóri dejase la casa de Harald, y Póra y Matthew acordaron con él que irían a verle de inmediato. Þorbjörn dejó el lápiz que había estado haciendo girar entre sus dedos—. ¿Pero qué es lo que tenéis tantas ganas de saber?

Póra fue la primera en hablar.

—Imagino que Gunnar te habrá explicado nuestra relación con Harald, ¿no? —Þorbjörn asintió y Póra continuó—. Queríamos oír tu opinión sobre Harald y lo que pudieras decirnos sobre sus estudios, en especial sobre su investigación.

Þorbjörn rio.

—Bueno, no puedo decir que lo conociera. No tengo por costumbre socializar mucho con mis alumnos... no me tienta demasiado. Me interesan sus progresos en los estudios, pero como individuos me quedan un tanto lejanos.

—Pero tendrás que haberte formado alguna opinión sobre él, ¿no? —preguntó ella.

—Naturalmente que sí. Sobre todo me parecía un personaje peculiar... y no sólo por su aspecto. Pero no me resultaba especialmente molesto... a diferencia de Gunnar, por ejemplo, que no le soportaba. En realidad, a mí me divierte tener alumnos que no lo hagan todo igual que el resto del mundo. Además era una pasada trabajando, y tenía las cosas muy claras. Y yo no pido más.

Póra levantó las cejas.

—¿Tenía las cosas claras? Teníamos entendido, por lo que nos dijo Gunnar, que su investigación era bastante errática.

Þorbjörn resopló.

—Gunnar es de la vieja escuela. Harald no. Gunnar quiere que el alumno se mantenga siempre en el rumbo establecido. Harald se acercaba más a mis propias preferencias: aparcaba unas cosas y se ponía a observar las callejuelas laterales, si se puede expresar de este modo. Es así como hay que actuar en estos temas. Uno no sabe nunca adónde lleva un camino, aunque este modo de proceder exige mas tiempo que el otro. En cambio, uno se puede encontrar en el camino con muchas cosas inesperadas.

—Entonces, ¿Harald no estaba a punto de cambiar de tema de tesis, como

piensa Gunnar? —preguntó Matthew.

—En absoluto —respondió Þorbjörn—. Gunnar anda siempre pisando huevos, convencido de que todo se va a ir al demonio de un momento a otro. Lo mismo es que le preocupaba que Harald se instalara aquí y se convirtiese en estudiante eterno. Pero lo que ha sucedido es algo completamente distinto.

—¿Qué te parece si nos cuentas algo de la investigación de Harald? —solicitó Þóra—. Estamos intentando comprobar si su interés por la magia tiene quizá alguna relación de algún tipo con el crimen.

Ahora fue Þorbjörn quien elevó las cejas.

—¿Habláis en serio? —Ambos contestaron que sí—. Bueno, pues vaya. Nunca me habría esperado algo así. La historia no es tan apasionante como para que la gente asesine por ella —dijo—. Sea como fuere, Harald iba a comparar las cazas de brujas en este país y en el continente europeo. Como sabréis, aquí fueron sobre todo hombres a los que se quemó por brujería, a diferencia de lo sucedido en otros lugares. Éste era, digamos, el punto de partida de su investigación. Como Harald estaba muy familiarizado con la brujería en el continente, se dedicó a estudiar fuentes islandesas y a aprender la historia de este país durante ese periodo. En mi opinión, había logrado adquirir una visión muy completa de la misma cuando lo asesinaron.

—¿Y qué es de esas callejuelas laterales? —preguntó Matthew.

Þorbjörn reflexionó un momento.

—Al principio estaba interesadísimo en el obispo Jón Arason y en la imprenta que hizo traer al país. En un primer momento yo no comprendía qué relación creía él que pudieran tener esas cosas con la caza de brujas, pero le dejé que siguiera ese camino, a ver qué salía. Luego dejó ese asunto y se interesó por el obispo Brynjólfur Sveinsson de Skálholt. Eso me gustó más.

—¿Tenía alguna relación con la caza de brujas? —preguntó Þóra.

—Naturalmente —respondió el profesor—. Era obispo en esa época, pero se le consideraba bastante blando. Se sabe que impidió que llevaran a la pira a unos escolares de Skálholt, aunque les habían encontrado un prontuario de conjuros. Pero mirándolo con detenimiento, la verdad no parece tan clara. Por ejemplo, no hizo nada por disuadir a su pariente el reverendo Páll de Selárdal, que fue de los primeros en formular acusaciones de brujería. Siete personas fueron quemadas en la pira bajo la sospecha de haber causado enfermedades en la granja del reverendo Páll.

—Ese prontuario de conjuros que has mencionado, ¿estaba Harald muy interesado en él? —preguntó Matthew. Þorbjörn sacudió la cabeza lentamente.

—No, no recuerdo que lo estuviese. Es conocido como *Skálholtsskrsæða* y es probable que Brynjólfur lo hiciera desaparecer. Pero copió ochenta de los conjuros que se mencionaban en él, si recuerdo bien. El caso es que Harald tenía un interés enorme por la biblioteca de Brynjólfur, en la que había manuscritos y libros impresos. Su propia historia personal, ciertamente, también despertó su interés.

—¿Y eso por qué? —preguntó Matthew. Como excusa, añadió—: No sé nada de

nada de la historia de Islandia.

Þorbjörn le lanzó una sonrisa que denotaba compasión.

—Resumiendo mucho, tuvo siete hijos, pero sólo dos sobrevivieron más allá de la infancia, Ragnheiður y Halldór —explicó—. Ragnheiður tuvo un hijo fuera del matrimonio nueve meses después de que Brynjólfur la hubiera hecho prestar juramento, en presencia de un grupo de sacerdotes, de que era virgen sin mancilla. El tener que jurar se debió a unos chismorreos de que había tenido amores con un joven auxiliar de su padre, de nombre Daði. El hijo de Ragnheiður, Svcinbjörn, fue llevado a vivir con la familia de su padre, pero murió enseguida, apenas con un año de edad. Halldór, el hijo de Brynjólfur, falleció varios años después, cuando estaba estudiando en el extranjero. Brynjólfur buscó al único que quedaba de todos sus descendientes, Þórður, otro hijo de Ragnheiður, que por entonces tenía seis años. Se convirtió enseguida en el ojito derecho del anciano. La esposa de Brynjólfur murió tres años después de que el muchachito fuera a vivir a Skálholt y, para colmo de males, Þórður pereció de tuberculosis cuando sólo contaba doce años. De modo que Brynjólfur, uno de los hombres más grandes de la historia de Islandia, quedó sin descendencia ni familia alguna. Yo tuve la sensación de que Harald se sentía muy atraído por la historia del obispo y la lección que se podía aprender de ella. Si Brynjólfur hubiera tratado mejor a su hija en sus malos momentos, uno se ve tentado a pensar que les habría ido mejor, a él mismo y a su familia. Por decirlo de alguna manera, Ragnheiður saltó de la sartén al fuego. Cuando prestó juramento dijo la verdad, pero aquella misma noche hizo que Daði la dejara embarazada, a fin de vengarse del anciano.

—No me extraña que a Harald le atrajese tanto esta historia —dijo Þóra—. ¿Seguía Harald estudiando a Brynjólfur cuando lo asesinaron, o había empezado a pensar en alguna otra cosa?

—Si no recuerdo mal, su interés por Brynjólfur había disminuido un poco... el caso es que se lo sabía ya todo sobre él, por activa y por pasiva. En realidad, me dijeron que se había tomado libre la semana antes de ser asesinado, de modo que no sé muy bien en qué andaba metido en ese momento.

—¿Sabes si Harald había venido a este país para alguna otra cosa, además de los estudios? ¿Andaba a la busca de objetos antiguos, o de algo que pudiera considerarse valioso desde el punto vista histórico? —preguntó Matthew. Þorbjörn rió.

—¿Te refieres a tesoros o cosas así? No, nunca hablamos de nada de eso. Harald me parecía tener los pies bien puestos en el suelo; era un estudiante muy aplicado y a mí me encantaba trabajar con él. No dejéis que Gunnar os arrastre a compartir sus puntos de vista.

Þóra decidió pasar a hablar de otra cosa, y le preguntó por la reunión que se había celebrado en el edificio la noche antes del crimen.

—Ah, muy bien —dijo el profesor. La cara de diversión había desaparecido de



sus ojos—. Estuvimos aquí la mayoría de los profesores del departamento. ¿Estás insinuando algo?

—En absoluto —respondió Þóra de inmediato—. Pregunto solamente por si acaso hubieras notado algo que pudiese ayudarnos; algo de lo que no te dieras cuenta cuando te tomaron declaración. Es frecuente que uno se acuerde de cosas más tarde.

—No creo que se pueda sacar mucho de los que estuvimos en la reunión. Hacía ya tiempo que nos habíamos marchado cuando apareció el asesino, si comprendí bien a la policía. Estábamos festejando la solicitud conjunta de una beca Erasmus en colaboración con una universidad noruega. No somos tan noctámbulos como para pasarnos demasiado tiempo en reuniones de este tipo. Nos habíamos ido todos ya antes de las doce.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Matthew.

—Totalmente: yo me fui el último, y además conecté el sistema antirrobo. Si se hubiera quedado alguien en el interior, se habrían puesto a sonar todas las alarmas del edificio. Me ha pasado a mí, y no es nada divertido. —Miró a Matthew, que no parecía muy convencido, y añadió—: Los datos del sistema lo confirmarán.

—No me cabe la menor duda —dijo Matthew sin el menor gesto.

## **10 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 24

En la información meteorológica de la noche anterior habían predicho buen tiempo y, efectivamente, así parecía ser. Se encontraban en la oficina de la escuela de vuelo, donde habían ido Þóra y Matthew el día anterior para alquilar un aparato. Matthew se encontraba en ese momento totalmente enfrascado en rellenar un formulario para el piloto, mientras Þóra aprovechaba la ocasión para tomar el café que le habían ofrecido. El precio del vuelo la había cogido realmente por sorpresa: el vuelo a Hólmavík llevaría apenas una hora en cada sentido y el precio era más bajo que si hubiesen ido en coche y se hubiesen alojado en un hotel. Además, le habían ofrecido una rebaja... si aceptaban que fuera un alumno quien llevase los mandos. Þóra decidió pagar la tarifa más alta.

—OK., pues entonces, listos para el combate —dijo el piloto sonriendo. Era tan joven que no debía de haber pasado mucho tiempo desde que pilotaba a tarifa reducida.

Volaron sobre Reikiavik, que parecía más grande desde el cielo que a ras de tierra. Matthew miraba hacia abajo muy interesado, pero Þóra parecía dirigir la vista más bien al infinito, nunca se sentía demasiado a gusto en un avión. El viaje hasta Hólmavík pasó rápido, y enseguida apareció a la vista el aeródromo. Þóra vio que no era más que una pista estrecha y un pequeño edificio. El campo estaba justo al lado del pueblo, junto a la carretera. El piloto voló sobre la pista para examinarla; luego viró, satisfecho con lo que había visto, y aterrizó con suavidad. Se soltaron los cinturones y bajaron.

Matthew sacó su móvil y se dispuso a llamar.

—¿Cuál es el número de la parada de taxis? —preguntó al piloto.

—¿Parada de taxis? —respondió, sin poder reprimir una risa—. Aquí no hay ni siquiera un taxi... no digamos una parada. Tendrán que caminar.

Þóra sonrió al piloto, como diciendo que ya lo sabía. Pero en realidad, al igual que Matthew, ella también se había hecho a la idea de ir al museo en taxi.

—Vamos, no está lejos —le dijo al escandalizado Matthew.

Fueron caminando por la carretera, que no tenía ni asomo de tráfico y llegaron a la gasolinera y a la tienda que daban la bienvenida al pueblo. Entraron a preguntar el camino. La chica que atendía era la simpatía en persona, y salió con ellos para indicarles cuál era el edificio del museo. No habría podido ser más sencillo, caminar un poco por la calle que seguía la línea de la playa hasta entrar en el pueblo; allí mismo, al lado del puerto, estaba el museo. Desde lejos se podía distinguir un edificio de madera con techo verde de turba. Eran sólo unos cientos de metros y

hacía buen tiempo. Allá fueron.

—Reconozco este sitio por las fotos que había en el ordenador de Harald —dijo Þóra mirando a Matthew, que iba detrás de ella. La acera era tan estrecha que no podían caminar uno al lado del otro.

—¿Muchas fotos de este lugar? Algo significativo, quiero decir.

—No, no tanto —respondió ella—. En realidad eran sólo las típicas fotos de turista, si descontamos varias que tomó dentro del museo, donde no se puede fotografiar —precisó pisando con mucha prudencia una zona resbaladiza de la acera—. Ten cuidado aquí —advirtió a Matthew, que pasó por encima de una zancada—. Realmente no vas muy bien calzado para caminar —le dijo, clavando los ojos en sus zapatos negros de vestir. Iban conjuntados con el resto de la ropa de Matthew, eso sí: pantalones planchados con raya, camisa y chaqueta de lana. Ella llevaba vaqueros y zapatos de caminar y se había puesto un jersey de cremallera y el chaquetón de pluma. Matthew no quiso saber nada de ponerse abrigo; cuando fue a recogerla y ella entró en el coche se limitó a levantar las cejas: la parte superior del cuerpo ocupaba tres veces más espacio.

—Cuando muera, espero no tener que seguir sintiendo la tierra bajo los pies —dijo Matthew con fastidio—. Me podía haber avisado el tipo ese. —El tipo al que se refería era el director del Museo de Brujería, a quien Matthew había llamado el día anterior para asegurarse de que no encontrarían el edificio vacío.

—Te sentará bien. Ya se nota que no eres muy andarín —respondió Þóra—. Eso no es nada práctico en Islandia. Si no acabamos pronto tendré que arrastrarte hasta el pueblo y comprarte un jersey de tipo campestre.

—Jamás —respondió Matthew malhumorado—. Por encima de mi cadáver.

—Ese día llegará antes de lo que te imaginas, si sigues así —repuso ella—. ¿Pero no tienes frío?... ¿quieres ponerte mi chaquetón? —añadió.

—Hice las reservas para el Hotel Rangá para esta noche —dijo él, y cambió rápidamente de tema—. Y voy a dejar el coche alquilado y coger un todoterreno —añadió.

—Vaya, ya eres medio islandés.

Finalmente llegaron al final del camino y al museo... sin un solo resbalón. Por fuera, el museo tenía aspecto de edificio tradicional. La explanada de delante, que estaba delimitada por un bajo murete de piedra, se encontraba cubierta de cantos rodados y había unos cuantos tocones arrastrados por las mareas. La puerta era de un color rojo fuego que desentonaba un poco con el aspecto terroso del edificio. En un banco de madera que había en el exterior estaba sentado un cuervo gordo y rechoncho. Cuando Þóra y Matthew se acercaron, miró hacia el cielo, abrió desmedidamente el pico y graznó. Entonces extendió las alas y se elevó hasta el alero del tejado, desde donde los miró entrar.

—Muy apropiado —dijo Matthew mientras abría la puerta y dejaba pasar a Þóra.

Ante ellos apareció un pequeño mostrador, a la derecha, y justo delante varias estanterías con objetos a la venta relacionados con la brujería. Todo muy limpio y nada ostentoso. Detrás de la mesita había un joven que levantó los ojos del diario *Morgunblaðið* que estaba leyendo.

—Buenos días —dijo con una sonrisa—. Bienvenidos al Museo de Brujería de Strandir.

Póra y Matthew se presentaron, y el joven señaló que los estaban esperando.

—Estoy aquí haciendo una sustitución —dijo después de darles la mano y presentarse como Þorgrímur. El apretón de manos de Þorgrímur era de los de estilo antiguo, firme y franco—. El conservador del museo está de sabático, pero espero que no les importe demasiado.

—No, no, perfecto —respondió Póra—. ¿He entendido bien que usted estaba aquí ya el otoño pasado?

—Sí, en efecto. Me incorporé en julio. —La miró con curiosidad y preguntó—: ¿Puedo preguntar por qué me lo pregunta?

—Como le dijo Matthew ayer, estamos investigando un caso relacionado con una persona interesada en temas de brujería. Estuvo aquí el otoño pasado, y nos encantaría poder hacernos una idea precisa sobre su forma de pensar. Confío en que le recordará.

El hombre rió.

—Pues eso no es tan seguro. Por aquí viene mucha gente. —Se dio cuenta de que en aquel momento allí no había nadie más que el mismo y los dos visitantes y añadió, apurado—: Claro, no en esta época del año... esto suele estar lleno de gente en la temporada turística.

Matthew sonrió irónico.

—Pues mire, a ese hombre no se le olvida fácilmente. Era un estudiante alemán de Historia y con un aspecto muy poco convencional. Se llamaba Harald Guntlieb y fue asesinado recientemente.

El rostro de Þorgrímur se iluminó.

—Ya, sí, ¿era... bueno, iba todo lleno de, cómo expresarlo... de adornos?

—Sí, si quiere llamar adornos a eso —repuso Póra.

—Pues sí, claro... lo recuerdo perfectamente. Vino con otro hombre, algo más joven, pero éste no se atrevió a mirar nada, por la resaca. Hace no mucho que leí en el periódico que habían asesinado al alemán aquel.

—Pues sí—dijo Matthew—. Y del flaco... ¿puede decirnos algo de él?

El joven sacudió la cabeza.

—No directamente... al despedirse dijo que era médico. Creo que debía de estar bromeando. Despertó a su amigo a gritos al irse a marchar. Yo estaba en la puerta mirando. Recuerdo que me pareció poco probable que aquel muchacho fuese médico, tumbado como estaba en el banco de ahí fuera.

Póra miró a Matthew y los dos intercambiaron miradas de reconocimiento:

Halldór.

—¿Y recuerda algo más de la visita? —preguntó ella.

—Recuerdo que sabía muchísimo. Es estupendo tener un visitante tan preparado en historia y brujería. Por regla general, la gente no sabe nada; la mayoría ni siquiera distingue un chupaleches de unas calzas de muerto. —Por el gesto de los visitantes, se dio cuenta de que se trataba de dos de esa misma especie—. ¿Qué tal si empezamos dando un paseo por el museo y les explico lo más importante que tenemos expuesto? Mientras, podemos charlar de su amigo.

Póra y Matthew se miraron, se encogieron de hombros y siguieron al joven hacia el interior del museo.

—Ignoro si saben mucho o poco de estos temas, pero seguramente lo mejor es contarles lo más esencial. —Porgrímur se acercó a una pared donde colgaba el pellejo de un animal desconocido. La piel estaba vuelta hacia la pared, pero en el cuero que daba hacia fuera había un signo mágico grabado, aunque mucho más hábilmente que el encontrado en el cuerpo de Harald. En la pared, debajo de la piel, había una caja de madera que parecía un plumier de los de antes. Estaba entreabierta, parecía llena de pelo y contenía también una moneda de plata. En el cierre estaba grabado un signo mágico bastante complicado, y encima había una cosa informe que a lo que más se parecía era a un puercoespín mutante—. En la época de las brujas, las condiciones de vida de la gente baja del país no eran nada boyantes. Unas poquísimas familias eran dueñas de la mayor parte de las tierras agrícolas, mientras las grandes masas pasaban hambre y privaciones. No parecía existir escapatoria alguna a la miseria excepto recurriendo a la magia y a las fuerzas sobrenaturales. En esa época, esas cosas no se consideraban innaturales; por ejemplo, se pensaba que el demonio estaba siempre rondando a las personas, a la caza de almas. —Se volvió hacia la piel de la pared—. Éste es un ejemplo de brujería para enriquecerse: el signo del ratón de mar o yelmo de anillo. Hacía falta una piel de gato macho y luego dibujar en ella el signo mágico con la sangre menstrual de una doncella intacta.

Matthew frunció las cejas y echó la cabeza a un lado, para ver si Porgrímur contaba algo más del signo. El otro se dio cuenta y dijo secamente al alemán:

—Utilizamos tinta roja oscura. —Luego continuó—. Era preciso cazar una especie de gusano marino que, según de las leyendas populares, vivía en las costas del país y se llama ratón de mar. Había que cazarlo con una red hecha con pelo de una doncella intacta. —Póra sintió que Matthew le pasaba la mano por su largo cabello. Hizo lo posible por no echarse a reír y le apartó la mano como si nada—. Luego había que preparar para el ratón un nido o madriguera con una caja de madera y el cabello, y colocar allí un penique robado, y entonces el ratón se dedicaría a traer tesoros del mar a la caja. Después se tenía que poner encima el yelmo de anillo para que el ratón no se escapara, provocando una tormenta en el mar. —Se volvió hacia ellos—. Ese era el abracadabra, por así decir.

—¡Anda! —respondió Matthew señalando una pared en la que, dentro de una

vitrina de cristal, había algo parecido a la parte inferior de un cuerpo humano—. ¿Qué demonios es eso?

—Ah, eso es uno de los objetos más populares del museo. Calzas de muerto. También con ellas podía hacerse uno rico. —Þorgrímur se dirigió hacia la vitrina—. Naturalmente, esto es una reproducción artificial... obviamente. —Þóra y Matthew asintieron enérgicamente con la cabeza. Lo que se veía detrás del cristal era la piel de la parte inferior del cuerpo de un varón, al que se había eliminado el contenido... Aquel objeto le recordaba a Þóra unas mallas de punto de color rosa, sin desbastar, peludas y con órganos sexuales—. Para hacerse con unas calzas de muerto, había que firmar un contrato con una persona viva a fin de poder quitarle la piel de la parte inferior del cuerpo cuando muriese. Cuando fallecía la persona en cuestión, era preciso sacar el cuerpo de la tumba y despellejarlo de cintura para abajo... en una sola pieza. De este modo se preparaban unas calzas de muerto, que se calzaba la otra parte firmante del contrato. Las calzas de muerto crecían a la vez que la persona, y si se metía una moneda en el escroto (moneda que tenían que haber robado a una viuda pobre en Navidades, Pascua o domingo de Pentecostés) nunca se le quedaría vacía la bolsa, pues la del muerto estaría siempre llena de dinero.

—¿No podrían haber elegido un sitio mejor? —preguntó Þóra con una mueca. Þorgrímur se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y qué es esto? —preguntó Matthew, y el guía fue con ellos hacia una gran fotografía de una mujer con vestido largo, al estilo de las mujeres de siglos atrás. Estaba sentada y tenía levantada la falda hasta dejar el muslo al descubierto. Sobre éste había una verruga o alguna otra cosa horrible, que destacaba encima de la piel.

—Naturalmente, ya sabrán que en Islandia fueron varones la mayoría de los ejecutados por brujería, veinte por una sola mujer. Se piensa que era porque fueron hombres en su mayor parte quienes practicaban la brujería en este país, a diferencia de otros países de Europa. Este conjuro, llamado chupaleches, es peculiar porque se trata del único conjuro islandés que sólo las mujeres podían practicar. Para conseguir crear un chupaleches, había que robar una costilla de una tumba, el domingo de Pentecostés, envolverla en lana y llevarla entre los pechos, ir tres veces al altar y derramar vino de misa sobre aquella abominación, pues de este modo volvía a la vida. El chupaleches empezaba a crecer, y para poder seguir ocultándolo debajo de sus ropas, la mujer tenía que formar una verruga artificial con piel en su muslo. De ella obtenía el chupaleches su alimento... cuando no estaba dedicado a recorrer la comarca durante la noche para chuparles la leche a vacas y ovejas. Después, al llegar la mañana, la escupía en la mantequera de su dueña.

—El bichejo este no era precisamente simpático —dijo Þóra señalando al objeto allí expuesto: una imitación del chupaleches envuelto en lana, y por lo mismo apenas visible, pero con la boca desdentada abierta y dos ojitos blancos, sin pupilas.

A juzgar por el gesto de Matthew, él era de la misma opinión.

—Esa única mujer a la que se quitó la vida por brujería, ¿fue acusada de este

conjuro?

—No, en realidad no. Sí que hubo un caso en el suroeste en el año 1635, una mujer y su madre sospechosas de poseer un chupaleches. Se investigó pero no se llegó a ningún resultado, de modo que no se tomó medida alguna.

Continuaron por el museo observando los objetos expuestos. Lo que más impresionó a Þóra fue un poste de madera y una pila de leña. Mientras estaba contemplándolos en silencio, vino Þorgrímur y le explicó que todos los quemados por brujería, veintiuna personas en total, habían sido puestas vivas en la pira. Le dijo también que hubo tres que intentaron escapar de la pira al quemarse las ligaduras con las que estaban atados. Volvieron a echarlos al fuego, donde murieron. Señaló que la primera ejecución tuvo lugar en 1625, pero que la auténtica caza de brujas comenzó en Trékyllisvík, en la zona norte de los Fiordos Occidentales, en el año 1654. Þóra calculó mentalmente qué breve era el tiempo transcurrido desde entonces.

Después de mirar todo lo que quisieron, Þorgrímur subió con ellos al piso superior. En el camino pasaron junto a un cartel que advertía de la prohibición de sacar fotografías dentro del museo: el mismo que Þóra había visto en una de las fotos del ordenador de Harald. El guía les llamó la atención de un gran árbol genealógico en el que se representaban las relaciones de parentesco de las personas más destacadas de la brujería del siglo XVII. Les mostró cómo la clase dominante había situado espléndidamente a sus descendientes, algunos fueron gobernadores regionales, y señaló los que habían actuado como jueces. Después de mirar el árbol genealógico, Þóra tuvo que mostrarse de acuerdo con él. Matthew no prestó demasiada atención a aquello. Les dejó y fue a una vitrina en la que había copias de prontuarios de conjuros y otros manuscritos. Cuando Þóra y Þorgrímur llegaron hasta él, se hallaba inclinado sobre la vitrina.

—Es realmente increíble que se hayan podido conservar libros de brujería —dijo Þorgrímur señalando uno de los manuscritos.

—¿Quiere decir por lo antiguos que son? —preguntó Þóra inclinándose para mirar.

—Sí, también, pero sobre todo porque ser hallado en posesión de uno de ellos significaba la sentencia de muerte —respondió Þorgrímur—. Algunos están copiados a mano de manuscritos más antiguos y ya muy deteriorados, de forma que los originales no son todos de los siglos XVI y XVII.

Þóra se incorporó.

—¿Existe algún catálogo de los signos mágicos que se conocen?

—No, y es curioso. Nadie se ha puesto a ello, que yo sepa. —Con un movimiento circular de la mano atrajo la atención hacia sus palabras—: Aquí se exponen muchísimos signos, y éstas son sólo algunas páginas de los manuscritos y listas de conjuros... una exposición mínima. Así que pueden imaginarse la cantidad de signos que existen.

Þóra asintió con la cabeza. Demonios. Habría sido estupendo que Þorgrímur les



hubiera referido alguna lista de signos en la que encontrar el signo de brujería desconocido. Se dispuso a mirar más manuscritos. El expositor estaba en mitad de la sala y se podía pasear alrededor de él. Enseguida, Matthew señaló algo con el dedo.

—¿Qué signo es éste? —preguntó excitado, dando un golpecito sobre el cristal.

—¿Qué signo, dice? —preguntó Þorgrímur mirando la vitrina.

—Éste —dijo Matthew, señalándolo de nuevo. Aunque Þóra tuvo que inclinarse sobre el expositor para ver lo que estaba indicando Matthew, fue más rápida que Þorgrímur en darse cuenta de cuál era el signo que tanto le había llamado la atención. Precisamente porque era uno de los pocos que conocía: el signo mágico grabado en el cuerpo de Harald—. ¡Demonios! —dijo en voz baja.

—¿El de más abajo de la página? —preguntó Þorgrímur, indicando el signo.

—No —respondió Matthew—. El del margen. ¿Para qué se usaba?

—Puf, pues no lo sé —respondió el joven—. Desgraciadamente no se lo puedo decir. El texto de la página no tiene nada que ver con él... es un ejemplo de signo mágico que el dueño del libro añadió personalmente al margen. Era bastante frecuente, se encuentran signos de éstos en otros libros y manuscritos que no tienen relación directa con la magia.

—¿De qué manuscrito es esto?

—Este manuscrito es del siglo XVII, propiedad del Real Instituto de Antigüedades de Estocolmo. Es conocido como *Libro islandés de conjuros*. Como es lógico, el autor es desconocido. Contiene una cincuentena de conjuros de diverso tipo... la mayoría son inocentes, destinados a proporcionar auxilio a la gente o a protegerlos de algo.

Se inclinó para leer el mismo texto que Þóra intentaba descifrar.

—Claro que hay varios mucho más tenebrosos... uno es, por ejemplo, un conjuro de muerte, destinado a matar a la persona contra la que se dirige. Uno de los dos conjuros amorosos que hay resulta igualmente bastante tétrico. —Levantó los ojos del expositor—. Qué curioso. Su amigo, Harald, mostró un especialísimo interés, precisamente, por esta parte del museo, los prontuarios y los manuscritos.

—¿Preguntó por este signo en particular? —inquirió Matthew.

—No, que yo recuerde —respondió Þorgrímur, pero enseguida añadió—: En realidad, yo no soy especialista en este campo y no podía ayudarle demasiado... pero recuerdo que le puse en contacto con Páll, que es el verdadero director del museo. Él lo sabe todo sobre estos temas.

—¿Cómo podemos localizarlo? —preguntó Matthew inquieto.

—Pues va a ser un problema... está en el extranjero.

—¿Y? ¿No se le puede llamar por teléfono, o enviarle un correo electrónico? —preguntó Þóra, no menos sobre ascuas que Matthew—. Para nosotros es de extrema importancia saber lo que significa ese signo.

—Bueno, tengo su número de teléfono por alguna parte —respondió Þorgrímur, mucho más tranquilo que ellos—. Quizá sería mejor que le llamara yo

primero... para explicarle el asunto. Después, él mismo puede ponerse en contacto con ustedes.

Þorgrímur volvió a la mesa del mostrador y sacó una agendita que se puso a hojear. Luego alargó una mano hacia el teléfono y marcó un número, procurando que ellos no lo viesen. Pasó un ratito hasta que empezó a hablar, de repente... sólo para dejar un mensaje en el buzón de voz.

—Lo siento. No responde. Supongo que llamará en cuanto reciba el mensaje... quizá esta noche, quizá mañana, quizá pasado. —Þóra y Matthew entregaron sus tarjetas a Þorgrímur sin hacer nada por disimular su decepción. Þóra le pidió que les informase en cuanto se pusiera en contacto con Páll. Él dijo que sí y colocó la tarjeta dentro de la agenda—. Y volviendo a su amigo, ¿no querían saber qué es lo que estuvo haciendo aquí? —preguntó finalmente.

—Sí, claro, desde luego —respondió Þóra—. Aparte de los manuscritos, ¿hubo algo que le interesara especialmente, o mencionó algo que estuviera buscando?

—Fueron sobre todo los manuscritos, si no recuerdo mal —dijo Þorgrímur pensativo—. En realidad, me hizo una oferta por el cuenco de sacrificios de ahí dentro... nunca llegué a estar del todo seguro de si bromeaba o no.

—¿Cuenco de sacrificios? ¿Qué cuenco de sacrificios? —preguntó Matthew.

—Sígueme... está justo aquí al lado. —Le siguieron hasta un cuartito donde había un cuenco de piedra, guardado en una vitrina de cristal en mitad del cuarto.

—Esto es un cuenco que se usaba en los sacrificios: se encontró cerca de aquí y la policía científica confirmó que contiene restos de sangre. Restos antiquísimos.

—Menudo mamotreto —dijo Þóra en voz alta—. ¿No podían haber hecho el cuenco de madera? —Aquel mastodonte de piedra pesaba sin duda una buena cantidad de kilos. Lo habían tallado para formar en el centro una concavidad.

—¿Y no estaba en venta? —preguntó Matthew.

—No, de ninguna manera. Se trata del único objeto del museo que no es réplica, y por si fuera poco, yo no estoy autorizado para comerciar con los bienes del museo.

Þóra observó la piedra con mucho detenimiento. ¿Quizá era aquél el tesoro que Harald codiciaba? Difícilmente.

—¿Seguro que se trata de la misma piedra?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Þorgrímur, extrañado.

—No, nada. No existe ninguna posibilidad de que el director le tomara la palabra a Harald, le vendiera la piedra y la sustituyera por otra, ¿verdad?

Þorgrímur sonrió.

—Ni la más mínima posibilidad. Ésta es la misma piedra que ha estado siempre aquí. Me atrevería a apostar la cabeza. —Se dio la vuelta y salió de la sala con los dos visitantes justo detrás de él—. Como les he dicho: lo propuso medio en broma.

—¿Pero había alguna otra cosa que dijera, o preguntó por algo más? —inquirió Þóra—. Algo que no pueda considerarse normal.

—Sí, ya les dije que lo que más le interesó fueron los manuscritos y los

prontuarios de conjuros —repitió Þorgrímur—. Y me preguntó por el *Martillo de las brujas*, si yo había visto, o por lo menos había oído decir, que hubiese en este país una edición realmente antigua. Nunca había oído tal cosa, y se lo hice saber. ¿Ustedes saben quizá de qué estoy hablando? —Les miró.

—Sí, sí, lo conocemos —Matthew respondió por los dos.

—Le pregunté de dónde había sacado la idea y me respondió que había unas cartas antiguas que indicaban que un ejemplar había acabado aquí.



## Capítulo 25

No hay muchas construcciones en Islandia que puedan presumir de un acceso tan espléndido como el edificio central de la Universidad de Islandia. Bríet disfrutaba de la vista, sentada en las escalinatas que daban al paso de vehículos, en forma de herradura. Por algún motivo le apeteció de pronto tener coche. Pero de eso no se podía ni hablar, con aquella porquería de beca... le encantaría agarrar al miserable que calculaba el importe de los gastos de mantenimiento que servía para establecer la cuantía de las becas. Sería estupendo terminar los estudios y ponerse a trabajar... no es que los historiadores fueran gente con elevados ingresos; si en lo que pensaba era en el sueldo, no habría podido coger un camino más equivocado. Por eso se le vino a la cabeza la idea de buscarse un buen partido como su hermana, que se había casado con un abogado. El marido trabajaba en uno de los grandes bancos y estaba forrado, y su hermana vivía como una reina. Ahora se estaban construyendo una casa enorme en Vatnsendi y ella, licenciada en ciencias políticas, no trabajaba más que media jornada en un ministerio y podía pasarse el resto del día de compras. Bríet se inclinó sobre el hombro de Dóri, que estaba sentado a su lado. Era tan guapo, y un chico estupendo y, por si fuera poco, los médicos se lo montan muy bien.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el joven al tiempo que arrojaba la bola de nieve que había estado preparando.

—Nada, no sé —respondió Bríet cansinamente—. En Hugí, más que nada.

Dóri siguió con los ojos el recorrido de la bola de nieve... subió muy alto y aterrizó justo al lado de la estatua de Sæmundur el Sabio.

—Era mago —dijo Dóri—. ¿Lo sabías?

—¿Quién? —preguntó Bríet extrañada—. ¿Hugí?

—No, Sæmundur el Sabio.

—Ah, ya. Sí, claro que lo sabía. —La chica sacó una cajetilla del bolso—. ¿Quieres uno? Es tu marca favorita. —Le dio el paquete con una sonrisa.

Dóri miró el paquete, luego a ella, y sonrió también.

—No, gracias. Ya tengo. —Cogió uno de sus propios cigarrillos y cada uno se encendió el suyo. Se inclinó hacia delante, de modo que Bríet tuvo que quitar la cabeza de su hombro—. Menuda mierda.

—Cuéntame. —Bríet no sabía qué decir, y decidió poner los pies en el suelo con mucho cuidado. No quería que Dóri hiciese una tontería que pudiera dañarla a ella, y naturalmente a él mismo. Pero quería demostrarle que ella era mucho más comprensiva y estaba más en sus cabales que Marta Mist.

—Estoy ya hasta las narices de todo este rollo. —Miró hacia delante y pensó

antes de continuar—. Los demás estudiantes son completamente distintos a nosotros.

—Ya lo sé —dijo Bríet—. No somos precisamente unos estudiantes universitarios típicos. Yo también estoy hasta las narices. —Pero por qué, eso no lo sabía.

Dóri continuó y Bríet tuvo la sensación de que no había escuchado lo que ella acababa de decirle.

—Realmente, lo que más me choca es que los demás estudiantes... que no andan siempre de juerga y de pedo todo el día como nosotros... no parecen menos contentos de la vida y de la existencia de lo que podamos estarlo nosotros. Si acaso, están más contentos.

Bríet se dio cuenta de que hasta allí habían llegado. Pasó el brazo sobre el hombro de Dóri e inclinó su rostro hacia el suyo.

—He estado pensando exactamente lo mismo. Hasta aquí hemos llegado; si Andri y los demás quieren seguir, tendrá que ser sin mí. Me voy a centrar en los estudios y en todo lo demás. Esto ya no me resulta tan divertido. —Había omitido adrede el nombre de Marta Mist, por miedo a traicionarse.

—Qué curioso... yo digo lo mismo. —La miró y sonrió—. No somos tan distintos tú y yo.

Bríet le besó suavemente en la mejilla.

—Hacemos buena pareja. A la mierda con los demás.

—Con Hugi no —dijo Dóri, y la sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

—No, claro que no —se apresuró a decir la muchacha—. Siempre estoy pensando en él... ¿cómo estará?

—Horrible. Ya no aguanto esto más tiempo.

—¿El qué? —Bríet se sintió mal por preguntar... habría sido mejor poder limitarse a adivinar a qué se refería, pero no estaba segura de acertar, y para eso no valía la pena intentarlo.

Dóri hizo ademán de ponerse en pie.

—Le voy a conceder unos días más a la abogada esa... luego iré a la policía. Me importa una mierda lo que pueda pasar.

Demonios. Bríet intentó por todos los medios pensar algo que pudiera devolverle el sentido común a Dóri... no le habría molestado nada dejarlo en manos de Marta Mist, si hubiera estado allí con ellos.

—Dóri, tú no mataste a Harald, ¿verdad? Tú estabas en el Kaffibrennslan, ¿no es cierto?

El joven se levantó y la miró, con un gesto que podía indicar cualquier cosa menos alegría.

—Claro que estaba en el Kaffibrennslan. ¿Y dónde estabas tú? —Se marchó.

Bríet se sintió herida. Se apresuró a ponerse en pie y decirle:

—No quería decir eso, perdona. Sólo quería decir... ¿por qué ir a la policía?

Dóri dio media vuelta.

—Sabes... ya soy incapaz de comprender porqué Marta Mist y tú os oponéis tan radicalmente. Esas cosas siempre se deben a algún sentimiento de culpabilidad. No lo olvides. —Se alejó dando zancadas.

Bríet no sabía qué hacer. Después de pensarlo un momento cogió el móvil y llamó.

Laura Amamig se dirigió hacia el porche del Árnagarður, donde Gloria estaba ajetreada pasando la aspiradora por la moqueta. Laura no había conseguido hablar con ella a solas en toda la mañana, de ahí que aprovechara encantada aquella oportunidad.

—Gloria —le dijo en la lengua materna de ambas—. Tengo que preguntarte una cosa.

Ésta levantó la vista, extrañada.

—¿Qué? Estoy pasando la aspiradora como tú me enseñaste.

Laura hizo un gesto con la mano, para apartar aquella idea.

—No pienso hablarte del trabajo. Querría saber si notaste alguna cosa extraña en la sala de alumnos el fin de semana que cometieron el crimen. Tú limpiaste allí esos días. Antes de que encontraran el cuerpo.

Los oscuros ojos de Gloria se encendieron.

—Ya os lo dije, a vosotros y a la policía. No había nada.

Laura la miró con gesto serio. Estaba mintiendo.

—Gloria. Dime la verdad. Sabes que mentir es pecado. Dios sabe lo que viste allí. ¿Seguirás mintiéndole también a Él cuando le mires a los ojos? —Cogió a la muchacha por los hombros y la obligó a mirarla a los ojos—. No pasa nada. No podías saber que se había cometido un crimen. Aquel fin de semana no entró nadie en el cuartito de impresoras. ¿Qué viste?

Una lágrima se escurrió por la mejilla de Gloria. Laura no le dio mayor importancia, no era la primera lágrima que la muchacha derramaba en el trabajo.

—Gloria. Tranquilízate. Dímelo... yo encontré restos de sangre en la manija de la ventana. ¿Qué había allí?

Las lágrimas eran ya dos, luego se hicieron tres y a continuación fluyeron en caudaloso torrente. Dijo de repente entre sollozos:

—No lo sabía... no lo sabía.

—Lo sé, Gloria. Todo el mundo lo sabe. ¿Cómo ibas a saberlo? —Secó las lágrimas de las mejillas de la muchacha—. ¿Pero qué es lo que había allí?

—Sangre —dijo la muchacha mirando de reojo a Laura—. Pero no era un charco de sangre o eso. Sólo sangre que alguien había intentado limpiar pero sin conseguir hacerlo a fondo. No me di cuenta hasta que la limpié del suelo con la bayeta. No podía imaginar nada entonces... no tenía ni idea de que... ya sabes.

Laura suspiró aliviada. Restos de sangre... nada más. Y tampoco sería tan terrible para Gloria; difícilmente podría verse envuelta en un problema por haberlo ocultado. La misma Laura había ocultado también la bayeta con sangre de la ventana, y ahora podía dársela a Tryggvi, y él a la policía. Ellos tenían métodos para saber de quién era aquella sangre. A Laura ya no le cabía duda de que el crimen se había cometido allí dentro.

—Gloria, niña, no te preocupes por esto. Son insignificancias y no tienen ninguna importancia. —Sonrió pero, para su asombro, la chica siguió llorando.

—Hay más cosas —dijo entre los sollozos.

—¿Más? —preguntó Laura asombrada—. ¿El qué, qué más?

—Encontré más allí por la mañana. En el armario de los cubiertos. Te lo enseñaré —dijo llorando—. Lo escondí. Ven.

Laura siguió a Gloria a uno de los cuartos de limpieza del primer piso. Allí aquélla se subió a una escalerilla, anegada en lágrimas, y llegó hasta el último estante. Bajó con una cosa pequeña envuelta en una toalla y se la dio a Laura; por fin había conseguido dominar el llanto.

—Lo escondí porque sabía que esto era algo extraño. Y cuando se encontró el cadáver, descubrí lo que era y me asusté mucho. Ahora tiene mis huellas dactilares, y estaba segura de que la policía creería que era yo quien le había matado. Pero yo no le maté.

Laura desdobló la toalla con mucho cuidado. Dio un alarido y se santiguó. Al verla, Gloria volvió a echarse a llorar.

Guðrún, o Gurra, como la llamaban sus amigos, necesitó un gran esfuerzo para reprimir el deseo de limarse las uñas. Hacía tanto tiempo desde la última vez que tuvo ocasión de hacerlo, que ni siquiera era capaz de recordar cuándo había sido: si antes o después de casarse con Allí. Se miró las manos bien cuidadas. Por desgracia, no llevaba laca de uñas; mordérselas sería un buen tranquilizante para el nerviosismo. Pensó en ponerse laca simplemente para esperar a que se endureciera y entretenerse después en ir quitándosela, pero no lo hizo. En lugar de eso, se levantó y fue a la cocina. Era sábado y había pensado hacer algo rico de comida. Allí trabajaba todos los días menos los domingos, por eso las tardes de los sábados eran los únicos días en que podía relajarse un poco. Miró el reloj: aún faltaba demasiado para la hora de la cena como para ponerse ya a cocinar. Suspiró. Todo está limpio y ordenado... así que ni limpiar podía. Pero algo tenía que buscarse para matar el tiempo si no quería volverse loca. Algo que le apartara la mente de aquella ansiedad tan opresiva. Recordó lo mal que se sintió cuando llegó a la puerta la policía con aquella orden de registro del piso de arriba. No pasó nada. Increíble pero cierto. Todas sus preocupaciones resultaron inútiles y pudo volver a relajarse. Hasta hacía muy poco.

¿Por qué andaba esa gente hurgando en el caso otra vez? ¿No estaba satisfecha

la policía con el resultado? ¿Para qué revolverlo todo de nuevo? Suspiró en voz alta. ¿En qué había estado pensando? Aunque Alli fuera casi siempre tan aburrido como un muerto y anduviera ya perdiendo todo interés en su matrimonio, eso no quería decir que ella deseara quitárselo de encima. Además, había muchas cosas que le hacían querer conservarlo. Tenía cuarenta y tres años y ya era demasiado mayor para volver a entrar en el circuito.

Qué tonta había sido. Acostarse con el inquilino. Además, aquel apartamento se lo habían alquilado a hombres mucho más atractivos que aquel alemán majareta. No podía estar en su sano juicio... aparte de que sucedió más de una vez, y más de dos. El sexo con él había sido divertido... eso no se podía negar. Hasta tenía algo de aventura; seguramente porque sabía que no debería estar haciéndolo. Además, Harald era mucho, pero que mucho más joven que su marido, tanto más delicioso por eso mismo. Si no hubiese estado siempre tan terriblemente chiflado por toda clase de anillos y cicatrices y alfileres.

Piensa, piensa... respiró hondo. ¿Cómo iban a enterarse? Nadie lo sabía, por lo menos ella no se lo había contado a ningún bicho viviente. Sólo la razón le había impedido ponerse a presumir delante de su mejor amiga. Y Harald difícilmente habría hablado de aquello. Él no tenía necesidad de presumir: siempre había un montón de mujeres jóvenes subiendo a su apartamento. Si tuviese necesidad de alardear de su vida sexual, siempre podía presumir de ellas. Se pensó mejor el asunto... aquel «montón» eran en realidad principalmente dos chicas, una alta y pelirroja, la otra menudita y rubia. De lo otro difícilmente se habría puesto a hablar, por lo menos la policía no se había oído nada en absoluto. Había hablado brevemente con ellos varias veces y nunca salió nada, ni en lo que dijeron ellos ni en una insinuación que pudiese indicar que no viesan su relación con Harald como la habitual entre casera e inquilino. Además, y.i se había acabado todo. Harald le había dicho que no podía continuar, que tenía una serie de cosas pendientes. Al recordarlo hizo una mueca. Habría preferido ser ella quien rompiera la relación... no él. En realidad, el que le diera las gracias tan efusivamente por las horas que habían pasado juntos no impidió dejarla tirada. Enrojeció al pensarlo. Pobrecita inocente. Le había fastidiado tanto saber qué era lo que pasaba y que él no dijese nada. Y es que había empezado con una novia. Gurra los había visto entrando y saliendo del apartamento varias veces, la semana antes del asesinato. Era una chica nueva que no había ido nunca antes al piso de Harald; por lo menos que Gurra supiese. Hablaban alemán entre ellos, de modo que la chica debía de ser compatriota suya... a lo mejor, a la hora de la verdad, las islandesas no le resultaban suficientemente buenas. Su cólera creció con la hipocresía de Harald; no había nada malo en que ella siguiese engañando a su marido, pero él era demasiado bueno para engañar a su mierda de novia.

Y qué, ya estaba acabado todo, y lo que había que hacer ahora era no darle vueltas a una cosa que quizá no llegaría nunca a salir a la superficie. Se dirigió hacia el lavadero. Hacía tiempo desde que pasó por allí la última vez. Daba al pasillo y se



podía entrar desde su propia casa y desde la puerta de la calle del apartamento de Harald. Aquél era uno de los pocos cambios que hicieron en la casa cuando decidieron comprarla y alquilar el piso de arriba. Quitó el pestillo y entró. Claro que sí, aquí sí que podía encontrar algo que hacer. Aún había restos de los sabuesos que lo recorrieron todo husmeando en busca de drogas. Por suerte no encontraron nada de eso: Gurra no sabía si aquello los hubiera convertido en sospechosos a Alli y a ella, o si los hubieran puesto en una lista, caso de encontrarse droga en aquel espacio común. Por lo menos pidieron que les dejaran estar presentes en el registro. Y no es que hubieran tocado nunca las drogas, al menos ella. Quién sabe si Alli la había probado en alguno de sus interminables viajes. En cualquier caso no sucedió nada: la policía puso a los perros a olisquear por allí dentro y cuando parecieron satisfechos, el grupo entero se marchó sin decir ni una palabra más. Habían mirado dentro de la secadora y la lavadora, más por curiosidad que por cualquier otro motivo. Pero tampoco hicieron las cosas demasiado a fondo.

Abrió el armario y sacó el cubo y la fregona. Al hacerlo apareció una caja grande. Se quedó mirándola. La última vez que había fregado allí, en el armario, no había ninguna caja. En realidad estaba vacío, aparte de los trastos de limpieza de las dos viviendas. Sacó la caja con mucho cuidado. Tenía que ser de Harald. Intento recordar cuándo había sido la última vez que había fregado allí. Dios mío... fue allí precisamente donde Harald la dejó colgada. Había entrado a poner la lavadora y cuando hizo notar (para que no hubiera malentendidos) que estaba allí ocupada, apareció él a comunicarle tan sonriente que el asunto se había acabado. Aquella caja la había dejado allí en algún momento justo antes del crimen. ¿Por qué? Nunca aceptó utilizar el espacio que ella le ofreció en el trastero. Las cuatro estanterías destinadas a los inquilinos estaban vacías. ¿Podía ser que le hubiese querido ocultar algo a su nueva amante, lo hubiese metido en la caja y la hubiese dejado luego allí dentro? Teniendo en cuenta cómo acabó y lo raro de la decoración de su apartamento, era dudoso que tuviese algo que ocultar. Gurra dio las gracias de todo corazón. A menos que se hubiera dedicado a hacer fotos de sus anteriores compañeras de sexo y luego hubiese querido evitar que la chica nueva las encontrase. Pocas cosas había más repelentes que pensar en el sexo de esa forma: saber que al cabo de un rato una misma formaría parte de la colección. Gurra se cogió la cabeza entre las manos. Entonces podía ser que también ella estuviese allí, en un carrete o en una foto. Se quedó inmóvil mirando fijamente la caja que tenía a sus pies. Había que abrirla. No quedaba otra solución. Abrir la caja y comprobar que no había en ella nada que pudiera traicionar su secreto.

Gurra se inclinó y apretó las alas de cartón para abrirlas. Clavó los ojos en lo que había dentro. Nada de fotos... nada de carretes. Eran trapos que envolvían unos objetos, seguramente frágiles, así como unos papeles en fundas de plástico. Se sintió enormemente aliviada. Cogió uno de los papeles y vio que era una carta antiquísima, que imaginó sería valiosa. Pero no comprendía la letra ni el texto, de modo que se

puso la carta debajo del brazo... la miraría más tranquilamente después. Hojeó el resto de los papeles y comprobó, con gran alivio, que tampoco tenían nada que ver con la vida sexual o privada de Harald. Una de las hojas le llamó la atención. Estaba muy mal escrita, unos fragmentos a medio terminar, en tinta roja, y el papel (si aquello era papel) era espeso, oscuro y de tacto de cera. El texto era de lo más extraño y había runas o signos de alguna clase dibujados en la parte inferior de la hoja. Y estaba firmada con los nombres de dos individuos; ninguna de las dos firmas era legible, pero por el contrato de alquiler reconoció una de ellas como la de Harald. Volvió a meter el papel en la caja. Qué raro.

Curra hurgó entre las cosas que había hasta llegar a los objetos frágiles que estaban envueltos en paños, en el fondo de todo. Sacó uno de los envoltorios y lo levantó con cuidado. No pesaba mucho... en realidad era como si dentro de los paños no hubiese nada. Lo abrió con mucha cautela y se quedó perpleja mirando lo que contenía. Soltó un grito, estrujó la carta antigua y soltó el paño. Salió corriendo del lavadero y cerró con llave.

Gunnar levantó el teléfono y marcó el número de María, la directora del Instituto Árni Magnússon. Era bastante probable que siguiera allí, aunque fuera sábado. Se acercaba una importante exposición y si la última exposición del mismo tamaño había enseñado algo es que el Instituto estaba lleno a todas horas.

—Hola, María, aquí Gunnar. —Procuró que la voz sonara adecuadamente autoritaria: la voz de un hombre que no tiene nada que ocultar y que no alberga deseo alguno de aparentar más de lo que era.

—Ah, eres tú —La lacónica respuesta indicaba que no lo había conseguido—. Justamente iba a ponerte en contacto contigo. ¿Tienes alguna noticia que darme?

—Sí y no —respondió el decano lentamente—. Estoy en el buen camino de encontrar el documento, creo.

—Me siento mucho mejor ahora que *crees* que lo estás —dijo ella con ironía.

Gunnar se esforzó por no dejarse arrastrar a una discusión.

—He descartado toda posible sospecha de que esté aquí y me he puesto en contacto con los representantes de la familia de Harald, que van a buscar a fondo en su casa. El documento está allí... de eso estoy completamente seguro.

—¿Quieres decir que crees que estás completamente seguro?

—Escucha, te he llamado sólo para que sepas cómo van las cosas... no es hora de venirme con reproches —dijo Gunnar, aunque lo que realmente le apetecía era colgar.

—Muy bien, perdona. Esto anda muy revuelto por culpa de la exposición. Estoy un tanto cabreada. No te lo tomes tan a la tremenda —dijo María en un tono de voz más amable. Y añadió entonces, en el mismo tono de antes—: Pero sigo manteniendo lo que dije, Gunnar. Sólo te quedan unos días para encontrarlo. No puedo verme en

un apuro así por culpa de vuestros estudiantes.

Gunnar pensó cuántos serían «unos» días. Seguramente no más de cinco, más probablemente andaría por los tres. No quería presionarla dando una respuesta más precisa por miedo a que redujese el plazo.

—Me hago cargo... te informaré en cuanto sepa algo.

Se despidieron bastante secamente. Gunnar escondió la cabeza entre las manos y se apoyó en los codos. Aquella carta tenía que aparecer. Si no... seguramente podría ir despidiéndose de su puesto. No resultaba admisible que un decano se viese involucrado en el robo de bienes pertenecientes a una institución extranjera. El odio ascendió por su interior. Aquel maldito Harald Guntlieb. Antes de que apareciese él, Gunnar tenía ciertas expectativas de llegar a presentarse a rector en un plazo breve. Ahora había pasado a soñar con que la vida pudiese seguir como hasta entonces. Así estaban las cosas. Llamaron a la puerta.

Gunnar se incorporó y dijo en voz alta:

—Entre.

—Buenas, perdone que le moleste un momento. —Era Tryggvi, el conserje. Entró y cerró la puerta tras de sí. Fue lentamente hasta el escritorio de Gunnar y rechazó el asiento que éste le ofreció. Extendió el brazo y abrió la mano, con la palma hacia arriba.

—Una de las limpiadoras encontró esto en el local de la asociación de estudiantes.

Gunnar se estiró para mirar una pequeña estrella de acero. La observó con detenimiento y luego miró a Tryggvi, extrañado.

—¿Qué es esto? No debe de tener ningún valor.

El conserje carraspeó.

—Creo que es una estrella de los zapatos del Harald ese. La limpiadora la encontró el otro día, pero hasta hoy no me dijo nada.

El decano le miró sin comprender.

—¿Y qué? No entiendo nada.

—Hay más. Si la he comprendido bien, también encontró sangre en una de las ventanas. —Tryggvi miró a Gunnar a los ojos, aparentemente esperando su reacción.

—¿Sangre? ¿No le estrangularon? —preguntó Gunnar perplejo—. ¿No será sangre vieja?

El conserje se encogió de hombros.

—No lo sé. Sólo quería traerle esto... ya decidirá usted lo que hacer con ello. —Iba a darse la vuelta para marcharse, pero se detuvo—. En realidad le hicieron otras cosas, además de estrangularle.

Gunnar sintió que se le revolvía el estómago al recordar su espeluznante encuentro con el cadáver.

—Sí, tiene razón. —Miró desconcertado la estrella. Levantó la mirada cuando Tryggvi volvió a hablar.

—Estoy seguro de que es de los zapatos que llevaba cuando lo asesinaron. Pero, naturalmente, no tengo ni idea de si la estrella se le había caído antes.

—Ya, claro —murmuró el decano. Apretó los dientes, miró decidido a Tryggvi, se puso en pie y dijo—: Muchas gracias, a lo mejor no tiene ninguna importancia, pero hizo bien en informarme.

El conserje asintió con un lento movimiento de cabeza.

—En realidad hay más —dijo mientras sacaba del bolsillo una toalla plegada—. La que limpió la sala de los estudiantes el fin de semana que se cometió el crimen halló restos de sangre en el suelo, que alguien había intentado limpiar. Y también encontró esto. —Entregó la toalla a Gunnar—. Creo que no estaría mal hablar con la policía.

Dio las gracias y salió. Gunnar volvió a sentarse, clavó los ojos en la estrella y se puso a pensar qué debía hacer. ¿Tendría aquello alguna importancia? ¿Una llamada telefónica a la policía volvería a removerlo todo y habría que empezar de nuevo con el caso? Eso no podía ser. Eso no podía ser de ninguna manera, justo ahora que todo se estaba sosegando por fin. Aparte de aquella mierda de carta, claro. Aquello tendría que esperar hasta el lunes. Abrió la toalla. Le llevó un tiempo hacerse una idea de la relación que aquel objeto sin importancia podía tener con el caso. Cuando se dio perfecta cuenta, apenas pudo ponerse una mano delante de la boca antes de soltar un grito. Levantó el teléfono y marcó el 112. Aquello no podía esperar hasta el lunes.



## Capítulo 26

El viaje a Ranga fue de película. El buen tiempo había continuado y, aunque todo estaba cubierto de nieve, la atmósfera era tranquila y luminosa. Þóra iba sentada de lo mas contenta en el asiento delantero del nuevo todoterreno de alquiler, contemplando lo que se le ofrecía ante los ojos. Estuvo machacando a Matthew con la importancia de conducir despacio al descender por Kambar, contando historias y más historias de accidentes de circulación, con la consecuencia de que atravesaron la zona a velocidad de tortuga. Þóra perdió enseguida la cuenta de los coches que les adelantaban. Aprovechó el tiempo para revisar una de las dos carpetas que les había entregado la policía, y que según dijeron contenía la totalidad de los informes. Se entretuvo en los detalles de la camiseta encontrada en el armario de Hugi.

—¡Toma!—exclamó sin darse cuenta.

Matthew se sobresaltó y la velocidad del coche se redujo aún más.

—¿Qué?

—La camiseta —dijo Þóra exaltada, golpeando con un dedo sobre la página abierta—. La camiseta esta es la que vi en las fotos de la operación de la lengua. *100% Silicon*. Eso pone.

—¿Y? —preguntó él sin comprender.

—En las fotos se veía una camiseta en la que ponía *100* y luego *...ilic...* o algo por el estilo. Aquí dice que la camiseta que se encontró en el armario de Hugi tenía la inscripción *100% Silicon*. La sangre ha quedado fuera de juego. —Satisfecha consigo misma, cerró de golpe la carpeta.

—Él tendría que recordarlo —dijo Matthew—. Uno no se mancha la ropa con la sangre de otro todos los días.

—Tú y yo quizá no —respondió Þóra—. ¿Recuerdas que Hugi dijo que no había visto nunca la camiseta? Quizá no recordaba ya nada de aquello.

—Quizá —convino él. Continuaron en silencio un rato pero al atravesar el puente del río Ýtri Rangá, en Hella, dejó escapar de pronto—: Las dos llegan mañana.

—¿Las dos? ¿Quiénes?

—Amelia Guntlieb y su hija Elisa —dijo Matthew sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Eh? ¿Que vienen? —preguntó Þóra perpleja—. ¿Por qué?

—Tenías razón. La hermana de Harald estuvo en su casa justo antes del crimen. Quiere hablar con nosotros... tengo entendido, según me contó su madre, que Harald le había hablado de en qué andaba trabajando. Aunque desde luego no en detalle.

—Ah, vaya —dijo Þóra—. Comprendo lo de la hermana... ¿pero y la madre?

¿Viene a hacer de carabina mientras hablamos con su hija?

—No. Viene para charlar contigo. En privado. De madre a madre... son sus propias palabras. Ya sabes que tenía intención de hablar contigo. ¿Creías que iba a ser por teléfono?

—Sí, claro. ¿De madre a madre? ¿Para comparar nuestros libros de educación de los hijos? —Nada le apetecía a Þóra menos que verse en persona con aquella mujer.

Matthew se encogió de hombros.

—No lo sé; yo no soy madre.

—¡Cojonudo! —exclamó ella dejándose caer sobre el respaldo del asiento. Empezó a reflexionar, pero volvió a tomar la palabra con prudencia—. La hermana... ¿puede estar involucrada en el caso de alguna forma?

—No. Excluido.

—Si se me permite preguntar: ¿por qué está excluido?

—Porque está excluido. Elisa no es así. Además, dice que regresó el viernes; cogió un vuelo de Keflavík a Francfort.

—¿Y eso te basta? ¿Que lo diga ella? —preguntó la abogada, extrañada por la simpleza de Matthew.

Éste miró un instante a Þóra y luego otra vez a la carretera.

—No del todo. Lo comprobé y, créeme, cogió ese vuelo.

Þóra se quedó sin saber qué decir. Al final resolvió que era preferible no hacer más observaciones hasta hablar con la chica personalmente. Quizá Matthew tenía razón. También podía ser que ella no entrara en cuestión como posible asesina. Se percató de un cartel que decía «Hôtel Rangá».

—Allí. —Þóra le indicó una desviación a la derecha al lado del cartel, que conducía hacia el hotel. Siguieron la pista en dirección al río y llegaron a un gran edificio de madera.

—¿Sabes? Creo que hace dos años que no me alojo en un hotel —dijo mientras salía del coche y entraba en el edificio con su maletín—. Desde que me divorcié.

—Naturalmente, estás bromeando —dijo Matthew cogiendo su propia bolsa.

—No, te lo juro —respondió ella, y a nadie le pasaría desapercibido que estaba deseosa de romper aquella rutina—. Hicimos un último intento de salvar nuestro matrimonio con un viaje de vacaciones a París hace dos años, y desde entonces no he salido al extranjero. Curioso, ¿no?

—¿El viaje a París no tuvo efectos beneficiosos? —preguntó Matthew mientras le abría la puerta. Þóra resopló.

—Ninguno. Estábamos en nuestro intento final de salvar nuestra relación, y en lugar de sentarnos frente a unas copas de vino para charlar del tema... para encontrar un clavo ardiendo al que agarrarnos... él se pasó el tiempo pidiéndome que le hiciera fotos junto a un monumento tras otro. Fue una auténtica sentencia de muerte.

En la puerta, o justo al lado de ella, encontraron un gigantesco oso blanco...

erguido sobre las patas traseras y dispuesto a atacar. Matthew fue hacia él y se colocó a su lado.

—Hazme una foto. En serio, venga.

Póra hizo una mueca y se acercó al mostrador de recepción. Detrás del monitor del ordenador estaba sentada una mujer de mediana edad con chaqueta oscura de uniforme y camisa blanca. Sonrió a Póra, que le informó de que habían reservado dos habitaciones y dio los nombres. La mujer tecleó algo en el ordenador, cogió dos llaves y les indicó dónde se encontraban las habitaciones. Póra echó mano al bolso y estaba a punto de marcharse cuando decidió comprobar si la mujer recordaba que Harald se hubiese hospedado allí. A lo mejor había preguntado alguna dirección o alguna información que pudiera ponerlos a Matthew y ella en el buen camino.

—El otoño pasado se alojó aquí un amigo nuestro, su nombre es Harald Guntlieb. ¿Quizá podría usted recordarlo?

La mujer miró a Póra con el gesto de quien recibe toda clase de preguntas sin que ninguna de ellas sea tan pueril como para que no se pueda plantear.

—No, ahora mismo no recuerdo ese nombre —respondió con amabilidad.

—¿Podría comprobarlo en el registro? Era alemán, con toda clase de *piercings* en la cara. —Póra intentó sonreír... y aparentar que era algo de todos los días.

—Puedo intentarlo. ¿Cómo se deletrea el nombre? —preguntó la recepcionista, volviéndose hacia la pantalla.

Póra fue diciendo las letras una tras otra y esperó mientras la mujer obtenía los datos del registro de Harald. Desde donde se encontraba, al lado del mostrador, Póra vio que el listado apareció en la pantalla, al pie de otros varios.

—Aquí lo tenemos —dijo por fin la mujer—. Harald Guntlieb, dos habitaciones para dos noches. El otro huésped era Harry Potter. ¿Es correcto? —La mujer no dio señal alguna de que el último nombre le hubiera resultado extraño.

Póra dijo que sí.

—¿Les recuerda? —preguntó esperanzada.

La mujer estudió la pantalla y sacudió la cabeza.

—No, lo siento. En esa época ni siquiera estaba trabajando aquí. —Miró a Póra—. Estaba de vacaciones en el extranjero. Cuando trabajas en este ramo es difícil marcharse en verano. Volvió a mirar la pantalla. El barman quizá le recuerde. Ólafur (le llamamos Óli) sí que estaba. Tiene turno esta tarde.

Póra le dio las gracias y se pusieron en marcha hacia sus habitaciones. Cuando estaban a punto de desaparecer por la esquina del pasillo, la mujer les llamó.

—Veo también que tomó prestada una linterna en recepción.

Póra se volvió.

—¿Una linterna? —preguntó—. ¿Pone para qué?

—No —respondió la mujer—. Sólo lo anotaron para asegurarse de que la devolvía al marcharse del hotel. Y es lo que hizo.

—¿Puede comprobar si fue durante la noche? —preguntó Póra. Quizá Harald

había perdido algo en la explanada del exterior y quiso ir a buscarlo.

—No, fue el que estaba de turno de día quien le prestó la linterna —respondió la mujer—. Pero sólo por curiosidad... ¿no es éste el nombre de un estudiante alemán al que asesinaron en la universidad?

Póra le dijo que sí y le dio las gracias por su ayuda. Matthew y ella continuaron hacia sus habitaciones, que resultaron estar contiguas.

—¿Nos tomamos media horita de descanso? —preguntó Póra al ver su confortable habitación. La gran cama era atrayente y le despertó el deseo de tumbarse a la bartola un ratito... el edredón era grueso y mullido, y las sábanas estaban perfectamente planchadas. Ella no veía una cosa así todos los días. Su propia cama la recibía todas las noches completamente deshecha, pues siempre salía por las mañanas a toda prisa.

—Sí, claro, perfecto —respondió Matthew... que, obviamente, era de su misma opinión—. Dame un toque en la puerta cuando estés lista. Y recuerda que siempre serás bienvenida a mi habitación. —Le guiñó un ojo y luego cerró la puerta antes de que Póra atinase a responder algo.

Después de dejar el maletín y el abrigo y de echar un vistazo al baño y el minibar, Póra se dejó caer de espaldas sobre la cama. Allí se quedó con los brazos en cruz, disfrutando del instante. Pero no duró mucho... desde su bolso sonó la señal de llamada del móvil. Se incorporó con un quejido y sacó el teléfono.

—Diga.

—¡Hola, mami! —dijo la alegre voz de su hija Sóley.

—¡Hola, bicho! —respondió Póra, que sonrió al oír su voz—. ¿Qué estás haciendo?

—Puf —exclamó la niña con bastante menos alegría—. Vamos a montar a caballo. —Y dijo algo en voz tan baja que Póra casi no pudo entender sus palabras, más aún porque su hija había pegado la boca completamente al teléfono para que nadie más pudiera oírla. Le habló con tono de estar contando algún secreto—. No tengo ni pizca de ganas. Los caballos son malos.

—¡Eh! —dijo Póra, intentando dar ánimos a su hija—. No son malos, los caballos son siempre buenísimos. Ya verás qué bien lo pasais... ¿Hace buen tiempo?

—Gylfi tampoco quiere ir —susurró Sóley—. Dice que los caballos son cosa del pasado.

—Ahora cuéntame algo divertido, ¿qué hicisteis hoy? —preguntó la madre, consciente de que no era la persona más adecuada para salir en defensa de los caballos.

La niña se puso otra vez contenta.

—Tomamos un helado y vimos los dibujos de la tele. Fue divertidísimo. Oye, Gylfi quiere hablar contigo.

Antes de que Póra pudiese despedirse de la niña, en el teléfono sonó la voz de su hijo.



—Hola —dijo en tono mustio.

—Hola corazón —respondió Þóra—. ¿Qué tal todo?

—Horrible. —Gylfi intentaba no susurrar... si acaso, Þóra se dio cuenta de que había bajado el tono de voz—. Tengo que hablar contigo un momento cuando vuelvas a casa.

—Por fin, corazón —contestó Þóra, sin saber si alegrarse de que por fin se hubiera decidido a abrirse o lamentarse por lo que le iba a decir—. Estupendo, ya tengo ganas de que sea pasado mañana para charlar un poco. —Se despidieron y la madre hizo otro intento de tumbarse... sin éxito. Al final se levantó y se dio una ducha caliente.

Mientras se secaba con las blanquísimas y mórbidas toallas, los ojos de Þóra fueron a dar al folleto que reseñaba los principales atractivos turísticos de los alrededores. Lo estudió por encima en busca de lugares que hubieran podido resultarle atractivos a Harald. Ciertamente había mucho donde elegir, pero pocos sitios parecían guardar alguna relación con el caso. Sin embargo, algunos despertaron su atención. Obviamente era el caso de Skálholt, por ejemplo, que tenía relación directa con Harald por el interés de éste por los obispos Jón Arason de Hólar y Brynjólfur Sveinnson. Había otros dos lugares que le parecieron posibles puntos de interés: el volcán Hekla y unas grutas de tiempos de los monjes irlandeses, las cuevas de Ægisíða, en las afueras de Hella. Þóra sintió auténtica curiosidad por leer algo al respecto, pues estaba bastante segura de no haber oído nunca hablar de ellas. Dobló la esquina de las páginas que trataban de aquellos tres lugares. Luego se vistió, cuidando de elegir ropa caliente —y en cantidad suficiente— aunque en principio no pareciera necesario. Si tenían que adentrarse en unas cuevas, era muy recomendable ir bien preparados. Se imaginó a Matthew con sus zapatos de vestir, trepando a gatas por las rocas. Por pura mala idea, decidió no hablarle de las cuevas hasta que hubieran salido hacia allá y estuvieran suficientemente lejos del hotel. Se sujetó el pelo con un elástico, cogió el chaquetón y salió. No había hecho más que separar la mano tras dar unos golpecitos en la puerta de la habitación de Matthew cuando éste abrió. Þóra miró su apariencia y sonrió.

—Espléndido traje —dijo, contenta de imaginar lo que iba a pasar—. Y magníficos zapatos. —Éstos en cuestión habían costado, sin duda, un montón de dinero, a juzgar por su elegante aspecto, y Þóra reprimió los remordimientos de conciencia por no advertirle. Evidentemente, Matthew debía de tener una buena colección de zapatos.

—Esto no es un traje—dijo Matthew medio enfadado—. Son pantalones y una chaqueta de sport. Hay diferencia. Aunque supongo que tú no la conocerás demasiado bien.

—¡Oh, discúlpeme usted, señor Kate Moss!—exclamó ella, ya completamente en paz con su conciencia y carente de la más mínima piedad hacia aquellos zapatos.

Matthew prefirió no replicar y cerró la puerta tras de sí, blandiendo las llaves

del coche.

—Bueno, ¿adonde vamos?

Þóra miró el reloj de su móvil, que había metido en el bolsillo del chaquetón.

—Creo que lo mejor sería empezar por Skálholt. Van a ser las cuatro y deberíamos ir a ver.

—Genial, señora guía —dijo él mirando preocupado el aspecto de Þóra—. Sabes que hay un magnífico restaurante en el hotel, ¿verdad? ¡No necesitamos cazar para comer!

—Ja, ja —respondió Þóra—. Prefiero andar caliente aunque parezca ridícula que preocuparme de si voy a pasar frío. Además, creo que voy de lo más *cool* para el frío que hace.

Cuando llegaron a Skálholt había empezado a oscurecer. Entraron a toda prisa en la iglesia, que estaba abierta, y se pusieron a buscar a alguien con quien hablar. Al poco, encontraron a un hombre joven que les dio la bienvenida y les preguntó si podía ayudarles. Le explicaron que esperaban poder encontrar a alguien que pudiese haber recibido a un amigo suyo hacía cierto tiempo, y describieron el aspecto de Harald.

—Anda —dijo el joven cuando Þóra estaba en plena explicación del *piercing* de la ceja derecha de Harald—. ¿No estaréis hablando del estudiante que asesinaron hace poco? ¡Fui yo quien le atendió!

—¿Sería posible que recordaras a qué había venido aquí? —preguntó Þóra con una gran sonrisa.

—Vamos a ver... si no recuerdo mal, lo que quería principalmente era hablar de Jón Arason y su ejecución. Sí, y también de Brynjólfur Sveinsson. —Les miró y añadió rápidamente—: No es nada infrecuente... aquí vienen muchas personas que conocen esas historias al detalle y quieren saber más. Son historias de lo más apasionantes, aunque un tanto trágicas y penosas. A la gente le resulta especialmente interesante que hicieran falta siete hachazos para decapitar a Jón Arason; a decir verdad le machacaron la cabeza.

—¿Simplemente quería saber cosas en general sobre los dos obispos? —preguntó Þóra—. ¿O se interesó por algo en especial, en relación con ellos?

El joven se dirigió a Matthew:

—No sé cuánto sabéis sobre la historia de Jón Arason.

Matthew comprendió que la pregunta iba dirigida principalmente a él, y no hizo esperar su respuesta.

—Pues sé sobre él tanto como sobre su madre. O sea, nada.

—Pues bueno. —El joven no parecía demasiado propenso a escandalizarse—. Para abreviar la historia, Jón Arason fue el último obispo católico de Islandia; su sede estuvo en Hólar, en el Hjaltadalur, al norte del país, a partir de 1524, y por un tiempo la otra sede episcopal islandesa, Skálholt, también estuvo bajo su jurisdicción. Lo decapitaron aquí en Skálholt en el año 1550, por orden de Christian III, rey de

Dinamarca desde 1537, pues el catolicismo romano tenía que ser erradicado de Islandia como de las demás tierras del rey. Jón Arason intentó impedirlo y se enfrentó a los partidarios de la nueva fe, pero no consiguió nada y acabó en el patíbulo. La ejecución en sí es un capítulo especial, pues quince días antes había sido declarado inviolable hasta la próxima gran asamblea, lo que llamamos Alþingi, como nuestro actual Parlamento, de manera que el juez del Alþingi fue considerado parte del caso, igual que los dos hijos del obispo. También a ellos se les quitó la vida.

Matthew frunció las cejas.

—¿Sus hijos? ¿Pero no era un obispo católico? ¿Cómo podía tener hijos?

El joven sonrió.

—Islandia era una especie de excepción (desconozco a qué pudo deberse), pero, en todo caso, clérigos, diáconos y obispos podían tener una concubina o barragana. Más aún, podían hacerlo mediante un contrato que prácticamente poseía la misma validez que el matrimonio. Si tenían hijos, pagaban una multa y todos tan felices.

—Y contentos —apostilló Matthew con gesto de asombro.

—Mucho. —Fue la alegre respuesta—. Vuestro amigo Harald parecía conocer bien esta historia: la había estudiado a fondo. Lo que os estoy explicando ahora no es más que un resumen apresurado y de todo menos exhaustivo. Pero que me conduce finalmente a lo que me habíais preguntado. —Miró a Þóra, que ya había olvidado completamente la pregunta, aunque procuró que no se le notara—. Este amigo vuestro estaba especialmente interesado en una cosa cuando habló conmigo: la imprenta que Jón Arason hizo traer a Islandia en 1534, la primera que hubo en este país, que se instaló en Hólar, y también en lo que había hecho imprimir en ella.

—¿Y? —preguntó ella—. ¿Cuál fue la respuesta?

—A grandes preguntas... —respondió el joven—. Para empezar, no se sabe prácticamente nada sobre lo impreso en los primeros tiempos. Algunas fuentes indican que se imprimió un libro de horas para sacerdotes: una especie de manual con la relación de las misas, salmos y demás, y que también se imprimieron los cuatro evangelios, el Nuevo Testamento, en algún momento. En segundo lugar, por lo que yo sé, es poco lo que se sabe sobre la imprenta en tiempos de Jón Arason. Recuerdo que vuestro amigo hizo varias preguntas bastante extrañas... por ejemplo, si Jón Arason habría podido querer editar un libro extraordinariamente popular en esos tiempos. Yo pensé que se refería a la Biblia, pero él se rió de mí. No fui capaz de comprender su sentido del humor.

—Seguro, le creo —respondió Matthew mirando a Þóra—. ¿El *Malleus*? —Ella había pensado lo mismo. El *Malleus Maleficarum* fue el libro más impreso de la época, aparte de la Biblia. Quizá Harald estuviera intentando averiguar si se había llegado a imprimir en este país. Un ejemplar de esa edición sería extraordinariamente valioso, naturalmente, aparte del valor como pieza de colección que pudiese tener para un coleccionista tan entusiasta como él.

—¿Y qué es lo que quería saber sobre Brynjólfur Sveinsson? —preguntó Þóra.

—Pues era un tanto peculiar —respondió el joven—. Al principio lo único que le interesaba era ver su tumba... lo que no es posible, porque aún no ha sido hallada.

La abogada le interrumpió.

—¿No se ha encontrado? ¿No le enterraron aquí?

—Sí, desde luego que sí, pero había expresado su deseo de ser enterrado fuera de la iglesia, al lado de su mujer y sus hijos. Ésa es la explicación habitual, pero aún no se ha podido excavar. Quiso descansar en una tumba sin nombre.

—¿No era eso un poco raro? —preguntó Þóra.

—Sí, mucho. La tumba fue marcada más tarde, con una lápida que permaneció durante treinta años. Después se deshizo y no fue sustituida... aunque se dieron instrucciones de hacerlo. En realidad, nadie sabe porqué no se hizo enterrar bajo el suelo de la iglesia, como era costumbre en la época. Se dice que había visto el tumulto que se formaba cuando asistió al sepelio de uno de los sacerdotes de la iglesia de Skálholt. Quizá deseaba que aquella costumbre se aboliera.

—¿Y fue así? —preguntó Matthew—. ¿Se abolió?

—No, no, qué va. Quizá tampoco fuera ése el motivo. Él era un hombre derrotado cuando falleció. Es comprensible... morir solo, aquel hombre tan importante, toda su familia muerta y ningún descendiente. Es un destino que conmueve a quien oye su historia.

—Pero dijiste que Harald al principio tenía interés en ver la tumba de Brynjólfur... ¿Luego cambió de parecer, o qué pasó?

—Sí, desde luego. Me puse a hablar con él sobre Brynjólfur, un poco de todo, cuando vi que se había llevado una decepción con la tumba. Le enseñé el sótano y le mostré la exposición de antigüedades que tenemos allí. Luego salí a enseñarle las excavaciones arqueológicas. Después surgió el tema de los manuscritos de Brynjólfur; ¿sabíais que tenía una gran colección de manuscritos islandeses y extranjeros? —Þóra y Matthew sacudieron la cabeza: no tenían ni la menor idea al respecto—. ¿Sabíais que le regaló a Federico, el rey de Dinamarca, algunos de los pergaminos más importantes del país? —Þóra sacudió la cabeza—. Vuestro amigo se puso de lo más excitado cuando empecé a hablarle de los manuscritos, y quiso saber qué había sido de ellos tras la muerte de Brynjólfur. No se lo pude decir con exactitud, aunque sí sabía que los libros extranjeros se los dio a un hijo, por entonces aún muy niño, del corregidor de Bessastaðir, un danés llamado Johann Klein, y los libros islandeses los repartió entre su sobrina Helga y su cuñada Sigríður. Sí que recuerdo que parte de los libros extranjeros desaparecieron; por lo menos, algunos ya no estaban cuando Johann Klein vino desde Bessastaðir para recogerlos. Se dice que la gente de Skálholt escondió una parte de esas obras para que no se los llevaran a Dinamarca. Esos libros y manuscritos nunca han aparecido. Ni siquiera se sabe exactamente de qué libros se trataba.

—¿Dónde pudieron haberlos escondido? —preguntó Þóra mirando a su alrededor. El joven sonrió.

—Aquí dentro no. Este edificio es de 1956. La iglesia antigua, que Brynjólfur mandó construir en los años 1650-1651, se derrumbó en un terremoto en 1784.

—¿Y no habéis intentado encontrarlos?

—Aún no hemos encontrado la tumba de Brynjólfur y su familia, aunque exista una descripción del lugar. Murió en 1675. Mucho menos aún podemos haber encontrado unos libros que pudieron haber estado enterrados aquí en la época... quizá. Tampoco se sabe a ciencia cierta qué fue de los libros que fueron a parar a los herederos de la biblioteca, aunque tengo entendido que el Instituto Árni Magnússon consiguió hacerse con algunos de ellos al fundar su colección de manuscritos. Pudieron identificar los libros de Brynjólfur por su monograma.

—¿BS? —preguntó Þóra por decir algo.

—No. LL —respondió el joven sonriendo.

La mujer preguntó extrañada:

—¿LL?

—*Loricatus Lupus*, expresión latina que significa «lobo acorazado», lo mismo que el islandés Brynjólfur. —Sonrió a Þóra, que no pudo evitar chasquear los dedos: *Loricatus Lupus* figuraba en la hoja de Harald. Ciertamente, estaban en el buen camino, si es que aquello guardaba alguna relación con el crimen.

La conversación no se alargó mucho más. Ambos le dieron las gracias por su paciencia y se despidieron. Antes de poner el coche en marcha, Matthew se volvió hacia ella y dijo:

—*Loricatus Lupus*, vaya. ¿No deberíamos esperar a que se vaya todo el mundo y ponernos a excavar en todas partes donde se pueda meter una pala?

—Sí, faltaría más —respondió Þóra sonriente—. Empezaremos por el cementerio.

—Tú manejas la pala... estás vestida para ese papel. Yo te iluminaré con los faros del coche.

Abandonaron Skálholt.

—Sé adonde tenemos que ir ahora —dijo Þóra con cara di inocente—. Al lado de Hella hay unas cuevas excavadas probablemente por los monjes irlandeses, a lo mejor vemos por allí algo que explique el interés de Harald por esos anacoretas. Y ahora recuerdo que me dijeron que Harald cogió prestada una linterna para ir a echar un vistazo por allí.

Matthew se encogió de hombros.

—Valdrá la pena echar una ojeada... ¿y la linterna?

—Nos pasamos por la gasolinera y compramos una.

Cando llegaron a Hella, era ya noche cerrada. Empezaron en la gasolinera, donde compraron dos linternas. Cuando le preguntaron al encargado, éste les dijo que podrían obtener información sobre las grutas en el Hotel Mosfell. Estaba muy cerca, de modo que fueron caminando. Un hombre ya mayor y muy amable salió con ellos para indicarles la localización de las cuevas, que encontrarían junto a la

carretera, al otro lado del río. Les indicó además el mejor sendero, pues no era posible llegar hasta las cuevas en coche. Tras darle las gracias muy cordialmente, regresaron al coche y fueron hasta el lugar donde el hombre les había recomendado que dejaran el coche. Para gran alegría de Þóra, tenían que caminar un trecho por un herbazal que parecía pertenecer a una granja que había allí cerca. Matthew resbalaba una y otra vez debido a la suela lisa de sus zapatos, pero siempre consiguió mantener el equilibrio a base de mover los brazos a un lado y otro como un poseso, como si estuviera intentando elevarse por el aire. Cuando llegaron al borde de la hondonada que llevaba hasta las cuevas, Þóra estaba ya del mejor de los humores.

—Allí —dijo, señalando con el dedo. Miró a Matthew con cara de preocupación—. ¿Crees que podrás llegar hasta allí abajo, pobrecito mío?

Matthew frunció las cejas mirando muy serio a Þóra, intentando comportarse como un hombre. Empezó a descender por la cuesta con muchísimo cuidado, como si fuera un anciano de noventa años, mientras Þóra triscaba cuesta abajo como un corderito. Se detuvo por debajo de él, decidida a disfrutar del momento, y le gritó, movida por una irrefrenable malicia:

—¡A moverse!

Matthew dejó que aquello le entrara por un oído y le saliera por otro, y por fin llegó al final del sendero.

—¡Menudo fregado! —exclamó mientras encendía la linterna—. ¿Tanta prisa tienes por ir a cenar conmigo cuando acabemos con esto?

Þóra encendió su linterna y dirigió el haz de luz hacia los ojos de Matthew.

—Pues no, precisamente no. Vamos. —Dio media vuelta y entraron en la primera gruta—. ¡Toma! ¿Cómo se les ocurrió hacer una cosa como ésta? —dijo estupefacta, y con el rayo de luz fue recorriendo todo aquel inmenso espacio. Si había comprendido bien, aquellas grutas las habían excavado los monjes en la arenisca, con herramientas primitivas.

—¿Para qué utilizarían esto? —preguntó Matthew.

—Como refugio principalmente —se oyó decir a una voz desconocida desde la boca de la cueva.

Þóra dio un respingo del susto y se le cayó la linterna. Fue rodando por el suelo irregular de la cueva, con el rayo de luz iluminando la pared de enfrente, hasta detenerse.

—¡Dios mío, qué susto! —exclamó, y se inclinó para recoger la linterna—. No sabíamos que hubiera alguien aquí.

—Perdona, mi intención no era meteros miedo en el cuerpo —se excusó el hombre, aunque ella pensó que lo había conseguido maravillosamente bien—. Estamos empatados —dijo el hombre entonces—. Hace mucho que no me llevaba un susto como el que me ha causado tu grito. Me llamaron desde Mosfell a decirme que había unos turistas que venían para las cuevas. Pensé que a lo mejor estabais interesados en un guía. Me llamo Grímur, y soy el propietario de las tierras de ahí

arriba. Las cuevas están en mi propiedad.

—Ya —dijo Þóra extrañada—. No está nada mal la finca. Y le agradeceremos que nos sirva de guía... no sabemos prácticamente nada sobre lo que estamos viendo.

El hombre entró en la cueva y empezó a explicarles lo que tenían ante sus ojos. Lo hacía en islandés, y Þóra traducía la mayor parte para Matthew. El hombre les mostró entre otras cosas cómo se pensaba que se habían producido aquellos cubículos en las paredes. Luego observaron un tubo de chimenea que había sido excavado en el techo para permitir la entrada de aire o la salida de humo. Les mostró el altar que, supuestamente, los monjes irlandeses habían tallado o esculpido en la pared detrás de la chimenea.

—Ah, aquí —exclamó Þóra emocionada y asombrada—. Esto es de lo más impresionante.

—Sí, desde luego —convino el hombre con gesto de broma—. Esta tierra siempre ha sido buena para vivir, por lo que se sabe. Hay muchos sitios donde encontrar buen cobijo.

—Desde luego. —Þóra recorrió otra vez lo que se abría a su alrededor, con ayuda de la linterna—. ¿Se han estudiado las cuevas? Quiero decir si no podría haber aquí objetos ocultos.

—¿Objetos? —El hombre parecía extrañado. Se rió—. Querida amiga, esto se estuvo utilizando como establo hasta 1950. Difícilmente puede haber nada oculto. A menos que lo hubieran ocultado con mucho cuidado, te lo aseguro.

—Aah—dijo ella decepcionada—. ¿Pero investigaron estos sitios, por decirlo así?

—No, no es eso lo que digo —respondió el hombre—. Que yo sepa, sólo una vez hubo una investigación aquí en mis cuevas.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunto Þóra—. ¿Recientemente?

El hombre rio.

—No, recientemente no puede decirse que fuera. No recuerdo cuándo fue, pero hace un montonazo de años. Prácticamente no sacaron nada en claro, como era de esperar. Se encontraron restos de huesos de animales y unos cuantos agujeros que, según tengo entendido, se utilizaban para cocinar. —Señaló unos agujeros en el suelo, cerca del altar—. No, lo poco que había que encontrar salió a la luz hace tiempo... eso te lo aseguro.

Þóra preguntó al hombre finalmente si tenía alguna idea de la visita de Harald a las cuevas. No supo dar razón, pero añadió que aquello no significaba en absoluto que no hubiera estado allí: las cuevas no estaban valladas y cualquiera podía deslizarse hasta allá abajo sin que él se enterase.

—Ahora ve a cambiarte de ropa, Cocodrilo Dundee —dijo Matthew cuando

estuvieron de vuelta en el hotel—. Estoy encantado de poder quitarme la chaqueta e irme al bar. Digamos que a recuperar el tiempo perdido en la hondonada aquella.

Póra le hizo una mueca pero a pesar de todo se fue a cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones de vestir y una sencilla camisa blanca; se lavó la cara y se pintó un poco los labios. No había nada malo en arreglarse una pizca cuando la invitaban a una a cenar fuera... aunque, a fin de cuentas, tampoco tenía nada malo andar vestida con cualquier cosa. Pero se detuvo un poco en aquel «a fin de cuentas». No era suficientemente convincente, y daba que pensar. Dejó de darle vueltas y se dirigió hacia el bar. Allí estaba Matthew, en animada charla con el barman... seguramente el famoso Óli. Matthew le envió a Póra una sonrisa, visiblemente satisfecho con la transformación.

—Estupendo —dijo lacónico y conciso—. Éste es Óli. Estaba hablándome de Harald y Harry Potter... les recuerda bien. Bebían como locos y eran diferentes a los demás huéspedes.

—Eso es más bien un eufemismo —puntualizó Óli, y preguntó a Póra qué quería beber.

—Un vino blanco, por favor —respondió ella, que preguntó a su vez qué quería decir con aquellas palabras.

—Bueno, ya ves —contestó él—. Se fueron tomando un tequila detrás de otro... pidieron una guitarra aérea y otras cosas que no se ven mucho por aquí. Hasta ahora, con excepción del tal Harald ese. Otros huéspedes permanecían ahí sentados con la boca abierta, mirando como tontos a Harald y su amigo. Fumaban como carreteros... estuve a punto de quedarme frito con tanto cigarro.

Póra miró a su alrededor, a aquel comfortable bar instalado bajo el techo de tablas. Habría podido mostrar su acuerdo... lo primero que a uno se le ocurría pedir no era precisamente una guitarra aérea... como mucho, un violín aéreo, si existía semejante cosa. Se volvió hacia Óli:

—Y Harry Potter... ¿tienes idea de cuál era su nombre real?

El barman sonrió.

—Se llamaba Dóri. Los dos acabaron demasiado borrachos para recordar que se llamaba Harry Potter, según fue avanzando la noche. No lo tenían muy claro, todo lo que tenía algo que ver con la realidad.

Más no se le pudo sacar a Óli. Se acomodaron en un gran sofá de cuero, brindaron y charlaron sobre los sucesos del día. Vino el camarero con el menú y, cuando hubieron pedido, Matthew decidió tomarse otra copa. Para gran asombro de Póra, ella misma también había acabado la suya y no dijo que no a otra más. Después de la cena volvieron al bar, y en el tercer Cointreau, Póra estaba ya a punto de pedir una guitarra aérea para Matthew y Óli. En lugar de eso, se recostó sobre el primero.



## **11 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 27

Pora despertó con un dolor de cabeza, pulsante, opresivo, como si el cerebro estuviese intentando escapar del cráneo. Se sujetó la frente con las manos y soltó un quejido. Precisamente Cointreau. Ya era mayorcita para saber que «licor» significaba «resaca» en latín. Respiró hondo y se dio la vuelta a un costado. Al hacerlo, su mano rozó algo caliente, se despertó con un enorme sobresalto y sus ojos se abrieron de par en par. Junto a ella, en la cama, había un hombre. Estaba viendo la espalda de Matthew. ¿O la de Óli, el barman? Intentó refrescar sus recuerdos de la noche anterior y suspiró muy bajito, pero con la alegría de haberse decantado por la mejor de las opciones. La niebla que llenaba su cabeza le hacía difícil encontrar una escapatoria a aquella situación... ¿cómo podía salir sin ser vista y sin despertar a Matthew? Y lo que era aún peor: ¿qué cara tenía que poner? ¿Podría hacer como si no pasara nada? A lo mejor, él no recordaría ya nada. Esa era la cuestión... escaparse sin que lo notara y confiar en que él hubiese bebido cuatro veces más que ella.

Sus buenas intenciones se vinieron por tierra cuando Matthew se dio la vuelta y le sonrió.

—Buenos días —dijo con la boca totalmente reseca—. ¿Qué tal estás?

Póra levantó el borde del edredón. Estaba desnuda. Si se le hubiera concedido un solo deseo, habría sido estar completamente vestida bajo el edredón. Necesitó carraspear fuerte varias veces antes de que las cuerdas vocales se pudieran poner en movimiento.

—Una cosa. Para que todo quede claro, ya entiendes. —Matthew la miró sin entender, pero la permitió continuar—. Lo de anoche no era yo, fue el alcohol. Digamos que dormiste con una botella de Cointreau... no conmigo.

—Ah, ya —dijo Matthew, incorporándose un poco y apoyándose sobre el codo—. Estas botellas de licor son totalmente imprevisibles. Desconocía por completo que acostumbraran a hacer ciertas cosas. Te dedicaste a decir maravillas de mis zapatos. Insististe en que me los dejara puestos.

Ella enrojeció. Intentó encontrar algo que pudiera defender mínimamente su integridad moral, pero no se le ocurrió nada. Poco a poco los recuerdos se le fueron haciendo más claros y tuvo que reconocer ante sí misma que tampoco había estado tan mal.

—No sé lo que me pasó —se excusó sonrojándose aún más.

—Tienes encima una resaca tremenda —dijo Matthew poniendo la mano sobre el edredón de ella.

—Es que yo no hago estas cosas... eso es todo. Soy madre de dos hijos y tú eres

un extranjero.

—Pues ya que tienes hijos, esto no debería pillarte con la guardia tan baja. — Esbozó una sonrisa—. Esto sucede más o menos igual en todas partes, me parece a mí.

El rubor de las mejillas de Þóra empezó a acrecentarse. Su nerviosismo se multiplicó por dos cuando, de repente, Amelia Guntlieb apareció en su memoria.

—¿Le vas a contar esto a los Guntlieb?

Matthew echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada. Después de hartarse de reír, la miró y dijo tranquilamente:

—Naturalmente. Una de las cláusulas de mi contrato como asesor establece que tengo que presentarles un informe de mi vida sexual a finales de cada mes. — Cuando se dio cuenta de que Þóra no estaba nada segura de si lo había dicho en serio o en broma, añadió—: Claro que no, ¿cómo se te puede ocurrir algo así?

—No lo sé... pero es que no quiero que la gente piense que tengo por costumbre acostarme con mis colaboradores. Nunca lo había hecho hasta ahora. —Teniendo en cuenta que trabajaba con Bragi, ya muy mayor, aquella horrible Bella y el empalagoso Þor, aquella justificación era prácticamente palabras vacías.

—Yo no me lo he tomado así —dijo Matthew—. Lo he tomado como que en aquel preciso momento te apeteció acostarte conmigo... que no fuiste capaz de resistirte a mi atractivo sexual. —La miró con gesto de estar tomándole el pelo.

Þóra apretó los ojos. No quería replicar a lo que le había dicho, porque en cierto modo Matthew no dejaba de tener razón... al menos, había sido ella quien dio pie a aquella situación, si la memoria no la engañaba.

—La resaca me está matando. No puedo ni pensar con claridad.

Matthew se incorporó.

—Tengo Alka Seltzer. Te puedo preparar uno, enseguida te sentirás mejor.

Antes de que ella pudiese gritar «¡no!» (pues estaba segura de que él estaba igual de vestido que ella misma) Matthew se había levantado y se había dirigido hacia el baño. Totalmente desnudo. «¿A qué se deberá que a los hombres les importe que les miren mucho menos que a las mujeres?», pensó Þóra. Aquellas cavilaciones buscaban reprimir otros pensamientos que le llegaron de pronto, como que Matthew tenía una complexión magnífica, alto y fuerte. A fin de cuentas, aquello no había sido una estupidez tan grave. Oyó correr el grifo en el cuarto de baño y volvió a cerrar los ojos.

No los abrió hasta que advirtió que Matthew estaba otra vez acostado y debajo del edredón. Tenía en la mano un vaso de agua espumeante, y Þóra se sintió mejor: se incorporó y se bebió el líquido de un solo trago. Después volvió a dejarse caer sobre la almohada y esperó a que se le pasara el malestar. Después de estar así unos minutos, notó un golpecito en el hombro a través del edredón. Abrió los ojos.

—Oye. —Matthew movió la cabeza de Þóra hacia él—. ¿Qué te parece otro?

—¿Qué? —consiguió decir Þóra sin avergonzarse. Era evidente que se sentía ya

algo mejor.

—¿Qué te parecería corregir eso de que esto no fue más que un error? —Le sonrió—. Puedo ponerme los zapatos finos, si quieres.

Þóra se despertó con el rumor de la ducha. Saltó de la cama como una exhalación y fue recogiendo sus ropas dando saltitos por el suelo. No encontró uno de los calcetines y cogió en brazos el resto de las prendas. Desde la puerta del baño, le dijo que se verían en el desayuno. Se sintió feliz cuando por fin entró en su propia habitación y cerró la puerta.

Después de una larga ducha caliente, se sintió mejor psíquicamente y físicamente. Antes de salir cogió el móvil y marcó el número de su amiga Laufey.

—¿No sabes la hora que es? —respondió ésta enfurruñada.

Þóra no le hizo caso, pues ya casi eran las diez.

—¡Dios mío! ¡Adivina! —dijo como una exhalación.

—Vaya, a juzgar por lo excitada que estás y que te pones a llamar a unas horas tan intempestivas, tiene que ser una noticia espantosa. —Y se oyó un bostezo.

—¡Qué va! ¡Me he acostado con un hombre! —La reacción no se hizo esperar. Se notó que Laufey se incorporaba en la cama al oír la noticia, y al tiempo que Þóra pronunciaba la última palabra, se oyeron unas exclamaciones tremendas.

—¡Hala! ¡Cuéntame! ¿Con quién, con quién?

—Con Matthew. El alemán. En otro rato te cuento el resto, porque ahora tengo que ir a desayunar con él. Estamos en un hotel.

—¿En un hotel? ¡Vaya, vaya, cómo te lo montas!

—Luego hablamos... estoy un poco nerviosa. Tengo que hacerle entender como sea que no ha sido más que una casualidad; no quiero una relación.

Una carcajada resonó desde el otro lado de la línea.

—¿Oye? ¿Dónde has estado últimamente? ¿Has visto demasiados programas infantiles? La mayoría de los hombres solteros de esa edad están como locos buscando relaciones complicadas. No te preocupes por eso, chica.

Þóra se despidió, un poco harta de unas noticias que habrían debido alegrarla. Se dirigió al comedor; pero antes se dedicó a deshacer la cama para que los empleados del hotel no fueran a pensar que era una casquivana. Matthew estaba sentado a una mesa para dos junto a la ventana del comedor, bebiendo café a sorbitos. No le pasó desapercibido a Þóra lo guapo que estaba, aunque nunca se lo habría reconocido a sí misma. Matthew tenía aquella rudeza en las líneas del rostro que tan atractiva le resultaba a ella. Mentón robusto, dientes grandes, pómulos prominentes y párpados pesados. Sin duda se trataba de una herencia recibida de sus antepasados desde el más oscuro pasado, que le permitía atraer a las mujeres gracias a unos rasgos que anunciaban perseverancia y resuelta rudeza: el semblante de un perfecto cazador. Þóra se sentó.

—Hmm, qué bien me va a venir comer algo ahora —dijo para romper el hielo.

Matthew le sirvió café de una jarrita de acero.

—Te olvidaste un calcetín en mi habitación. Nada menos que un calcetín de lana... increíble pero cierto.

Nada en su manera de comportarse delataba que estuvieran más cercanos que en la cena de la noche anterior, aparte de que Matthew puso su mano sobre la de Þóra y le guiñó un ojo con complicidad. Ella le sonrió pero no dijo nada. Matthew retiró la mano al poco y siguió comiendo. Después de desayunar todo lo que les apeteció, se fueron cada uno a su habitación a preparar el equipaje.

Mientras Þóra estaba esperando a Matthew en la recepción, sonó su móvil. Era Gylfi. Antes de responder, ella se convenció a sí misma de que, naturalmente, no podía saber lo que su madre acababa de hacer esa misma noche.

—Hola cariño —dijo, intentando sonar natural.

—Hola. —La voz de Gylfi sonaba espesa y pasó un momento antes de que empezara a hablar—. Eso, lo que tenía que contarte... ¿dónde estás?

—Estoy en el Hotel Rangá. Estuve trabajando aquí ayer sábado. ¿No estás aún en casa?

—Sí, ya he vuelto. —Hubo una breve pausa—. ¿Tú cuando vienes?

Þóra miró el reloj. Faltaban unos minutos para las once.

—Bueno, calculo que estaré allí hacia la una.

—Vale. Luego nos vemos.

—¿Por qué no estás con tu padre? ¿Dónde está tu hermana? —se apresuró a decir Þóra antes de que su hijo colgara.

—Sigue con él. Yo me fui.

—¿Que te fuiste? ¿Por qué? ¿Os peleasteis?

—Más o menos —respondió Gylfi—. Empezó él.

—¿Y eso? —Þóra se había quedado boquiabierta. Hannes solía tener mucho cuidado en no montar números, y hasta entonces había conseguido siempre llevarse bien con su hijo, aunque éste no le consideraba un tipo demasiado divertido.

Soltó un gruñido.

—Se empeñó en que tenía que hablar conmigo, y cuando pensé que me comprendía y le dije cierta cosa, se puso hecho una furia. Te juro que se puso como un energúmeno y me soltó un mogollón de burradas. Yo me negué a seguir aguantando aquello. Creía que mi comprendería.

Los pensamientos de Þóra se atropellaban y se confundían. Por la descripción que le acababa de hacer Gylfi de la reacción de su padre, el asunto era mucho más que serio. Pero ¿qué había sucedido? Se arrepintió de haberle pedido a Hannes que charlara con el chico... la charla no había mejorado las cosas lo más mínimo.

—Anda, Gylfi, ¿qué es eso que puso tan furioso a tu padre, cariño mío? ¿Es lo que quieres contarme a mí dentro de un rato?

—Sí. —Nada más; era evidente que tendría que esperar hasta poder hablar con

él en persona, sólo entonces podría saber de qué se trataba.

—Óyeme, ya voy para allá. No me gustan los líos así que tendremos que hablar del asunto con tranquilidad. No te vayas.

—Pues tienes que estar aquí antes de la una. Tengo que ir contigo a ver a una gente.

¿Una gente? ¿Una gente? ¿Se habría metido en una secta? Su corazón se puso a palpar con vehemencia.

—Gylfi... tú no vas a ver a ninguna gente hasta que yo llegue a casa. ¿Entendido?

—Ven antes de la una —dijo él entonces—. Papá estará también. —Se despidió y colgó.

El corazón de Þóra palpitaba hasta chocar con las costillas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse a gritar. Como un autómata, marcó el número del móvil de Hannes, pero estaba sin cobertura o apagado. Se quedó como idiotizada, con la mirada perdida. Hannes nunca apagaba su móvil: dormía con él en la mesilla por si alguien le necesitaba a media noche. Los paseos a caballo, además, los organizaba siempre de modo que fueran en zona de cobertura: dudaba de que Hannes se hubiera permitido nunca salir de una de esas zonas desde que se compró el móvil. Volvió a llamar pero no hubo respuesta. ¿Qué podía haber hecho el chico? ¿Habría empezado a fumar? No, qué va. ¿Se habría hecho adicto a las drogas? No, imposible. Ella se habría tenido que dar cuenta. ¿Estaba saliendo del armario? ¿Quería ir con ellos a una reunión de la asociación? Pero Hannes no se habría puesto como un basilisco por eso, porque una cosa sí que había que reconocerle: era bastante moderno. Además, ella había tenido siempre la sensación de que Gylfi estaba colado por aquella chica que nunca recordaba cómo se llamaba. No, no se trataba de eso. Su mente se veía atravesada por toda clase de ideas, cada cual más absurda que la anterior. *Qué será, será*. Se puso en pie y miró el pasillo para ver si Matthew llegaba ya. Resultó que estaba en la puerta de su habitación intentando sacar la maleta.

En cuanto lo consiguió, Þóra le agarró del brazo y casi lo arrastró.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado cuando ella le empujó para salir del hotel.

—En casa pasa algo gordo y tengo que llegar allí lo antes posible; inmediatamente.

Matthew no se hizo de rogar y, sin preguntar de qué se trataba, metió las maletas en el coche y se sentó al volante. Salieron hacia Reikiavik, pasando por Hella, Selfoss y Hveragerðour. Matthew apenas dijo nada. Sólo al llegar a Kembar le preguntó si había algo que él pudiera hacer, y Þóra le respondió que ni siquiera ella sabía lo que sucedía... fuera lo que fuese, se podría solucionar. Le dijo que era algo relativo a su hijo, algo que él tenía que comunicarle. Al pasar por Skíðaskál iban muy bien de tiempo, y también cuando atravesaron el *Litla kaffistofa*. En Rauðavatn, reventón.

—Maldita sea —exclamó Matthew, que agarró con fuerza el volante para no

perder el control del vehículo. Redujeron la velocidad y se detuvieron en el arcén.

—¡Oh no, no!—gritó Þóra. Miró el reloj. Las doce y veinticinco. Aún podrían llegar a Nes antes de la una, si conseguían cambiar pronto la rueda.

—¡Mierda de neumático del demonio! —bramó Matthew mientras se afanaba en sacar la rueda del maletero. Finalmente lo consiguió y se lanzaron a levantar el coche con el gato y a cambiar el neumático. Cuando terminaron, Matthew cogió la cubierta pinchada y la echó al maletero, con tanta precisión que aterrizó sobre el maletín de Þóra. A ella no podía haberle importado menos. La hora se acercaba a toda velocidad.

Se metieron en el coche y Matthew arrancó.

—Espérame —dijo Þóra cuando llegaron a su casa, y subió corriendo. Sacó las llaves mientras corría para no perder ni un segundo con el timbre. Llamó con la mano izquierda para que Gylfi supiera que llegaba, mientras con la derecha metía la llave en la cerradura y abría—. Gylfi —le llamó jadeante.

—Hola mami. —Sóley vino corriendo hacia ella, una sonrisa tan luminosa. Si había pasado algo, a ella no le había afectado mucho.

—Hola cariñito. ¿Dónde está tu hermano? —Þóra pasó al lado de Sóley en busca de su hijo.

—Se fue. Tengo un papelito para ti —dijo sacando del bolsillo del pantalón un papel doblado.

Þóra le arrebató la nota de las manos. Mientras la desdoblaba, preguntó:

—¿Cuándo se fue? ¿Y adonde?

—Pues se tuvo que ir. Hace una hora. —Sóley todavía no se aclaraba mucho con las horas y los relojes. Gylfi podía haberse ido hacía un segundo o dos semanas, ella no veía la diferencia—. Se fue a donde pone ahí—. Un dedito señaló la nota como para evitar que se confundiera.

—Venga. —Þóra vio que la dirección era de Nes, de modo que no muy lejos de allí—. Vamos a dar un paseo en coche con un amigo mío. —Le echó a Sóley sobre los hombros el plumífero de Gylfi, le colocó unas botas de agua y se la llevó. Abrió de golpe la portecilla trasera del todoterreno y ayudó a su hija a entrar con movimientos rápidos. Luego se sentó ella en el asiento delantero y le dijo a Matthew que arrancara.

—Matthew, ésta es mi hija Sóley. Sólo habla islandés. Sóley, éste es Matthew. No sabe islandés, pero seguro que seréis buenos amigos.

El hombre dedicó un segundo a mirar a la niña y sonreírle.

—Tan linda como su mamá —dijo, y giró hacia una calle lateral, siguiendo el gesto de la mano de Þóra—. Y el mismo gusto para vestir.

—Ahí... y luego a la derecha. Buscamos el número 45 —dijo Þóra, aún nerviosa. La casa apareció enseguida. Fue fácil reconocerla, porque vio la espalda de Gylfi que subía las escaleras de la entrada.

—Allí, allí —exclamó Þóra como loca, señalando a su hijo. Matthew redujo la velocidad y detuvo el coche junto a la acera, justo delante de la casa: el paso de

vehículos estaba ocupado. Þóra reconoció uno de los coches: era el de Hannes. Abrió la puerta a toda prisa en el momento en que el coche se detenía—. Sóley, espérame aquí con Matthew.

Gylfi no miró hasta que su madre hubo gritado su nombre varias veces mientras corría hacia la casa. Había llegado ya a la puerta de la calle, y allí estaba él, cabizbajo, que acababa de tocar al timbre.

—Hola —saludó con un hilo de voz.

—No pude llegar antes —dijo Þóra animosa. Puso el brazo sobre los hombros de su hijo—. ¿Pero qué es lo que pasa, corazón? ¿Quiénes viven aquí?

Gylfi la miró, su gesto reflejaba absoluta desesperación.

—Sigga está embarazada. Sólo está en décimo. Yo soy el padre. Aquí viven sus padres.

La puerta se abrió justo cuando pronunciaba la última palabra. Þóra se quedó petrificada y boquiabierta. Por algún motivo, era incapaz de apartar los ojos del iPod que su hijo llevaba en torno al cuello, quizá porque era lo que estaba mirando cuando se derrumbó el mundo. Si quien abrió la puerta no hubiese estado dominado por la ira, seguramente habría sonreído al ver el estúpido gesto de Þóra.

—Hola —le dijo un hombre de mediana edad, que miró luego a Gylfi, entornó los ojos con desprecio y añadió—: Buenas. —Pero tras esta simple palabra se ocultaba algo muy distinto que un deseo de felicidad y bienestar. Más bien, en ella podía leerse entre líneas: Vete al infierno, violador de ingenuas e inocentes hijitas de personas honradas.

La cortesía intervino por pura costumbre y Þóra intentó sonreír.

—Hola, me llamo Þóra. La madre de Gylfi.

El hombre gruñó algo, pero pese a todo les invitó a entrar. Se despojaron del calzado bajo los irritados ojos del hombre, que permanecía apoyado sobre el marco de la puerta del vestíbulo. Þóra tuvo la clara sensación de que el hombre se estaba preparando para no ponerle los puntos sobre las íes sólo a Gylfi, sino que seguramente arrojaría también su desprecio contra la señora.

—Gracias —dijo Þóra al vacío cuando pasó por delante del hombre y entró en el salón. Llevaba las dos manos sobre los hombros de su hijo, conduciéndole por delante de ella... por si acaso la furia empujaba a aquel hombre a agredirla. Entraron sin más a un gran salón abierto donde había tres personas: Hannes, a quien Þóra reconoció inmediatamente por la posición del cuello, una mujer de la edad de Þóra que se puso en pie cuando se acercaron y una chica jovencita sentada en una silla, con la cabeza baja, totalmente abatida.

—Bueno, por fin llegáis —casi gritó la mujer con voz chillona. «Oh, Dios mío, permite que el niño herede voz de contralto», rezó Þóra en silencio. Intentó de nuevo esbozar una sonrisa. Las manos seguían sobre los hombros de su hijo.

—Hannes —dijo Þóra mirando a su antiguo marido. Intentó enviarle un mensaje para que ahora cumpliera él su obligación y la permitiera pasar lo más



desapercibida posible. Pero él no dejó traslucir signo alguno de haber recibido el mensaje, sino que la miró con gesto severo—. Hola Sigga —le dijo tan amistosamente como pudo a la chica, que al oírla levantó la mirada. Tenía los ojos hinchados de llorar y se veían dos lágrimas largas y gruesas en cada uno.

Gylfi se soltó por fin de las manos de Þóra y corrió hacia la muchacha.

—¡Sigga!—gimoteó, visiblemente conmovido de ver a su amor en tan triste estado.

—¡Ah, estupendo! —aulló la madre—. ¡Igualito que Romeo y Julieta! Me hacéis vomitar.

Þóra se volvió hacia ella como movida por un resorte. Su rostro estaba rojo de ira. Allí estaban dos jovencitos que habían dado un traspiés horrible, y la mujer aquella tenía el valor de burlarse de su destino, aunque uno de los dos fuera su propia hija. Þóra no solía perder el control, pero esta vez sucedió.

—Perdona, pero esto es ya suficientemente difícil... no vayas a empeorar las cosas aún más con ese humor islandés. —Hannes se puso en pie de un salto y Þóra notó que se la llevaba hasta el sofá antes de que pudiera oponer resistencia. La mujer jadeaba como una posesa: la furia relampagueaba en sus ojos aún más que antes.

—Ya veo de dónde ha sacado la moralidad ese hijo tuyo —dijo, y se sentó, toda fina. Su marido prefirió seguir de pie, se plantó en mitad del salón y les bufó como un gigantesco ogro que les miraba de arriba abajo.

—¡Mamá! —se escuchó a Sigga, con el llanto atascado en la garganta—. ¡Cállate! —Desde aquel mismo instante, a Þóra le cayó muy bien la chica... su futura nuera.

—¡Menuda mierda! —se oyó decir al ogro—. Si somos incapaces de discutir este asunto como personas civilizadas, lo mejor es que lo dejemos. Hemos venido a afrontar sin tapujos esta horrible noticia, y eso es lo que vamos a hacer. —La palabra «horrible» la pronunció con gran emotividad.

Hannes se incorporó.

—De acuerdo, intentemos tranquilizarnos... esto no es fácil para ninguno de los que estamos aquí.

La mujer volvió a gruñir.

—Sí, así es —continuó Hannes muy serio—. Yo empezaría quizá diciendo que esto me duele tremendamente y en nombre de mi familia quiero pedir mis más sinceras disculpas por la actuación de nuestro hijo y el daño que os ha causado.

Þóra respiró hondo para digerir aquellas palabras antes de matar a Hannes. Se volvió hacia él, con fingida tranquilidad.

—Primero de todo, y para que las cosas queden bien claras, no somos una familia. Yo, mi hijo y mi hija formamos una familia. Tú eres un ejemplo patético de padre de fin de semana que además, a diferencia de la mayoría, no es capaz de apoyar a su hijo ni cuando las cosas se ponen difíciles. —Quitó la vista de Hannes y notó que él le clavaba los ojos. El rostro de su hijo estaba deslumbrante de orgullo. Þóra repitió, para que quedase bien claro—: Lo digo simplemente para dejar las cosas

claras.

Hannes estaba a su lado jadeante, pero tardó demasiado en decir algo, así que la otra madre tomó la palabra.

—¡Qué asco! Voy a aprovechar la oportunidad para señalar que, dentro de muy poco, este corazoncito tuyo... este hijo tuyo, o vuestro... —saltaba a la vista que las habilidades histriónicas no faltaban en aquella familia. La mujer enfatizó sus palabras señalando a Gylfi con un amplio movimiento de las manos— va a ser muy pronto uno de esos patéticos padres de fin de semana, igual que tu ex marido.

—No —se oyó gritar. Era Gylfi. Continuó orgulloso—: Yo... Quiero decir, nosotros. Nosotros. Nosotros queremos seguir juntos. Alquilaremos un apartamento y nos haremos cargo del niño.

Þóra deseó de pronto echarse a llorar. ¡Gylfi alquilando un apartamento! El chico no tenía seguramente ni la menor idea de que la mayor parte de las cosas que daba por supuestas (calefacción, electricidad, televisión, agua, recogida de basuras), todas costaban dinero. No interrumpió la conversación por miedo a quitarle los ánimos a su hijo. Si estaba convencido de que iba a alquilar un apartamento, así tendría que ser.

—¡Sí! —gritó Sigga—. Podemos hacerlo... yo voy a cumplir los dieciséis.

—¡Violación! —vociferó la mujer—. Naturalmente. ¡Aún no tiene ni dieciséis años! —Apuntó con el dedo a Gylfi y soltó un aguja chillido—: ¡Violador!

Þóra no veía en absoluto de qué forma aquello podía mejorar las cosas. Se volvió hacia Sigga.

—Dime, cariño, ¿de cuánto estás?

—No lo sé... como de tres meses, quizá. Por lo menos son tres meses los que no he tenido la regla. —Su padre enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Gylfi había cumplido los dieciséis años hacía mes y medio. No es que aquello cambiase nada.

—Me permito señalar que, según la ley, la mayoría de edad está fijada en estos casos a los catorce años, no a los dieciséis. Además, mi hijo ni siquiera había cumplido los dieciséis cuando engendraron el niño, y además las leyes no hacen diferencias de género cuando se trata de relaciones sexuales de mutuo acuerdo, como seguramente es el caso.

—¿Qué gilipollez es ésa? —bramó el padre—. ¿Es que una mujer puede violar a un hombre? Mucho menos cuando se trata de una niña, como es el caso de mi hija.

—Y de mi hijo —respondió Þóra sonriendo al hombre, con cierta cara de burla.

—¿Puedo señalar que tu hijo ha empezado ya el bachillerato pero que mi hija sigue aún en enseñanza obligatoria? Eso debe de tener alguna importancia en las leyes —dijo el hombre, jactancioso.

—Pues no, ni palabra —respondió Þóra—. NO se mencionan los grados escolares, te lo prometo.

Puso una muera horrible.

—¡Esos maricones del Parlamento!

—¡Estáis chiflados! —aulló Sigga—. Es mi hijo. Soy yo la que tiene que cargar con él y tener un barrigón enorme y unas tetas horribles y no poder ir al baile de fin de curso nunca más. —No pudo seguir, porque estalló en llanto.

Gylfi intentó consolarla con cosas que seguramente consideraba el no va más del romanticismo. Con voz llena de sentimiento, dijo para que todos pudieran oírle:

—Me da igual... aunque tengas una barriga asquerosa de gorda y unas tetas repugnantes. No me separaré de ti y no invitaré a nadie al baile de fin de curso. Iré solo. Te quiero más que a ninguna otra chica.

Sigga lloró aún con más fuerza mientras los adultos se contentaban con mirar boquiabiertos a Gylfi. De una u otra forma, aquella absurda declaración de amor sirvió para abrirles los ojos al hecho de que la madre naturaleza lo había confundido todo: eran niños teniendo un niño, y quién había sido el culpable no era quizá lo más importante.

Hannes no dejó escapar la ocasión de participar en la sesión de reproches mutuos. Se volvió hacia Þóra, con el rostro desfigurado por la rabia.

—Todo esto es culpa tuya. Vives una vida disoluta, acostándote con quien te hace el más mínimo caso. Cuando yo estaba en casa, el chico no hacía estas cosas... está siguiendo el único ejemplo que tiene.

Þóra quedó demasiado perpleja para poder responder. ¿Vida disoluta? ¿Haber hecho el amor una vez, bueno, dos, en realidad, en dos años? A eso no podía llamarse una vida disoluta. Hasta su abuelo, con sus ochenta y ocho años, la animaba a salir más y a airearse un poco... por no mencionar a Laufey, que se burlaba de su moralina.

—¡Lo sabía, eres una degenerada! —gritó la madre de una forma tal que el tono mismo dañaba los oídos—. Una obsesa sexual... de tal palo tal astilla, lo digo siempre. —La mujer miró fijamente a Þóra, victoriosa.

Ésta recibió la ayuda más inesperada cuando el padre entró en juego.

—¡Por lo menos, está claro que tu hija no ha heredado la frigidez de su madre!

Þóra sintió que hasta allí habían llegado. Era más información sobre sus futuros consuegros de la que estaba dispuesta a aceptar. Tenían por delante un bautizo, una ristra de cumpleaños, una confirmación y Dios sabe qué más. No sentía el más mínimo deseo de recordar los más ocultos secretos de aquella gente en cada una de esas ocasiones. Se puso en pie.

—¿Sabéis? No tengo ni idea de a qué genio se le ocurrió que nos reuniéramos justo en estos momentos. —Se volvió hacia Hannes—. Sois libres de charlar con el padre de Gylfi, hasta el amanecer si hace falta. Pero yo ya he tenido suficiente. —Se dio media vuelta, pero tuvo que girarse de nuevo hacia los demás cuando se dio cuenta de que no quería irse de allí sin su hijo—. Ven, Gylfi. —Dirigió sus últimas palabras a la pobre Sigga, que estaba con la cabeza gacha y llorando—: Mi querida Sigga, vuestro niño será siempre bienvenido en mi casa... y vosotros dos también, si

queréis vivir juntos. Adiós. —Salió con Gylfi detrás de ella, totalmente extenuada. Cerraron con un portazo y fueron hacia el coche de alquiler que, afortunadamente, seguía en su sitio. Sin decir una palabra, Þóra se sentó delante y Gylfi en el asiento de atrás, al lado de su hermana.

—*Hannes-ar-dóttir* —Sóley le estaba enseñando a decir su patronímico en aquel mismo momento.

—Vamonos de aquí —dijo Þóra colocándose la frente entre las manos. Miró a Matthew... feliz de que los niños no comprendieran alemán—. Adivina. Ya no soy nada. Al final, resulta que te fuiste a la cama con una abuelita.

Para asombro de Þóra, Matthew se echó a reír.

—Pues tengo que decir que las abuelitas islandesas son bastante más presentables que las alemanas. —Miró de reojo al asiento de atrás, donde Gylfi apechugaba con la incertidumbre de la vida y la existencia. Su único apoyo en aquella hora era su madre, que se había puesto en una situación muy difícil, en buena parte porque aún no estaba del todo recuperada—. Hola, *Þórusonur*; es así ¿no, «hijo de Þóra»? Me llamo Matthew. —Le guiñó el ojo a Þóra. Ella se volvió hacia el asiento de atrás, dispuesta a pagar la ocurrencia con la misma moneda. Ahora le diría ella a su hijo que Matthew era más que un amigo y colaborador. Sus ojos cayeron sobre el i-Pod que seguía colgando del cuello del muchacho, y se contuvo.

—Mira, Gylfi. Éste es Matthew, que está trabajando conmigo. Lo había invitado a comer. Hablaremos tranquilamente cuando se vaya, ¿vale? —Se tragó una galleta que se le había metido en la garganta.

Iba a ser abuela a los treinta y seis años de edad. Jesús, María, Espíritu Santo y ese otro de la Santísima Trinidad que no conseguía recordar quién era... que el niño sea sano y la vida de sus padres un baile sobre rosas a pesar de este paso en falso. Reprimió las lágrimas que acudían sin que nadie las llamara. Se le vinieron a la cabeza unas palabras que había oído muchas veces y otras cosas que debería de haber sabido comprender: «No es divertido quedarme en casa sola con Gylfi... está siempre saltando en la cama y gritando...».

—Þóra. —Matthew la sacó de su ensimismamiento—. Hace un rato estuve hablando con los del Museo de Brujería. Han encontrado la explicación a lo que hicieron con el cuerpo de Harald.



## Capítulo 28

Póra no terminaba de dar por concluida la preparación de la cena. Echaba en las cacerolas, como loca, toda clase de cosas que sacaba de los armarios y el congelador, sin preocuparse mucho por el resultado.

—Ya está —dijo con una voz artificialmente animosa. Matthew se sentó enseguida a la mesa de la cocina, mirando boquiabierto cómo iba apareciendo fuente tras fuente. Cuando todo estuvo sobre la mesa, la comida resultó consistir en judías verdes, patatas fritas, arroz, cuscús, sopa, confitura de frutas y pan sueco.

—¡Qué rico! —exclamó él con cortesía cuando todos estuvieron sentados y se abalanzaron sobre las judías.

Póra miró lo que había sobre la mesa y suspiró.

—Falta el plato fuerte —dijo derrotada—. Sabía que algo no iba bien. —Iba a levantarse otra vez para buscar algo e intentar salvar lo que se pudiera; lasaña congelada, pasta, carne o pescado. Pero sabía que no tenía nada: había pensado en ir a la compra pero todo se le había complicado. Matthew la sujetó por el brazo y la hizo volver a sentarse.

—Esto está perfectamente así. Esta cena no es muy habitual pero tampoco lo es el horario, de modo que todo está bien. —Sonrió a los chicos, que se estaban poniendo aquella mezcolanza en sus platos.

Póra miró el reloj y vio que sólo eran las tres... evidentemente, estaba completamente descolocada. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Estoy un tanto perdida, quizá dentro de un año vuelva a estar normal. Entonces volveré a invitarte a cenar.

—No, no, no te preocupes. Prefiero ser yo el que te invite a comer —dijo Matthew, que dio un mordisco al pan sueco, sin ponerle nada encima—. Exquisito —proclamó con un esbozo de sonrisa.

Nadie terminó su plato, y el cubo de la basura se llenó de restos cuando acabaron de comer. Sóley pidió permiso para ir a visitae a su amiga Kristína y Póra se lo concedió sin plantear la menor objeción. En cuanto a Gylfi, se encerró en su cuarto, diciendo que iba a conectarse a internet. Póra confió en que no fuera a entrar en páginas que trataran del cuidado de bebés. Cuando viera en qué consistía aquello realmente, se le caería el alma a los pies, sin duda alguna. Cuando se quedaron solos, Póra y Matthew pasaron al salón y se sentaron. Había preparado café, y se lo llevaron para tomarlo allí.

—Bueno, vaya —dijo Matthew, apurado—. No te entretendré mucho. ¿Las abuelitas no tienen que tumbarse un rato después de comer?

Þóra dejó escapar un bufido.

—Lo que a esta abuelita le apetece de verdad es un gintonic. —Pero se contentó con un sorbo de café—. Los dos sabemos perfectamente las consecuencias que eso podría traer, de modo que prefiero dejarlo por el momento. —Le sonrió y las mejillas se le ruborizaron un poco—. Estoy lista para oír lo que dijo el hombre del Museo de Brujería. —Volvió a reclinarse en el respaldo del sofá y se sentó sobre las piernas.

Matthew sacó un papel y lo desplegó sobre la mesita.

—Llamó Þorgrímur, que acababa de contactar con el tal Páll, aquel que lo sabía todo. Dicho en pocas palabras, se había empollado todo lo que se puede saber sobre ese símbolo mágico... ¿sabes por qué?

Þóra sacudió la cabeza. Vio que Matthew se esperaba una reacción algo más participativa, así que respondió:

—No lo sé... ¿porque es muy listo?

—No. O sí, a lo mejor lo es. Pero si sabía todo lo sabido y por saber sobre dicho signo era porque no había podido olvidar cómo se emocionó Harald cuando habló con él.

—¿O sea que Harald habló con él de modo especial sobre ese signo en particular? —preguntó Þóra.

—Sí y no. Inicialmente se puso en contacto con Páll por los signos mágicos en general, buscaba información sobre signos que, por ejemplo, no estuviesen catalogados. Después, Harald empezó a preguntar sobre el libro islandés de brujería que estuvimos mirando tú y yo en el museo. Páll le explicó los principales conjuros del libro y, según parece, hubo uno que despertó de modo muy especial el interés de Harald: uno que se considera un tanto repulsivo aunque está clasificado temáticamente entre los conjuros amorosos. Lo cierto es que preguntó si no lo habíamos visto nosotros; los papeles que estuvimos viendo nosotros en la exposición mostraban el principio de ese conjuro... aunque había mucho más en el folio siguiente, que no estaba a la vista. Adivina qué conjuro es.

—¿Le quitas los ojos a un muerto y haces algo con ellos? —respondió Þóra esperanzada.

—No, desde luego que no, pero no por eso deja de tener importancia. Si no comprendí mal al buen hombre, ese conjuro amoroso se practica para conseguir que una mujer deposite su amor en uno... como es obvio, vamos. Para ello es preciso excavar en el suelo un agujero, sobre el que tiene que caminar la mujer, y poner en el agujero sangre de serpiente y escribir el nombre de la susodicha juntamente con varios signos mágicos. Finalmente se procede a recitar el sortilegio, que es exactamente el mismo que fue enviado a la madre de Harald. —Matthew sonrió orgulloso.

—¿El poema aquel, quieres decir? —preguntó Þóra.

—Exactamente —respondió él—. Y eso no es lo único. El Páll este dijo que Harald había mostrado un interés desproporcionado por aquel conjuro, y discutieron

hasta los menores detalles... si servía únicamente para atraer a una amante, o si era válido también para otros tipos de amor, si el agujero tenía que hacerse en la tierra, y así sucesivamente. Esto dio lugar a una charla sobre el signo escrito en el margen del conjuro. —Matthew hizo una breve pausa.

—¿Y qué? —preguntó Þóra con impaciencia.

—Pues resulta que el signo del margen es desconocido, aunque recuerda a un antiguo símbolo mágico nórdico que es signo de venganza. Lo único que se parece, en realidad, es una raya del brazo superior. El signo nórdico sólo se conoce por un fragmento de manuscrito, en el cual falta por completo el sortilegio. Solamente se conserva una descripción de lo que es preciso hacer, como primera línea del sortilegio, que es: *Yo te miro*: el mismo principio del conjuro amoroso. Páll consideraba probable que el propietario del libro hubiese escrito el signo al lado del conjuro amoroso, pues el mismo sortilegio servía para ambos, ya fuese porque lo sabía con seguridad o sencillamente porque pensaba que correspondía al sortilegio, al comenzar de la misma forma. Páll señaló además que era probable que el libro hubiese sido escrito por cuatro hombres distintos, tres de ellos islandeses y el otro danés, y bien habría podido ser este último quien escribiera el signo al lado del conjuro, por las razones mencionadas. Me explicó también que aquel conjuro nórdico parecía más macabro que todos los demás, y no estaba claro cuál era su origen, aunque el texto que lo acompañaba en el fragmento de manuscrito era danés. El manuscrito es propiedad privada, pero se ha datado y se considera que procede del siglo XVI, mientras que se tiende a pensar que el libro islandés de magia fue escrito hacia 1650.

—¿En qué sentido es ese signo más macabro que los otros? —inquirió la abogada.

—Más tenebroso sería quizá una expresión mejor, o más sombrío. Lo que quería decir el hombre este es que la función del signo es simplemente causar daño a otros. Quien se lo hace grabar sobre sí mismo una vez muerto podrá acosar a la persona que le perjudicó en vida, estar siempre a su lado desde la tumba y recordarle permanente su conducta hacia el difunto, y al final la pena por su pérdida acaba por conducir a la persona a su perdición. Y fíjate... para realizarlo es precisa una parte del cuerpo que, sin duda, serás capaz de adivinar.

—Los ojos —dijo Þóra convencida.

Matthew movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero espera un poco más. Cuando Páll le explicó el conjuro a Harald, éste se puso de lo más nervioso y se empeñó en que le explicara exactamente cómo se llevaba a cabo el conjuro. Páll se lo explicó todo por teléfono y luego le envió una copia escaneada de la descripción del conjuro y del manuscrito en el que estaba.

—Sí. ¿Y qué más? —masculló ella, impaciente.

—Pues simplemente funciona de la siguiente forma: quien desea buscar venganza hace un contrato con otra persona para que lleve a cabo el conjuro tras su

muerte. Más o menos como aquello de las calzas de muerto. En el contrato tienen que escribir el signo sobre un trozo de piel, para lo cual han de utilizar una mezcla de sangre de los dos y de un cuervo. No basta sólo con unas cuantas gotas, porque debajo del signo hay que escribir que X promete llevar a cabo el conjuro para Y, y entonces X e Y deben confirmarlo escribiendo sus propios nombres. —Matthew tomó un sorbo de café antes de continuar—. Y ahora viene lo mejor: tras la muerte de Y, X grabará el signo en el cuerpo y sacará de él suficiente cantidad de sangre para poder escribir con ella y (de nada, fue un placer) extraerá los ojos del cadáver.

—¡Dios mío!—exclamó Þóra con un estremecimiento—. ¿Para qué demonios... no basta con escribir con sangre y grabar un signo sobre el cuerpo?

Matthew sonrió.

—Evidentemente, no. Según dijo Páll, había que grabar el signo en el cuerpo para recordar al muerto que los ojos le habían sido arrancados por su propio deseo. De otro modo, se levantaría de la tumba y se lanzaría a buscar sus ojos... y seguramente a matar al amigo que se los había arrancado. Además, la sangre ha de usarse para escribir el sortilegio que corresponde al signo, ese sortilegio que se ha perdido. Después de mezclarla con sangre de cuervo.

—Lo que explica los restos de sangre de ave de presa que se encontraron al analizar la sangre —intervino Þóra. «El cuervo es la principal ave de presa de Islandia». Las ciencias naturales de los años de colegio estaban siempre a mano, para cuando fueran necesarias.

—Bueno, pero a cambio no es necesario añadir la sangre del superviviente. Luego hay que envolver los ojos en la piel que lleva el sortilegio y hacer llegar ambas cosas a manos de quien dañaba al muerto, y de quien éste quiere vengarse. Después de esto, no podrá estar a salvo en ningún sitio; el muerto le seguirá y le estará recordando constantemente sus afrentas, hasta que la persona en cuestión se rinda y sucumba de una horrible muerte.

—Y el sortilegio es el mismo que recibió la madre de Harald —dijo ella acongojada. Qué cosa tan espantosa. ¿Qué podía haber provocado en Harald un odio tan visceral hacia su madre? ¿Qué cosa tan horrible había podido hacerle aquella mujer? Claro que todo podía ser pura imaginación; a lo mejor Harald simplemente estaba trastornado y culpaba a su madre de sus desgracias—. Pero aguarda un momento... ¿también le llegaron los ojos?

—No —contestó Matthew—. No estaban incluidos. No tengo ni idea de por qué. Quizá se perdieran, o se estropearan; no lo sé.

Þóra se quedó pensativa un momento.

—Halldór, el estudiante de Medicina. Naturalmente, él fui quien mutiló el cuerpo —dijo Þóra—. Así que él mató a Harald.

—Eso parece —respondió Matthew—. A menos que Harald fuera el responsable de su propia muerte y Halldór entrara después en escena.

—¿Pero cómo? —preguntó ella—. Fue estrangulado.



—¿No podría haber estado practicando el sexo con asfixia? Por lo menos es una posibilidad que no debemos olvidar. Bueno, o que fue cualquier otro quien mató a Harald o hizo el contrato con él. Lo cierto es que todos pusieron la misma cara de tontos cuando les enseñamos el signo mágico. De modo que a fin de cuentas bien podría ser que Hugi hubiera hecho el trabajito.

—Tendremos que hablar otra vez con Halldór... eso está claro. Y, a ser posible, con todos. Si conseguimos volver a echarles el lazo, después de nuestra reunión.

Matthew sonrió a Þóra.

—No somos tan rematadamente tontos. Hemos progresado bastante. Lo único que falta en el cuadro es el dinero. ¿Qué puede haber sido de él?

La abogada se encogió de hombros.

—A lo mejor Harald consiguió comprar ese desagradable manuscrito de brujería, eso lo explicaría.

Matthew pasó un rato meditando sobre aquellas palabras.

—Quizá. En realidad lo dudo, porque Páll dijo que pertenecía a la Biblioteca Nacional de Noruega. Esa es además, precisamente, la causa de que la policía no haya llegado hasta el signo: es muy poco conocido; en realidad no lo conoce nadie en este país, con excepción de Páll, que está estudiando en el extranjero. Por eso nunca recurrieron a él para averiguar el origen del signo.

—Pero a lo mejor introdujo el dinero en el país con la intención de comprar información de Páll y conseguir el libro de la biblioteca, y lo asesinaron por causa de alguno de esos supuestos amigos suyos. Se podrían haber quedado con el dinero, ¿no? Hay quien comete un asesinato por mucho menos.

Matthew se mostró de acuerdo. Miró el reloj y luego a Þóra, ensimismado.

—El avión de Francfort aterrizó a las tres y media.

—¡Demonios! —exclamó ella—. Yo no puedo hablar con la madre ahora... es que no puedo. ¿Y si me pregunta por mis hijos? ¿Qué voy a decirle? Pues sí, señora, mi hijo es muy precoz... ¿no se lo había dicho? Va a ser papá.

—Créeme, no estará demasiado interesada en tus hijos —dijo él con tranquilidad.

—No será mucho mejor tener que hablar de ella sobre su propio hijo. ¿Cómo voy a mirarla a la cara y decirle que Harald hizo un trato con el demonio, o casi, para convertir su vida en un infierno y empujarla finalmente a la muerte? —Þóra miró a Matthew, esperando una respuesta constructiva.

—Seré yo quien se lo comunique, no te inquietes. Pero no te librarás de hablar con ella. Si no lo haces hoy tendrás que hacerlo mañana. Esa mujer ha hecho este largo viaje solamente para hablar contigo, ¿recuerdas? Cuando me dijo que quería conocerte personalmente y tener una charla contigo en privado, su voz era más débil de lo que se la he oído jamás. No tienes por qué tener ningún miedo.

Þóra tuvo la sensación de que Matthew no sonaba del todo convincente.

—Llamarán cuando lleguen al hotel. —Miró el reloj—. Probablemente dentro

de muy poco. Si lo prefieres, puedo llamarlas yo.

Uff. Quien golpea primero, golpea dos veces. Þóra no podía permitirse que la pillaran desprevenida.

—Sí, llama tú —le dijo rápidamente, aunque al momento añadió—: ¡No, no lo hagas!

Antes de que pudiese volver a cambiar de opinión, sonó el móvil de Matthew. Þóra exhaló un suspiro mientras él cogía el teléfono, lo miraba y decía:

—Son ellas —apretó el botón de respuesta y dijo—: Hola. Soy Matthew.

Þóra sólo escuchó la mitad de la conversación, aunque podía distinguir el sonido de una voz al otro lado mientras Matthew escuchaba. Parecían hablar de cosas muy superficiales: «¿Fue bien el viaje?». «Ah, me alegro». «¿Estáis en el hotel, verdad?», y cosas por el estilo. La conversación terminó cuando Matthew dijo:

—Nos vemos, entonces. Hasta luego. —Miró a Þóra y sonrió—. Eres afortunada, abuelita.

—¿Qué pasa? —preguntó Þóra expectante—. ¿No ha venido?

—Sí, sí que ha venido. Pero tiene migraña y prefiere aplazar vuestro encuentro hasta mañana. Quien estaba al teléfono era Elisa; van en un taxi camino del Hotel Borg. Quiere que nos veamos dentro de media hora.



## Capítulo 29

La joven no compartía ninguno de los rasgos de su madre, pero el aspecto general era básicamente el mismo. Tenía la fisonomía oscura como su padre, y en general se parecía bastante a él, a juzgar por las fotos de familia que Þóra había visto. Todo en su talante carecía del menor asomo de ostentación, el largo cabello liso se mantenía apartado del rostro con una goma, e iba vestida con unos elegantes pantalones negros y una camisa negra que a Þóra le pareció de seda. El único objeto de aspecto valioso era un anillo de diamante en el dedo anular de la mano derecha, la misma joya que Þóra había visto en la foto de la cocina. Le llamó la atención lo delgada que era, y al darle la mano notó que la muchacha debía de ser aún más delgada de lo que parecía con aquella ropa. A Matthew lo recibió de una forma mucho más íntima: Elisa le abrazó y se besaron en la mejilla.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Matthew después de quitar sus manos de los hombros de Elisa. Þóra se dio cuenta de que no la trataba de usted como había esperado, pues a fin de cuentas era un empleado de la familia. Evidentemente, Matthew estaba muy próximo a aquellas personas y debía de tener un puesto en la empresa muy superior al que Þóra había supuesto.

Elisa se encogió de hombros y esbozó una débil sonrisa.

—No demasiado bien —respondió la joven—. Ha sido bastante difícil. —Se volvió hacia Þóra—. Habría venido mucho antes si hubiese sabido que queríais hablar conmigo. No se me había ocurrido en absoluto que mi visita a Harald pudiese ser importante.

A Þóra aquello le pareció extraño, a fin de cuentas la chica había estado en casa de su hermano justo antes de que lo asesinaran; pero se limitó a decir:

—Bueno, ahora estás aquí y eso es lo principal.

—Sí, compré un billete nada más llamar Matthew. Quiero ayudar —dijo, y pareció decirlo con total sinceridad. Y añadió enseguida—: Y mamá también.

—Bien —respondió Matthew con un tono inhabitualmente alto, y Þóra pensó si tendría miedo de que fuera a decir algo inconveniente.

—Sí, muy bien —le imitó Þóra, para demostrarle que no había pensado nada por el estilo.

—¿Por qué no nos sentamos? —preguntó Elisa—. ¿Os puedo invitar a un café o a un vino? —Þóra se había vuelto abstemia, así que aceptó un café, mientras los otros dos pidieron sendas copas de vino blanco.

—Bueeeno —dijo Matthew echándose hacia atrás en la butaca—. ¿Qué puedes contarnos de tu visita?

—¿No es mejor que esperemos al vino? Creo que conviene empezar relajándonos un poco —propuso Elisa, mirando interrogante a Matthew.

—Naturalmente —le respondió, y se echó hacia delante para darle un apretoncito en la muñeca, que tenía apoyada en el brazo del sofá.

Elisa miró a Þóra como pidiendo disculpas.

—No puedo explicarlo bien, pero me resulta insoportable el recuerdo de esa visita. Aún tengo problemas con mis propios sentimientos, siento que fui una egoísta, que no hablé con él nada más que de mí misma. Si hubiese sabido que no volvería a verle nunca más, le habría dicho tantas cosas sobre mis sentimientos hacia él. —Se mordió el labio inferior—. Pero no lo hice, y ya nunca podré hacerlo.

Llegó el camarero con las bebidas y brindaron por nada especial. Þóra se arrepintió de haberse hecho abstemia en cuanto tomó el primer sorbo de café y los vio a ellos saborear el vino. Decidió volver a la primera oportunidad... no podía pedir un vino inmediatamente.

—Quizá esté bien que os cuente por qué vine a ver a Harald —dijo Elisa tras dejar la copa sobre la mesa. Þóra y Matthew asintieron—. Como sabes, Matthew, estoy en una especie de crisis con mamá y papá. Quieren que estudie comercio y que entre en el banco, como casi todo el mundo que conozco. Harald fue la única persona que me dijo siempre que hiciera lo que me gusta: tocar el cello. Todo el mundo piensa que debería dedicarme al banco y tocar por mi propio placer. Pero Harald comprendía que no se trata de eso, aunque él no fuera músico. Comprendía que cuando uno ha alcanzado cierto nivel y cierta capacidad, es eso o nada.

—Entiendo —dijo Þóra, aunque en realidad no era así.

—Por eso hablamos sobre todo de mí cuando estuve aquí —explicó Elisa—. Vine a verle en busca de alguien que me insuflara fuerzas, y eso es lo que conseguí. Harald me aconsejó que pasara de papá y mamá y siguiera tocando. Dijo que no era demasiado difícil encontrar una corbata con cabeza que fuera capaz de dirigir un banco, pero que había pocos capaces de tocar un instrumento musical con auténtico talento. —Y añadió a toda prisa—: «Corbata con cabeza» son palabras suyas... él lo dijo así.

—Si puedo preguntar, ¿qué decidiste? —inquirió Þóra con curiosidad.

—Seguir tocando —respondió la joven, y sonrió ampliamente—. Pero me he matriculado en Comercio y voy a empezar enseguida la carrera. Uno decide una cosa y hace lo contrario.

—¿Y tu padre no está contento? —preguntó Matthew.

—Sí, claro, pero sobre todo están los dos aliviados. Es difícil estar contento en esta familia. Sobre todo ahora.

—Elisa, sé que es muy incómodo hablar de la propia familia, pero vimos los mensajes de correo electrónico que intercambiaron Harald y vuestro padre. No parecía que estuviesen demasiado cercanos el uno al otro. —Calló, pero enseguida añadió—: Y también tenemos la impresión de que su relación con vuestra madre era

todo menos ejemplar.

Elisa bebió un sorbo de vino antes de responder. Miró a Póra directamente a los ojos.

—Harald fue el mejor hermano que nadie puede imaginarse. Quizá no era como la mayoría de la gente, sobre todo en los últimos tiempos. —Sacó un poco la punta de la lengua y la dobló, como haciendo referencia a la lengua bífida de Harald—. Pero yo me habría sentido orgullosa de estar a su lado en cualquier ocasión. Era noble, y no sólo conmigo... llevaba en brazos a nuestra hermana; no había nadie que se portase con aquella inválida mejor que él. —Bajó la cabeza, entristecida y miró la copa de vino que estaba en la mesa delante de ella—. Mamá y papá, ellos... En realidad, no sé qué decir. Nunca dejaban a Harald gozar de las cosas con ellos. Mis primeros recuerdos de ellos son constantes abrazos, amor y cuidados hacia mí, pero nunca vi nada así cuando se trataba de Harald. Ellos... bueno, ellos, parecía que no le soportaban. —Se cubrió la cara con las manos, descorazonada—. No es que fueran malos con él o algo así. Simplemente, no le querían. No sé por qué, si es que se puede hablar de porqués en estas cosas.

Póra intentó no dejar traslucir el poco aprecio que le merecía la familia Guntlieb. Sintió una corriente que la recorría: quería encontrar al que mató a aquel desdichado. No podía imaginarse nada más patético que crecer sin amor. La necesidad de cariño que tienen los niños la ve todo el mundo, y es un acto miserable negarles ese amor. No era de extrañar que Harald fuese un bicho raro. Póra sintió de pronto que le apetecía la reunión del día siguiente con la madre.

—Sí —dijo para romper el silencio—. No suena demasiado bien, tengo que reconocerlo. Aunque quizá sea irrelevante para nuestros objetivos, creo que eso explica muchas cosas de la conducta de Harald. Pero supongo que no es algo de lo que te apetezca hablar con una desconocida, así que más vale que pasemos a lo que hicisteis los dos cuando estabas aquí.

Elisa sonrió aliviada.

—Como os dije antes, hablamos sobre todo de mí y de mil problemas. Harald se portó de maravilla, y en realidad no hicimos nada especial. Fue conmigo al balneario ese, la Laguna Azul, y a ver los geiseres. Por lo demás, paseábamos por el centro o nos quedábamos en casa a ver algún DVD, a cocinar o a no hacer nada.

Póra intentó imaginarse a Harald en la Laguna Azul, pero no consiguió evocar una imagen convincente.

—¿Qué visteis? —preguntó por curiosidad.

Elisa sonrió.

—*El Rey León*, por increíble que pueda parecer.

Matthew le hizo un guiño a Póra. Lo de la película que había en el vídeo no era mentira.

—¿Te contó algo sobre lo que estaba haciendo?

Elisa se quedó pensativa.

—No demasiado, estaba de un humor estupendo y se encontraba muy bien en este país. Por lo menos, yo le he visto pocas veces igual de contento. A lo mejor era porque estaba lejos de nuestros padres. O quizá por un libro que había encontrado.

—¿Un libro? —preguntaron Þóra y Matthew a la vez.

—¿Qué libro? —añadió Matthew.

Elisa estaba muy sorprendida por aquella reacción.

—Nada, un libro antiguo. El *Malleus Maleficarum*. ¿No está en su casa?

—No lo sé, ni siquiera sé de qué libro hablas —respondió Matthew—. ¿Te lo enseñó?

Elisa sacudió la cabeza.

—No, aún no lo tenía. —Calló de pronto—. A lo mejor no le llegó antes de que lo mataran. Porque eso pasó justo antes.

—¿Sabes si pensaba ir a buscarlo a algún sitio? —inquirió Matthew—. ¿Mencionó algo al respecto?

—No —respondió la joven—. Claro que no le pregunté... ¿debería haberlo hecho?

—Eso no cambia nada —dijo él—. Pero ¿te dijo algo acerca de ese libro?

El rostro de Elisa se iluminó.

—Sí. Y además se trataba de una historia tremenda. Espera un momento, ¿cómo era? —Pensó un momento antes de volver a hablar—. Te acuerdas de las cartas antiguas del abuelo, ¿verdad? —Se dirigió a Matthew, que asintió con la cabeza. Þóra no quiso molestar preguntando de qué cartas estaban hablando, pero pensó que serían las cartas de Innsbruck que estaban en la funda de cuero—. Harald era igual que el abuelo —continuó Elisa—, estaba enamorado de ellas, las leía una vez y otra y otra. Estaba convencido de que el autor de las cartas le había hecho a Kramer algo espantoso para vengarse por cómo trató a su mujer. —Miró a Þóra—. Sabes quién era Kramer, ¿verdad?

Ahora le llegó a Þóra el turno de decir que sí con la cabeza.

—Claro que sí, incluso he llegado a leer su obra maestra, si se puede aplicar ese término al *Martillo de las brujas*.

—Yo no me he puesto a ello, pero lo sé todo de él, no es posible otra cosa en mi familia. A Harald se le metió en la cabeza descubrir lo que había pasado. Yo intenté hacerle ver que aquello había sucedido hace quinientos años y que no existía ninguna posibilidad de desenterrarlo ahora. Pero él seguía convencido de que no era totalmente imposible. La Iglesia se había involucrado en el tema y se había conservado la mayor parte de los documentos que tenían que ver con él. Así que no se rindió ni lo más mínimo: se matriculó en Historia en la universidad para asegurarse el acceso a los archivos y decidió escribir su tesina sobre las persecuciones de brujas para hacer más fácil su búsqueda. Naturalmente estaba en terreno virgen en ese tema de investigación, disponía de la colección del abuelo y llevaba en la sangre el entusiasmo del viejo.

—¿Tu abuelo era, digamos, bueno con él? —preguntó Þóra, que, aunque sabía que la pregunta recibiría una respuesta afirmativa, quería una confirmación.

—Oh, sí—respondió Elisa—. Se pasaban mucho tiempo juntos. Harald le visitaba con frecuencia, sobre todo una vez que el abuelo ingresó en el hospital y estaba ya en su lecho de muerte... y no sabía ya lo que era de este mundo y lo que era del otro. El abuelo, como es lógico, fue entusiasmándose con él más que con cualquier otro de sus nietos. Quizá también porque se daba cuenta del rechazo de nuestros padres hacia él. De ahí sacó Harald su interés por la historia de la quema de brujas. Podían pasarse horas y horas hablando del tema.

—¿Y su búsqueda tuvo éxito? —preguntó la abogada—. ¿Descubrió algo sobre lo que buscaba?

—Sí —respondió Elisa—. Por lo menos, Harald siguió con ello. A través de la Universidad de Berlín consiguió acceder al archivo del Vaticano, y fue a Roma la primavera anterior a terminar el segundo año. Estuvo allí mucho tiempo, probablemente la mayor parte del verano. Contó que allí había dado con un documento en el que Kramer solicitaba autorización para realizar otra campaña contra las brujas de Innsbruck: explica que le han robado una copia de un libro que había escrito. Según Harald, Kramer dice que aquella copia posee gran valor para él, en ella se encuentran normas sobre el mejor método para revocar conjuros y acusar a brujas. Luego explica su preocupación de que éstas pudiesen utilizar el libro para hacer caer sobre él alguna desgracia. Por eso quiere recuperar el libro a toda costa. Pero Harald me contó que no había podido encontrar la respuesta del Vaticano a aquella solicitud, aunque no se sabe que Kramer regresara a Innsbruck, de modo que probablemente no accedieron. Pero Harald estaba de lo más emocionado, estaba convencido de saber qué era lo que le habían robado a Kramer y que lo había puesto en el largo camino hacia el infierno: una copia del *Martillo de las brujas* propiedad del mismo Kramer, la copia más antigua de ese histórico libro. Claro que Harald dijo que la copia no sería exactamente igual al libro que se publicó al año siguiente; por ejemplo sería manuscrita y estaría ilustrada. Además, Springer, el coautor con Kramer, habría añadido algunas cosas; pero no fue únicamente eso lo que despertó el interés de Harald. El manuscrito original de Kramer demostraría negro sobre blanco quién había escrito qué. Porque hay quienes dicen que Springer ni siquiera tocó el texto.

—Pero quien robó el manuscrito, ¿no lo destruiría? ¿No sería ésa la afrenta que quería hacerle? —preguntó Þóra—. Uno pensaría que es probable que lo mandaran al infierno.

Elisa sonrió.

—En la última carta al obispo de Brixen se hablaba de un mensajero que había decidido ir al infierno. Pedía el apoyo de la Iglesia para su viaje. Así que no quemaron el libro, por lo menos no enseguida.

Þóra mostró su extrañeza.

—Un mensajero camino del infierno, vaya. Eso suena como lo más natural del mundo.

Matthew sonrió.

—Desde luego. —Dio un sorbo de vino.

—En esa época no era tan absurdo —aclaró Elisa muy seria—. El infierno era considerado un lugar real, en lo más profundo de la Tierra. Además, había un agujero que llegaba hasta él, y se pensaba que estaba en Islandia. En un volcán que no recuerdo cómo se llama.

—El Hekla —se apresuró a decir Þóra antes de que Matthew intentara pronunciarlo. De modo que ahí estaba... aquél era el motivo de la visita de Harald a Islandia. Estaba buscando el infierno, como dijo Hugl que le había contado en un susurro.

—Sí, eso —asintió Elisa—. Aquélla era la meta del viaje con el manuscrito. O por lo menos eso creía Harald.

—¿Y qué pasó? ¿Llegó al final del camino? —preguntó Þóra.

—Harald me contó que había buscado fuentes sobre el viaje de aquel mensajero y que había encontrado alguna referencia a él en un anuario eclesiástico de Kiel, del año 1486, o por lo menos él pensaba que se refería a la misma persona. En el anuario se decía que había un hombre que iba camino de Islandia y que llevaba consigo una carta del obispo de Brixen en la que se rogaba que le fuera proporcionado alojamiento y otras ayudas para su viaje. Había llegado a caballo y llevaba algo que era como la niña de sus ojos, algo negro y maligno. Por eso no pudo recibir el sacramento, pues aquel paquete no podía atravesar las puertas de la iglesia y él no estaba dispuesto a separarse de él. Se dice que estuvo alojado allí dos noches y luego continuó su viaje hacia el norte.

—¿Encontró Harald algo que indicara cómo acabó ese viaje? —inquirió Matthew.

—No —respondió la joven—. Bueno, al menos no de inmediato. Harald vino a Islandia después de haber ido rastreándolo por Europa. Al principio no es que le fuera demasiado bien, pero luego encontró una carta antigua, de Dinamarca, en la que se menciona a un joven que murió de viruela en un obispado que no recuerdo ahora cómo se llamaba... un joven que iba de viaje a Islandia. Llegó al obispado por la noche, en mal estado ya, muy débil, y falleció unos días más tarde. Pero antes de morir consiguió pedirle al obispo que cuidara del paquete que quería llevar a Islandia para arrojarlo al Hekla... con las bendiciones del obispo de Brixen. En la carta, que fue escrita varios años después, ese obispo danés expresa su deseo de que la Iglesia católica de Islandia se encargue de llevarlo a cabo. Se dice que el paquete llegó a manos de un hombre que iba camino del país para vender bulas en beneficio del papa de Roma, para la construcción de la iglesia de San Pedro, si no recuerdo mal.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Þóra.



—Recuerdo que Harald dijo que había sido bastante más tarde, probablemente hacia 1505. El obispo era ya anciano y quiso quitarse aquel peso de encima... lo había dejado pendiente durante casi veinte años sin poder enviar el paquete.

—¿De modo que el paquete llegó a Islandia? —inquirió Þóra.

—Harald insistía en que sí. —Elisa pasó la yema del dedo índice de la mano derecha por el borde de la copa.

—¿Pero acabaron por arrojar el manuscrito al Hekla? —intervino Matthew.

—Harald decía que es poco probable, porque nadie se había atrevido a escalar el monte. Las primeras fuentes que hablan de esa escalada se sitúan mucho, mucho más cerca de nuestros días. Lo cierto es que hubo una erupción varios años después y Harald pensaba que aquello habría acabado de espantar a los que hubieran podido estar dispuestos a semejante aventura.

—Pero ¿dónde acabó el libro entonces? —preguntó él.

—En un obispado que se llama algo que empieza por la letra «s», era la idea de Harald.

—¿En Skálholt? —dijo Þóra.

—Sí, algo parecido —respondió Elisa—. Por lo menos, allá fue el vendedor de indulgencias con el dinero que había recaudado.

—¿Y luego? En Skálholt nunca se ha encontrado un manuscrito del *Martillo de las brujas* —aclaró Þóra, y bebió un sorbo de café.

—Harald sostenía que el manuscrito estuvo allí, por lo menos hasta que llegó a Islandia la primera imprenta, momento en que lo llevaron a otra diócesis. Algo con «p».

—Hólar —soltó Þóra, aunque en ese nombre no había ninguna «p».

—Realmente no me acuerdo —dijo Elisa—. Pero puede ser.

—¿Creía Harald que tenían intención de editarlo?

—Sí, eso entendí. Se trataba de uno de los libros más difundidos en Europa en esa época, aparte de la Biblia, y por eso es probable que al menos hubieran pensado en hacerlo.

—Posiblemente alguien habría abierto el paquete y descubierto lo que contenía... no hay nadie tan poco curioso como para no sentirse tentado de echar un vistazo —conjeturó Matthew—. Pero ¿qué fue del libro? Aquí nunca llegó a aparecer, ¿o sí? —preguntó, dirigiéndose a Þóra.

—No —respondió ella—. Que yo sepa, no.

—Harald creía haberle encontrado la pista —dijo Elisa—. En realidad dijo que había estado dando palos de ciego con lo de la imprenta y ese obispado con «p»...

—Hólar —intervino Þóra.

—Sí, eso —convino Elisa—. Harald había pensado que el obispo aquel habría escondido el libro antes de que lo mataran, pero ahora estaba seguro de que probablemente el libro no se había movido de la otra diócesis, la de la «s».

—Skálholt.

—O algo por el estilo —respondió la joven—. Encontró el libro, por lo menos, en cuanto fue a investigar a ese lugar... dijo que lo habían escondido para impedir que desapareciese del país.

—¿Y dónde estaba? —preguntó Þóra.

Elisa tomó un trago de vino antes de contestar.

—No lo sé. No quiso contármelo. Me dijo que prefería guardarse el resto de la historia hasta que pudiera enseñarme el objeto en cuestión.

Þóra y Matthew intentaron esconder su desilusión.

—¿Le preguntaste algún detalle más? ¿No insinuó nada? —insistió Þóra con impaciencia.

—No, se había hecho muy tarde y estaba tan contento con todo aquello, que no quise estropearle el placer poniéndome insistente. —Sonrió con dificultad—. Al día siguiente hablamos de otras cosas. ¿Creéis que esto puede tener alguna relación con el crimen?

—De verdad que no lo sé —dijo Þóra decepcionada. De repente se le vino Mal a la cabeza. A lo mejor Elisa conocía a los amigos de Harald. A juzgar por lo que contó, debían de haber sido muy íntimos. Aquel Mal disponía quizá de la información que a ellos les faltaba—. Elisa, ¿tienes alguna idea de quién es Mal? Harald tenía un mensaje suyo que indicaba que ese Mal sabía algo sobre la búsqueda del libro de Harald.

Elisa sonrió.

—Mal, sí, sí. Claro que sé quién es Mal. Se llama Malcolm y se conocieron en Roma. También es historiador. Me llamó el otro día... dijo que había recibido desde Islandia un mensaje rarísimo sobre Harald. Le dije que lo habían asesinado.

—¿Crees que él puede saber algo más sobre esto? —preguntó Matthew—. ¿Podrías ponernos en contacto con él?

—No, él no sabe nada —respondió Elisa—. Me asaeteó a preguntas sobre el libro, dijo que Harald le contó que lo había encontrado, pero sin darle detalles. Malcolm siempre había pensado que lo que Harald intentaba estaba condenado al fracaso, y por eso se mostró tan interesado en saber cómo había ido todo.

Sonó el móvil de Þóra. Era el número de la policía. Intercambió unas palabras con alguien de la policía, colgó el teléfono y miró a Matthew.

—Acaban de detener a Halldór, el estudiante de Medicina, por el asesinato de Harald. Quiere que sea yo su abogada.



## Capítulo 30

Póra estaba sentada en la comisaría y se sentía de lo más incómoda. No hacía más que darle vueltas al problema de si la podrían echar del Colegio de Abogados por un grave abuso de su estatus y por un escandaloso conflicto de intereses. Realmente no estaba segura de que hubiera algo así establecido en las leyes, pero entonces habría que corregirlas. La situación era la siguiente: por un lado, trabajaba para los parientes de un hombre que había sido asesinado, y por otro, estaba camino de convertirse en abogada del supuesto asesino. La decisión la tomaron deprisa y corriendo y ella salió pitando en un taxi. Matthew se quedó con Elisa, encargado de contarle la noticia a la señora Guntlieb y explicarle los motivos de la precipitada decisión que habían tomado. Las razones serían probablemente que, de ese modo, Póra podría entrevistarse personalmente con el asesino y encontrar respuestas para todo lo que no estaba aún claro. «Que le vaya bien», pensaba Póra, que no le envidiaba la tarea. La gente migrañosa no solía ser nunca demasiado comprensiva.

—Buenas tardes. Está listo. —El policía se había acercado a Póra sin que ella se diese cuenta.

—Ah, sí, gracias —respondió ésta, que se puso en pie—. ¿Puedo hablar con él a solas, o sólo puedo estar presente en el interrogatorio?

—Acaba de prestar declaración. Fue entonces cuando requirió los servicios de asistencia letrada. Fue una situación bastante desagradable... no estamos acostumbrados a interrogar a nadie sin asistencia letrada en casos tan serios como éste. Pero él se empeñó en hacerlo así, y al final tuvimos que acceder. Sólo al final de la toma de declaración pidió un abogado. Usted.

—¿Está por aquí Markús Helgason? —preguntó la abogada—. Me preguntaba si podría tener unas palabras con él antes de reunirme con Halldór —añadió con toda la humildad de la que fue capaz.

El agente le indicó dónde podía encontrar a su colega. Póra saludó a Markús, que se encontraba en su despacho con su taza del Manchester United en la mesa.

—No le molestaré mucho tiempo, quería hablar un momento con usted antes de ir a ver a Halldór.

—Faltaría más —dijo Markús, aunque el tono de su voz indicaba que no le hacía demasiada gracia.

—Seguramente recordará que estoy trabajando para la familia de Harald Guntlieb, ¿verdad? —El policía asintió pensativo con la cabeza—. Así que me encuentro de pronto en una situación bastante complicada... estoy a ambos lados de la mesa, si se puede expresar así.

—Sí, es indudable. Conviene que sepa que insistimos en desaconsejar a Halldór que la eligiera a usted, precisamente por ese motivo. Pero no aceptó el consejo. A sus ojos, usted es una especie de Robin Hood. No ha confesado el crimen. Imagino que debe de pensar que usted puede librarle de este embolado. —Markús esbozó una sonrisa maliciosa—. Pero no va a poder.

Þóra dio por no oír la glosa.

—¿Así que en opinión de ustedes es culpable?

—Oh, sí —respondió el policía—. Se han ido sumando pruebas que demuestran su participación. Convicción blindada... por completo. Los amiguitos de infancia han realizado el trabajito juntos. Lo curioso, si se puede decir así, es que las pruebas han llegado de dos direcciones diferentes, pero en el mismo día. Siempre me han encantado las coincidencias. —Sonrió.

—¿Y eso sucedió así, sin más? —preguntó Þóra.

—Ayer, a última hora. Recibimos llamadas de dos personas relacionadas con el difunto. Las dos aportaron información que por un lado apuntaba a la culpabilidad de Halldór y, por otro, al lugar donde probablemente se perpetró el crimen.

—¿Qué información era ésa, si puedo preguntar?

—Da más o menos igual que lo sepa ahora o después. —Þóra se encogió de hombros—. En casa de Harald, en la zona común, se encontró una caja llena de toda clase de objetos desagradables. En su interior había un trozo de piel en el que figura un con...

—Un contrato sobre la extracción de los ojos —intervino Þóra tan tranquila—. Ya lo conocía.

Las mejillas del agente de policía se pusieron rojas.

—¿Y no se le pasó por la cabeza ponerse en contacto conmigo? ¿Sabe algo más que afecte a la investigación y ha preferido ocultárnoslo?

Þóra dejó pasar la última pregunta contestando sólo la primera.

—Le diré que Matthew y yo no nos enteramos de ese particular hasta hoy mismo, y que se trataba solamente de una sospecha. No disponíamos de ninguna confirmación como la que ustedes parecen haber encontrado.

—Sin embargo, lo normal habría sido informarnos —insistió Markús, molesto.

—Y lo habríamos hecho, sin duda —respondió Þóra, molesta también—. Hoy es domingo... no íbamos a molestarle un día de fiesta por una sospecha más bien poco clara. Pensábamos intentar verle mañana. —Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Usted lo dice. Espero que tenga razón. —La miró como si no la creyera.

—¿Y qué otros objetos desagradables encontraron? —preguntó Þóra.

—Dos dedos de una mano, una mano entera, un pie y una oreja toda magullada. —La observó con cierta prevención de que fuera a decir que aquello también lo sabía. Pero el gesto de Þóra le indicó que no era así—. Cada uno de una persona, según creemos. —Esperó a la reacción de Þóra.

—¿Qué? —Þóra estaba pasmada. Sólo sabía del dedo al que había hecho

referencia Gunnar. El dedo que apareció en el Árnagarður pero que no consiguieron relacionar con Harald. ¿Qué estaba pasando allí? —. ¿Me está diciendo que se trata de un crimen múltiple? ¿Una colección de partes de los cuerpos de las víctimas?

—No sabemos nada al respecto en estos momentos. Su representado afirma no saber nada de todo esto. Pero miente. Sé cuándo miente la gente.

—Pero ¿qué pruebas son las que tienen? ¿Solamente el contrato, que probablemente estará firmado por Halldór?

—Sí —respondió Markús—. Eso, y también apareció una estrella de acero de los zapatos que llevaba puestos Harald la noche en que lo asesinaron... debajo del quicio de la puerta de la sala de alumnos del Árnagarður. Eso indica que el cadáver fue arrastrado desde allí, pasando el umbral de la puerta, y es conveniente recordar que Halldór tenía acceso a esa sala. De modo que, sin duda, el crimen se cometió allí. Y es que, además, en el mismo lugar se encontró una cucharilla de té. Se han comprobado las huellas y, entre otras, aparecieron las de Halldór. La sangre de la cucharilla es de Harald; por lo menos es a lo que apuntan las primeras indagaciones.

—Una cucharilla —repitió Þóra extrañada—. Una cucharilla manchada de sangre. ¿Cómo creen que se relaciona esto con el caso?

El policía no respondió en el acto.

—El conserje, que además es supervisor de limpiezas del edificio, se la entregó a un profesor que nos llamó sin más dilación. —Markús miró a la abogada con gesto de todo menos alegre—. Ese hombre decidió no esperar al lunes, como hacen otros.

—Pero una cucharilla manchada de sangre. No entiendo en absoluto qué relación puede tener, y tampoco por qué se ha encontrado justo ahora. ¿No se llevó a cabo un registro de todo el edificio cuando apareció el cadáver?

—Se cree que la cucharilla fue utilizada para extirparle los ojos al cadáver. En cuanto al registro... —Markús vaciló, y ella se dio cuenta de que había atinado en un punto débil—. Naturalmente que se practicó un registro. Por el momento no está claro cómo se nos pudo pasar por alto la cucharilla esta. Lo averiguaremos.

—De modo que tienen un contrato y una cucharilla manchada de sangre —resumió Þóra mientras observaba cómo Markús se recolocaba en la silla. Había algo más—. No me parece que eso demuestre la culpabilidad de Halldór, se lo aseguro. Tiene coartada, si no recuerdo mal.

—¿El camarero del Kaffibrennslan? —dijo el agente con ironía—. Aún tenemos que hablar otra vez con él. No se extrañe demasiado si en su declaración aparecen grietas en cuanto le apretamos las clavijas. —La miró con gesto jactancioso—. Pero tenemos otras cosas más contra su cliente. Dos para ser exactos.

Þóra frunció las cejas.

—¿Dos?

—Sí... o un par, más exactamente. Aparecieron al practicar el registro de la casa de Halldór esta mañana. No tengo ninguna duda de que se trata de algo capaz de convencer de su culpabilidad hasta a su misma madre. —El gesto de Markús

delataba tal satisfacción que a Þóra le entraron ganas de bostezar y despedirse sin preguntar más detalles. Pero aquel deseo fue derrotado por la curiosidad.

—¿Y qué es lo que encontraron?

—Los ojos de Harald.



## Capítulo 31

Þóra miraba silenciosa a Halldór, que estaba allí sentado delante de ella, con la cabeza caída sobre el pecho... no había dicho ni una sola palabra desde que la mujer entró, por indicación de un agente, en la sala de entrevistas. Había levantado la vista cuando ella se sentó, pero al instante volvió a intentar taladrar el suelo con los ojos.

—Halldór —dijo la abogada, bastante malhumorada—. No puedo estar aquí mucho rato. Si no quieres hablar conmigo, tengo otras cosas que hacer en este momento.

El joven levantó los ojos.

—Quiero un cigarrillo.

—Imposible —respondió Þóra—. Aquí está prohibido fumar. Si has venido hasta aquí para fumar, llegas con diez años de retraso.

—Eso no cambia el hecho de que quiera un cigarrillo.

—A lo mejor la policía te puede dar permiso para fumar después en algún sitio. Aquí dentro no podrás fumar, de modo que vayamos al grano. ¿De acuerdo? —Él movió cansinamente la cabeza para decir que sí—. Sabes por qué estás aquí, ¿no es cierto?

—Sí. Más o menos.

—Entonces te das cuenta de que estás en una situación bastante complicada. Realmente complicada.

—Yo no le maté —dijo Halldór mirándola a los ojos sin parpadear. Al comprobar que no reaccionaba, se puso a enredar con un agujero que había en la rodilla de los vaqueros que llevaba puestos: un agujero que seguramente tenía ya cuando los compró, lo que habría reducido su precio a la mitad.

—Hay una cosa que tenemos que dejar bien clara antes de hablar. —Þóra esperó hasta que hubo recuperado por completo la atención del joven, y no continuó hasta que éste levantó la cabeza y la miró—. Trabajo para la familia de Harald. Eso quiere decir que tus intereses y los de ellos no coinciden. Y ahora menos que nunca. De modo que te aconsejo que te busques otro abogado, cuanto antes mejor. Lo único que voy a hacer por ti es tener esta reunión, aquí y ahora. Te puedo dar nombres de gente estupenda que te prestará todo el apoyo que necesitas.

Halldór entornó los ojos y reflexionó.

—No te vayas. Quiero hablar contigo. Ninguno de esos abogados me va a creer.

—¿No se te ha ocurrido pensar que podría deberse a que les estás mintiendo? —le preguntó Þóra secamente.

—No miento. En lo principal, no miento —respondió Halldór enfadado.

—E imagino que eres tú quien decide qué es lo principal y cuáles los detalles, ¿no?

Aquellas palabras hicieron subir la ira al rostro del joven.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. El asunto principal es que yo no le maté.

—¿Y los detalles? ¿Cuáles son? —preguntó ella.

—Venga —dijo Halldór, dejando caer la cabeza.

—Si tengo que servirte de algo, quiero que hagas una cosa por mí —pidió Þóra, inclinándose sobre la enorme mesa que les separaba—. No me mientas. Sé cuándo me están mintiendo. —Confió en haberlo dicho con la misma convicción que el policía.

Halldór asintió, pero visiblemente enfadado.

—Muy bien... pero lo que se diga aquí es secreto. ¿Vale?

—Desde luego —aseguró Þóra—. Acabo de decirte que no voy a actuar como defensora tuya si vas a juicio, y por eso mismo puedes decirme con total tranquilidad lo que sea... excepto, naturalmente, si hablas de delitos que vayas a cometer en el futuro. De eso no debes hablar conmigo. —Le sonrió.

—No pienso cometer ningún delito —dijo él con dureza—. ¿Me prometes que todo lo demás no saldrá de aquí?

—Te prometo que no lo diré a la policía... aunque lo único que pasaría es que mejoraría mucho tu posición ante ellos. Estás en el trullo; eso no puede empeorar mucho. Pero si lo prefieres así, podemos acordar que solamente trataremos de lo que pueda mejorar tu situación. ¿De acuerdo? Así habrás encontrado alguna ayuda y en realidad no habrás dicho nada.

—Vale —convino él, aunque su voz delataba la duda. Añadió entonces con vehemencia—: Pues pregunta, entonces.

—Parece que los ojos de Harald fueron encontrados en tu casa. ¿Cómo llegaron allí?

Las manos de Halldór temblaron. Tosió, nervioso, sobre el dorso de la mano izquierda. Ella esperó tranquila mientras él decidía si decirle la verdad o negar cualquier relación con los ojos. Þóra está determinada a dejarle plantado en este último caso.

—Yo... Yo...

—Los dos sabemos quién eres —dijo Þóra impaciente—. Contéstame o me voy ahora mismo.

—No pude enviarlos —logró decir el joven inmediatamente—. No me atreví. Habían encontrado el cuerpo y tenía mucho miedo de que los descubrieran en el correo. Pensaba hacerlo más tarde, cuando todo se hubiera calmado. Utilicé la sangre para escribir el sortilegio y metí la carta en un sobre el domingo mismo. Luego la eché en un buzón del centro. —Respiró hondo después de la confesión y pegó los labios como si no tuviera intención de decir nada más.



—¿Fue por el contrato? —preguntó la abogada—. ¿De verdad ibas a cumplir ese absurdo contrato del conjuro de venganza?

Halldór la miró furioso.

—Sí. Había jurado que lo haría y quería cumplir la palabra que le di a Harald. Para él era una cosa de extraordinaria importancia —respondió con el rostro enrojecido—. Su madre era un auténtico monstruo.

—¿Te das cuenta de que esto es una completa chifladura? —preguntó Þóra, pasmada—. ¿Cómo es posible siquiera que se te pasara algo así por la cabeza?

—Venga —fue la azorada respuesta—. Pero yo no le maté.

—Aguarda, aún no hemos llegado a eso —dijo ella, molesta—. Así que le sacaste los ojos... ¿lo he comprendido bien?

Halldór asintió, abrumado.

—¿Y te los llevaste a casa?

Volvió a asentir.

—Y si me permites la pregunta, ¿dónde los guardaste?

—En el congelador. En un pan. Los metí dentro y puse el pan en el congelador.

Þóra volvió a apoyarse en el respaldo.

—Naturalmente. Dentro de un pan. Dónde si no. —Procuró recomponerse y apartar la imagen de su mente—. ¿Cómo pudiste hacer eso, quiero decir, realizar el trabajo en sí?

Halldór se encogió de hombros.

—No fue difícil. Utilicé una cucharilla. Lo más difícil fue grabar el signo. No salió demasiado bien. Me encontraba totalmente desquiciado... tuve que ir varias veces a la ventana y abrirla para respirar aire fresco.

—No fue difícil, dices —repuso Þóra intrigada—. Perdóname, pero me permito dudar.

El joven clavó los ojos en ella.

—He visto cosas mucho más repugnantes. Y he hecho cosas mucho más desagradables. ¿Cómo te crees que puede ser partir en dos la lengua de un amigo tuyo? ¿O ver los procedimientos en una sala de autopsias?

Þóra no podía imaginárselo, pero siguió dudando de que fuera tan repugnante como sacarle los ojos a un amigo con una cucharilla. A partir de ese momento revolvería el café con una cuchara sopera.

—En todo caso, no debe de haber sido muy agradable.

—Claro que no —exclamó Halldór—. Estábamos todos completamente borrachos. Ya te lo he dicho.

—¿Todos? —preguntó Þóra extrañada—. ¿Así que no estabas solo?

Halldór esperó antes de contestar. Jugueteeó con el agujero de la rodilla y luego volvió a toser sobre el dorso de la mano. Þóra tuvo que repetir la pregunta antes de que él se decidiera a responder.

—No, no estaba solo. Estábamos todos; yo, Marta Mist, Bríet, Andri y Brjánn.

Estábamos yendo desde el centro, queríamos volver a la fiesta... a Marta Mist le apetecía algo de droga y Bríet dijo que Harald tenía unas pastillas de éxtasis en la sala de alumnos.

—Y Hugi, ¿no estaba con vosotros?

—No. Esa noche no lo vi. Había salido de la fiesta con Harald y no le volvimos a ver. Tampoco a Harald. Es decir, con vida.

—¿De modo que fuisteis al Árnagarður? —preguntó Þóra, extrañada—. ¿Cómo pudisteis entrar... si el sistema no detectó a nadie?

—El sistema no funcionaba... tengo entendido que en realidad nunca funciona. ¿Quién te crees que va a estar dispuesto a recorrerse el edificio entero para comprobar si queda alguien? Casi nadie.

—Þorbjörn Ólafsson, el director de la tesis de Harald, sostiene sin asomo de duda que él mismo conectó el sistema —dijo la abogada—. Lo dice con total seguridad.

—Pues no estaba conectado cuando llegamos. El que mató a Harald debió de desconectarlo.

—Pero en todo caso, la puerta estaba cerrada con llave y es necesaria una clave de acceso para entrar —puntualizó Þóra—. Todo se graba en un archivo de ordenador y, según éste, no cruzó nadie la puerta. —La impresión del archivo electrónico estaba entre los papeles de la investigación de la policía, y Þóra había podido verla con sus propios ojos.

—Entramos por una ventana abierta que hay en la parte de atrás del edificio. Siempre está abierta, te lo aseguro... hay algún gilipollas con un buen cargo que nunca se acuerda de cerrarla. Eso es lo que dice Bríet, por lo menos. Fue ella quien nos indicó el lugar. También salimos por allí. Ni ella ni Brjánn llevaban las llaves encima.

—¿Y qué más? —preguntó Þóra—. ¿Harald estaba allí? ¿Durmiendo la mona? ¿Muerto? ¿Eh?

—Acabo de decirte que yo no le maté. No estaba durmiendo cuando llegamos. Se encontraba dentro de la sala de alumnos. En el suelo. Muerto. Completamente muerto. Con la cara azul y la lengua fuera. No hacía falta un médico forense para ver que lo habían estrangulado. —Un leve estremecimiento en la voz de Halldór indicó que no estaba tan sereno como intentaba aparentar.

—¿Podría haberse asfixiado en un acto sexual? ¿Quitasteis algo que pudiera indicar tal cosa?

—No. Nada. No tenía nada en el cuello... sólo una contusión horrible.

Þóra reflexionó sobre lo que acababa de oír. Claro que Halldór podía haberle contado una pura y dura mentira, pero entonces era un magnífico mentiroso, eso estaba claro.

—¿Y qué hora era?

—Hacia las cinco. Quizá las cinco y media. O las seis. No lo sé. Recuerdo haber

ido al bar en torno a las cuatro. No tengo claro cuánto tiempo pudimos andar por ahí. No estábamos demasiado interesados en mirar el reloj.

Þóra respiró hondo.

—Y luego... tú te dedicaste a arrancarle los ojos y todo lo demás allí dentro, ¿no? ¿Y cómo terminó Harald dentro del cuartito de impresoras?

—Naturalmente, no empecé enseguida. Estábamos allí como alucinados. No teníamos ni idea de qué hacer. Además, Marta Mist tuvo un ataque de histeria, y cuando tiene uno es como si no existiera. Estábamos hechos polvo y totalmente perdidos, borrachos y drogados. Y de pronto Bríet se puso a hablar del contrato, arremetió contra mí y dijo que tenía que cumplirlo, porque si no Harald me perseguiría. Lo habíamos firmado en una de nuestras reuniones, delante de los demás, sobre todo para presumir, pero Harald lo hizo con toda la seriedad del mundo. Hugí fue el único que no sabía del contrato. Harald dijo que no se tomaba la magia con la suficiente seriedad.

—¿El contrato sólo se refería al conjuro de venganza? —preguntó Þóra.

—Sí... el escrito —respondió el chico—. En realidad hicimos otro más, del mismo estilo. Era un conjuro amoroso que tenía la función de reforzar al otro despertando en la madre de Harald un amor desmesurado hacia él, haciéndole aún más difícil la pérdida. Ese contrato era sólo oral, yo tenía que hacer un agujero en un extremo de la tumba de Harald y escribir en él unos signos mágicos y el nombre de su madre. Y también tenía que echar sangre de serpiente en el agujero. Harald compró una culebra para poderlo hacer. Me lo pidió una semana antes de morir, y todavía tengo el bicho. Me va a volver loco. Hay que darle de comer hámsteres vivos, y me muero de asco.

De modo que Harald compró los hámsteres para alimentar a la serpiente. Claro.

—¿Es que se estaba preparando para morir? —preguntó Þóra, asombrada.

Halldór se encogió de hombros y no mostró reacción alguna a aquellas palabras.

—Yo sólo hice lo que había que hacer; recuerdo que Marta Mist y Brjánn no hacían más que echar la pota. Luego dijo Andri que teníamos que sacar a Harald de aquella sala, porque si no nosotros nos convertiríamos en sospechosos. Éramos los que más uso hacíamos de aquel local para estudiantes. La idea nos pareció muy sensata, de modo que lo cargamos y lo llevamos al cuarto de impresoras. Allí lo colocamos de pie porque no había sitio suficiente en el suelo para dejarlo tumbado. Costó mucho trabajo y muchos huevos. Luego salimos de allí... fuimos a casa de Andri, que no vive lejos, en el barrio oeste. Marta Mist siguió metida en el váter hasta la mañana siguiente. Los demás nos quedamos sentados en el sofá hechos una piña hasta que nos quedamos dormidos.

—¿Dónde conseguísteis sangre de cuervo para escribir?

En el rostro de Halldór se dibujó lo más parecido a un gesto de vergüenza.

—Harald y yo le pegamos un tiro a uno. En Gróttá. No había otra forma. Él ya

había ido al zoológico a ver si había alguien que nos pudiese regalar un cuervo, o vendérselo, y hablamos con todas las tiendas de animales. Pero no hubo forma. Teníamos que hacer el contrato con su sangre.

—¿Dónde conseguísteis una escopeta?

—Le birlé el arma a mi padre. Es cazador. Ni se enteró.

Póra no sabía qué decir. Recordó entonces la caja con partes de cuerpos.

—Oye, Halldór —dijo con tranquilidad—. ¿Qué hay de las partes de cuerpos que se encontraron en casa de Harald? ¿Tenéis algo que ver vosotros o era algo suyo?

—Algo no encajaba con la expresión «algo suyo» en ese contexto, pero tendría que servir.

Halldór tosió y se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Mmmm, ya, eso —dijo con timidez—. No son de cuerpos, si eso es lo que crees.

—¿Lo que creo? Yo no creo nada —respondió Póra irritada—. Me parece que ya voy acostumbrándome a todo. Podrías decirme que estuvisteis desenterrando ataúdes y me parecería normal.

—No son más que cosas del trabajo. Cosas para tirar.

Póra soltó una carcajada sarcástica.

—Eso es quizá lo único de lo que me permito dudar. Cosas para tirar. —Hizo el gesto de levantar algo y mirarlo bien por todos lados—. A ver qué pie es éste... al demonio con todo. A tirarlo. —Echó a un lado el pie imaginario que tenía en las manos—. No te hagas el tonto. ¿De dónde salió todo eso?

Halldór, con el rostro lívido, miraba a la abogada fijamente.

—No soy tonto. Eran cosas para tirar... no exactamente tirar, sino quemar. Si la policía investiga, descubrirá que eran miembros dañados que había que destruir. Mi trabajo consiste entre otras cosas en llevar a incinerar cosas de éstas. En vez de hacerlo, me las llevé a casa.

—Creo más bien que ése *era* tu trabajo, amigo mío. Me permito dudar de que vayas a hacer más guardias. —Póra intentó alejar la plétora de ideas y preguntas que se le amontonaban—. ¿Cómo se puede almacenar un pie y un dedo de la mano, y lo que fuera en cada ocasión? ¿No se corrompe la carne humana cuando se tiene almacenada? ¿No guardarías esas cosas también en un refrigerador?

—No, las asé —respondió Halldór como si fuera la cosa más natural del mundo.

Póra volvió a reír, con una risa nerviosa.

—Asaste unos miembros humanos. A lo mejor, en vez de Halldór, debo llamarte Eduardo Manostijeras ¡Dios mío, pobre de tu abogado!

—Ja, ja. Vaya sentido del humor. No los asé propiamente —dijo Halldór irritado—. Los sequé en el horno a baja temperatura. De ese modo no se estropean. Por lo menos, lo hacen más despacio. Además, se dice «pudrirse» y no «corromperse» cuando se trata de carne. —Se reclinó sobre el respaldo de la silla—.

Teníamos que utilizarlos en los conjuros... eso los hacía mucho más entretenidos.

—Y el dedo que encontraron en el Árnagarður, ¿era también de los que asabas?

—Ese fue el primero. Quería usarlo para tomarle el pelo a Bríet y se lo metí en la capucha de su chaquetón. Pensaba que se le caería en la cara y que le daría un ataque, pero se le cayó sin que se diera cuenta. Pero, en todo caso, no se pudo relacionar con nosotros, afortunadamente. Yo dejé de hacer bromas con partes del cuerpo después de aquello, porque estuvimos en un tris de tener más que problemas.

Þóra tuvo que digerir aquellas palabras. Decidió cambiar de marcha... ya bastaba de asquerosidades por el momento.

—¿Por qué nos mentiste sobre el viaje a Strandir y Rangá? Sabemos que fuiste con Harald.

Dóri miró al suelo.

—No quería que fuerais a relacionarme con el Museo de Brujería. Fue allí donde Harald conoció los conjuros de nuestro contrato. Allí no sucedió nada especial. Yo estuve esperando fuera en un banco, mientras Harald charlaba con el encargado del museo. Parece que se cayeron muy bien, se dieron la mano con mucha cordialidad cuando nos fuimos. Yo estaba con una resaca que me moría, así que no me atreví a entrar. Me estuvo haciendo compañía un cuervo muy amistoso.

—¿Y no te contó nada en el camino de vuelta? —preguntó Þóra.

—No, como es natural, el piloto iba con nosotros.

—¿Y en Ranga? ¿Qué hizo allí? —inquirió la abogada—. Sé que también estuviste allí con él.

Dóri se sonrojó.

—No sé lo que hizo. Una cosa es segura: no fue allí a pescar. Pero en realidad no sé más. Nos alojamos en el hotel y Harald salió mientras yo vagueaba por el hotel y estudiaba.

—¿Por qué no fuiste con él? —preguntó Þóra.

—No quiso —respondió Dóri—. Me llevó porque le había dicho que estaba a punto de cagarla en una asignatura... dijo que me iba a encerrar bajo llave con los libros todo el fin de semana en un sitio en el que no había nada más que hacer. Y lo cumplió... aunque en realidad no literalmente, pero se negó a llevarme con él cuando salió por los alrededores. Lo que hizo no lo sé exactamente, pero Skálholt está allí mismo.

—Tenéis que haber pasado cierto tiempo juntos durante ese viaje... ¿no hablasteis de ello? —preguntó Þóra.

—Bueno, sí, claro, nos juntamos por la tarde: comimos y luego fuimos al bar —respondió Dóri sonriéndole—. Pero entonces hablábamos de otras cosas, ¿entiendes?

—¿Pero por qué dijiste que no sabías nada de ese viaje? —insistió Þóra intrigada—. ¿Y por qué demonios te alojaste con el nombre de Harry Potter?

—Venga —dijo Dóri, molesto—. Harald me inscribió con ese nombre. Un chiste. Le parecía divertido ponerle nombres a la gente, y esta vez me tocó a mí la negra. —

Calló por un momento—. ¿Y por qué no os conté nada de todo esto? No lo sé... mentí por mentir. ¿Vale?

—Desgraciadamente, creo que la policía no se ha equivocado en absoluto. Creo que Hugi mató a Harald y que vosotros participasteis, quizá sin daros cuenta cabal de ello. Quizá él se había vuelto a casa, puede ser. Es evidente que no estáis en vuestros cabales... y probablemente él está tan perturbado como tú y mató a Harald por alguna nimiedad que nadie puede comprender, aparte, quizá, de él mismo.

—¡No! —La ira había desaparecido y la desesperación había ocupado su lugar—. Hugi no mató a Harald... eso es una gilipollez.

—Encontraron una camiseta con sangre de Harald en un armario de su casa. Hugi no fue capaz de explicar cómo acabó allí. La policía piensa que se usó para limpiar la sangre de Harald. —Þóra le miró—. La camiseta en cuestión es la misma que llevaba alguien mientras hacíais la operación de lengua de Harald. Encima pone *100% Silicon*. ¿La reconoces?

Dóri agitó la cabeza con vehemencia para decir que sí.

—Es la camiseta que llevaba Hugi. Se salpicó de sangre y se la quitó. La utilicé yo para limpiar el suelo después de la operación. —Miró a Þóra, avergonzado—. No se lo quise contar a Hugi. Me limité a meter la camiseta en un armario. Hugi no mató a Harald.

—¿Quién fue entonces? —preguntó Þóra—. Alguien lo hizo, y preveo que por lo menos Hugi será juzgado por ello y tus amigos también, por profanación de un cadáver, si no es por algo peor.

—Bríet —dijo Halldór de repente—. Creo que lo mató Bríet.

Þóra reflexionó un momento. Bríet. Era la chica menuda de pecho grande.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con tranquilidad.

—Venga —respondió Dóri débilmente.

—No, dímelo. Tiene que haber algo para que la nombres en primer lugar. ¿Por qué ella? —inquirió con determinación.

—Pues eso. Desapareció de uno de los bares cuando estábamos en el centro. Dijo que no nos encontraba, pero seguimos todo el rato en el mismo sitio... por lo menos los demás.

—Eso no es suficiente —respondió Þóra. Preferió no preguntar por qué no le habían dicho nada de eso a la policía. Según sus declaraciones, todos habían estado juntos todo el tiempo, más o menos.

—La cucharilla —dijo Halldór en voz baja—. Era ella quien tenía que librarse de la cucharilla, pero no lo hizo. Puede haber sido tan idiota como para dejarla en ese cajón donde dice la policía que la han encontrado... no lo creo. Marta Mist se ocupó del cuchillo, y ese sí que ha desaparecido. Pero la cucharilla apareció precisamente ahora, de repente. Me parece que algo no cuadra.

—¿Por qué iba a meterlo allí otra vez? No suena demasiado lógico.

—Quería causarme problemas. Nunca cogió la cuchara con las manos desnudas,

como yo. Ella llevaba guantes. Está enfadada conmigo porque ya no quiero seguir con ella. No sé. —Se revolvió en la silla—. Esa noche estaba especialmente rara. Cuando encontramos el cuerpo, fue la única que no gritó ni chilló. Sólo ella siguió tranquila. Se quedó mirándole y no dijo ni una palabra mientras los demás estábamos atacados de los nervios. Ni una palabra hasta que me recordó el contrato. Quería cargarme a mí todo aquello. Pregunta a los otros, si no me crees. —Se echó hacia delante y cogió la muñeca de Þóra al otro lado de la mesa—. Ella sabía lo de la ventana... a lo mejor ya había salido por esa ventana esa misma noche; ¿cómo voy a saberlo? Estaba enfadada con Harald porque no había querido hablar con ella la semana antes, aunque tampoco con nosotros, pero es igual. A lo mejor se volvió loca o algo así; a lo mejor tuvo una cita con él y él se le puso pelma. Cualquier cosa. Créeme, he pensado mucho sobre esto y sé lo que estoy diciendo. Compruébalo: habla con ella, aunque sólo sea por mí.

Þóra liberó su brazo.

—La gente reacciona al shock de formas muy distintas... a lo mejor no es más que una de esas personas que se quedan como petrificadas. No me apetece lo más mínimo hablar con ella. Cuéntaselo a la policía.

—Si no te crees que está grillada, tienes que hablar con la universidad. Ella y Harald trabajaron juntos en un tema y todo se fue al garete. Sólo tienes que preguntar. —Se quedó mirándola con ojos suplicantes.

—¿De qué trabajo se trataba, y qué pasó con él? —preguntó Þóra despacio. A lo mejor sí que existía alguna relación con la investigación de Harald.

—Algo relativo a la catalogación y recogida de fuentes contemporáneas sobre el obispo Brynjólfur Sveinsson, que están en diferentes colecciones. Ella se empeñó en que un documento había sido robado. Era una estupidez. Resultó ser una estupidez. Está grillada, pero hasta ahora no me había dado cuenta. Habla con la universidad... aunque sólo sea eso.

—¿Con qué profesor estaban haciendo ese trabajo? —preguntó Þóra, e inmediatamente lo lamentó. Se había dejado enredar en aquella explicación del joven, que no tenía pies ni cabeza.

—No lo sé... probablemente el Þorbjörn ese; lo sabrán en la facultad. Pásate por allí y pregunta. Hazlo, te prometo que no te arrepentirás.

La mujer se puso en pie.

—Nos vemos en la guerra, asador. Si quieres, te buscaré un abogado.

Halldór sacudió la cabeza y se tapó la cara con las manos.

—Creía que lo comprenderías... tú querías ayudar a Hugl y creí que podría conseguir que me ayudaras también a mí.

Al instante, Þóra empezó a compadecerle. La naturaleza materna se dejaba oír. ¿O sería la naturaleza de abuela?

—¿Quién ha dicho que no vaya a ayudarte? —repuso—. Ya veremos qué saco en claro de todo esto. Pero nunca, de ningún modo, seré tu defensor, amigo, ni nada

que se le parezca. Pero estaré presente en la declaración ante el juez. No me la perdería por nada del mundo.

Halldór levantó los ojos y esbozó una sonrisa. Pórá llamó a la puerta para salir. Aquello se estaba terminando. Lo sentía en los huesos.



## **12 DE DICIEMBRE**



## Capítulo 32

Póra estaba sentada en su despacho, golpeando rítmicamente con un lápiz sobre el borde de la mesa. Matthew observaba en silencio su actividad.

—Creo que los Rolling Stones andan buscando una abuelita para tocar la batería —dijo.

Póra cesó su tamborileo sobre la mesa y dejó el lápiz.

—Muy gracioso. Esto me ayuda a pensar.

—¿A pensar? ¿Y qué tienes que pensar ahora? —El día anterior ella le había contado a Matthew el desesperado intento de Halldór de desviar la atención hacia Bríet, pero a él no le había resultado una sospecha demasiado creíble. También a Póra le había parecido absurda, pero después de pasarse la noche en vela dándole vueltas y más vueltas, ya no estaba tan segura. Matthew continuó—: Eso sería como intentar pegar una serie de cabos sueltos. Créeme, en cuanto la policía le apriete las tuercas al bueno de Halldór, ya verás cómo aparece el dinero e incluso el manuscrito, si es que existe.

Miró por la ventana.

—Pero vámonos a alguna cafetería a desayunar como es debido.

—Imposible. Hoy es día de descanso en hostelería —mintió Póra—. No abren hasta mediodía. —Matthew suspiró—. Conseguirás sobrevivir... tenemos galletas— dijo, echando mano del teléfono y llamando a la secretaria—. Bella, ¿podrías traer la caja de galletas que hay al lado de la máquina del café? —El «no» flotaba ya en el aire, de modo que se apresuró a añadir—: Es para Matthew, no para mí. Gracias. — Se volvió hacia Matthew—. ¿No crees que haya motivo para comprobar lo que dijo sobre Bríet? Quizá exista un grano de verdad.

Éste echó la cabeza hacia atrás y perdió la mirada en el aire por un momento antes de responder.

—Espero que te estés dando cuenta de que esto tiene ya poco que ver con Harald, ¿verdad? —Póra asintió—. No hay nada que hayamos visto u oído que indique que esa chica pueda estar involucrada en el caso, aparte de que esté chiflada y haya participado en unas actividades de lo más peculiares, en las que se utilizaban miembros humados asados.

—A lo mejor hemos pasado algo por alto —apuntó Póra con escaso convencimiento.

—¿Como qué? —preguntó Matthew—. Desgraciadamente, mi querida Póra, todo parece indicar que, a fin de cuentas, fue Hugí quien mató a Harald, y que su amigo está también involucrado. Lo único que no está claro es si lo hicieron juntos y

si el dinero fue a parar a sus bolsillos. Lo más probable, con mucho, es que le hayan contado una mentira pura y dura a Harald sobre el manuscrito, aparentando que sabían dónde encontrarlo. Reconocerás que Halldór se hallaba en una posición clave para tramar cualquier invención, pues ayudaba a Harald con las traducciones. De forma que podían haberse inventado lo de la venta y embolsarse el dinero. Llegado el momento de entregarle el manuscrito, se vieron obligados a buscar alguna escapatoria y se cargaron a Harald. Esa explicación de Dóri sobre el asunto de la camiseta es una perfecta invención.

—Pero... —Bella entró como una exhalación en el mismo instante sin preocuparse por llamar antes a la puerta, con las galletas en la mano. Había dispuesto artísticamente las galletas en una bandeja y llevaba una taza de café. Una única taza. La mente le dijo a Þóra que si las galletas hubieran sido para ella, Bella le habría tirado la caja cerrada, apuntando a la cabeza.

—Muchísimas gracias —dijo Matthew mientras cogía las viandas—. Hay quienes no comprenden la importancia del desayuno. —Hizo una inclinación de cabeza dirigida a Þóra y le guiñó un ojo a Bella. Bella miró a la abogada y levantó la nariz, toda ufana, dirigió a Matthew su mejor sonrisa y salió.

—Le has guiñado el ojo —dijo Þóra asombrada.

Matthew le guiñó el ojo dos veces seguidas a Þóra.

—A ti te lo he guiñado dos veces. ¿Satisfecha? —Se metió en la boca una galleta con grandes aspavientos.

Þóra puso cara de estupefacción.

—Pues ten cuidadito, está desmelenada y me obligará a decirle en qué hotel te alojas. —Sonó su móvil.

—Hola, ¿hablo con Þóra Guðmundsdóttir? —preguntó una voz de mujer que a Þóra le resultó vagamente conocida.

—Sí, buenos días.

—Soy Guðrún, la que le alquiló el apartamento a Harald —dijo la señora.

—Ah, sí, buenos días. —Þóra garabateó el nombre en una hoja de papel y la giró hacia Matthew, para que éste supiera con quién estaba hablando. Luego escribió detrás un signo de interrogación para indicar que ignoraba el motivo de la llamada.

—No sé si llamo a la persona adecuada, pero tenía su tarjeta y... Bueno, el caso es que me encontré una caja de Harald este fin de semana, con una serie de cosas dentro. —La mujer calló.

—Sí, sé lo que contenía la caja —dijo Þóra para salvar a la mujer de tener que hablarle de los miembros asados.

—Sí, ¿verdad? —La alegría de la voz era conmovedora—. Me di un susto tremendo, como podrá comprender, y ahora el caso es que no sé qué hacer con un documento que me guardé sin querer cuando salí corriendo del lavadero.

—Lo tiene aún en su poder, ¿no es así? —Þóra sentía que debía ayudar a la mujer.

—Sí, eso. Me lo llevé cuando fui a llamar a la policía y luego lo encontré justo al lado del teléfono de la cocina.

—Se trata de un documento que era propiedad de Harald, ¿no es así?

—Bueno, realmente no lo sé. Es una carta vieja. Antiquísima. Recordé que ustedes estaban buscando una cosa de ésas y pensé que quizá sería mejor dársela a ustedes en vez de a la policía. —Þóra oyó cómo la mujer respiraba profundamente antes de continuar—. Ellos siguen buscando. No puedo imaginarme que esto tenga algo que ver con el crimen.

Þóra escribió a toda prisa en el papel: *¿Carta antigua?* Matthew enarcó las cejas y se comió otra galleta. La abogada dijo a su interlocutora:

—Nos encantaría por lo menos poder echarle un vistazo. ¿Podemos pasarnos ahora por su casa?

—Ejem, sí. Estoy en casa. Pero hay otra cosa. —La mujer calló.

—¿El qué? —preguntó Þóra, alarmada.

—Pues es que me temo que estropeé la carta un montón, con las prisas. Tenía un auténtico shock. Pero no está rota. —Se apresuró a añadir—. En realidad es por eso por lo que no le dije nada a la policía sobre la carta. No quería que montasen un número sólo por haberla dañado. Espero que comprendan cómo son estas cosas.

—No importa. Vamos para allá. —Þóra colgó y se puso en pie—. Tendrás que llevarte las galletas; nos vamos. Probablemente acabamos de dar con la carta danesa que había desaparecido.

Matthew cogió dos galletas y tomó el último sorbo de café.

—¿La carta que estaba buscando el decano?

—Sí, eso espero. —Se echó el bolso al hombro y fue hacia la puerta—. Si se trata de la carta podemos ir a devolvérsela a Gunnar y a lo mejor sacarle algo acerca de lo que Halldór me contó de Bríet. —Le lanzó una sonrisa de triunfo, feliz de lo bien que se le habían puesto las cosas—. Y aunque no se trate de esa carta, podríamos hacerlo de todos modos.

—¿Piensas engañar a ese pobre hombre? —preguntó Matthew—. No está demasiado bien eso... teniendo en cuenta lo que ha tenido que sufrir el desdichado.

Þóra miró por encima del hombro mientras salía al pasillo y le sonrió.

—La única forma de descubrir si se trata de la carta en cuestión es llevándosela a Gunnar. Seguramente se pondrá tan contento que estará dispuesto a hacer lo que sea por nosotros. Dos o tres preguntitas sobre Bríet no le harán demasiado daño.

La sonrisa de Þóra no era ya tan amplia cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina en casa de Guðrún, con la carta delante. Gunnar no iba a ponerse demasiado feliz cuando llegara a sus manos algo tan estropeado. Sin duda preferiría que hubiera seguido en paradero desconocido.

—¿Estás segura de que no estaba rajada ya cuando la sacaste de la caja? —

preguntó Þóra intentando con mucho cuidado alisar la gruesa hoja de papel sin arrancar el trozo que estaba casi roto.

La mujer pasó los ojos por el papel, avergonzada.

—Segurísima. Estaba entera. Debí de rajarla yo en mi conmoción. No lo hice a propósito. —Sonrió como pidiendo excusas—. Pero seguramente se podrá pegar... ¿verdad? Y luego alisarla bien, ¿verdad?

—Sí, sí, claro que sí. Perfectamente —dijo Þóra, aunque sospechaba que la restauración del documento resultaría mucho más problemática de lo que su comentario parecía indicar, si es que era posible—. Le agradecemos mucho haberse puesto en contacto con nosotros. Tiene razón... muy probablemente se trata del documento que estábamos buscando, y en realidad no tiene nada que ver con la investigación de la policía. La pondremos en las manos convenientes.

—Bien, cuanto antes saque de aquí todo lo que recuerde a Harald y a todas estas complicaciones, tanto mejor. No han sido unos días nada agradables, en absoluto, para mí y para mi marido, desde que se cometió el crimen. Y además les rogaría que se pusiesen en contacto con la familia de él y les comunicasen que me encantaría que la vivienda pudiese quedar libre lo antes posible. Cuanto antes pueda olvidarme de todo esto, antes me podré tranquilizar. —Puso sus delgadas manos sobre la mesa de la cocina y miró fijamente sus dedos llenos de anillos—. No es que no me llevara bien con Harald, personalmente. No me vayan a malinterpretar.

—No, no —dijo Þóra con voz afable—. Puedo imaginarme que todo esto habrá sido cualquier cosa menos divertido. —Acompañó sus palabras con un esbozo de sonrisa—. Y ya para terminar, querría preguntarle si llegó a conocer a los amigos de Harald... si les vio o les oyó.

—¿Es una broma? —preguntó la mujer con repentina brusquedad—. ¿Que si les oí? A veces armaban tanto barullo como si estuvieran dentro de mi propia casa.

—¿Qué clase de barullo? —preguntó Þóra con prudencia—. ¿Discusiones? ¿Gritos?

La mujer resopló.

—Principalmente era música a todo meter. Si eso se puede llamar música. Luego había golpetazos a hora y a deshora, como si estuvieran dando zapatazos en el suelo o saltando. Algunos alaridos y gritos y chillidos... muchas veces tuve la sensación de que igual podía haber alquilado el piso para que se dedicaran a domar caballos.

—¿Y por qué siguió teniéndole como inquilino? —intervino Matthew, que se había mantenido al margen durante casi toda la conversación—. Si no recuerdo mal, en el contrato de alquiler había una cláusula sobre el comportamiento y se establecía que se podía romper por incumplimiento de la misma.

La mujer enrojeció sin que Þóra comprendiese muy bien por qué.

—Me caía bien, supongo que por eso. Pagaba puntualmente el alquiler y aparte de esas cosas era un inquilino magnífico.

—¿Quizá eran sobre todo sus amigos los causantes del ruido? —preguntó Þóra.

—Sí, seguramente se puede decir que sí —respondió la mujer—. Por lo menos aumentaba cuando estaban de visita. Harald tenía la costumbre de poner la música muy alta y de hacer ruido al caminar, o algo así... Cuando recibía a sus amigos, el barullo crecía muchísimo.

—¿Alguna vez presenció una discusión violenta o una pelea entre Harald y esos amigos suyos? —preguntó Potra.

—No, no puedo decir que viera nada de eso. En su momento, la policía preguntó lo mismo. Lo único que recuerdo fue una pelotera, una riña, entre Harald y una chica. Pero no me fijé demasiado, estaba ocupada preparando el pastel de Navidad. No es que estuviera yo también allí, con ellos, qué va; sólo les oí al pasar. —La voz se le fue apagando. Sin que se lo pidieran, les había enseñado el lavadero, les había explicado cómo y dónde había encontrado la caja. El cuarto daba al interior y no se podía pensar que hubiera *pasado* por allí, a menos que hubiera entrado ex profeso. La mujer se había puesto en evidencia y Þóra intentó hallar alguna forma de darle la oportunidad de que les contara lo que había oído... sin tener que reconocer que había pegado el oído a la puerta.

—¡Oh! —suspiró con su mejor espíritu de colaboración—. Yo también viví en un piso en el que la puerta del espacio común daba a mi vivienda, y no había forma. En cuanto había alguien allí, se oía prácticamente todo. Me resultaba insoportable.

—Sí —dijo la mujer, vacilante—. Harald solía ir solo al lavadero... así que bien. No sé si aquella chica le estaba ayudando con la colada o si simplemente le acompañó y estaban ya de malas. Era por culpa de un documento desaparecido, si no recuerdo mal. A lo mejor era ése —La mujer señaló con la barbilla en dirección a la carta antigua—. Harald le pedía que dejara en paz el tema; al principio muy tranquilamente, pero se fue calentando cuando ella insistió en que la apoyara. No hacía más que repetir que aquello podría ser un empujón maravilloso para la carrera... significara eso lo que significara. No oí nada más, porque fue sólo de pasada, como les he dicho.

—¿Reconoció la voz de la chica? ¿Podía haber sido una chica rubia, menudita, que formaba parte de su grupo de amigos? —preguntó Þóra, esperanzada.

—No, no la reconocí—dijo la mujer, nuevamente con hosquedad—. Había dos que venían por aquí, sobre todo una alta y pelirroja y luego la que acaba de describir usted. Las dos tenían en común la pinta como de putas reclutadas a toda prisa en el ejército... con pinturas de guerra y ropas de camuflaje completamente deformes. Ambas carecían del más mínimo atractivo y eras unas maleducadas. Puedo asegurarles que ni siquiera me saludaban, aunque nos encontrábamos bastantes veces. Por eso nunca les oí la voz.

Aunque Þóra estaba de acuerdo con la mujer en que Bríet y Marta Mist eran bastante maleducadas, no se podía decir precisamente que careciesen de atractivo. Estaba empezando a sospechar que la mujer podía estar enamorada de Harald y por

eso le molestaban tanto sus amigas. Cosas más raras pasan. Intentó que no se le notara.

—Bueno, en todo caso, no importa demasiado. Sin duda, eso no tiene ninguna relación con el caso. —Se dispuso a levantarse y cogió la carta—. De nuevo, muchísimas gracias, y transmitiré inmediatamente sus deseos en lo referente al apartamento.

Matthew también se levantó y le dio la mano a la señora. La miró sonriente, y ella le devolvió la sonrisa, aunque no parecía tenerlas todas consigo.

—¿No le interesaría a usted quedarse con el apartamento? —preguntó la mujer, que puso su mano izquierda sobre la de Matthew, de lo más afable.

—Sí, no, sólo estoy temporalmente en este país —dijo él con apuro, intentando pensar cómo recuperar la mano.

—En último caso, siempre podrías vivir en casa de Bella —intervino Þóra con una sonrisita perversa. Matthew le envió una mirada asesina que sólo se suavizó cuando la mujer le soltó la mano.

—Tú le das el documento —dijo Þóra, intentando pasarle a Matthew el grueso sobre. La mujer se lo había traído cuando se estaban marchando... para evitar mayores daños al documento. Si servía de algo ya.

—De eso ni hablar —se quejó Matthew apretando contra el cuerpo los brazos cruzados—. Tuya fue la idea y yo pienso limitarme a sentarme con vosotros y ver lo que pasa... y a darle un pañuelo al buen hombre si se echa a llorar cuando le des ese papelucho roto.

—No me sentía así desde que acababa de sacarme el carné de conducir y le di por detrás al coche del vecino —dijo Þóra mientras esperaban. Les habían dicho que se sentaran, señalando que Gunnar estaba a punto de volver de clase. No había nada que hacer entretanto, así que Þóra se reclinó en el respaldo de la silla—. Y ni siquiera es que haya sido yo quien rompió la carta.

—Pero eres tú a quien le toca comunicarle la noticia —dijo Matthew, mirando el reloj—. ¿Es que no va a llegar nunca? Tengo que comer antes de que vayas tú a hablar con Amelia. ¿Seguro, seguro, que el día de descanso de la hostelería dura sólo hasta mediodía?

—No tardaremos mucho, no te preocupes. Te habrás ido a comer antes de que puedas darte cuenta. —Escuchó unos pasos que se acercaban desde el final del pasillo y levantó la vista. Era Gunnar, que caminaba rápidamente hacia ellos. Cargaba un montón de papeles y libros en los brazos y pareció asombrado de verles.

—Buenos días —dijo mientras trataba de sacar del bolsillo la llave del despacho—. ¿Han venido a verme a mí?

Matthew y Þóra se levantaron.

—Sí, buenos días —dijo ella. Hizo ondear el sobre—. Queríamos comprobar con

usted si una carta encontrada este fin de semana era la que andaba buscando.

En rostro de Gunnar se iluminó.

—¡Qué me dice!—exclamó mientras abría la puerta de su despacho—. Sírvanse pasar, por favor. Es una noticia espléndida. —Fue a su escritorio y dejó el cargamento. Luego se sentó y lea lúzo seña de que ellos hicieran lo propio—. ¿Y dónde apareció?

Póra se sentó y puso el sobre encima de la mesa.

—En casa de Harald, dentro de una caja con otros objetos. Tengo que advertirle que la carta no está en buen estado de conservación. —Sonrió pidiendo excusas—. La persona que la encontró había sufrido un ataque de nervios.

—¿Un ataque de nervios? —preguntó Gunnar sin comprender. Cogió el sobre y lo abrió con sumo cuidado. Muy despacio fue sacando la carta y cuando pudo comprobar con claridad cuál era su estado, se fue disgustando más y más—. ¡Pero qué demonios es lo que pasó! —Puso la carta sobre la mesa, delante de él, y se quedó mirándola fijamente.

—Mmmm, la mujer encontró toda clase de cosas que la desequilibraron por completo —explicó Póra—. Y no sin motivo, se lo aseguro. Nos pidió que dijéramos que lo sentía muchísimo, pero que esperaba que fuera posible recomponerla. —Sonrió pidiendo excusas.

Gunnar no dijo nada. Siguió mirando fijamente la carta, inmóvil. De pronto, se echó a reír. Con una risa bastante destemplada... nada parecida a la que se produce cuando alguien dice algo divertido.

—¡Dios mío! —exclamó asfixiado cuando se le pasó el ataque de risa—. ¡Cómo se va a enfadar Maria! —Su cuerpo sufrió un estremecimiento al decir aquellas palabras. Acarició el documento, lo levantó y lo observó—. Pero sí, ésta es la carta, así que al menos habría que alegrarse de que haya aparecido —resopló.

—Maria —dijo Póra—. ¿Quién es Maria?

—La presidenta del Instituto Árni Magnússon —dijo Gunnar con voz apagada—. Es ella quien está en pie de guerra por culpa de esta carta.

—Explíqueme lo de la mujer que la encontró —propuso Póra—, que está apenadísima por lo sucedido.

Gunnar levantó la vista de la carta y miró a Póra. Su gesto indicaba que aquello no importaría mucho.

—Sí, eso haré.

—Y ya de paso, querría aprovechar la oportunidad, Gunnar, para preguntarle por una alumna de la facultad: Bríet, una amiga de Harald.

Gunnar entornó los ojos, serio.

—¿Qué pasa con ella?

—Nos han dicho que tuvieron un rifirrafe ellos dos. Algo relacionado con un trabajo sobre Brynjólfur Sveinsson que estaban haciendo juntos. Su relación se agrió a causa de un documento desaparecido. ¿Sabe usted algo de eso? —Póra se dio cuenta



de que en la pared, detrás de Gunnar, había colgada una pintura, y le pareció que se trataba precisamente del dichoso Brynjólfur—. ¿No es ése? —señaló el cuadro.

Gunnar permanecía en silencio, pensativo. No miró hacia atrás, sin duda sabía perfectamente lo que había en la pared.

—Ese no es Brynjólfur Sveinsson, es un antepasado mío, con cuyo nombre fui bautizado. El reverendo Gunnar Harðarson. Lleva hábito de sacerdote, no ropas obiscales del siglo XVII.

Þóra se sonrojó y decidió no preguntar por ninguna de las numerosísimas fotografías enmarcadas que colgaban también en las paredes... una foto que le pareció ser de Gunnar y el campesino de Hella que les había acompañado a Matthew y a ella cuando estuvieron visitando las cuevas. El hecho de que se sonrojara, irritó aún más a Gunnar, que se inclinó sobre el borde de la mesa y dijo enfadado:

—Son ustedes de los huéspedes más fastidiosos que he tenido nunca —dijo secamente.

Þóra se quedó estupefacta.

—Lo lamento mucho. Pero sí querría pedirle que tuviera un poquito de paciencia con nosotros... estamos intentando atar una serie de cabos sueltos y esto de Bríet es uno de ellos. Si no quiere informarnos al respecto, puede darnos el nombre del profesor, o del catedrático, que se encargó del tema.

—No, no. Claro que puedo informarles yo... no me será nada dificultoso. Solamente les rogaría que se abstuviesen de indagar demasiado en los asuntos privados de la facultad. Éste es uno de ellos.

—¿Y eso? —preguntó Þóra extrañada—. Yo creía que esto tenía que ver sobre todo con esa chica, Bríet. Tenemos entendido que se comportó de una forma algo extraña, y por eso le hacemos la pregunta.

—Bríet, sí. Exacto, se comportó de una manera hartamente extraña. Fue principalmente gracias a Harald por lo que se consiguió detenerla antes de que la institución se hallara en una situación muy comprometida. —Gunnar se aflojó el nudo de la corbata.

—¿Pero de qué se trataba exactamente? —preguntó ella mientras observaba el alfiler de corbata de Gunnar. Le recordaba a algo, pero no conseguía caer.

Gunnar bajó los ojos hacia la corbata, pues le extrañó que Þóra la mirase con tanta atención. Como por costumbre, se pasó la mano por encima, por si casualmente tenía allí algún resto de comida. Se raspó en el borde aguzado del alfiler y retiró la mano al instante.

—¿De qué se trataba, me pregunta? Vamos a ver. Si no recuerdo mal, Harald y Bríet decidieron catalogar todas las fuentes sobre Brynjólfur Sveinsson de las que se tenía noticia, y aquel trabajo era parte de los estudios que cursaban. Creo que fue Harald quien propuso el tema, no Bríet. Ella se limitó a sumarse a él, estaba acostumbrada a engancharse a otros para hacer los trabajos de curso.

—¿Aquello tenía alguna relación con la tesis del máster de Harald? —preguntó

Póra, aunque pensó que debía de ser una manera de comprobar si Brynjólfur había tenido la versión original del *Malleus Maleficarum* sin siquiera saberlo.

—No, de ningún modo —respondió Gunnar—. Nosotros lo consideramos bastante irrelevante a ese respecto, creo habérselo mencionado a ustedes. En lugar de utilizar los trabajos de curso de las distintas asignaturas como temas preparatorios de su tesis, solía dedicarse a asuntos que con frecuencia carecían de toda relación con la cuestión de la brujería.

—¿Fue usted el supervisor de ese trabajo? —preguntó Póra.

—No, creo recordar que fue Þorbjörn Ólafsson. Puedo comprobarlo, si quiere.  
—Gunnar movió la mano en dirección al ordenador que había sobre la mesa.

Póra declinó la oferta.

—No, seguramente no hace falta. Con que pudiera decirnos qué es lo que pasó, nos bastaría. Por ahora no queremos pedirle nada más. No andamos demasiado bien de tiempo.

Gunnar miró su reloj.

—Ni yo tampoco, desde luego... tengo que ir a llevarle la carta a Maria. —En su gesto se podía leer que no le hacía mucha gracia la visita que tenía que hacer—. Fueron a las principales bibliotecas de la ciudad, al Archivo Nacional, a la Sección de Manuscritos y otros lugares semejantes para catalogar todos los documentos y cartas en los que se menciona al obispo Brynjólfur Sveinsson. Les fue bastante bien, según tengo entendido, hasta que Bríet creyó descubrir que una carta había desaparecido del Archivo Nacional.

—¿Eso sería posible? —preguntó Póra mirando como sin querer el destrozado papel que había sobre la mesa—. Quiero decir, de una forma diferente a lo que ha pasado ahora.

—Bien, puede pasar, pero en esta ocasión se trataba de una mera cuestión de incompetencia del sistema de control. Ciertamente se desconoce qué fue de la carta, pero ella acusó del robo a cierto individuo que está por encima de toda sospecha en ese contexto.

—¿A quién? —preguntó Póra.

—A quien está aquí presente —respondió Gunnar, y guardó silencio. Les miró alternativamente a uno y otro, retándoles con los ojos a poner en duda su inocencia.

—Comprendo —dijo Póra; miró decidida a Gunnar y añadió—: Perdone que se lo pregunte, pero ¿cómo se le ocurrió a Bríet semejante idea?

—Como les he dicho, se habían producido ciertos errores en la catalogación. Según el catálogo, yo fui la última persona que pudo estudiar la carta, aunque nunca la he tenido en mis manos. Quizá alguna otra persona utilizó mi nombre, o la signatura se confundió. Brynjólfur Sveinsson no me interesa, y jamás se me habría pasado por la cabeza buscar documentos relacionados con él. Lo que hizo aún más desdichado este asunto fue que la chica intentó aprovechar la ocasión para facilitarle las cosas en los estudios. Con toda desfachatez, me dijo que callaría si le echaba una

manita, por repetir su vulgar expresión. Hablé del asunto con Harald y él me prometió quitarle aquella locura de la cabeza. Me puse en contacto con un amigo mío del Archivo Nacional y le expresé mi deseo de que investigaran el asunto. No quiero que ninguna mocosa se crea con derecho a insubordinárseme. Pero no pudieron encontrar nada en todo este tiempo, y ya ha transcurrido alrededor de un año. Al final reconocieron que debía de haber sido un error por su parte, la carta habría acabado confundida con otros documentos y acabaría por aparecer más pronto o más tarde. Bríet tuvo el seso suficiente para no volver a hablarme del tema.

—¿Y qué carta era ésa? —preguntó Þóra—. Quiero decir, ¿de qué trataba?

—La carta fue escrita en el año 1702 y era de uno de los sacerdotes de Skálholt, e iba dirigida a Árni Magnússon. Sería la respuesta a una solicitud de Árni acerca del paradero de los manuscritos extranjeros propiedad de Brynjólfur Sveinsson, que había muerto unos años antes, en 1675. No hay duda alguna de que la carta estaba en la biblioteca. Muchos la recuerdan, además. A todos les pareció bastante extraño.

—¿Nada más? —inquirió Þóra—. ¿Nada sobre manuscritos que hubieran podido estar escondidos, o sobre intentos de sacarlos de Skálholt?

Gunnar la miró con gesto pensativo.

—¿Por qué pregunta, si conoce la respuesta?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Þóra extrañada—. Yo no sé nada sobre esa carta, aparte de lo que acaba de decirnos. —Sus ojos volvieron a dirigirse al alfiler de corbata de Gunnar. ¿Qué demonios pasaba con aquel alfiler que tanto la irritaba? ¿Y qué cosa rara pasaba con aquel hombre?

—Extraña casualidad —dijo el decano secamente. Evidentemente, estaba convencido de que sabían más de lo que en realidad sabían—. Podemos seguir jugando a los despropósitos, si quieren. En la carta hay unas expresiones que se resisten a la interpretación, un texto bastante oscuro sobre la protección de unos tesoros contra el gobernador danés y su depósito donde la cruz antigua. La mayoría coincide en que se refiere a la santa cruz de la iglesia de Kaðlanes, que fue retirada de allí en la Reforma a causa de la prohibición de las reliquias.

—Sabe usted muchísimo sobre esa carta —dijo Matthew, que intervenía por primera vez—. Teniendo en cuenta que nunca la ha visto.

—Naturalmente me informé al respecto cuando se me quiso imputar aquel error —replicó Gunnar al momento—. La carta es bien conocida entre los historiadores, y varios de ellos escribieron interesantes artículos al respecto.

Þóra volvió a clavar los ojos en la corbata, como por aburrimiento. Era un alfiler nada corriente, de forma bastante irregular y, al parecer, de plata.

—¿Dónde consiguió ese alfiler de corbata? —preguntó, como si fuera tonta, señalando la corbata azul ribeteada de cuero.

Gunnar y Matthew la miraron extrañados. Gunnar cogió la corbata y miró el alfiler. Luego la soltó otra vez y volvió a mirar a Þóra.

—Tengo que reconocer que ya no sé adonde va nuestra conversación. Pero, ya

que tanto parece interesarle, le diré que fue un regalo en mi quincuagésimo cumpleaños. —Se puso en pie—. Creo que no tiene sentido alguno continuar esta conversación... no tengo especial interés en hablar sobre mí mismo. Me espera una reunión muy poco agradable con María, la presidenta del Instituto Árni Magnússon, y no puedo seguir perdiendo el tiempo con estas tonterías. Les deseo, sinceramente, el mayor éxito en su investigación, pero confío en que no pierdan de vista el hecho de que el pasado no afecta en lo más mínimo al asesinato de Harald.

Les acompañó a la puerta.



## Capítulo 33

Matthew miró a Þóra y sacudió la cabeza. Estaban en la entrada del Árnagarður.

—¡Qué amabilidad la tuya!

—¿No viste el alfiler? —preguntó Þóra muy excitada—. Era una espada. El alfiler de corbata consistía en una placa de plata sobre la que había una espada de plata que cruzaba la corbata. ¿No la viste?

—Claro que la vi. ¿Y qué? —dijo Matthew.

—¿No recuerdas la foto del cuello de Harald? ¿La señal que parecía una daga o una cruz? ¿Qué había dicho el forense? *Esto parece una pequeña daga... pero hay algo más, porque la piel se ha rajado por la fricción de ese objeto, pero demasiado superficialmente para que esta daga, o lo que sea, haya podido causarlo.*

—Sí, es verdad —respondió Matthew—. Ya comprendo adonde quieres llegar. Pero no estoy nada seguro de que se trate del mismo objeto. Las fotos no eran suficientemente claras —suspiró—. Ese hombre es historiador. La espada vikinga del alfiler de corbata está claramente relacionada con su principal especialidad, la colonización de Islandia. Yo no le buscaría tres pies al gato en ese asunto. A mí la herida me pareció más parecida a una cruz. —Sonrió—. A lo mejor, quien mató a Harald fue un cura psicótico.

Þóra estaba nerviosa. Sacó su móvil.

—Quiero hablar con la Bríet esa. En todo esto hay algo rarísimo.

Matthew agitó la cabeza pero Þóra no le hizo caso. Bríet contestó a la cuarta llamada, furiosa. Cuando Þóra le comunicó la detención de Dóri, la chica se sosegó y aceptó reunirse con ellos en la cafetería que había al lado de la biblioteca, en un cuarto de hora. Matthew no hacía más que refunfuñar y poner mala cara, pero cuando Þóra le dijo que allí podría comprar algo para comer, aceptó encantado. Estaba engullendo una pizza cuando apareció Bríet.

—¿Qué le ha dicho Dóri a la policía? —preguntó con voz temblorosa mientras se sentaba a la mesa.

—Nada —respondió Þóra—. Todavía. Pero a mí sí que me ha contado algunas cosillas acerca de aquella noche y de vuestro papel en lo que sucedió. No me extrañaría que antes de que pase mucho tiempo contara más cosas. Sostiene que fuiste tú quien mató a Harald.

El color desapareció del rostro de la chica.

—¿Yo? —preguntó asombrada—. ¡Cómo le voy a haber matado yo!

—Él dice que desapareciste de la panda esa noche y que te comportaste de

forma muy extraña cuando encontrasteis el cuerpo... que no parecías tú.

Bríet abrió mucho la boca y se quedó así un momento, paralizada, hasta que volvió a hablar.

—Me perdí veinte minutos... como mucho. Y me quedé hecha polvo cuando encontramos el cuerpo. Ni siquiera podía pensar. No digamos hablar.

—¿Adonde fuiste? —preguntó Matthew.

Bríet le sonrió con ambigüedad.

—¿Yo? Estuve en el baño con un viejo amigo mío. Él puede confirmarlo.

—¿Durante veinte minutos? —preguntó Matthew como dudando.

—Sí. ¿Y? ¿Quieres saber lo que hicimos?

—No —la interrumpió Þóra—. Nos hacemos idea.

—¿Y qué queréis de mí? Yo no maté a Harald. Me limité a estar al lado de Dóri mientras se encargaba del cuerpo. El único que se va a ver metido en un buen lío si Dóri se lo cuenta a la policía es Andri. Él le ayudó. Yo no toqué a Harald. —Con aquello, Bríet intentaba darse ánimos a sí misma, pero no pareció darle muy buenos resultados.

—Querría preguntarte acerca del trabajo que estuviste haciendo con Harald sobre el obispo Brynjólfur y la carta desaparecida —expuso Þóra—. Dóri dijo que Harald se había enfadado bastante contigo. ¿Es así?

Bríet miró a la abogada sin comprender.

—¿Aquel rollo? ¿Qué tiene que ver con este asunto?

—No lo sé, por eso te lo pregunto —respondió Þóra.

—Harald fue patético —dijo Bríet de improviso—. Yo tenía a Gunnar bien agarrado por el cuello. Se puso como un flan en cuanto fui a verle y le dije que sabía que había robado una carta del Archivo Nacional. Y lo hizo, eso seguro, diga él lo que diga.

—¿En qué sentido estuvo Harald patético? —preguntó Matthew.

—Primero la cosa le pareció divertida y me animó a ir a por Gunnar. Además, nos colamos en su despacho para buscar la carta, después de que el tipo me echara con cajas destempladas. Todo fue de lo más raro. Cuando estábamos allí dentro, Harald cambió de opinión, así, de repente. Encontró un artículo viejo sobre los monjes irlandeses y se echó para atrás, y se empeñó en que con aquello ya tenía bastante.

—¿Y eso? —preguntó Þóra.

Bríet se encogió de hombros.

—Era un artículo de Gunnar que estaba metido en un armario. Harald lo encontró y me pidió que le dijera lo que ponía en el pie de las fotos. Estaba emocionadísimo con dos de ellas. Una era de una cruz y la otra de una mierda de agujero. Luego también quiso enterarse de todo sobre la otra ilustración. Yo estaba a punto de desmayarme por los nervios, aterrada de que pudiera venir Gunnar. No estaba para ponerme a traducirle aquellos textos a Harald. Al final se guardó el

artículo en el bolsillo y dejamos de buscar. Nos largamos.

—¿Qué te dijo exactamente? ¿Lo recuerdas? —inquirió Þóra.

—Exactamente, no. Nos metimos en la sala de alumnos y me mandó que le dijera qué agujero era el de la foto. Se trataba de una cocina en el interior de una cueva. La cruz también. Estaba esculpida en la pared. Una especie de altar.

—¿Y la otra ilustración? —preguntó Matthew—. ¿Qué había en ella?

—Era una foto aérea de la cueva con unos signos que indicaban qué era cada cosa. Si lo recuerdo bien, uno de ellos estaba junto a la cruz, el otro en un agujero que atravesaba el techo... creo que era un tubo de chimenea... y luego estaba el tercer signo en el agujero que se supone era el fogón. —Bríet miró a Matthew—. Recuerdo que se puso de lo más excitado con el tercer signo y me preguntó si me parecía posible que los monjes cocinaran al lado del altar. Yo le dije que no tenía ni idea. Entonces preguntó si yo no creía que por lo menos habrían puesto el fogón debajo de la chimenea. En el dibujo no era así, en absoluto. El fogón estaba al lado del altar y el tubo de la chimenea se encontraba cerca de la entrada. Parecía algo tan insignificante y tan impropio de Harald excitarse de aquel modo por un memez como aquélla.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Matthew.

—Se fue a hablar con Gunnar. Y después me prohibió volver a preocuparme por aquella carta. —Les miró con gesto de enfado—. Y eso que fue él quien originalmente me empujó a ir contra Gunnar... contra ese maldito *Gastbucht*, como le llamaba él.

—¿*Gastbucht*? —repitió Þóra. ¿Qué ponía en el papel de apuntes de Harald? ¿*Gastbucht*? No era el Libro de visitas de la cruz, como había creído ella... no era una cruz sino una *t*, no era *Gastbuch*, sino *Gastbucht*, la traducción alemana del nombre Gestvík.

Þóra y Matthew volvieron a entrar a toda prisa en el Árnagarður. Mientras corrían, llamó a la policía y le habló a Markús de las sospechas suyas y de Matthew sobre Gunnar, pero él no pareció muy impresionado. Después de mucho forcejeo aceptó comprobar los movimientos de la cuenta del decano. El despacho de Gunnar se encontraba vacío cuando llegaron. En lugar de esperar fuera, decidieron tomarse ellos mismos el permiso de entrar y sentarse, y entonces se dieron cuenta de que Gunnar estaría con Maria, la presidenta del Instituto Árni Magnússon, entregándole la carta.

Matthew miró el reloj.

—Tiene que venir algún día este hombre.

En esto se abrió la puerta y entró Gunnar. Se quedó pasmado al verles allí.

—¿Pero quién les ha dado permiso para entrar?

—Nadie. Estaba abierto —respondió Þóra tranquilamente.

Gunnar corrió a su escritorio.

—Creía que ya nos habíamos despedido. —Se sentó en su silla y les miró con cara de pocos amigos—. No estoy en el mejor de los momentos posibles. A Maria no le gustó demasiado ver el pésimo estado en el que se encontraba la carta.

—No le entretendremos mucho —dijo Matthew—. Pero antes no conseguimos aclararlo todo.

—¿Y eso? —respondió Gunnar con acritud—. Les dije todo lo que quisieron saber.

—Pero es que queríamos preguntarle por unos cuantos detalles que están aún sin aclarar —puntualizó Þóra.

Gunnar inclinó la cabeza hacia atrás y fijó la vista, irritado, en el techo. Exhaló un profundo suspiro antes de volver a mirarles.

—Pues muy bien. ¿Qué tienen tanta urgencia por saber?

Þóra miró primero a Matthew y luego a Gunnar.

—La cruz antigua que se menciona en esa carta a Árni Magnússon... ¿no podría ser la cruz que está en la cueva de los monjes, en Hella? —preguntó—. Se supone que es usted el principal experto en ese periodo... ¿es eso correcto? Por lo menos, la cruz estaba en este país ya antes de que empezara la colonización propiamente dicha.

Gunnar se quedó lívido.

—¿Cómo voy a saberlo? —bramó. Þóra se encogió de hombros.

—Pues yo creo que lo sabe todo sobre estas cosas. ¿No es esa foto de usted y el propietario de las tierras donde se encuentran las cuevas? —Señaló con el dedo la foto enmarcada de la pared—. ¿Las cuevas de los monjes irlandeses?

—Sí, en efecto. Pero no logro descubrir la relación —dijo Gunnar—. Me parece que hacen ustedes unas preguntas muy extrañas y no acabo de explicarme su interés por la historia. Si quieren matricularse en la facultad, en secretaría tienen impresos de solicitud.

Þóra hizo como que no le había oído.

—Pues creo precisamente que sí que logró descubrir la relación. Usted estuvo en la reunión Erasmus, que se prolongó hasta medianoche, cuando asesinaron a Harald. —Al ver que Gunnar no decía nada, añadió—: ¿Podría ser que viera a Harald esa noche?

—¿Pero qué horrible monstruosidad es ésa? Ya le he dado toda clase de explicaciones a la policía sobre la horrible muerte de Harald. Tuve la inmensa desgracia de encontrar el cadáver, pero el asunto no me afecta a mí en ningún otro sentido. Es mejor que salgan de aquí ahora mismo. —Señaló la puerta, tembloroso.

—Estoy segura de que la policía tendrá que revisar todos sus interrogatorios, ahora que se sabe qué es lo que causó las heridas del cadáver —dijo Þóra, sonriendo maliciosamente a Gunnar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gunnar, pasmado.

—Han descubierto lo que se utilizó para extraer los ojos y para grabar el signo sobre el cadáver. El tremendo susto que se llevó al ver el cadáver ya no le garantiza



que la policía le trate con guantes de seda. Las cosas van a ser muy distintas a la luz de las declaraciones de ese hombre.

Gunnar jadeó.

—Ustedes andan mal de tiempo. Yo también. No quiero retenerles ni un segundo más. Debemos concluir esta conversación.

—Usted le estranguló con la corbata —continuó Þóra—. El alfiler de corbata lo confirmará. —Se puso en pie—. Aún tiene que salir a la luz el móvil, pero en estos momentos en realidad no importa. Usted le mató. Ni Hugi, ni Halldór, ni mucho menos Bríet. Usted. —Le miró a los ojos y se sintió invadida de asco y compasión. Un estremecimiento recorrió a Gunnar, y Matthew se puso en pie lentamente, utilizando al mismo tiempo una mano para empujar a Þóra suavemente hacia atrás... en dirección a la puerta. Como si temiera que Gunnar fuera a saltar sobre la mesa enarbolando la corbata para estrangularla a ella también.

—¿Ha perdido usted el juicio? —preguntó Gunnar mirando fijamente a la abogada. Se puso en pie con grandes aspavientos—. ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa? Le aconsejo que se busque un psiquiatra, y cuanto antes, mejor.

—No es ningún absurdo... usted le asesinó. —Þóra se mantenía firme—. Tenemos diversos datos que indican que es usted el culpable. Créame. Cuando la policía le eche el guante y le interroge en serio, le será difícil defenderse.

—Imposible, yo no le maté. —Gunnar miró a Matthew, esperando apoyo.

—Quizá la policía esté interesada en oírle decir eso... nosotros no. —Matthew no dejaba que una sonrisa se dibujara en sus labios—. A lo mejor la facultad puede apoyarle poniéndose de su parte. Un registro domiciliario quizá pueda proporcionar algunas pruebas más, si el alfiler de corbata no resulta suficiente.

Sonó el teléfono de Þóra. No apartó los ojos de Gunnar mientras duró la breve conversación telefónica. Él la miró hablar, desfallecido, sin entender qué estaba pasando. Þóra volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—Era la policía, Gunnar.

—¿Y? —preguntó él. La nuez le subía y bajaba en la garganta.

—Me pedían que fuera a la comisaría. Han descubierto que existe una serie de movimientos muy interesantes en su cuenta bancada, y quieren que Matthew y yo les expliquemos mejor las cosas. Tengo la plena impresión de que la policía le tiene a usted en el punto de mira. —Calló y le miró.

Gunnar les miraba alternativamente a uno y otro, enloquecido. Abrió la boca más de una vez como para decir algo, pero al momento volvió a cerrarla. Al final se dejó caer, vencido.

—¿Van a por el dinero? —preguntó con voz inarticulada—. No he gastado mucho. —Les miró, pero no hubo reacción—. También tengo el libro, pero no estoy dispuesto a dárselo a nadie. Es mío. Yo lo encontré. —Se cogió la frente con las manos, aparentemente desesperado—. No tengo ninguna otra cosa que pueda decirse que posee un valor incalculable, o que sea única. Harald parecía tenerlo todo,

por lo menos le sobraba el dinero. ¿Por qué tenía que anhelar esto precisamente, y no cualquier otra cosa?

—Gunnar, creo que tendríamos que llamar a la policía —dijo Þóra con voz baja y afable—. A nosotros no tienes que decirnos nada más... reserva tus fuerzas. —Vio que Matthew sacaba su teléfono, dispuesto a llamar—. Ciento doce —dijo, sin que Gunnar mostrara reacción alguna. Matthew salió a llamar.

—Estaba siempre esperando que la policía me acusara del crimen cuando me interrogaron sobre el hallazgo del cadáver. Estaba convencido de que sólo estaban jugando conmigo, que hacían como si no supieran que era yo quien lo había matado. Luego resultó que ni siquiera habían sospechado de mí. —Levantó la mirada y sonrió débilmente—. Nunca habría podido fingir el susto que me llevé cuando el cadáver se me cayó encima. La última vez que lo vi estaba en la sala de alumnos, en el suelo. Por un momento creí que se había levantado de la muerte para tomar venganza. Tienen que creerme, yo no tuve nada que ver con eso de los ojos. Yo solamente le estrangulé.

—Eso parece más que suficiente, creo —contestó Þóra—. ¿Pero por qué? ¿Porque quería comprarte el manuscrito del *Martillo de las brujas*? ¿Tú lo tenías?

Gunnar dijo que sí con la cabeza.

—Lo encontré en la cueva. Tenía un permiso de investigación y me lancé a estudiar a los monjes irlandeses. El dueño de las tierras me autorizó a excavar allí, sólo con la esperanza de encontrar restos de presencia humana que probaran que fueron ellos quienes habían excavado las cuevas, o que no fueron ellos. No se habían investigado previamente... han pasado veinte años desde que estuve allí. Fui el primero que metió una pala en la tierra en ese lugar, aunque parte de las llamadas Cuevas de Ægisíða habían sido estudiadas bastante antes. Aquellas cuevas se habían usado como establo para vacas hasta mediados del siglo pasado, y por eso la mayoría estaban sin explorar. Pero en lugar de encontrar restos de presencia humana de antes de la colonización, encontré un cofre bien oculto al lado del altar. En ella estaba ese manuscrito, junto a otros más. Una Biblia manuscrita, en danés, un libro de salmos y dos bellísimos libros noruegos sobre ciencia natural. —Miró fijamente a los ojos de Þóra—. No pude resistirlo. Escapé en mi coche con el cofre antes de que viniera el propietario y no le dije nada a nadie. Poco a poco me fui dando cuenta de los tesoros que tenía en mis manos, eran las propiedades de Skálholt. Dos de los libros estaban marcados con las iniciales de Brynjólfur: LL. Pero sólo cuando apareció Harald comprendí qué estaba haciendo allí aquella extraña edición del *Martillo de las brujas*.

—¿Y cómo lo descubrió él? —preguntó Þóra, que añadió—: No tienes que decirme nada si no quieres.

Gunnar no hizo caso alguno de sus palabras.

—La suerte del principiante —dijo—. Yo no la califico, desde luego, como suerte, más bien como desgracia. Harald vino aquí expresamente para buscar ese manuscrito, como seguramente sabrán ustedes. Escarbó en todas las fuentes hasta que dio con el rastro, según pensaba él. Estaba convencido de que Jón Arason se

había llevado el manuscrito para imprimirlo y que lo escondió cuando las cosas empezaron a volverse en su contra. Por entonces yo no veía claro adonde pretendía ir, y no hice nada por obstaculizar su marcha. Fue ex profeso a Skálholt para comprobar las peculiaridades del lugar de la ejecución. Allí encontró la pista del manuscrito por pura casualidad... le hablaron de la colección de manuscritos de Brynjólfur y se dedicó a estudiar las fuentes que trataban de él con la esperanza de encontrar un catálogo de los manuscritos perdidos. Pero eso no sucedió hasta que vino a verme después de que Bríet descubriese lo de la carta desaparecida del Archivo Nacional...

Miró al suelo y luego de nuevo a Póra.

—Naturalmente, en cuanto me di cuenta de lo que había encontrado, retuve la carta. Tenía mucho miedo de que pudiera conducir a otros hasta las cuevas... a que alguien llegase a las mismas conclusiones que usted sobre la sagrada cruz. Aquello fue un error nefasto. No me había librado de los problemas con Bríet cuando entró en juego Harald. Él conocía el contenido de la carta. Entró directamente en materia, dijo que sabía que yo había encontrado el *Martillo de las Brujas* de Kramer, y que él lo quería. Había robado un artículo sobre los monjes y las cuevas de mi despacho... un viejo artículo que me vi obligado a escribir a la conclusión del permiso de investigación. Cometí la estupidez de incluir una foto del agujero del que desenterré el cofre. Dije que era un viejo fogón. Nadie se extrañó por esa conclusión... en realidad estoy seguro de que nadie llegó a leer el artículo. Harald se limitó a sumar dos y dos. Y yo que creía que eran las limpiadoras las que habían robado los papeles. —Gunnar guardó silencio por un momento—. El quería el *Martillo de las brujas*. Dijo que le daba igual todo lo demás que pudiera haber allí, pero que tenía que conseguir aquel libro. Y se ofreció a comprármelo. Mencionó una suma increíble, mucho más dinero del que yo podría conseguir por él en el mercado negro, si hubiese tenido la menor idea de dónde estaba ese mercado. En lugar de negarme y echarlo del despacho, decidí aprovechar la oportunidad. Aquel dinero me tentó. Yo no tenía ni idea de lo importante que era ese manuscrito. Harald me contó toda la historia antes de entregarme el dinero. Entonces cambié de opinión. Pero no podía decírselo, de ninguna manera —jadeó—. Naturalmente, son ustedes incapaces de comprender que cuando uno trabaja toda su vida tan cerca de la historia, se ve atraído involuntariamente por todo lo que había en ella. Y yo tenía en mis manos un tesoro único. Totalmente único.

—¿Así que mataste a Harald para conservar el manuscrito... sin tener que devolver el dinero y reconocer su existencia, arriesgándolo todo? —preguntó Póra—. A lo mejor él habría preferido seguir viviendo sin él, en vez de morir.

Gunnar rio débilmente.

—Claro que lo intenté. Se limitó a reírse de mí y dijo que era mucho más conveniente tratar con él que con las autoridades, y que no dudaría en denunciarme si lo engañaba. —Gunnar respiró con dificultad—. Lo vi. Venía en bicicleta por

Suðurgata cuando yo estaba yéndome ya a casa. Di la vuelta y le esperé en la entrada principal. Dejó la bicicleta a un lado y entramos juntos. Una de sus manos estaba llena de sangre, había sangrado por la nariz. Tenía una hemorragia nasal. Muy desagradable. —Gunnar cerró los ojos—. Utilizó su llave y su número secreto para abrir. Estaba borracho e indudablemente drogado. Hice un nuevo intento de razonar con él. Le pedí que me comprendiera. Él se rió de mí. Lo seguí a la sala de alumnos, allí rebuscó en un armario y sacó una pastillita blanca, que se tragó. Enseguida se puso aún más extraño. Se dejó caer en un sillón, me dio la espalda y me pidió que le diera un masaje en los hombros. Creí que se había vuelto loco, pero más tarde supe que se había tomado una pastilla de éxtasis, que aumenta la necesidad de contacto físico. Fui hasta él y al principio pensé en hacer lo que me pedía, con la esperanza de que accediera a mi ruego. Pero de pronto me inundó una furia tal que, sin darme cuenta siquiera, me quité la corbata y se la pasé por el cuello. Apreté. Él se resistió. Pero no pasó nada. Y entonces murió. Cayó lentamente al suelo desde el sillón. Y me fui. —Gunnar miró a Þóra esperando su reacción. Parecía haberse olvidado completamente de Matthew.

Por la ventana llegó el ruido de unas sirenas, que fue haciéndose cada vez más fuerte.

—Vienen a por ti —anunció Þóra.

Gunnar apartó la vista de ella y la dirigió a la ventana.

—Yo quería llegar a ser rector —dijo con tristeza.

—Me parece que puedes olvidarte de eso.

## **13 DE DICIEMBRE**



## Epílogo

Amelia Guntlieb, callada como una tumba, tenía la mirada fija en la superficie de la mesa. Þóra sospechaba que no acababa de atreverse a hablar. Si hubiera estado en su lugar, ella también habría preferido el silencio. Matthew acababa de repasar los pormenores del caso, tal como los conocían entonces. No era muy probable que pudieran salir a la luz más cosas de auténtica importancia. Þóra admiró lo bien que había conseguido dulcificar las cosas que herirían sin duda a la madre de Harald. Pero la historia era repugnante y nada agradable de escuchar... incluso para Þóra, aunque conociera todos los detalles.

—Han encontrado el *Martillo de las brujas* y otras cosas que Gunnar sacó de la cueva —dijo Matthew reposadamente.

Una vez que la policía hubo detenido a Gunnar el día anterior, se procedió a los interrogatorios, de modo que Þóra y Matthew no pudieron salir a comer juntos. Y ella no tenía nada claro ser capaz de reunirse con Amelia Guntlieb cuando la policía la dejó marcharse. En lugar de eso, se fue a su casa. Antes de sentarse a charlar con Gylfi sobre el niño que esperaban, tuvo una larga conversación con Laufey. Había aconsejado a Þóra que hiciera al muchacho consciente de las consecuencias, que lo invitara a hacer algo que diera auténtica realidad al niño, que lo hiciera de carne y hueso. Así podría aclararse un poco las ideas sobre lo que estaba sucediendo. Por ejemplo, podía animarle a hacer una lista de posibles nombres para el niño.

Estaban sentados en la cafetería del Ayuntamiento, que se encontraba vacía. Elisa había derramado unas lágrimas mientras Matthew hacía su relato, pero su madre estaba como petrificada, tapándose la cara con las manos y mirando luego la mesa. Entonces levantó la mirada y respiró muy hondo. Nadie dijo una palabra. Estaban todos esperando que dijera algo, que llorase o que dejase traslucir de alguna forma sus sentimientos. No fue así. No miró a ninguno de los tres, sino que centró su atención en una gran pared de cristal que daba a la laguna, y miró los patos que nadaban allí tan tranquilos, junto con algunos gansos. El viento agitaba la superficie del agua, y los pájaros alzaron el vuelo y se fueron uniendo a los patos. Una gaviota llegó como por casualidad y se posó en medio del nutrido grupo.

—¿Te parece que echemos un vistazo al mapa de Islandia? —dijo Matthew a Elisa—. Hay uno ahí al lado. —La joven asintió con un movimiento casi imperceptible de la cabeza y ambos se levantaron y se dirigieron al gran salón que había al lado del café. Þóra y la madre de Harald se quedaron solas.

Nada parecía indicar que la mujer hubiese notado que había menos personas en torno a la mesa. Þóra carraspeó cortésmente sin que aquello tuviese el efecto

deseado. Esperó un momento pero se dio cuenta de que tendría que recurrir a algo más directo para conseguir atraer la atención de aquella mujer.

—No tengo demasiada experiencia en este género de cosas, y me es difícil expresar cuánto lamento todo esto. Pero quiero que sepa que usted y su familia cuentan con toda mi simpatía.

La mujer dejó escapar el aire con un suspiro.

—No merezco simpatía... ni de usted ni de nadie. —Se volvió, dejando de mirar por la ventana, y miró a Þóra. Su mueca de dolor parecía ir aliviándose—. Perdóneme. No me encuentro del todo bien. —Puso las manos sobre la mesa y empezó a jugar con sus anillos—. No sé por qué, siento algo que me impulsa a hablar con usted. —Apartó los ojos del oro de sus dedos y miró a Þóra—. Quizá porque ya no volveré a verla. Quizá porque necesito una oportunidad para justificar mis actos, pues mi conducta ha tenido estas espantosas consecuencias.

Þóra sólo pudo pensar que aquellas espantosas consecuencias se referían a la muerte de Harald.

—No tiene que justificarme nada en absoluto —dijo Þóra—. No soy una ingenua y sé que con frecuencia detrás de lo que parece a primera vista se esconden muchas otras cosas.

La mujer esbozó una sonrisa apagada. A Þóra le llamaba la atención lo cuidada que estaba. Claro que la edad había dejado ya sus marcas sobre ella, pero seguía siendo elegante, aunque de una forma en que la belleza sólo cedía ante la dignidad. Sus ropas invitaban a mirarlas. Þóra adivinó que el vestido oscuro y el abrigo costaban más de lo que ella gastaba en ropa a lo largo de un año entero.

—Harald era un niño precioso —dijo la mujer, como en un ensueño—. Cuando nació, nos sentimos enormemente felices. Primero habíamos tenido a Bernd, que ya tenía dos años, y luego llegó aquel chiquillo precioso. Los años siguientes, hasta que nació Amelia, son en mi memoria como lo que uno imagina que puede ser el cielo. En ningún momento apareció siquiera una nube.

—La niña era débil, ¿no? —preguntó Þóra— ¿Nació ya con alguna enfermedad?

La sonrisa de Amelia desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—No. No nació débil. Nació totalmente sana. Era mi vivo retrato, a juzgar por las fotos mías de cuando era bebé. Era preciosa, igual que el resto de mis hijos... dormía, y casi nunca lloraba. Ninguno de ellos tuvo problemas de estómago o padeció de los oídos. Unas criaturas encantadoras —Þóra se limitó a asentir, porque no sabía qué decir en aquel momento. Vio una lágrima aparecer en el rabillo del ojo de la mujer—. Harald... —Se le quebró la voz. Hizo una pausa e intentó recomponerse antes de continuar. Restañó la lágrima con un rápido movimiento de la mano—. No he hablado de esto con nadie, aparte de mi marido y de nuestro médico. Mi marido habló del tema con sus padres y nadie más. No somos una familia abierta y nos resulta difícil hablar las cosas... preferimos no andar recurriendo a la compasión de nadie. Al menos, creo que ése es el motivo.

—Puede ser difícil —dijo Þóra, sin hacerse una idea clara en realidad. Afortunadamente, ella nunca había llegado a necesitar tanta compasión.

—Harald era muy celoso, por muy encantado que estuviera con su hermanita pequeña. Él había sido mi favorito durante más de tres años y le resultó difícil hacerse a la idea de que había un nuevo miembro en la familia. No lo tomamos muy en serio, suponíamos que se le pasaría —las lágrimas descendían ahora por las mejillas—. Él la dañó, la dejó caer al suelo. —Guardó silencio y se volvió otra vez a observar los pájaros.

—¿Dejó caer a la niña al suelo? —preguntó Þóra, intentando no mostrarse demasiado alarmada. Un violento escalofrío le recorrió la columna.

—La niña tenía cuatro meses, estaba durmiendo en el cochecito. Acabábamos de volver de hacer compras. Fui a quitarme el abrigo y, cuando volví, Harald tenía a la niña en brazos. En realidad, no exactamente en brazos. La sujetaba como si fuera un animalito de trapo. Con aquellos meneos, la niña se despertó y se puso a lloriquear. Harald la riñó y la zarandeó. Corrí hacia él, pero era demasiado tarde. Me miró y sonrió. Y la dejó caer. La niña se estrelló contra las baldosas del suelo. —Las lágrimas corrían una tras otra, dejando tras de sí surcos brillantes en el rostro de la mujer—. Jamás pude apartar aquella imagen de mi mente. Siempre que miraba a Harald veía su gesto cuando dejó caer a la niña. —La mujer calló, hizo acopio de fuerzas y continuó—. Se le fracturó el cráneo, entró en coma en el hospital y tuvo secuelas cerebrales. Cuando salió del coma, ya no era la misma. Pobre angelito mío.

—¿Se produjeron sospechas de maltrato infantil? En este país se habría abierto una investigación.

El gesto de Amelia indicó que pensaba que Þóra era un poco simple.

—Nosotros no tuvimos que aguantar nada por el estilo. Los médicos de la familia nos apoyaron, y otros que la atendieron mostraron también la mayor comprensión. Harald fue enviado al psicólogo, pero no sirvió de mucho. No mostró señal alguna de tener un conflicto psicológico. No era más que un niño celoso que cometió un espantoso error.

Þóra se permitió dudar de que aquella manera de proceder pudiera considerarse una forma normal de conducta de un niño, pero no dijo nada. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella de esos temas?

—¿Harald lo sabía, o lo olvidó con el paso del tiempo? —preguntó, en cambio.

—Sencillamente, lo ignoro. Hablábamos poco Harald y yo. Creo que probablemente lo sabía... por lo menos siempre se comportó maravillosamente bien con Amelia Maria hasta que ella encontró el reposo con la muerte. Mi sensación fue siempre que él estaba intentando compensar lo que le había hecho.

—¿Y su relación con Harald estuvo marcada por eso todos estos años?

—No se podía hablar de relación. A mí me resultaba muy difícil mirarle, no digamos ya tener una verdadera relación con él. Y lo mismo sucedía con su padre. A Harald le resultaba muy difícil al principio, no comprendía por qué su madre no le



quería tener cerca. Luego se acostumbró. —Había dejado de llorar y la rigidez había desaparecido de su semblante—. Naturalmente yo habría tenido que perdonarle... pero no pude. Quizá habría debido acudir al psicólogo, y tal vez eso habría dado otro cariz a las cosas. Y Harald habría sido un hombre distinto al que fue.

—¿No era bueno? —preguntó Þóra, recordando lo que había dicho de él su hermana—. Elisa parece recordarle como una buena persona.

—Siempre estaba buscando —dijo la mujer—, podríamos expresarlo así. Siempre estuvo intentando ganarse el cariño de su padre... que nunca logró. Enseguida la tomó contra mí. Afortunadamente para él, su abuelo se llevaba estupendamente con él. Pero al morir, fue cuando Harald empezó a ir realmente mal. Estaba estudiando en Berlín y enseguida empezó a tomar drogas y a jugar con la muerte. Uno de sus amigos murió en una práctica de aquéllas. Por eso nos enteramos.

—¿Y no intentaron ustedes frenarle de algún modo? —Þóra sabía de antemano la respuesta.

—No —respondió la mujer, lacónica—. Después de todo aquello le vino un enorme interés por todo lo relacionado con la magia, se lo contagió su abuelo. Cuando murió Amelia Maria, se enroló en el ejército. No hicimos nada para impedirlo. Aquella decisión no tuvo consecuencias nada felices... no quiero hablar de ello, pero lo enviaron a casa al cabo de menos de un año. Por entonces tenía ya dinero de sobra, que había heredado de su abuelo, y no le veíamos mucho. Pero se puso en contacto con nosotros cuando decidió venir a este país; llamó para comunicárnoslo.

Þóra miró pensativa a la mujer.

—Si espera una justificación, no soy yo quien puede dársela. Pero la compadezco. No sé cómo habría reaccionado yo en su lugar... quizá exactamente de la misma forma. Aunque espero que no.

—Ojalá hubiera sido yo capaz de edificar una nueva relación con Harald. Ahora es demasiado tarde y tendré que cargar con ello.

A Þóra aquello le pareció frialdad, quizá el conjuro de venganza había tenido su efecto a fin de cuentas.

—No me agrada en absoluto aumentar su desgracia, pero me veo obligada a indicarle que este asunto afecta a otras personas más. Por ejemplo, hay un joven en la cárcel, un estudiante de Medicina, que era amigo de Harald. No creo que vaya a recibir ningún premio por lo que hizo por él.

La mujer miró por la ventana.

—¿Qué será de él?

Þóra se encogió de hombros.

—Con toda probabilidad, le juzgarán por no haber informado del hallazgo del cadáver y por la profanación del cuerpo, y le condenarán a un tiempo de cárcel. Seguramente no podrá volver a la Facultad de Medicina. Imagino que salvará a sus

otros amigos de que se les acuse de complicidad... aunque nunca se sabe. Sospecho, además, que Harald le menciona en su testamento. Eso será una especie de compensación, en cierto modo.

—En su opinión, ¿demostró ser buen amigo de Harald? —preguntó la mujer mirándola.

—Sí, creo que sí. Por lo menos cumplió la palabra que le había dado... por muy repugnante y absurdo que nos parezca lo que hizo. Harald no eligió a sus amigos guiándose precisamente por que fueran como la gente normal.

—Yo me ocuparé de él —dijo la mujer quedamente—. Es lo menos que puedo hacer. Puede matricularse en Medicina en otro país. No tendremos problema en garantizar que así sea, incluso si tiene que ir a juicio por lo que hizo. —Estiró los dedos y luego cerró la mano como si le doliesen las articulaciones—. Me sentiré mejor si puedo hacer algo. Calmaré un poco este horrible sabor de boca.

—Matthew puede encargarse de ello, si me lo está diciendo usted en serio. —Þóra se dispuso a levantarse—. Espero que nos volvamos a ver —dijo, aunque en su interior confiaba en que no fuera así. Ya estaba más que harta.

Amelia quitó su bolso del respaldo de la silla y se lo echó al hombro. Se puso en pie y se abotonó el abrigo. Alargó la mano para estrechársela a Þóra.

—Muchas gracias —dijo la mujer, y parecía sincera—. Envíenos la factura... le pagaremos en cuanto llegue. —Se despidieron y Þóra se dirigió rápidamente hacia la salida. Necesitaba respirar aire fresco. En el camino atravesó el salón donde estaba el gran mapa de Islandia. Miró a Matthew y Elisa, que lo estudiaban detenidamente. Él levantó la vista cuando la vio pasar, cogió suavemente el brazo de Elisa, le señaló a Þóra, dijo unas palabras y subió rápidamente la escalera para acercarse a ella.

—¿Qué tal fue? —preguntó cuando pasaban junto a los poemas de Tomas Guðmundsson que adornaban las ventanas de la entrada principal.

—Bien... mal —respondió ella—. Simplemente, no lo sé.

—Me debes un almuerzo —dijo mientras le abría la puerta—. Pero como soy un hombre sincero y no tengo nada de hambre, estoy dispuesto a aceptar alguna otra cosa en su lugar.

—¿Como qué? —preguntó Þóra, aunque entendía con perfecta claridad por dónde iba aquello.

Se marcharon en dirección al Hotel Borg.

Þóra se levantó silenciosamente de la cama dos horas más tarde y se vistió. Matthew ni siquiera se enteró. Buscó papel y pluma en el pequeño escritorio de la habitación y escribió una breve despedida, que puso en la mesilla de noche.

Salió sin que él se despertase, llegó apresuradamente a la calle y fue hacia Skólavórdustígur a recoger el coche con aquella bonita publicidad del Taller Mecánico Bibbi. Había decidido tomarse libre el resto de la jornada, después de todas

aquellas vivencias del día.

Sonó el teléfono en el bolsillo de su abrigo y respondió.

—Hola mamá —dijo su hijo, alegre.

—Hola corazón —respondió Þóra—. ¿Que tal va todo? ¿Ya estás en casa?

—Sí, Sigga y yo estamos aquí —respondió un poco dificultosamente—. Estamos pensando nombres, como me dijiste que hiciera. ¿Sabes si Pepsi es nombre de niña, o de niño?

\* \* \*



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

### YRSA SIGURDARDÓTTIR

Yrsa Sigurðardóttir nació Reykjavík el 24 de agosto de 1963. Se graduó en la escuela superior en 1983 y terminó ingeniería civil en la Universidad de Islandia en 1988. Posteriormente realizó un master en el mismo campo en la Universidad Concordia de Montreal (Canadá) en 1997. Yrsa trabaja como ingeniero civil en la compañía Fjarhitun, y aprovecha las largas estancias en zonas remotas de su país para escribir. Yrsa vive en el barrio residencial de Seltjarnarnes en Reykjavík. Está casada y tiene dos hijos.



En 1998 Yrsa publicó su primer libro para niños, "Þar lágu Danir í því". Hasta la fecha ha escrito cinco libros para niños y jóvenes, el más reciente es "Biobörn", publicado en el 2003. En el 2000 el Icelandic department of IBBY (International Board on Books for Young People) premió a Yrsa por su libro "Við viljum jólin í júlí".

Su primera novela para adultos, una historia criminal "Þriðja táknið" (*El último ritual*), fue publicada en el 2005, y traducida a 20 idiomas. Así como su secuela, "Sér grefur gröf", escrita en el 2006, con una nueva aventura de Þóra y Matthew.

Por su personalísimo estilo, original, irónico e impredecible, y sus originales tramas, en las que se mezcla la vida cotidiana de la Islandia actual con apasionantes episodios de la historia del país, Yrsa Sigurðardóttir (1963) está considerada la nueva reina del thriller..

### EL ÚLTIMO RITUAL

«No hallarás nunca paz ni consuelo. Arde para siempre...»

Así reza la carta que, escrita con la propia sangre de su hijo Harald, recibe en Alemania Amelia Gotlieb, días después de que la policía islandesa encontrara el cadáver del muchacho en la Facultad de Historia de Reykjavik: un cadáver al que, además, le han sacado los ojos y lleva marcados en su cuerpo extraños signos que dejan a los forenses entre el estupor y el espanto. Descontentos con el trabajo de la policía, y deseosos de que la verdad se descubra de la forma más discreta posible, los padres del difunto contratan entonces los servicios de Þóra, una letrada islandesa a la que ayudará Matthew, el abogado alemán que envía la familia.

Þóra y Matthew inician una investigación que les llevará desde la moderna

Reykjavik al extremo noroeste de la isla, una zona inhóspita y salvaje donde, como en tantos otros lugares de Europa, se llevaron a cabo ejecuciones de decenas de personas acusadas de brujería. A los dos abogados no les quedará otro remedio que sumergirse en los restos y documentos de aquel nefasto episodio de la historia de Islandia para encontrar la clave de un asesinato que parece haber sido inspirado en ancestrales rituales.

\* \* \*